

PLAZA & JANÉS

Danielle Steel

Beauchamp Hall

Traducción de

Verónica Canales Medina

PLAZA & JANÉS

Para mis maravillosos hijos, Beatrix, Trevor, Todd,
Nick, Samantha, Victoria, Vanessa, Maxx y Zara.
Que siempre tengáis el valor de perseguir vuestros sueños,
y ¡que vuestros sueños se cumplan!
Os amo con todo mi corazón,

MAMÁ/D. S.

1

Winona Farmington abrió solo un ojo y vio, a través de la ventana, el blanco país de las maravillas en el que despertaba durante casi todo el invierno en Beecher, Míchigan. Se trataba de una ciudad pequeña, a casi dos horas al norte de Detroit, con una población de diez mil habitantes. El mayor hito de Beecher era haber sufrido el azote del décimo tornado con consecuencias más letales de la historia de Estados Unidos en la década de 1950, mucho antes de que Winnie naciera. Desde entonces no había ocurrido gran cosa.

El otro lado de su cama de matrimonio estaba frío, lo que significaba que Rob se había levantado hacía al menos una hora y se había marchado a la planta procesadora de carne donde trabajaba. Ella supuso, incluso antes de echar un vistazo por la ventana, que él no se habría molestado en palear la nieve que había caído la noche anterior. La casa donde Winnie vivía había sido de su madre y la tenía a medias con su hermana, Marje. Ella ya estaba casada con Erik y tenía dos hijos cuando la madre de ambas falleció; el matrimonio ya poseía su propia casa, así que Winnie se quedó en la vivienda familiar y ambas acordaron que, si la vendían algún día, repartirían los beneficios a partes iguales. Sin embargo, al menos de momento, Marje no necesitaba el dinero. Su marido era dueño de una próspera empresa de fontanería, y la casa era una buena inversión, además, era muy probable que su valor aumentara en el mercado, por eso no le había pedido a su hermana que la pusiera a la venta.

Rob se quedaba a dormir casi todas las noches. Tenía su piso, pero rara vez iba, salvo cuando discutían o si salía hasta muy tarde, se emborrachaba con los chicos y no quería oír a Winnie quejándose a la mañana siguiente. El resto del tiempo dormía en casa de ella, pero no contribuía con ninguna reparación, ni se sentía muy apegado al lugar y solo la ayudaba con algún detalle sin importancia si ella se lo pedía. Tenía algo de ropa en el armario de Winnie, pero nada demasiado personal y ninguna de sus prendas favoritas.

Ella había escapado de Beecher en el pasado para asistir a la Universidad de Míchigan en Ann Arbor, y le habían encantado los tres años vividos allí. En aquella época tenía grandes sueños y quería trabajar en el mundo editorial de Nueva York en cuanto se hubiera licenciado. Incluso había visitado la ciudad un par de veces con sus compañeras de piso y la había maravillado. Sin embargo, su madre

enfermó al final de su penúltimo año de carrera y, cuando el verano tocaba a su fin, parecía que solo le quedaban un par de meses de vida. Winnie no quería perder la oportunidad de estar con ella durante sus últimos días. Siempre habían estado muy unidas, sobre todo, después de que Marje se fuera de casa tras terminar el instituto, cuando Winnie tenía ocho años. Desde entonces tuvo a su madre para ella sola, y el tiempo que pasaron juntas fue muy valioso. La progenitora había compartido con ella su pasión por los libros, el placer de leer a Jane Austen y a las hermanas Brontë, sus autoras favoritas, y biografías de personajes conocidos, novelas históricas y actuales.

Winnie se tomó libre el primer semestre del último año para poder estar con su madre. No obstante, en Navidad no había mejorado, y la joven se ausentó también durante el semestre de primavera para cuidarla. Había sido difícil regresar a casa, una población pequeña y tranquila, después de todas las emociones de la universidad. El retorno a Beecher fue como una vuelta a la infancia; Winnie se volcó por completo en su madre. No tenía vida propia. Sus amigas se habían casado en cuanto terminaron el instituto o se habían marchado a Detroit para encontrar un trabajo más prometedor que en Beecher. Unas pocas habían ido a la universidad, pero no muchas. Algunas ya se habían estrenado en la maternidad por aquel entonces, y Winnie ya no tenía nada en común con ellas. Estaba ocupada cuidando de su madre.

Marje y ella jamás hablaron del tema, sino que simplemente su hermana asumió que Winnie estaría disponible para desempeñar el papel de cuidadora. Ella ya tenía marido y un hijo, lo cual dejaba claro que le faltaba tiempo. Winnie seguía soltera y todavía en la universidad, y Marje no vio motivo alguno para que los planes de su hermana no pudieran aplazarse y sus sueños quedaran en segundo plano. Winnie era la opción lógica como cuidadora, y esta no quiso decepcionar a su madre, que siempre había renunciado a muchas cosas por sus hijas. Además, la joven no quería abandonarla en sus últimos meses. La amaba y deseaba pasar tanto tiempo como fuera posible a su lado.

Milagrosamente, y a pesar de las funestas predicciones de los médicos, su madre había aguantado durante siete años e incluso remontó varias veces, pero nunca el tiempo suficiente para que Winnie volviera a marcharse. Libró una digna batalla y al final murió cuando su hija menor tenía veintisiete años. A esas alturas, a ella se le antojó muy tarde para regresar a la universidad. Tenía un trabajo, una casa, una vida y la sensación de que Nueva York y sus sueños se encontraban en otro planeta. Trabajó de cajera en un restaurante y,

más adelante, consiguió un empleo mejor remunerado en la imprenta local. Conoció a Rob cuatro meses después de morir su madre, y, desde entonces, el tiempo había fluido como el agua de un río, arrastrándola con la corriente. No necesitaba una licenciatura para el trabajo que realizaba. Le bastaba con su habilidad innata para la organización y su sentido común.

Resultaba difícil creer que Rob y ella llevaban once años saliendo juntos. Winnie no estaba locamente enamorada, pero ya lo conocía y era cómodo estar con él. Nunca hablaban de matrimonio ni del futuro; vivían el presente, cenaban juntos casi todas las noches, iban al cine y a la bolera con amigos de vez en cuando. No era lo que ella deseaba, pero no había nadie más interesante en su entorno. De los veintisiete a los veintinueve se le pasó el tiempo volando y, en un abrir y cerrar de ojos, se vio cumpliendo los treinta en una cena con Marje, Erik y Rob. Igual de rápido cumplió treinta y dos y luego treinta y cinco. Llevaba diez años en pareja cuando cumplió los treinta y siete. En ese momento tenía treinta y ocho, y no lograba entender cómo se le habían escapado los años. Once años con Marje recordándole, constantemente, que debía casarse y empezar a tener hijos antes de que fuera demasiado tarde. Claro está que olvidaba que Winnie había pasado siete años, cruciales en su trayectoria, cuidando de la madre de ambas, mientras su hermana afirmaba estar demasiado ocupada para ayudar. A Winnie no le enfadaba, pero era una realidad innegable: había sacrificado un buen montón de tiempo que jamás recuperaría.

Tampoco se veía teniendo hijos con Rob, y a él no le apetecía mucho ser padre ni casarse. Tenía treinta y nueve años, y la mayoría de sus amigos estaban divorciándose después de quince o veinte años casados. Marje y Erik se avenían bien como matrimonio y parecían bastante felices. Winnie sabía que su hermana había tenido al menos una aventura, puede que dos, aunque Marje jamás lo reconociera, pero Beecher era un pueblo pequeño, la gente hablaba, y Winnie lo había supuesto. Ignoraba si Erik lo sabría o no. Se encargaba de llevar el dinero a casa y era un padre maravilloso; hacía de entrenador en la liguilla para sus dos chicos. Winnie no imaginaba a Rob haciendo algo similar. Tenía sobrinos y sobrinas que no le interesaban demasiado y se refería a todos ellos llamándolos «mocosos».

Winnie había leído una vez en la revista *Cosmopolitan* que las mujeres mayores de veintiocho no podían permitirse relaciones que no llevaran a ninguna parte, o corrían el riesgo de quedarse estancadas en ellas durante años y perder la oportunidad de casarse y tener hijos, probablemente hasta que ya fuera demasiado tarde para la maternidad. La revista advertía a sus lectoras que los cuarenta

llegaban de sopetón. Su madre siempre le había aconsejado encontrar el hombre adecuado y sentar cabeza antes de que se le pasara el arroz. Winnie todavía no estaba en ese momento, pero se acercaba, con un hombre que no le hacía sentir una pasión encendida, que daba por sentada su compañía la mayoría de las veces y que nunca le decía que la amaba. No era solo una relación que no fuera a ninguna parte, sino más bien una relación que avanzaba renqueante a lo largo de los años para no llegar a ningún sitio. Winnie se preguntaba si Rob se casaría en caso de que ella insistiera mucho, pero no lo hacía porque no estaba segura de lo que sentía. Era una relación sin sorpresas: una caja de bombones el día de San Valentín, si Rob se acordaba; y casi siempre se olvidaba del cumpleaños de Winnie, aunque la llevaba a cenar unos días después, si tenía tiempo. Ella no le veía el sentido a casarse, a menos que quisieran tener hijos, y no quería. No estaba lista para ser madre; primero quería averiguar qué futuro deseaba para sí misma.

—Bueno, pues más te vale averiguarlo pronto, puñetas —la había reprendido su hermana—. O un día te despertarás con cuarenta y cinco años, y será demasiado tarde para tener hijos. Pasa más rápido de lo que crees.

Marje era diez años mayor que ella.

—Solo tengo treinta y ocho —le recordó Winnie.

—Sí, y parece como si la semana pasada hubieras tenido veintiocho. No serás siempre joven, Win.

A Marje le gustaba recordarle que estaba haciéndose mayor; la ayudaba a sentirse mejor con su condición de mujer de mediana edad. A su marido y a ella les había costado mucho concebir, y sus hijos tenían catorce y diecisiete años en ese momento. Eran buenos chicos sin ganas de marcharse de Beecher. Erik esperaba que ambos trabajaran con él en la empresa de fontanería algún día, y ellos no ponían pegas al respecto. Ya le habían echado una mano después del colegio. La empresa era una buena fuente de ingresos, y ninguno de los dos chicos tenía planes de ir a la universidad, puesto que sus padres tampoco lo habían hecho. Los tres años de Winnie en Míchigan como estudiante de Filología inglesa y una optativa en Escritura creativa eran considerados como una aberración por la familia. Había ido a la universidad antes del nacimiento de sus sobrinos, y no constituía un ejemplo con el que ellos pudieran identificarse. Por si fuera poco, no había hecho nada especial con su vida.

Winnie se mantenía ocupada con las cosas que le encantaban. Todavía devoraba libros y era la primera de la lista en la biblioteca cuando salía algún superventas. Su madre había trabajado como

voluntaria en la biblioteca del pueblo los fines de semana y le había inculcado su amor por los libros. Su hija escribía relatos cortos de vez en cuando y le había ido bien en las clases de escritura de la universidad. Además, cuando su madre estaba demasiado enferma para seguir trabajando, Winnie la había sustituido en una de sus ocupaciones favoritas. Leía cuentos a los niños todos los sábados por la mañana; le encantaba ser voluntaria. Su madre era «la cuentacuentos» para los niños del pueblo, y Winnie asumió su papel de mil amores.

Al principio lo había hecho para ayudar a su madre, quien no quería decepcionar a los niños que esperaban verla allí los sábados. Eso dio a Winnie la oportunidad de compartir con los más pequeños los tesoros que su progenitora le había enseñado. Los introdujo a «Zapatillas rojas», *La telaraña de Carlota, Stuart Little, El principito, El jardín secreto, Mujercitas,* y los libros sobre Nancy Drew para las niñas un poco más mayores. Los pequeños la adoraban y Winnie podía volver a leer sus libros preferidos de la infancia. Aunque a ella no se lo pareciera, tenía un don para los niños, como su madre. Los libros que les había leído en la infancia aburrían a Marje, mientras que Winnie los devoraba, para gran alegría de su madre. Todos los sábados por la mañana, Winnie pasaba dos horas en la biblioteca como «la cuentacuentos», recogiendo así el testigo materno y siguiendo los pasos de su progenitora. Era el único contacto de Winnie con los niños, aparte de sus dos sobrinos, a quienes no interesaban los libros, como a Marje.

La otra pasión de Winnie siempre habían sido los caballos, desde que era pequeña. Había tenido la oportunidad de montar en el picadero de un amigo de su padre y había recibido un par de clases. Se le daba bastante bien, y el dueño de los caballos decía que había nacido para ser amazona. A ella le gustaba, pero se lo pasaba mejor observando a los animales. Tenía un sexto sentido para saber qué pensaban o sentían. Una vez había entrado a la cuadra de un caballo al que habían maltratado antes de que lo compraran. Nadie había conseguido montarlo; tenía la mirada perdida y estaba muerto de miedo, tiraba a cualquier posible jinete y coceaba a todo el que se acercara. Los hombres del picadero decían que era un caso perdido y se planteaban volver a venderlo o algo peor. Winnie sintió tanta lástima por el caballo que entró en su cuadra, donde el animal estaba solo. Le habló en voz baja mientras él la miraba aterrorizado, aunque no se movía. La dejó acariciarlo y coceó el suelo, justo al lado de donde ella estaba, mientras uno de los hombres miraba sin querer gritarle para decirle que se apartara, observando, petrificado, lo que

hacía la chica.

Con el tiempo, Winnie consiguió montar al caballo a pelo, solo con una brida. A partir de entonces, la llamaron «la chica que susurra a los caballos». Tenía un don para domar a los animales maltratados, los habitantes de Beecher lo sabían y solicitaban su ayuda de tanto en tanto. El pueblo lo tenía claro: la chica poseía un don. Winnie no tuvo muchas oportunidades de aprovecharlo, pero ahí estaba. Era como si pudiera meterse en la mente del caballo y apaciguar su miedo. Los animales confiaban en ella y se tranquilizaban siempre que estaba presente.

Winnie se quitó poco a poco el pijama de franela y entró en la ducha. Tenía un cuerpo esbelto y delgado, en contraste con la corpulencia barrigona de Rob. A él le gustaba beber cerveza cuando llegaba a casa del trabajo. Marje había ganado unos kilos y su cuerpo era distinto al de Winnie, quien siempre había sido alta y delgada. La hermana pequeña tenía el pelo negro, ojos azul claro y un tono de piel color crema. Con ropa de mejor calidad y algún lugar donde lucirla, habría estado guapa. Su madre lo había sido, aunque se había dejado mucho tras enviudar a los treinta y tres. Su marido había fallecido en un accidente de caza. Marje lo recordaba ligeramente, Winnie no. La primogénita se parecía más a él, corpulenta y robusta, con tendencia a ganar peso tras sus embarazos. Envidiaba la figura esbelta de Winnie, pero comía demasiado de lo que cocinaba para su familia como para perder el peso que había ganado. Había sido la reina del baile en el instituto, aunque ahora aparentaba diez años más de los que tenía, mientras que Winnie parecía más joven de lo que era. Ella jamás había sido la reina del baile y le daba igual. Siempre estaba inmersa en sus lecturas.

Mientras se secaba el pelo, volvió a mirar por la ventana, intentando calcular cuánto tardaría en palear la nieve del camino de entrada a la casa. Lo hacía casi a diario; en esa época del año, nevaba prácticamente todas las noches. Rob podría haberse encargado de ello antes de irse a trabajar, pero nunca lo hacía. Cuando ella se lo pedía, él le recordaba que no vivía allí, que por eso aparcaba la camioneta en la calle, y le sugería que hiciera lo mismo.

Se preparó un cuenco de copos de avena instantáneos y tomó una taza de café, se abrigó con la parka y las botas de nieve, agarró la pala del garaje, se puso los guantes y empezó a despejar el camino. Tardó media hora en retirar y aplanar la nieve para poder pasar con su SUV, aunque solo llegó diez minutos tarde a la imprenta donde trabajaba

como gerente de producción. Organizaba y llevaba al día todos los proyectos importantes. Poseía unas cualidades excelentes para la organización y, gracias a ella, se cumplía hasta el último plazo. No se trataba de un trabajo creativo, pero sí vital para el buen funcionamiento de la empresa, y ella lo hacía bien.

Hamm Winslow, su jefe, salió de su despacho y se quedó mirándola. Ella odiaba el trabajo y a su jefe, pero el sueldo estaba bien. Hamm era el dueño de la imprenta y había sido su superior durante los últimos diez años. La mejor amiga de Winnie, Barb, también trabajaba allí. Desempeñaba una labor de categoría inferior, pero se le daba bien el diseño gráfico y tenía buen ojo.

—Qué detalle que hayas entrado antes de la hora de comer —comentó su jefe con tono sarcástico.

Siempre tenía algún comentario desagradable en la punta de la lengua y no respetaba a sus trabajadores, ni a nadie, en realidad. Era una persona odiosa.

—Lo siento, pero el camino de entrada a mi casa estaba congelado —se disculpó ella, desganada.

—Como el de todo el mundo. ¿Es que creías que ibas a despertar en Hawái? Madruga más y no vuelvas a llegar tarde, ¿entendido?

Hamm era incluso más desagradable con las mujeres que con los hombres que trabajaban para él, y nadie le paraba los pies.

—Lo siento.

El tipo siempre estaba enfadado o quejándose por algo. En su opinión, nada se hacía jamás lo bastante rápido ni bien, y disfrutaba señalando delante de todo el mundo los errores que cometían sus trabajadores.

—Está de muy buen humor —comentó Winnie por lo bajini mientras ocupaba su asiento junto al de Barb.

Habían ido juntas a secundaria y al instituto, y Barb había ido a la facultad y se había sacado la diplomatura en dos años, lo que, al parecer, no cambiaba mucho las cosas. Había estado saliendo con Pete durante cuatro años; se habían comprometido unos meses antes y planeaban casarse el verano siguiente. Su futuro marido era dentista y un buen tipo. Ella pasaba todo su tiempo libre planificando la boda. Iban a celebrar el convite en un hotel local. Barb quería trabajar en la consulta de Pete en cuanto se casaran y renunciar a su puesto, lo que dejaría a Winnie sola con el ogro. La verdad era que no le apetecía mucho.

—Alguien la ha cagado con un pedido importante para el banco —le dijo Barb en voz baja—. Deberías haberlo oído gritar hace diez minutos.

—Me alegro de habérmelo perdido —respondió Winnie también en voz baja, le dedicó una sonrisa a Barb y se volvió hacia el ordenador.

Era como si estuvieran en el instituto, y en la secundaria antes, cuando se sentaban juntas en clase. Barb abrió un cajón y señaló tres revistas de bodas que tenía dentro; Winnie rio.

—Te lanzaré el ramo a ti, ya lo sabes. Será mejor que estés lista para cogerlo —dijo Barb sonriendo.

—Me aseguraré de agacharme —le garantizó Winnie mientras revisaba el pedido visible en la pantalla del ordenador.

Todavía no estaba listo y se acercaba la fecha de entrega. Iba a informar de inmediato al departamento de producción. Hamm jamás había sido consciente de lo vital que era para él el trabajo de Winnie, o al menos no lo demostraba. No le dedicaba ningún halago ni le daba las gracias jamás.

—Rob es un tío genial, deberías casarte con él. Ya va siendo hora, Win —dijo Barb a renglón seguido de su comentario sobre el ramo.

—¿Y quién lo dice? —respondió ella, como si nada.

—¡Nos hacemos viejas!

—¿A los treinta y ocho? Ya hablas como mi hermana. Se casó en cuanto acabó el instituto. Gracias a Dios que nosotras no lo hicimos. A estas alturas, ya podría ser abuela, por el amor de Dios. Pensar eso sí que da miedo.

—Si no te das prisa, tú serás la abuela cuando te pongas a tener hijos.

En Beecher no había otra cosa que hacer salvo casarse, tener hijos, ir a la bolera y jugar al sófbol en verano. Winnie no lo dijo, pero ella quería mucho más que eso. Barb ya había estado prometida antes, años después de salir con el mismo chico, pero no acabaron bien. Él la engañaba con otras constantemente. En ese momento estaba lista para sentar cabeza y tenía prisa por quedarse embarazada. Winnie no.

—¿A quién estás esperando? ¿A Bradley Cooper? Envíale un mapa. Ahora ya tienes todo lo que necesitas.

Winnie no lo veía así, pero no lo comentó. No sabía lo que quería, pero sí sabía que no era eso: trabajar para Hamm Winslow toda su vida. Y tampoco estaba segura de si Rob era lo que quería. Después de once años, entendía que las cosas no iban a mejorar mucho más. En cualquier caso, su relación era insulsa, aunque no lo bastante mala como para dejarla. No era emocionante ni romántica. Rob decía que solo las mujeres y los hombres con poca testosterona eran románticos y aficionados a todas esas cursilerías de mierda. Esa era una forma de verlo. Winnie no esperaba que la precediera echando pétalos de rosas, aunque habría estado bien que fuera un poco más atento. Como tener

el detalle de palear la nieve del camino congelado de su casa de vez en cuando para que ella no llegara tarde a trabajar y no tuviera que empezar el día muerta de frío y agotada. Al menos podría haber hecho eso por ella, sobre todo, porque se quedaba a dormir allí casi todas las noches. De tanto en tanto, le hacía la compra y lo consideraba una hazaña. Siempre le decía que ella era la propietaria de la casa y que no tenía que pagar alquiler; por tanto, podía pagarse la comida. No era un comentario muy caballeroso por su parte.

Ambas mujeres se concentraron en el trabajo, y Winnie se dedicó a presionar al departamento de producción. Al final de la jornada, Barb se volvió hacia ella con una pregunta.

—¿Qué te parece si vienes a cenar a casa esta noche? Pete se va a una conferencia para dentistas en Detroit.

—Voy a cenar en casa de mi hermana —respondió Winnie con un suspiro.

—No va a ser divertido. No vayas.

—Ya, pero me monta un pollo cuando llevo mucho tiempo sin verla. Pone la excusa de que los niños me echan de menos. Sé que no es así. Cuando estoy allí, ni siquiera me hablan. A su edad, yo tampoco lo habría hecho.

—Que lo pases bien —dijo Barb torciendo el gesto, y ambas salieron de la empresa y subieron a sus respectivos coches.

Ya se había hecho de noche, hacía un frío glacial y las carreteras estaban heladas. Sin embargo, la casa de Marje y Erik estaba a solo tres kilómetros de distancia y Winnie era una conductora prudente. Cuando llegó, entró por la puerta trasera, y los chicos, Jimmy y Adam, estaban viendo la tele en la sala de juegos del sótano. Se oía todo el ruido de abajo desde la entrada. Y, como siempre, la casa estaba hecha un desastre. A nadie le importaba. El orden doméstico no era el fuerte de Marje y no se disculpaba por ello. Erik ya estaba acostumbrado y ni se daba cuenta. Cuando el desorden lo afectaba, limpiaba y punto.

Winnie encontró a Marje en la cocina, preparando la cena. Se trataba de estofado: una comida sustanciosa para una noche fría. Su hermana era una buena cocinera, y todos los miembros de su familia, buenos comedores. Winnie no lo era, pero reconoció que olía de maravilla. Marje tenía suerte, hacía años que no trabajaba. Gracias a la empresa de Erik, era ama de casa y se encargaba de los niños, y cambiaba de coche cada dos años. Conducía un Cadillac Escalade, mucho más bonito que el SUV de Winnie, que ya tenía seis.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —le preguntó Marje con una sonrisa mientras vigilaba el estofado.

Eran diferentes, pero las unía su vínculo de hermanas. Marje culpaba a su madre de animar a Winnie a ser una soñadora. La hermana mayor se había reído de la pequeña cuando redactó un trabajo para el instituto sobre por qué el señor Darcy de *Orgullo y prejuicio* era su héroe favorito de todos los tiempos y quería casarse con un hombre como él. A Winnie le encantaban las historias de otros siglos, sobre todo, las ambientadas en Inglaterra, lo que a su hermana le parecía ridículo. Ella adoraba los realities y seguía sin leer ni un solo libro. Su madre había desistido en su intento de que leyera durante la adolescencia y compartía su amor por los libros con su hija pequeña.

—El trabajo ha ido bien —respondió Winnie—. Hamm es un gilipollas. No es feliz si no está machacando o humillando a alguien delante de todos los demás. Es lo de siempre.

Sin embargo, ambas sabían que el sueldo era bueno, y, además, Winnie ya cobraba por antigüedad. No quería volver a empezar en otro sitio; lo cual, en parte, también era la razón por la que seguía con Rob. ¿Y si nunca conocía a otro hombre ni conseguía otra cita? Le parecía más fácil seguir con lo malo conocido, tanto en el trabajo como en su relación.

Hablaron durante un rato sobre Erik y los niños mientras Winnie ponía la mesa y Marje introducía su tema favorito.

—Bueno, ¿y qué pasa con Rob y contigo?

—Nada. No empieces con eso, por favor. Ambos vamos a trabajar, viene por la noche, nos dormimos y volvemos al trabajo al día siguiente.

—Suena muy exótico —dijo Marje— y muy parecido al matrimonio. Ya habéis tenido varios años de práctica. Podríais dar el paso uno de estos días.

—¿Por qué te empeñas en que me case?

Eso siempre la sacaba de quicio. Era su único tema de conversación.

—No quiero que desperdicies tu vida. Créeme, a tu edad, el tiempo se pasa volando. No quiero que te lo pierdas.

—No estoy perdiéndome nada. Soy feliz.

—¿De verdad? No te gusta tu trabajo, tu jefe es un grano en el culo, tu novio no te vuelve loca, ¿y qué más tienes en la vida?

—¿Qué tienes tú en la vida? —Winnie le devolvió la pelota—. Erik y los niños. No es mucho más emocionante que la mía.

—A mí me basta —dijo Marje, y Winnie sabía que era cierto—. Tú siempre has sido una soñadora, y me da miedo que se te vaya la vida soñando, esperando a que se obre la magia. La magia no existe,

Winnie. Esto es lo que hay.

A Winnie le parecía triste.

—¿Quieres decir que no me convertiré en Cenicienta cuando sea mayor? Mamá siempre decía que podía ser lo que quisiera. Por eso fui a la universidad y aspiraba a tener un trabajo en Nueva York.

Habría sido mucho más de lo que tenía en Beecher.

—Bueno, pues eso no sucedió, así que debes apañártelas con lo que tienes. Ser profeta en tu tierra, como suele decirse.

Era una reflexión muy filosófica, viniendo de Marje, y Winnie sonrió.

—Muy profundo. ¿No me ves ya como una profeta? —preguntó para pinchar a su hermana.

Sabía que Marje lo decía con buena intención, o eso creía, aunque a veces podía ponerse muy pesada. Entonces se abría un enorme abismo entre ellas. Eran muy distintas y siempre lo habían sido. Eso no había cambiado.

—La verdad es que —empezó a decir Marje entrecerrando los ojos para analizarla mejor— pareces deprimida. ¿Por qué no te haces mechas o algo así, un cambio de color de pelo? A Rob podría gustarle.

Todo giraba siempre en torno a Rob y a lo que podría provocar que le pidiera matrimonio. Marje se había teñido de rubia con unas raíces oscuras de siete centímetros de grosor. Winnie llevaba su color natural: castaño oscuro casi negro. Su madre solía decirle que parecía Blancanieves.

—A él le gusto tal cual soy —repuso Winnie—. Y no estoy deprimida. Acepto mi vida como es.

Sin embargo, en el trayecto de vuelta a casa, volvió a pensar en lo que había dicho. ¿De verdad aceptaba su vida? ¿Había hecho las paces con ella? ¿Todavía quería más? ¿Tenía derecho a desearlo? Ya no estaba segura. La velada en casa de su hermana había sido como de costumbre: la misma conversación entre los adultos, versada acerca del trabajo o los niños, el breve caos cuando los chicos se unían a ellos en la mesa y el regreso a su casa vacía. Esa noche, Rob había ido a la bolera con sus amigos.

Encendió las luces cuando llegó a casa y se acomodó delante de la chimenea del salón unos minutos. Recordó cuando se sentaba allí con su madre, durante su último año de vida, para hablar de los libros que leían y las ensoñaciones que los relatos inspiraban.

En aquella época, todavía creía que volvería a la universidad, aunque nunca hablaban sobre ello, porque eso sucedería cuando su madre ya hubiera fallecido. Sin embargo, cuando ocurrió, Winnie no retomó sus estudios.

Oyó que la puerta de entrada se abría a sus espaldas, se volvió y vio a Rob entrar y sacudirse la nieve de las botas. Era un tipo grande y corpulento, con pinta de leñador, y no hablaba demasiado. Su familia venía de Noruega, y él había heredado ese aspecto brutal y contundente. Winnie esperaba que llegara a casa más tarde, como de costumbre.

—Has vuelto pronto —observó con una sonrisa—. Acabo de llegar de casa de Marje y Erik.

Él fue a buscar una cerveza, la abrió, bebió un trago y se sentó en el sofá junto a ella con la lata en la mano.

—Esta noche todos estaban cansados y dos de los chicos, enfermos. Hemos decidido acabar pronto y tomar algo en Murphy's. —Ella se lo olió en el aliento. Rob no era alcohólico, pero bebía mucho. Él decía que era por su sangre escandinava. Su cuñado bebía igual que él. La mayoría de mujeres a las que Winnie conocía, no—. ¿Qué haces aquí?

Rob echó un vistazo a la estancia donde nunca se sentaban. O bien estaban en la cocina o en su dormitorio. El salón tenía cierto aire a casa de señora anciana. Ella no había cambiado nada desde la muerte de su madre. Estaba lleno de sus cosas y de algunas antigüedades que había heredado de su abuela. Winnie conservaba ese espacio como una especie de santuario.

—Es que estaba pensando en mi madre cuando he llegado a casa y en los libros que leíamos. Hacia el final, yo le leía en voz alta. *Rebecca* era uno de sus preferidos. —No tenía ni idea de por qué estaba contándoselo a Rob, sabía que le daba igual. La simple idea de leer lo adormecía.

—Menuda sensiblería —comentó él, como si nada; se acabó la cerveza de un trago y se levantó—. Estoy muerto. Me voy a la cama.

Winnie apagó las luces y subió la escalera tras él. Rob encendió la tele en su dormitorio, dejó la ropa tirada en el suelo y se metió en la cama mientras ella se daba una ducha, por si a él le apetecía hacer el amor. Tenían una vida sexual bastante satisfactoria, a pesar de la inexistente sensibilidad para el romanticismo de Rob. Cuando le apetecía, era genial en la cama. Su vida sexual era una de las razones de que siguieran juntos estos últimos once años, lo más sólido que tenían.

Winnie empezó a hablarle cuando salió de la ducha, pero él no contestó. Cuando entró en el dormitorio, él estaba profundamente dormido, boca arriba y roncando como un oso. Las cervezas de su noche de bolos lo habían tumbado. Winnie se quedó mirándolo durante un rato, se puso el pijama y bajó sin hacer ruido la escalera hasta la estantería con los libros de su madre. Sabía exactamente el

libro que quería, llevaba años sin leerlo: *Jane Eyre.* Volvió a subir a la carrera con el volumen y se metió en la cama, sonriendo mientras lo sostenía entre sus manos. Al abrir el conocido libro, lo sintió como una visita de su madre y un retorno al pasado. Siempre había algo reconfortante en sostener los libros de su madre entre las manos. Le encantaba el tacto y el olor tan familiar que tenían. Las páginas estaban amarillentas, y fue como encontrarse con un antiguo amigo cuando empezó a leer y Rob seguía roncando a su lado. Sabía que, cuando se levantara a la mañana siguiente, él ya se habría ido y no habría paleado la nieve del camino por ella, si es que nevaba esa noche. Nada cambiaría jamás. No obstante, mientras leía el libro que su madre le había regalado de joven, nada de cuanto la rodeaba importaba y su vida real desaparecía. Esa era una de las mejores cosas de leer: podía desaparecer y olvidarse de todo lo que detestaba de su existencia.

2

La imprenta donde trabajaba Winnie siempre recibía numerosos encargos en diciembre, por los calendarios y las felicitaciones navideñas, y el cierre de la contabilidad anual. A duras penas llegaban a todo, y Winnie y Barb debían trabajar hasta tarde casi todas las noches. Winnie planeaba pasar la Nochebuena y el día de Navidad con Marje, Erik y los niños, como de costumbre. Rob iría a ver a su familia de Detroit. Nunca pasaban juntos esas fiestas. La madre de Rob estaba en una residencia de ancianos de Detroit. Winnie no la conocía. La anciana tenía alzhéimer, por lo que carecía de sentido conocerla. Además, Rob jamás la había invitado a reunirse con sus demás parientes. Argüía que no tenían ese tipo de relación. Con la salvedad de la liga de bolos de Rob, la existencia de la pareja transcurría sin relacionarse con nadie más, en una especie de burbuja suspendida en el tiempo. Winnie había prometido prepararle la cena la noche antes de Nochebuena, y se apresuró para llegar a casa después del trabajo y así tenerla a punto. Rob le llevó carne de un venado que había cazado con un amigo. Winnie la cocinó con una receta que había encontrado en internet y le quedó deliciosa. Rob estaba impresionado. Ella le había servido una copa de vino tinto, pero él dijo que prefería seguir con la cerveza.

—Menuda comida tan buena, joder —le dijo sonriéndole—. No pensaba que cocinaras así de bien.

—Ni yo tampoco. La receta era fácil.

—¿Qué vas a hacer para Navidad? —le preguntó Rob, como si esperase que ese año fuera diferente.

—Estaré en casa de Marje como siempre, lo mismo de todas las navidades.

Como cada año, las fiestas hacían que añorase a su madre, pero no quiso decírselo. No era la clase de hombre con el que compartir tu vulnerabilidad. Eso lo habría incomodado, y Winnie ya se sentía demasiado sensible tal y como estaba.

—Bueno, pues resérvame la Nochevieja. Podemos ir a Murphy's a cenar, salimos hasta las doce y luego volvemos aquí.

Era su bar favorito, y ella sabía que Rob pasaba la mitad de la noche jugando al billar con sus colegas, también habituales del local. Winnie no tenía nada mejor que hacer. Llevaban once años yendo a Murphy's en Nochevieja. Su vida con él era un *déjà vu* constante, pero

jamás había conocido a otro hombre soltero.

Entonces sacó los regalos que tenía para Rob: un grueso jersey de color azul cobalto, una gorra de punto de color negro y un par de guantes térmicos con una placa calefactora que se podía meter en el microondas para calentarlos. El jersey le sentaba de maravilla, la gorra era abrigadora y los guantes le encantaron.

—Te mantendrán las manos calientes mientras paleas la nieve de mi camino —le dijo ella para pincharlo, y él sonrió.

—Entonces supongo que debería haberte comprado unos para ti —se la devolvió él, y salió hasta su camioneta para ir a buscar su regalo.

Era una caja de tamaño mediano, envuelta en papel plateado con motivos navideños y un lazo rojo. Winnie la abrió y se encontró otro jersey. Rob le regalaba uno todos los años. El de esa ocasión era amarillo y, cuando ella lo sacó de la caja, vio que también había un tanga de encaje de color negro. A él le encantaba verla con ropa interior sexy y se la compraba para su deleite, puesto que ella no la adquiría jamás.

—¿Por qué no te lo pruebas para que te lo vea puesto? —sugirió.

Winnie fue a coger el jersey, sorprendida de que Rob tuviera interés en verlo, pero él la detuvo y le pasó el tanga.

—El jersey no —dijo y se rio con mirada lasciva.

Había algo en la ropa interior que le regalaba que siempre la hacía sentirse como una fulana. Por lo general, llevaba pedrería de imitación o tiras colgantes de perlas falsas o una flecha apuntando a la entrepierna. Sin embargo, para que Rob estuviera contento, Winnie desapareció y reapareció llevando el tanga, con el jersey puesto y tacones.

—Vamos, nena, quítate el jersey.

Se le salían los ojos mirando el tanga y sus largas piernas; ella estaba despampanante con ese atuendo. Se quitó poco a poco el jersey, como haciendo un estriptis, y dejó a la vista un sujetador negro de encaje casi a juego con el tanga.

—¡Ahora sí que sí, nena!

La agarró en cuanto la tuvo al alcance de la mano, la levantó del suelo en volandas con sus fuertes brazos y la tumbó en el sofá. Se quitó la ropa, se tiró sobre ella y empezó a emitir graves sonidos guturales. Winnie ya conocía el ritual. Era un amante fogoso y sabía lo que le gustaba a ella, pero su forma de hacer el amor no era nada tierna. Estaba demasiado excitado por el tanga que le había regalado; no aguantó demasiado y se corrió con un estremecimiento y un grito salvaje. Acabó tumbado e inmóvil encima de su pareja.

—¡Dios, qué buena estás con esta lencería! —exclamó Rob mientras

Winnie lo miraba.

La ropa interior picante siempre tenía el mismo efecto en él. El regalo era más para sí mismo que para ella, aunque Winnie siempre le seguía la corriente. Sabía que significaba mucho para Rob. Después subieron a la habitación y volvieron a hacer el amor, lo cual le recordó por qué seguía con él. No podía imaginarse un sexo tan placentero con otro hombre. Al terminar, agotado y feliz, él se volvió y se quedó dormido. Ella se levantó, se puso un albornoz y bajó a recoger la cocina. Recuperó el tanga del suelo del salón y se lo metió en el bolsillo del albornoz. Luego volvió a subir y se acomodó en la cama junto a Rob. Sabía que debería tener algo más con él, pero no era así; solo tenía sexo pasional, si vestía la lencería adecuada, y un cuerpo caliente en su cama. Él todavía no le había dicho que la amaba. Jamás lo hacía. Y, cuando Winnie se despertó a la mañana siguiente, Rob ya no estaba. No se había quedado para desearle feliz Navidad, ni le había dejado una nota donde lo dijera. Imaginaría que ya le había entregado el mejor regalo de todos por la noche, sobre el sofá y en la cama. Ella sabía que era lo único que podía darle y lo único que recibiría de él, aparte del ocasional jersey una vez al año y la lencería sexy.

Paleó la nieve fina para retirarla del camino y se marchó al trabajo. Todo el mundo estaba de ánimo festivo. La fiesta de empresa estaba programada para el mediodía, con un bufet de un restaurante italiano y, después de comer, podrían marcharse. La imprenta permanecería una semana cerrada. Nadie necesitaba nada impreso entre Navidad y el día de Año Nuevo. Incluso Hamm, el auténtico señor Scrooge, estaba deseoso de darles una semana de vacaciones.

—¿Has traído tu regalo para el juego? —le preguntó Barb en voz baja, mientras ella sacaba el suyo de la mesa de escritorio antes de la comida.

Todos los años, la empresa al completo jugaba a una especie de amigo invisible. Cada empleado compraba algo que costara unos veinte dólares, lo envolvía de forma anónima y lo ponía en una pila. Se asignaba un número a los participantes por sorteo e iban cogiendo los regalos por turnos. Los demás empleados podían robar el regalo que quisieran dos veces, quitárselo a cualquiera, y luego ya estaban salvados y se quedaban el paquete que tenían. La persona a la que le habían robado el regalo podía volver a escoger. Se oía una algarabía de protestas cuando un regalo que alguien quería le era sustraído, y gritos triunfales cuando alguien conseguía quedárselo o volvía a robarlo. Algunos presentes eran realmente divertidos, aunque no la mayoría. Un año, Winnie pensó en poner el tanga navideño de Rob

entre los regalos. Estaba harta de recibirlos, pero había comprado algo respetable para el juego: una bonita tabla de quesos que alguien podría usar en las fiestas. Había botellas de vino y un surtido de regalos de extrañas formas que los presentes observaban con detenimiento, intentando averiguar qué eran.

—Pues claro que he traído un regalo —le dijo a Barb, y salió al coche a buscarlo para colocarlo con los demás—. Nunca tengo suerte en este juego —se lamentó con Barb en voz baja mientras escogían un número—. Me he llevado un juego de posavasos tres años seguidos, y nunca tengo invitados en casa. Hasta ahora me ha tocado una caja de pañuelos forrada de pedrería, un bote para los lápices de piel sintética y un par de manoplas con unos renos.

—Ojalá te toque el mío —bisbiseó Barb, y señaló dónde estaba—. Te encantará, ya verás.

Winnie sonrió por lo emocionada que se mostró su amiga y le indicó dónde se encontraba el suyo.

El juego había empezado, y sus compañeros ya estaban robándose botellas de vino entre ellos, y una botella de vodka. Había una bonita camisa a cuadros, tres pares de calcetines de lana, una gorra de lana con forma de cabeza de oso polar, un libro de cocina italiana y un par de pendientes navideños con luces que tres de las mujeres querían y no paraban de robarse. A mitad del juego, todo eran chillidos y escándalo. Barb se quedó con la tabla de quesos de Winnie y le encantó, alguien se la robó y ella la recuperó, y Winnie decidió confiar en sí misma y cogió el regalo de Barb, lo abrió y encontró dos paquetes de DVD de una serie de televisión de la que había oído hablar, pero que no había visto. Los actores de la portada vestían al estilo de los años veinte, había un castillo de fondo y estaba ambientada en Inglaterra. La serie había sido un éxito y todavía la emitían. Barb le había regalado las dos primeras temporadas, y sabía que su amiga no la había visto tras preguntárselo como quien no quería la cosa.

—Te va a encantar —le prometió Barb—. Ya van por la sexta temporada.

Se titulaba *Beauchamp Hall,* que, según Barb, los ingleses pronunciaban «Bicham», y trataba de una familia adinerada. Winnie se sintió algo decepcionada; no veía jamás la tele y prefería leer un libro, que era la razón por la que no la veía. Esperó que alguien se lo robora, para poder elegir otra cosa, pero nadie lo hizo. El juego terminó, y su compañera sujetaba con fuerza la bandeja de quesos mientras decía que a Pete le encantaría. Winnie metió los DVD en el bolso y le dijo a su amiga que estaba emocionada y que se moría de ganas de ver la

serie, lo cual no era cierto.

Todos disfrutaron del bufet a base de lasaña y raviolis al pesto de segundo. Les permitieron acompañarlo con vino, ya que la empresa cerraba después de comer. Hamm estaba muy dicharachero e incluso echó a Winnie una miradita coqueta tras tomar una copa de vino. Todos tuvieron la precaución de no beber demasiado, pues tenían que volver en coche a casa por carreteras nevadas. También había ponche de huevo sin alcohol, y Winnie optó por esa bebida. Barb se tomó dos copas de vino porque Pete iba a ir a recogerla.

—¿Qué te ha regalado Rob por Navidad? —le preguntó a Winnie mientras disfrutaban del tiramisú del postre.

—Un jersey amarillo y lencería negra de encaje. Me regala lencería cada año; es para él.

—Ojalá Pete me regalara algo así —comentó su amiga con una risita nerviosa.

—Al final se hace pesado.

—Bueno, pues ya sé lo que harás la noche de Navidad —comentó Barb con mirada maliciosa.

—No, la pasará con sus parientes en Detroit como hace todos los años. Y después se quedará para visitar a unos amigos. Además, irá a ver a su madre a la residencia. Por cierto, eso otro ya lo hicimos anoche —respondió riendo, y Barb sacudió la cabeza.

—¡No! Quise decir que te pondrías los DVD de *Beauchamp Hall*. Tienes que ver la serie, Winnie. Con lo que te gustan las historias de época, te vas a morir del gusto. El vestuario es maravilloso y los personajes son fantásticos. Y está rodada en un auténtico castillo de Inglaterra, que se me ha olvidado cómo se llama.

—Oh…, claro… La veré antes de que volvamos al trabajo —le prometió Winnie con la sensación de que le habían puesto deberes.

No era constante para ver series y, por algún motivo, no la atraían. Sin embargo, no quería ofender a su amiga y sintió la obligación de verla. Volvió a desear que alguien se la hubiera robado. Habría preferido ganar otro juego de posavasos.

—Puedes llamarme en cuanto termines con ella. Quiero saber qué te parece —insistió Barb—. De verdad, te engancharás desde el primer episodio. Ahora empiezan a rodar la séptima temporada en Inglaterra. A Pete también le encanta.

Winnie tenía algo muy claro: no la vería con Rob; a él le habría dado un ataque de risa y la obligaría a abandonar el dormitorio.

—¿Qué vas a regalarle a Pete por Navidad, por cierto?

—Una máquina para hacer café expreso. Es lo que dijo que quería. Él va a regalarme un elegante robot de cocina último modelo; ya lo sé.

Lo vi en su coche. —Puso cara de estar ligeramente decepcionada—. ¿Qué le has regalado a Rob?

—Nos intercambiamos jerséis todos los años. Y yo le he regalado unos guantes calefactables para que pueda palear la nieve del camino de mi casa. Pero no ha pillado la indirecta.

Pete llegó para recoger a Barb, como estaba previsto; ambas mujeres se abrazaron, se desearon una feliz Navidad y acordaron hablar durante la semana. Barb hizo prometer a Winnie que vería los DVD en cuanto pudiera. Los tenía en el bolso y los olvidó en cuanto llegó a casa. Leyó un poco de *Jane Eyre*, luego se preparó para ir a cenar a casa de su hermana y metió los regalos para su familia en el coche. Tenía pelotas de baloncesto autografiadas por los Detroit Pistons para los chicos. Había comprado por internet un vestido que Marje había dicho que quería, y los mismos guantes calefactables que le había comprado a Rob también se los compró a Erik, ya que su cuñado sí retiraba la nieve del camino de entrada a su casa.

Llegó justo cuando Marje daba los últimos retoques a la cena, y las luces del árbol de Navidad estaban encendidas. Winnie tenía uno pequeño en su casa, y Rob dijo que era una estupidez, porque no tenía niños y era mucho follón para nada. Sin embargo, el abeto olía de maravilla y a Winnie le encantaba comprar uno cada año, aunque no fuera grande. El que tenía su hermana llegaba hasta el techo, con el ángel en la punta, que había sido de su madre y que a ambas les recordaba a su infancia. Winnie accedió a que se lo quedara su hermana, ya que ella tenía hijos.

Erik le sirvió una copa de ponche con alcohol, y luego se sentaron a cenar. Marje había preparado pavo y estaba delicioso; todos repitieron del relleno hasta que se terminó. Fue una cena de Nochebuena perfecta. Después se sentaron en el salón a escuchar villancicos y abrir los regalos. Tras recibir sus pelotas de baloncesto, los chicos bajaron a la sala de juegos del sótano para jugar a la consola. Sus padres les habían comprado una tele nueva de pantalla gigante. Marje le había regalado a Winnie un nuevo par de botas Ugg rojas, que ella siempre se ponía en casa las noches frías. Marje le regalaba un par cada año; como el jersey de Rob, no era una sorpresa. Sin embargo, a la hermana mayor le encantó el vestido que le regaló la pequeña. Marje siempre decía que no tenía tiempo para ir de compras y que, de todas formas, tampoco lo disfrutaba.

Fue una Navidad familiar y acogedora. Le preguntaron dónde estaba Rob, y ella respondió que en Detroit con sus parientes, como era costumbre, y que volvería unos días más tarde, esa misma semana. A medianoche, todos fueron a misa. Winnie llegó a casa a la una y

media de la madrugada y se metió en la cama, pensando en Rob. Él no la había llamado, aunque quizá lo haría el día de Navidad. No le gustaban esas fechas tanto como a ella, y no siempre la llamaba. Opinaba que las fiestas eran para familias y parejas casadas, no para las personas que solo estaban saliendo. Después de once años, Winnie solo era «alguien con quien estaba saliendo», aunque Rob tampoco era mucho más para ella. Se quedó dormida reflexionando sobre eso.

Winnie se despertó el soleado y nevado día de Navidad. La estampa parecía una postal navideña. Se quedó en la cama leyendo un rato y se vistió a tiempo para llegar a la comida en casa de su hermana, que era algo informal a base de las sobras de Nochebuena. Erik y los chicos pasarían el día viendo fútbol americano en la tele. Y las dos hermanas tendrían tiempo para hablar.

—¿Has sabido algo de Rob? —le preguntó Marje, interesada, y Winnie negó con la cabeza.

—Tampoco lo espero. No le gustan mucho estas fiestas y seguramente estará ocupado con su familia, o con su madre, en la residencia.

A Rob se le daba bien eso, y Marje siempre decía que era una buena señal, pero ¿de qué?

—¡Qué deprimente! —comentó la hermana mayor con empatía.

—Sí que lo es. No habla mucho sobre el tema. Dice que su madre ya no lo reconoce. La visita un par de veces al año, pero ella no tiene ni idea de quién es él.

—El pobre muchacho necesita una familia —soltó Marje con tono lastimero.

Winnie rio. La sutileza no era el fuerte de su hermana.

—Ya tiene una, y yo también. Tú eres todo lo que necesito, mi hermana mayor —repuso con calidez.

—Eso sería patético. ¿No quieres ser algo más que la tía Winnie? ¿No quieres ser madre algún día?

—Para serte sincera, no estoy segura —respondió con seriedad—. He estado pensando en ello. A lo mejor no soy de las que se casan o quieren tener hijos.

Disfrutaba cuando estaba con los niños en la biblioteca un par de horas a la semana, pero jamás había deseado tener un hijo, al menos, no de momento.

—¿Qué harás el resto de tu vida sin hijos?

Marje no podía imaginárselo. Erik y los chicos eran toda su vida y su única ocupación.

—Puede que ser feliz. Sigo pensando que algún día me gustaría escribir. Siempre quise dedicarme a eso después de la universidad, pero nunca he tenido la oportunidad. Me encantaría intentarlo, con relatos como los que escribía antes o algo parecido.

Había publicado varios relatos en una revista de la universidad, y su madre se sentía muy orgullosa.

—Mamá siempre decía que tus historias eran buenas.

Marje jamás las había leído.

—No era objetiva —dijo Winnie riendo.

Sin embargo, su madre era una persona inteligente que había leído mucho, aunque no hubiera ido a la universidad. Había inspirado a Winnie y la había animado a escribir. Aunque eso no había ocurrido, salvo en sus clases de escritura creativa, lo que en realidad no contaba.

Al final de la jornada, Marje encendió la tele para ver uno de los realities que le encantaban, y Winnie lo vio con ella. Se trataba de un grupo de amas de casa de Las Vegas, todas con aspecto de fulanas, que habían preparado una comida navideña juntas y recibían como invitados a sus maridos al final del programa. Los hombres parecían gánsteres y las mujeres iban embutidas en vestidos ajustados y sexis con peinados muy cardados, demasiado maquillaje y toneladas de joyas. El comedor donde se grababa el programa parecía un burdel. Winnie estaba alucinando y no podía creer lo que veía; Marje estaba enganchadísima y encantada. Le contó a su hermana cuáles eran sus mujeres favoritas del programa.

—¿Ves esto a menudo?

Winnie no daba crédito.

—No me pierdo ni un programa. El de hoy es el especial de Navidad.

La hermana pequeña no podía ni imaginarse volver a verlo, o que le importaran las mujeres que salían en el reality, pero la mayor sentía que eran sus amigas. Y le contó que el vestido que le había regalado y que quería estaba ligeramente inspirado en esas mujeres. Winnie ya se había fijado en que todas ellas llevaban implantes mamarios: tenían los senos enormes y los labios hinchados y rellenos de colágeno. Nada en ellas era real.

Al final del programa, Winnie se levantó para marcharse. Bajó al sótano para ver a Erik y los chicos, les dio las gracias por el regalo y volvió a desearles feliz Navidad, luego le dio un abrazo a su hermana. Estaba nevando otra vez y quería encontrarse en casa antes de que arreciara demasiado.

Cuando llegó a su hogar, se preparó una taza de té y se sentó en la

cocina para ver caer la nieve. Rob la llamó desde Detroit.

—¿Cómo te ha ido la Navidad? —le preguntó él.

—Ha sido muy bonita, con Marje, Erik y los chicos. ¿Y la tuya?

—Ha sido genial. Fuimos a un bar a jugar unos billares anoche, y luego a casa. No he parado de comer desde que llegué.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó ella con cautela, porque no quería disgustarlo.

—La veré mañana. De todas formas, no sabe que es Navidad. —Aunque, ¿qué más daba que lo supiera, si ni siquiera lo reconocía? A Winnie le parecía triste—. Vamos a salir esta noche con algunos primos que llevo años sin ver. Han venido de Miami. —A ella le sonaba todo raro, porque no conocía a esas personas. Rob solo tenía un hermano y llevaba años sin visitarlo. La gente con la que se reunía en Detroit eran tías, tíos y primos, pero Winnie nunca llegaba a aclararse—. Te veré a mi regreso. Tendrás que volver a ponerte el regalito de Navidad que te hice.

Ella no sabía muy bien por qué, pero al escucharlo se sintió facilona, como una fulana a la que pagara por pasar la noche. Le encantaba hacerlo con él, pero no fingiendo ser una estríper, ni una furcia, ni aunque fuera solo para él. No respondió y cambió de tema.

—Espero que te lo pases muy bien en la cena —le deseó, como ausente.

—¿Qué vas a hacer tú esta noche?

—Irme a la cama, estoy agotada. He comido demasiado, y anoche estuve despierta hasta tarde después de misa. Seguramente leeré un poco.

—Mi primo me ha regalado un par de películas porno geniales para Navidad. Las veremos juntos cuando esté en casa.

Lo que dijo la hizo pensar en los DVD que había ganado en el juego navideño de la empresa. Odiaba las películas porno y no quería ver más con él. Pero a Rob le encantaban: lo excitaban y siempre quería hacerlo con ella mientras las veían e imitar todo lo que estaba saliendo en pantalla. Winnie evitaba verlas con él siempre que podía. Todavía había cosas de Rob que le daban repelús, incluso después de once años. No era adicto al porno, pero sí le gustaba mucho. Le había comentado en numerosas ocasiones que a ella no le iba. Sin embargo, Rob estaba más interesado en el sexo que en el amor. Era buen amante, pero el amor no estaba en el menú.

—Te veo cuando vuelva, Win —le dijo y colgó.

Ni un solo «Te quiero» ni «Feliz Navidad». El mismo Rob de siempre.

Winnie subió a su dormitorio, se metió en la cama, cogió su libro

de *Jane Eyre* de la mesilla de noche y volvió a recordar los DVD. No le interesaban, pero pensó que, si veía uno, podría inventarse algo para decirle a Barb cuando se encontraran. Decidió ponerse a ello. Esa noche no tenía otra cosa que hacer. Se quedó mirando las cajas cuando las sacó del bolso. Cada temporada constaba de ocho episodios y cada uno duraba una hora, y había un especial de Navidad de dos horas al final. Le había regalado dos temporadas. Veinte horas de televisión eran demasiado, pero si veía uno o dos episodios, quizá a su amiga no le importaran los demás.

Sacó el primer DVD, como se había impuesto, y lo metió en el reproductor que tenía en la tele de su dormitorio. Era de Rob. Él se lo había prestado para poder ver películas porno con ella. A Winnie le daba miedo cuando llegaba con alguna nueva y esgrimía cualquier excusa para no verla: estaba cansada, enferma, con jaqueca, ocupada o tenía que madrugar por trabajo. A veces no había manera de disuadirlo, pero ella siempre lo intentaba.

La pantalla cobró vida de golpe con la primera temporada de *Beauchamp Hall,* y ella subió de un salto a la cama, se tapó con las mantas y apagó la luz mientras empezaba el primer episodio. Le impactó el hermoso vestuario, prendas con mucha precisión histórica, y la increíble decoración de los interiores del castillo, con cuadros gigantescos y elegantes antigüedades. Tenía un aire a la serie *Arriba y abajo*, con una nutrida legión de sirvientes y una familia compuesta por todos los personajes importantes de la serie. Tres de ellas eran actrices famosas y había varios actores que le sonaban; aunque era una producción británica, los había visto en películas. Las normas de etiqueta utilizadas por los intérpretes eran las auténticas de la época. La serie contaba con todo lo que a ella le encantaba de la literatura y del cine británico. El comportamiento de cada actor era exquisito; las interpretaciones, impecables; el diálogo, escrito de una forma brillante; la historia te atrapaba; los personajes estaban perfectamente definidos en sus papeles de buenos o malos. El lugar que ocupaban en el mundo quedaba claro, marcado por la tradición, ya fueran nobles o sirvientes. Era una serie del todo maravillosa, y se enganchó a la historia desde el primer instante. Como era previsible, al final de la hora, varias de las líneas argumentales habían quedado abiertas, y Winnie quería descubrir cómo se resolvían, así que vio una hora más. Y el tercer episodio después. Tuvo que poner otro disco para los siguientes dos episodios. Al final se había pegado un atracón de cinco horas de *Beauchamp Hall,* y quería continuar. Pero ya era medianoche. Miró la hora y, como una niña traviesa que se había excedido en la hora de volver a casa, sin supervisión de sus padres, cogió otro disco,

lo metió en el reproductor, le dio al *play* y disfrutó del desarrollo de las intrincadas historias. A esas alturas, ya se había enamorado de los personajes y se sentía fascinada con el castillo, la familia y el personal. Se trataba de una réplica perfecta de la aristocracia británica de la década de 1920, cuando la grandiosidad, la opulencia y las clases altas todavía prevalecían. Se sentía como si la hubieran arrastrado a un mundo diferente, donde su propia vida había dejado de importar; solo importaba la de los personajes.

Eran las dos de la madrugada cuando finalizó el tercer disco, y todavía tenía ganas de otro episodio y el especial de Navidad de dos horas. Decidió dejarlos para la mañana siguiente. Estaba impaciente por despertar y seguir con la serie. Nevaba con intensidad y lo había hecho durante toda la noche, y deseó quedarse atrapada por la nieve para poder ver todo lo que le quedaba. No tenía que trabajar en toda la semana. Quería saborear y complacerse con cada momento de la historia, del vestuario y de los decorados, pero, en cuanto empezaba, no podía parar. Era tal cual le había dicho Barb, totalmente adictiva, y pasó una tarde maravillosa disfrutándola a solas.

Se levantó a la mañana siguiente y vio lo que quedaba de la primera temporada; a esas alturas, el reparto ya le parecía como de la familia. Cuando lo dejó, era la hora de comer. Bajó corriendo la escalera, se preparó algo rápido y volvió a subir para empezar con la segunda temporada, que le pareció incluso más emocionante que la primera.

Se pasó otras tres horas viéndola en la cama y ya era de noche cuando por fin se levantó y le quedaban otras siete horas de disfrute. Se dio una ducha, se puso un pijama limpio y vio otras cuatro horas esa noche; volvió a levantarse al día siguiente para ver las últimas tres horas de la segunda temporada y, al terminar, sintió como si la hubieran despojado de algo. Como si hubiera perdido a sus mejores amigas y quedara desterrada de una tierra mágica. Volvió a ver dos de sus episodios favoritos esa misma noche. Había pasados dos días enteros, con sus dos noches, y la noche de Navidad viendo *Beauchamp Hall*. Tal como Barb predijo, estaba enganchadísima.

Esa noche la llamó.

—¿Qué me has hecho? —dijo cuando Barb contestó.

—¿Qué quieres decir?

—¡Es como una droga! ¡No puedo dejarla! Acabo de pasarme dos días en la cama viéndola y solo quiero más.

—Bueno, pues hay cuatro temporadas más para que las veas, incluida la que están emitiendo ahora en Inglaterra. Y están rodando la séptima temporada mientras hablamos, o la rodarán a partir de la

semana que viene. Puedes pedir las que ya han salido por internet. Yo estoy exactamente igual que tú. Me doy un atracón de verla en cuanto la consigo. Y Pete está igual de pillado. Nos encanta.

—El castillo es increíble. ¿Es así en la realidad?

—El castillo de Haversham. Por lo visto, sí que es así. Es de un marqués inglés y vive allí con su hermana, una lady, pero pertenece al hermano por las leyes de Inglaterra, que conceden la tierra y el título al hijo mayor y, según la tradición, nadie más hereda nada. Parecían bastante majos en la entrevista que leí, son más o menos de nuestra edad, o un poco más mayores. Al parecer, gracias a la serie no han perdido el castillo; estaban arruinados y han ganado una fortuna alquilándolo para el rodaje. Todo el pueblo está entregadísimo y disfruta viendo las grabaciones.

—El guionista debe de ser brillante —dijo Winnie con claro tono de admiración.

—Es su primer gran éxito. Allí tiene mucha fama. Sabía que te encantaría, Win. Me alegro mucho de que la hayas visto.

—Es el mejor regalo de Navidad que me han hecho. Nunca me había enganchado a una serie.

—Ni yo tampoco, hasta *Beauchamp*. —Barb parecía emocionada con el hecho de que a su amiga le encantara.

—Esta misma noche voy a pedir las temporadas que quedan.

En cuanto colgó, se fue directa al ordenador y las encargó todas. La sexta temporada todavía no estaba disponible, ya que seguían emitiéndola en Inglaterra, aunque hizo una reserva previo adelanto, y la recibiría cuatro semanas después. Por el momento, tenía tres temporadas más pendientes, que devoraría en cuanto llegaran. Estaba impaciente por recibirlas.

Acababa de hacer clic sobre el botón de enviar el pedido cuando Rob la llamó.

—Hola, acabo de volver. ¿Qué haces? Te he echado de menos.

Resultaba agradable y sorprendente escuchar algo así viniendo de él, ya que rara vez lo reconocía.

—Llevo dos días viendo mis DVD. Los que gané en el amigo invisible del trabajo. Es una serie maravillosa.

—Yo también tengo una serie maravillosa para ti. ¿Puedo ir a tu casa?

No solía preguntar; se presentaba allí sin previo aviso.

—Claro. No tengo nada para comer en la nevera, llevo días sin ir a hacer la compra. No podía despegarme de la tele.

—Compraré comida para llevar por el camino —dijo Rob y se presentó con una caja de pizzería. Subió los escalones a toda prisa

después de pasar por la cocina para dejar la pizza, cruzó el dormitorio hasta la cama de Winnie y la besó con intensidad. Ella había estado viendo de nuevo un episodio de la primera temporada y lo disfrutó igual que la primera vez—. ¿Qué es eso? —Rob se fijó en la pantalla y no pareció impresionado ni por el vestuario ni por el salón principal del castillo.

—La serie de la que te hablé —dijo ella sonriendo.

—Eso da igual.

Rob sacó el disco y lo lanzó sobre la cómoda, se sacó un DVD del bolsillo, lo puso y le dio al *play*. Pasados unos segundos, Winnie vio lo que era: la película porno que su primo le había regalado. Se trataba de una de las más duras que había puesto hasta entonces. Ella la miró, incómoda por lo violenta que era y por el cambio tan impactante que suponía después de la elegante serie que había estado viendo durante tres días. Antes de poder hacer ningún comentario, él se quitó la ropa de golpe, la agarró y empezó a imitar lo que salía en la pantalla: quiso penetrarla con el puño, hasta que ella se apartó y lo contuvo.

—¿Qué pasa? —Él parecía molesto, aunque estaba muy excitado.

—Ha sido una forma de llegar un poco brusca, ¿no?

A Winnie no le gustaba lo brutal que pretendía ser con ella. No tenía nada de amoroso, era sexo puro y duro.

—¿Desde cuándo eres tan cursi? Venga ya, nena, te echaba de menos. Llevo tres días pensando en esto.

—Yo también te echaba de menos. ¿Qué te parece si nos limitamos a hacer el amor? Eso siempre nos ha funcionado bien. No hace falta que juguemos al porno. Esos actores son profesionales.

No era una remilgada, pero aquello resultaba asqueroso y no deseaba participar de ello. Sin embargo, Rob quería algo más que hacer el amor. Puso cara de enfado, la atrapó de nuevo y le hizo el amor con más rudeza de lo habitual. A ella la asustó un poco y no le resultó nada agradable. Sin embargo, él se corrió como si explotara y, en cuestión de minutos, quería volver a hacerlo. Había llegado a casa loco de deseo, desatado. Después de la segunda vez, Winona le pidió que parase un rato.

—¿Qué te pasa? La mayoría de mujeres están deseando estar con un tío que se las tire como yo. Tengo la polla de un veinteañero.

«Pero el corazón de piedra», quiso replicarle.

—Prefiero cuando eres más tierno y sensual.

—Pues yo lo prefiero así —dijo él, molesto—. No soy gay.

Parecía furioso.

—No hay que ser gay para ser amable, Rob —objetó ella en voz baja. No le gustaba para nada ese tipo de bienvenida. Y, sin venir a

cuento, de pronto quiso hacerle una pregunta—. ¿Tú estás enamorado de mí, Rob?

Lo dejó totalmente descolocado y permaneció un minuto entero sin responder.

—¿Qué coño has estado viendo en la tele mientras he estado fuera? ¿*Mujeres desesperadas*? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una pregunta sincera. Nunca me lo dices. ¿Tú me quieres?

—¿Qué esperabas?, ¿que te lanzara flores o que me pusiera a cantar de repente? Pues claro que te quiero. ¿Crees que podría hacerte el amor así si no te quisiera? Así es como los hombres expresan el amor.

—No, así es como los hombres expresan la lujuria. Es diferente.

—Me encanta tu cuerpo —dijo él, ignorando lo que ella había dicho—. Me gusta estar contigo. Llevamos once años juntos. Eso tiene que significar algo.

Bien podía significar que era por costumbre, por miedo a sentirse solo. Se lo pasaban muy bien en la cama, pero de pronto Winnie se preguntó qué más los unía y lo que él sentía por ella. Incluso lo que ella sentía por él. Los intereses amorosos de *Beauchamp Hall* estaban expresados de manera inteligente: los personajes se preocupaban los unos por los otros con sinceridad y, a pesar de sus modales refinados, se enamoraban y encontraban formas elegantes de demostrarlo, nada que ver con la película porno que Rob quería que ella emulara. Se sintió violada con todo lo que él le había hecho esa noche.

—Once años juntos significan mucho. Solo que a veces me pregunto qué estamos haciendo.

—Estamos pasándolo de maravilla en la cama. A menos que ahora te quieras poner en plan mojigata conmigo.

—No solo quiero que me hagas el amor, también quiero que me ames y que me respetes.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó él al tiempo que se levantaba de la cama y se ponía la ropa—. No sé qué has estado viendo desde que me fui. *La casa de la pradera* o *Sonrisas y lágrimas*. No soy un crío, Win. Soy un hombre. Y así es como soy. Si no te gusta, igual tendríamos que pensarnos lo nuestro. Me voy a casa. Llámame cuando seas normal y estés lista para comportarte otra vez como una adulta.

—No me hace falta actuar como una fulana para ser adulta, Rob. Soy una mujer y un ser humano. No una furcia barata de un bar de Tijuana.

—Y yo no soy un ñoño que tenga que estar suplicando para echar un polvo como si tuviera quince años. Ya sabes cómo soy y lo que me

gusta.

—No me gusta ver porno contigo —espetó Winnie—, ni cómo actúas cuando lo ves.

—Y justo le decía a mi primo que eras una mujer maravillosa y que harías cualquier cosa que yo te pidiera.

—La verdad es que no lo haré —replicó ella con firmeza—. ¿Eso es lo que te gusta de mí?

Winnie estaba impactada.

—Lo que no me gusta es cómo te comportas ahora. Eso sí te lo digo.

Y con esas palabras, salió disparado del dormitorio, bajó a toda prisa la escalera y dio un portazo al salir de la casa. Winnie oyó el motor de su camioneta un minuto después y cómo se alejaba.

Estremecida por todo lo que se habían dicho, recuperó el DVD de *Beauchamp Hall* de donde Rob lo había tirado, sacó el porno y volvió a poner el de la serie, pulsó el *play* y se metió de nuevo en la cama. Pasados unos minutos, ya volvía a estar tranquila, como si hubiera entrado en un mundo de nobles damas y caballeros, personas que sabían cómo comportarse y cómo tratar a los que querían. Vio tres episodios seguidos y se sintió de nuevo en paz con el mundo. Por fin obtuvo la respuesta a su pregunta. Rob no estaba enamorado de ella. Lo vio con toda claridad. Y ella no estaba enamorada de él.

3

Rob se pasó tres días sin llamarla desde la noche en que había regresado de Detroit. Ella tampoco lo llamó. No le gustaba la forma en que la había tratado, y darse cuenta de que él no la amaba y de que ella tenía sus dudas sobre si lo quería había sacudido los cimientos de su relación. Como amantes les iba de maravilla, pero no mucho más. No tenían intereses comunes, ni compartían amistades, salvo por unos pocos hombres de la liga de bolos de Rob. Iban a trabajar, volvían a casa, dormían en la misma cama la mayoría de las noches y hacían el amor cuando a él le apetecía. De pronto, Winnie se dio cuenta de que él apenas le hablaba y había tardado más de una década en ser consciente de ello. Durante años se había dicho a sí misma que todos los hombres se comportaban así. Pero ¿y si no era cierto? Los hombres de *Beauchamp Hall* no lo hacían, pero eso era una serie, y ambientada a comienzos del pasado siglo. Además, Erik respetaba a Marje, aunque Winnie sabía que su matrimonio no era apasionante y que su hermana había tenido una aventura hacía unos años de la que seguramente Erik no sabía nada, pero había seguido con él.

¿Qué tenía con Rob que no fuera sexo placentero, aunque predecible? Ella quería más, quería una conversación real, alguien con quien pasear, compartir buenos ratos y aprender cosas el uno del otro. Quería lo que tenían los intérpretes de *Beauchamp Hall*, aunque fuera ficción y ella lo supiera. En ese momento se sentía insatisfecha con su vida y con ese hombre que pretendía reinterpretar las pelis porno, quien aseguraba que le gustaba su cuerpo, pero no mucho más. Se preguntó si Rob habría llegado a conocerla, o si se había planteado siquiera si la conocía, o si eso lo preocupaba. Habría hablado de ello con Barb o con Marje, pero sabía que la creerían loca en cuanto dijera que deseaba que su vida se pareciera a una serie. Su hermana mayor se tiraría de los pelos y la acusaría de ser una soñadora sin remedio.

Rob la llamó la mañana de Nochevieja. Winnie había estado viendo de nuevo la primera temporada de *Beauchamp Hall*, y supuso que la vería esa noche si Rob no la llamaba o la sacaba por ahí; empezaba a parecer una posibilidad muy factible. Se planteó si su relación habría concluido y no quería preguntar.

—Bueno, ¿vamos a salir esta noche? —Sonaba incómodo.

—¿Tú quieres? —le preguntó ella con cautela.

—Sí que quiero. No sé qué mosca te picó la otra noche, pero vamos

a olvidarlo y a pasar un buen rato en Murphy's como siempre.

Winnie acababa de ver el especial de Navidad de la primera temporada con todos los personajes vestidos con frac y pajarita blanca en Nochevieja, disfrutando del baile en el gran salón. Su vida era un chiste en comparación con aquello, aunque hacía casi un siglo de aquellas supuestas escenas e incluso en los círculos de la aristocracia británica, el mundo había cambiado de forma radical desde entonces. Ella pasaría la Nochevieja viendo a su novio jugar al billar en su bar favorito, bebiendo cerveza en lugar de champán. Celebraba esa noche de la misma forma desde hacía once años.

—Pasaré a las siete a recogerte. Tengo que hacer un par de cosas antes.

—Qué bien —dijo ella, desanimada.

A pesar de lo que había descubierto, no estaba lista para terminar con él todavía, y menos en Nochevieja. Habría sido mucho más dramático de lo que quería con él. Deseaba estar segura de lo que sentía por Rob, o de lo que no sentía, antes de tomar una decisión definitiva.

Winnie llevaba los tejanos que Rob le había aconsejado. No tenía sentido ponerse otra cosa. En el bar nadie iría elegante. A lo mejor, dos o tres de las chicas más jóvenes llevarían tops de pedrería, pero Winnie se habría sentido estúpida llevando uno de esos en pleno invierno, congelada toda la noche en ese bar donde siempre había corriente. Optó por el jersey amarillo que Rob le había regalado por Navidad y él se mostró encantado al verlo.

—¿También llevas el tanga que te regalé? —le susurró al oído cuando la besó, y ella rio.

—No, no lo llevo.

—Puedes ponértelo para mí luego, para empezar bien el año.

Ella no hizo ningún comentario, y se marcharon al bar en la camioneta de Rob. Él empezó a jugar al billar con sus amigos en cuanto llegó, y, a eso de las diez, comieron unas hamburguesas en la barra. Rob comenzó otra partida media hora después. Cuando dieron las doce, iba ganando; Winnie se acercó a él, le dio un golpecito en el hombro y lo besó para el cambio de año, mientras sus amigos lo jaleaban y silbaban. Ella volvió a sentarse en la barra y él retomó el juego. Winnie se dio cuenta de que estaba deseando estar en casa viendo *Beauchamp Hall*. Vivía indirectamente a través de los intérpretes y de la serie. Sus diálogos eran perfectos. Decían todo lo que ella quería decir. Incluso sus peinados eran impecables según el estilo de la época, así como sus joyas, su ropa, sus modales, el modo en que se movían, se comportaban y reaccionaban entre ellos. La

contención que aplicaban cuando se enfrentaban a situaciones difíciles. Veía la serie siempre que podía; la tenía atrapada en sus redes. Se había convertido en su afición secreta. Ya estaba triste cuando le quedaban dos días para volver al trabajo, porque no tendría tanto tiempo para verla. Había sido maravilloso hasta ese momento, porque Rob estaba trabajando y ella no; se quedaba en casa con el pijama puesto todo el día y veía la serie. Sin embargo, solo tenía dos días para seguir disfrutando así.

Rob bebió mucha cerveza esa noche mientras jugaba al billar, y Winnie se bebió dos al principio de la velada, pero había comido algo desde entonces. Estaba totalmente sobria a las dos de la madrugada, por eso condujo ella la camioneta y tuvo que ayudarlo a entrar en casa.

—Venga, nena…, ponte el tanga para mí…

Rob se tambaleaba y balbucía. Se apoyaba sobre Winnie con todo su peso y ella apenas podía subirlo por la escalera; en cuanto tocó la cama, aún vestido, se quedó roque.

El primer día del año, Rob se levantó a las once con una jaqueca terrible y fue al piso de abajo para reunirse con Winnie. Ella estaba sentada en la cocina, viendo un episodio de *Beauchamp Hall* en el ordenador, cuando él entró y se sentó.

—Esa mierda otra vez no. ¿Por qué estás viendo eso? Ni siquiera entiendo lo que dicen. —Winnie lo apagó para no incordiarlo y le sirvió una taza de café—. Anoche gané un montón de dinero —comentó encantado—. Me lo pasé de maravilla.

Ella asintió. No lo había pasado bien, pero quería complacerlo. No había sido distinta al resto de las últimas noches del año que habían pasado juntos desde que se conocieron, y ella ya había tragado con eso antes. Sabía que él no entendería qué había cambiado. Ella tampoco estaba segura de entenderlo.

Rob regresó a su casa después de que Winnie le preparase un desayuno caliente. Dijo que iba a reunirse con algunos de los chicos y que volvería para dormir.

Barb la llamó. Pete tenía trabajo pendiente en la consulta y se pasó por casa de Winnie para ver dos episodios de *Beauchamp Hall* con ella. Acababan de terminar el último cuando Rob llegó a casa antes de lo previsto y vio a Barb en mallas y una camiseta de deporte ajustada que le realzaba el tipo. Le dio un buen repaso, como si Winnie no estuviera delante. Ella fingió no darse cuenta; Barb dijo que tenía que trabajar al día siguiente y se marchó.

—Está buena —comentó Rob cuando se cerró la puerta.

Barb tenía buen tipo, aunque siempre se quejaba de sus generosos

pechos y lo molestos que eran.

—Va a casarse este próximo verano —comentó Winnie mientras sacaba el DVD.

—¿Con el dentista? —Winnie asintió—. Es un flojo. Ella se merece algo mejor.

—Él la trata bien —replicó Winnie, se encaminó a la cocina para preparar la cena, y Rob fue tras ella.

—¿Estás bien? —le preguntó, y ella asintió—. Llevas unos días algo rara.

—Estoy intentando aclararme con algunas cosas —respondió sin mirarlo.

—¿Sobre nosotros? —Rob percibía que algo había cambiado, pero no sabía qué ni por qué, ni ella tampoco.

—A lo mejor.

—Pues a lo mejor tendrías que aclararte sobre por qué estás viendo esa estúpida serie todo el tiempo. Creo que está volviéndote un poco loca.

Winnie se planteó si sería cierto. De pronto deseó ser como los personajes de la serie y vivir entre ellos, como si fueran reales y no intérpretes repitiendo líneas de texto que alguien había escrito para ellos. Empezaba a creer que eran auténticos. A lo mejor Rob tenía razón. Tenía la sensación de estar perdiendo el contacto con la realidad. Y su propia vida parecía un tanto desequilibrada. Rob formaba parte de ella. La relación que habían tenido durante once años no parecía suficiente comparada con lo que había visto en la serie, pero el universo de *Beauchamp Hall* no existía. Con todo, su vida parecía muy insatisfactoria en comparación con la ficción. Incluso los sirvientes eran más elocuentes y educados que Rob, quien se comportaba como un bruto casi todo el tiempo.

No le comentó nada. Cenaron sin decir palabra, después se fueron a la cama, hicieron el amor sin que él le hiciera ninguna petición extraña y se quedó dormido cinco minutos después. Cuando Winnie se levantó por la mañana, él se había ido al trabajo. Ella consiguió palear la nieve caída por la noche y llegar a la imprenta a tiempo. Tenía expresión seria cuando se sentó en su mesa. Barb no dijo nada durante la primera media hora y luego se quedó mirándola fijamente.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

—No lo sé. De pronto mi vida no me sienta bien, como si hubiera encogido en la lavadora o algo así.

—Oh, oh…, eso me suena a *beauchampitis*. —Winnie sonrió al oírlo. A ella le daba la misma impresión—. Sabes que son solo actores, ¿verdad? No son reales. No viven en un castillo. Y no están esperando

a que te presentes por allí.

—Sí, ya lo sé —respondió Winnie con tristeza—. Pero todo era maravilloso en aquella época. Era tan elegante, todo el mundo tan educado, tan correcto… Le ha dado una perspectiva totalmente nueva a mi vida.

—Es una fantasía —le recordó Barb—. A todos nos gustaría vivir así, pero ni siquiera los aristócratas viven así ya. Se han arruinado y son como tú y como yo. No hay muchos grandes lores ni ladies en la actualidad… ¿Cómo van las cosas con Rob?

—No muy bien —respondió Winnie—. La semana pasada tuvimos un par de discusiones fuertes. A veces se vuelve un poco loco. Barb, no creo que me quiera. Soy una especie de objeto sexual para él. Y, lo que es peor, no estoy segura de quererlo. Seguimos juntos por inercia, y porque no tenemos otra cosa que hacer. Hace un par de días que le pregunté si me amaba, y me dijo que le encanta mi cuerpo. Creo que lo único que quiere es sexo la mayoría de las veces. No creo que sepa siquiera quién soy ni que le preocupe.

Barb parecía sorprendida con sus palabras.

—¿Sabes quién eres? —le preguntó esta intencionadamente.

—Creía que sí. Ahora ya no estoy segura.

Eso le preocupaba bastante últimamente.

—¿Es por *Beauchamp*? —preguntó Barb, angustiada por su amiga.

—No, por todo lo demás. ¿Qué estoy haciendo con un tío que nunca me habla?

—Está bueno —dijo Barb con tono de admiración.

A ella le parecía guapo y él exudaba un magnetismo físico que siempre había atraído también a Winnie. Pero, en ese momento, le parecía un neandertal a veces, comparado con los aristócratas de *Beauchamp Hall*. Y, últimamente, actuaba como un adicto al sexo.

—Él también dice lo mismo de ti, que estás buena —le dijo Winnie con mirada de sorpresa.

—Es por las tetas —aclaró Barb, abochornada. Llevaba toda su vida odiándolas, pero la atemorizaba la operación de reducción de pecho y tampoco podía pagársela—. Los tíos quieren conocerlas a ellas antes que a mí. Tienen personalidad propia porque son enormes. Todos creen que soy una especie de diosa de la fertilidad; todos, menos Pete. Él me ama y no solo por mis tetas.

—Rob se comporta como si yo fuera una fulana que hubiera recogido en un bar y hace once años que me tiene contratada. A veces me pone los pelos de punta. Y me asusta. Cree que es una prueba de su amor que quiera acostarse conmigo a todas horas. Y lo único que prueba es que es un tío salido.

—Hay cosas peores.
Barb parecía preocupada.
—No creo que sea mujer para él —dijo Winnie—. Soy una idiota. Y ni siquiera estoy segura de lo que es él para mí.
—¿Le has contado todo esto a él?
Barb parecía preocupada. Winnie estaba siendo muy intensa y eso no era típico de ella. Su amiga siempre se dejaba llevar, incluso con Rob. Pero en ese momento estaba cuestionándolo todo.
—Se lo he contado en parte. Pero todavía tengo que aclararme yo. A lo mejor no somos la persona adecuada para el otro.
—¿Después de once años?
—Podría ser. Quizá esto es todo lo que llegaré a tener. Un tío que duerme en mi cama porque mi casa es más grande que su piso, y puede echar un polvo antes de quedarse dormido por las noches, si le apetece.
—Eso es un poco duro, ¿no te parece? Se preocupa por ti mucho más que eso.
—No estoy muy convencida. Ahora cree que soy rara porque estoy viendo la serie. A él le gusta ver porno duro y le parece normal. Piensa que soy una friki.
—¿Le va el porno? —Barb pareció sorprendida mientras Winnie asentía.
—Lo peor es lo mucho que le gusta. Quiere que intente todo lo que hacen en las pelis. Tuvimos una discusión por eso cuando regresó de Detroit después de Navidad. No me parece que un hombre que me amara me pidiese hacer semejantes cosas. Es humillante. No sé, de pronto todo me parece mal entre nosotros. A lo mejor es una especie de crisis de la mediana edad para los dos.
Estaba siendo honesta con el tema y Barb no sabía qué decir.
—A Pete le daría un infarto si le pusiera una peli porno. Es bastante puritano —dijo con tono de decepción.
—Es mejor así, créeme —replicó Winnie, entristecida—. Me siento como una fulana barata con todas esas cosas que quiere que haga.
—Yo me siento como la Virgen María con Pete. Cree que soy una especie de santa.
—¿Y no lo eres? —la provocó Winnie.
Conocía la historia de Barb y todos sus secretos desde el instituto. Había salido con toda una serie de hombres además de los dos con los que había estado prometida.
—Seguramente es mejor que lo crea, en lugar de que sepa la verdad. Después del instituto tuve una época bastante loca. No hace falta que él lo sepa. No para de decir que soy la futura madre de sus

hijos. Un poco de porno le iría bien. Su abuelo materno es ministro de la Iglesia.

—Supongo que nunca llueve a gusto de todos. Yo solo quiero saber qué sentimos Rob y yo, el uno por el otro, después de once años.

—A lo mejor te respetaría más si os casarais.

—No creo que ese sea el problema. Sinceramente, no sé cuál es. A lo mejor nos aburrimos mutuamente, y él necesita el porno para añadir un poco de chispa a la relación. Pero, si es así, ¿dónde estaremos dentro de veinte años? ¿Engañando al otro? Tampoco quiero eso. Y no pienso casarme con alguien para que me respete si no lo hace ahora.

—¿Lo has engañado alguna vez? —Barb sentía curiosidad.

—Jamás. Si quisiera engañarlo, lo dejaría. ¿Qué sentido tiene seguir con él si quiero estar con otro? —Su amiga asintió, se quedó pensativa y no hizo ningún comentario durante un minuto.

—Supongo que es cierto —reconoció esta.

A Winnie le recordó a su hermana, que había engañado a Erik, aunque su matrimonio parecía sólido a pesar de ello. Y tal vez Erik también la había engañado. Las relaciones eran una puñetera complicación. Además, casarse era una solución muy radical. Winnie se preguntó si lo haría alguna vez.

—¿Alguna vez te sientes atrapada en este sitio? —le preguntó Winnie en ese momento.

—Nunca pienso en eso. Nos hemos criado aquí. Es nuestro hogar.

No quería marcharse jamás de Beecher y siempre había tenido sueños menos ambiciosos que Winnie. Con casarse le bastaba.

—Lo único que quería cuando estaba en la universidad era marcharme y no volver nunca más. No pude hacerlo mientras mi madre estaba enferma y luego renuncié a esa idea —confesó Winnie con melancolía—. Ahora vuelvo a pensarlo a veces. Irme a Nueva York o incluso a Chicago. ¿Verdad que sería emocionante?

Barb negó con la cabeza.

—No, yo me moriría de miedo. En Nueva York no duraría ni una semana, ni en Chicago, ni en Detroit. ¿Qué iba a hacer yo allí? No conozco a nadie. Me daría pánico incluso caminar por la calle.

A Winnie seguía encantándole la idea, aunque sabía que jamás lo haría. Rob era más parecido en ese aspecto a Barb y a su hermana. Su universo estaba definido por Beecher. Era todo cuanto conocerían en la vida y no anhelaban nada más. Si Winnie pudiera haberse ido volando de allí con fuerzas renovadas, lo habría hecho en ese mismo instante.

—Lo pienso de tanto en tanto mientras veo *Beauchamp*. Daría lo

que fuera por retroceder en el tiempo y formar parte de ese mundo.

—Solo es una serie, Win. Parece real, pero no lo es.

—Me encantaría poder escribir algo que resultara así de auténtico.

De pronto se le llenó la cabeza de sueños, sobre lugares, cosas y personas, y sobre la escritura que tanto amaba. La serie que había estado viendo había arrojado luz justo sobre el diminuto y limitado mundo en el que vivía, y en ese momento, ya nada parecía encajar. Todo lo relativo a Beecher se le quedaba demasiado pequeño. En el breve plazo de una semana, la serie la había cambiado. Se sentía como si hubiera soltado amarras. Resultaba estimulante y aterrador al mismo tiempo. Algo estaba ocurriéndole…, todavía no sabía el qué, pero esperaba que fuera algo bueno.

4

En febrero, contrataron en la imprenta a una chica nueva llamada Elise, y no les gustaba ni a Winnie ni a Barb. Era guapísima, con un cuerpo sensual y llevaba ropa muy provocativa y ajustada, y minifaldas que resaltaban sus largas piernas. Tenía veintiún años. La habían contratado para uno de los puestos de menor categoría, como chica para todo y ayudante del personal, antes de asignarla a cualquier otro departamento. Lo primero era conocer sus puntos fuertes. A Winnie siempre le venía bien que le echaran una mano en el departamento de producción, sobrecargado de trabajo, y Barb estaba volcada en las presentaciones. El jefe de departamento empezó encargando a Elise los pedidos de las tarjetas de presentación, y los hombres que acudían a pedírselas se quedaban sin habla al ver cómo iba vestida. Hamm la tenía constantemente en su despacho para encomendarle proyectos. Había pasado un año en Detroit como modelo comercial, pero decía que no le gustaba y tuvo que volver a casa. Era el primer trabajo de oficina que tenía y se confundió con los pedidos varias veces.

—Parece que a Hamm vaya a darle una embolia cada vez que habla con ella. Se pone rojo como un tomate —comentó Winnie, y a Barb le entró la risa.

—Mala suerte para él, la sangre se le va a la cara en lugar de írsele a otro sitio —dijo Barb con malicia.

La chica estaba poniéndolas de los nervios. Daba igual qué hiciera mal, Hamm siempre estaba dispuesto a perdonarla, mientras que era implacable con todos los demás. No cabía duda de que se encontraba hipnotizado con la belleza y la juventud de Elise.

Pasado un mes, cada vez que la nueva hablaba con el jefe, prácticamente lo hacía pegando su cuerpo al del hombre; Winnie se fijó en que él le ponía la mano en su torneado culo y que Elise no se apartaba. La chica sabía que tenía la sartén por el mango y le sacaba todo el partido que podía.

—Creo que está acostándose con él —le dijo Winnie a Barb entre susurros un día, tras verla de nuevo con Hamm.

Había algo distinto en la forma en que ambos hablaban, y el jefe se mostraba posesivo siempre que un hombre se acercaba a ella.

—No digas tonterías. Elise tiene veintiuno y él, cincuenta y ocho. Y, si tuvieras razón, su mujer lo mataría.

—Estoy segura de que su esposa no lo sabe. ¿Cómo van los preparativos de la boda, por cierto?

Se suponía que debían ir a Flint a mirar vestidos de novia, pero ninguna de las dos había tenido tiempo todavía y había hecho un tiempo horroroso desde Navidad.

Las cosas iban más o menos con Rob desde Nochevieja, pero ya no se habían producido más escenitas desde entonces. Al final, él había reculado y había dejado de presionarla para ver porno en pareja, lo cual era un alivio. Siempre que Winnie tenía tiempo para sí misma, veía la siguiente temporada de *Beauchamp Hall*. La serie mejoraba cada año, y la sexta temporada fue su favorita desde que la recibió. Se la ofreció a Marje para que la viera, pero ella no se mostró interesada; seguía prefiriendo los realities. Rob también había dejado de meterse con ella por la serie. No estaban más unidos que antes, pero las cosas volvían a estar en paz, y él se quedaba a trabajar hasta tarde varias noches a la semana. Cuando lo hacía, solía llegar agotado a la casa de Winnie y se iba directamente a dormir. Le comentó que esperaba un ascenso y que estaba trabajando duro para conseguirlo, así que su vida sexual ya no era lo primero. Al menos, hasta que consiguiera el ascenso, supuso Winnie. Él tenía un fuerte impulso sexual y una necesidad constante de sexo.

En abril hubo una oferta de trabajo en la imprenta. Una de las veteranas, que ocupaba un puesto técnico en el arte digital y el diseño gráfico, decidió jubilarse, lo que dejaría una vacante que muy pocas personas de la empresa podían cubrir. El puesto quedó cubierto de forma interna en una semana, lo que dejó una vacante de dirección para la que Winnie estaba cualificada. Eso la habría convertido en la directora de producción, con un salario más elevado, un cargo mejor reconocido y un despacho. Entraría en competición directa con dos de los hombres de la empresa para el puesto, aunque Barb estaba segura de que Winnie lo conseguiría. Llevaba más tiempo en la imprenta, contaba con diez años de experiencia y era muy buena en su trabajo. Podría haber dirigido toda la empresa si hubiera sido necesario.

Ninguno de los hombres que aspiraban al cargo llevaba tanto tiempo en el trabajo como ella. Pensar en esa posibilidad emocionaba a Winnie, además del aliciente que suponía un sueldo más alto. Con los años había ahorrado bastante, pero el ascenso constituiría un gran cambio en su vida. Lo habló con Marje y Erik, quienes también estaban seguros de que lo lograría. Incluso había empezado a pensar que, si le daban el puesto, podría tener dinero suficiente para viajar un poco.

El cargo estuvo disponible durante tres semanas, mientras Hamm

decía que estaba cambiando a algunas personas de los puestos importantes, y que haría un anuncio pronto.

Al final les dijo algo el lunes por la mañana. Los reunió a todos en la sala principal, donde se sentaron. Winnie se sintió desilusionada porque Barb estaba de baja con gripe, y le habría encantado estar con ella para recibir la noticia. Su amiga le había enviado un par de mensajes de texto esa misma mañana contándole lo enferma que se encontraba. Winnie intentó tranquilizarse mientras Hamm pronunciaba un breve discurso, y se fijó en que sus dos competidores parecían unos engreídos. Un minuto después, Hamm les informaba de que ambos habían sido escogidos jefes de departamento, lo que había requerido cierta reorganización. Y todavía no había anunciado a quién había elegido para el cargo que todos querían ocupar de director de producción. Sin embargo, el hecho de que los dos hombres hubieran sido asignados a otros cargos dejaba sola a Winnie como candidata a la dirección, así que el resultado estaba claro. Con ambos fuera de la competición, solo Winnie tenía las cualidades organizativas para dirigir el departamento de producción y, por fin, iba a recibir el reconocimiento que merecía, aunque ya estuviera desarrollando ese trabajo desde hacía años. Ya empezaba a esbozar una sonrisa cuando Hamm realizó el anuncio.

—Y me siento muy orgulloso de compartir con vosotros que Elise Borden es nuestra nueva directora de producción. Durante los dos meses que lleva con nosotros, ha demostrado tener unas cualidades asombrosas.

Winnie sabía que Hamm opinaba que el departamento de producción funcionaba solo. Elise sonrió de oreja a oreja al jefe, y Winnie estuvo a punto de quedarse boquiabierta mirándolos. Lo que él acababa de decir era imposible. Elise tenía veintiún años y la cabeza llena de pájaros. ¿En qué estaba pensando Hamm? Aunque eso confirmaba al cien por cien que estaba acostándose con ella. Eso la convertía en la jefa de Winnie. Tendría que rendirle cuentas a partir de entonces. Él habría imaginado que Winnie haría el trabajo para que Elise se llevara los honores.

Pasados unos minutos, todos habían vuelto a sus puestos, murmurando entre dientes sobre el milagroso ascenso de Elise, y Winnie se arrastró hasta su puesto mientras le pitaban los oídos, como si se hubiera producido una explosión dentro de su cabeza. Después de diez años, le había pasado por delante una chica sin experiencia que llevaba menos de dos meses allí. Aquella humillación le sentó como un jarro de agua fría. Permaneció en su mesa, muerta de ansiedad, toda la mañana, y envió una retahíla de mensajes de texto a Barb. Su

amiga no respondió, pero al final sí lo hizo y dijo que era una locura y que la llamaría más tarde. De todas formas, Winnie se sentía demasiado nerviosa para querer hablar del tema. Estaba a punto de romper a llorar y, a la hora de comer, era tal su inquietud que entró en el despacho de Hamm. Al mismo tiempo, Elise estaba trasladando las cajas con sus objetos personales y documentos a su nuevo despacho.

—¿Qué pasa? —espetó Hamm en cuanto vio a Winnie entrar por la puerta.

Ella creyó que fingía estar avergonzado, pero que no era sincero.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Lo aterrorizaba la pregunta, porque jamás se trataba de algo bueno, sobre todo en esas circunstancias. Sabía que lo que quería comentar Winnie era el nuevo puesto de Elise. Todos cuchicheaban sobre el mismo tema.

—Tengo que salir a una comida de negocios dentro de cinco minutos, más te vale que sea algo rápido —advirtió Hamm a toda prisa.

Estaba segura de que la comida era con Elise para celebrar su nuevo puesto. Hamm sonreía cada vez que la miraba; resultaba tan obvio que llegaba a ser ridículo.

—Seré rápida —prometió Winnie al tiempo que cerraba la puerta al entrar.

No quería que nadie más oyera lo que tenía que decir, ni mucho menos, Elise. Sabía que, si Barb hubiera estado allí, le habría impedido entrar al despacho del jefe, pero no estaba y ya nada podía detenerla.

—¿Qué acaba de pasar ahí fuera? Elise lleva cinco minutos en la empresa, yo llevo diez años. ¿Es que es una especie de broma? ¿O es que hay que acostarse con el jefe para ascender? —Hamm se puso rojo como un tomate y adoptó expresión de querer estrangular a Winnie allí mismo—. Si así es como funcionan las cosas ahora, yo no he recibido ninguna circular informativa. Habría estado bien saberlo, aunque toda la empresa ya lo haya supuesto.

—Elise tiene formación en producción —dijo él con la voz entrecortada, mintiendo descaradamente—. Y, si hubieras recibido esa circular, Winnie, ¿qué habrías hecho al respecto? —le soltó para provocarla.

Ella nunca le había gustado y se notaba.

—Nada, en realidad. Yo no le hago mamadas al jefe por debajo de la mesa. Pero, si es así como funcionan las cosas ahora, no me habría molestado en aguantar diez años aquí ni esperar un ascenso que no

ibas a darme. Me has jodido bien.

—A lo mejor si colaborases un poco más —dijo él subrayando el verbo y con una mirada maliciosa—, si te dejaras llevar, quizá habrías conseguido el ascenso antes que ella. Es una chica muy lista y sabe qué hacer para ascender antes que tú.

Winnie no podía creer que estuviera diciéndole eso; lo dejaba todo bastante claro.

—¿Qué pasará cuando tu mujer lo descubra?

—No tengo ni idea de qué estás hablando. Pero en el mundo actual, algunas mujeres saben lo que tienen que hacer para ascender y otras no.

Lo había puesto furioso; lo había ruborizado.

—Maldita sea, ¿cómo he podido estar tan confundida durante todos estos años? Pensaba que esto era una imprenta. Habré leído mal el cartel. Porque resulta que es un burdel.

Hamm puso cara de estar a punto de infartar cuando Winnie dijo aquello, y se le veía una vena latiendo en la sien.

—Yo no estoy para jueguecitos con el jefe, Hamm, ni siquiera con tal de conseguir un ascenso que merezco. No necesito tanto este trabajo. Supongo que ella sí. Es joven. Alguien le ofrecerá un puesto más importante por hacer lo mismo y tú quedarás como un idiota. Y, por cierto: lo dejo. —Dicho aquello, abrió la puerta de golpe y salió.

Fue directamente a su mesa, metió las pocas cosas que tenía en su bolso, sin molestarse en vaciar los cajones, cogió el abrigo y se marchó. Vio a Hamm entrar a hurtadillas en el despacho de Elise antes de irse. El jefe cerró la puerta para hablar con ella con expresión atribulada, y Winnie supo que debía de estar muerto de miedo por la posibilidad de que ella le pusiera una demanda por discriminación, pero Winnie no pensaba rebajarse así. Él era un cerdo, siempre lo había sido, mucho más de lo que ella había imaginado. Sentía lástima porque Barb tuviera que regresar a un trabajo así, aunque de todas formas lo iba a dejar por Pete en cuanto se hubieran casado.

Se preguntó cuánto tiempo tardaría Hamm en darse cuenta de lo que acababa de perder. Sin ella, la producción se ralentizaría hasta detenerse y no importaba qué cargo tuviera Elise o qué argumentara Hamm, la chica no tenía ni idea de cómo hacer el trabajo. Y no había nadie que pudiera desempeñar la labor de Winnie y conseguir que Elise quedara bien en su puesto.

Winnie no recordaba haberse sentido tan enfadada en toda su vida. La había desplazado la chica que estaba acostándose con el jefe. Era lamentable; no podía creer que Hamm hubiera actuado así. Iba a escribir un mensaje de texto a Barb para decirle que se había

despedido, pero antes quería llegar a casa. Necesitaba tranquilizarse. Ni siquiera había pensado en qué haría después de despedirse. Era una persona muy organizada, una trabajadora excelente, pero no había muchas alternativas para sus cualidades en Beecher, Míchigan. Sentía como si el destino la hubiera obligado a dejar un trabajo en el que, de todas formas, no debía seguir. Pero ¿qué haría a continuación? No tenía ni idea.

Aparcó en el camino de entrada a casa y casi se olvida de quitar el contacto. Le sorprendió que la camioneta de Rob estuviera aparcada en la calle. Supuso que él había olvidado algo y que había pasado a recogerlo, o que, a lo mejor, estaba enfermo. Abrió la puerta y entró. La casa se encontraba en silencio, y se preguntó si Rob estaría dormido. Winnie quería contarle lo ocurrido y subió corriendo la escalera para mirar en el dormitorio; lo que vio la dejó petrificada. Estuvo a punto de atragantarse cuando asimiló toda la escena. Barb estaba atada a la cama con unas cuerdas en las muñecas, mientras Rob le practicaba sexo oral y en la tele se veía una de sus películas porno favoritas. Su amiga gritó al verla y se removió para soltarse de sus ataduras. Rob pensó que chillaba de placer y redobló sus esfuerzos; Winnie se encontraba detrás de él y no pudo verla. Permaneció callada, demasiado impresionada para hablar. Barb no podía dejar de chillar y Winnie sintió como si alguien estuviera arrancándole las tripas. Era la continuación perfecta para uno de los peores días de su vida.

—¿¡Estáis de puta coña!? ¿Qué cojones está pasando aquí? —chilló cuando logró reunir fuerzas.

Rob se quedó paralizado en cuanto oyó su voz. Se volvió a mirar y soltó un quejido, mientras Barb rompía a llorar y seguía luchando por zafarse de las cuerdas que la sujetaban por las muñecas. Él la desató con las manos temblorosas y se incorporó para enfrentarse a Winnie, con el pene en plena erección, al tiempo que Barb salía de la cama de un salto y corría por detrás de ellos para ir a encerrarse al baño, mientras no paraba de llorar como una loca.

—Winnie, por favor, esto no es lo que parece. —Era la mentira más antigua del mundo.

—No puedo creer lo que acabas de decir —dijo ella señalándole el pene—. ¿Qué estabas haciéndole? ¿Practicándole primeros auxilios? Por supuesto que es lo que parece. ¿Cuánto tiempo llevas acostándote con mi mejor amiga? —Winnie temblaba de pies a cabeza.

—Solo han sido un par de veces, lo juro, no significa nada para ninguno de los dos. Solo estábamos pasándolo bien. Pete es un muermo en la cama.

—Por lo visto, no significo nada para ninguno de los dos. Fuera de mi casa.

Barb ya había salido del baño en ese momento y estaba vestida, todavía llorando, y Winnie no dejaba de temblar mientras los miraba. No podía creer que siguiera en pie y fuera capaz de hablar. Estaba en shock.

Cayó en la cuenta de que seguramente usaban su casa porque el piso de él era un vertedero y Barb vivía con Pete. Si hubieran ido a un hotel, alguien podría haberlos visto y haberse ido de la lengua. La casa de Winnie resultaba mucho más agradable y familiar para ambos. Había demostrado ser una opción desastrosa.

—Por el amor de Dios, no se lo digas a Pete —le suplicó Barb—. Cancelará la boda. No lo entenderá. —Estaba lloriqueando, suplicando piedad mientras Winnie la miraba, incrédula.

—¿Hablas en serio? ¿Piensas casarte con él de todas formas? ¿Después de esto? Sois los dos unos cerdos —espetó mirando a Rob.

—Yo amo a Pete —replicó ella entre gritos desconsolados mientras Rob se ponía los tejanos.

—¿Y le haces esto? Los dos me ponéis enferma. Ahora largo de aquí y llévate el DVD. No quiero volver a veros en mi vida.

Rob no intentó quedarse para hablarlo con Winnie. Sabía lo que pasaría. Ella tenía cara de querer matar a alguien. Y Barb estaba tan desesperada que lo único que él deseaba era largarse de allí antes de que pasara algo más. Aquella escenita ya había sido bastante. Barb le había asegurado que Winnie no iría a comer a casa. Ya lo habían hecho antes, varias veces, y se habían salido con la suya. Pero en esa ocasión no. Rob quería dar a Winnie tiempo para tranquilizarse.

A ella le temblaban tanto las piernas que, en cuanto se marcharon, tuvo que sentarse durante unos minutos; se levantó al ver que las cuerdas todavía estaban atadas a su cama. Las quitó de golpe, retiró las sábanas y la manta y corrió al piso de abajo para meterlas en la lavadora. Le daba igual si la manta se estropeaba. De todas formas, lo único que quería era tirarlo todo. Estaba tan disgustada que no sabía qué hacer. Puso la lavadora y salió enseguida de casa para ir en coche a la de su hermana, sin parar de llorar por el camino. Se habían abierto las compuertas del llanto y no podía detener el torrente cuando bajó del coche en casa de Marje y corrió hacia la puerta. Marje se encontraba sentada en el salón, viendo uno de sus realities en la tele. Era lo único que hacía a diario antes de que los chicos llegaran del colegio.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Se dirigió hacia ella en cuanto la vio; lloraba con tal fuerza que no

lograba hablar con claridad. Marje intentó tranquilizarla, pero pasaron cinco minutos de reloj antes de que su hermana pequeña pudiera decir algo.

—He tenido un día horrible —confesó Winnie, como si fuera una niña indefensa; a Marje le recordó cuando su hermana tenía cinco años y ella quince.

—Ya me lo imaginaba. Cuéntame qué ha pasado —le ofreció Marje con tono consolador.

—He dejado el trabajo —dijo ella, hipando entre sollozos.

Le contó lo del ascenso que no había conseguido y lo que le había dicho a Hamm Winslow en su despacho cuando se despidió.

Marje la escuchó sonriendo.

—Bueno, pues tardará en olvidarte; ese sitio seguramente se irá al garete sin ti. Seguramente yo habría hecho lo mismo. Menudo gilipollas.

—Luego me fui a casa. —Rompió a llorar otra vez—. La camioneta de Rob estaba en la calle. —Marje tuvo un mal presentimiento cuando su hermana lo dijo y sospechó que la historia iba a ponerse mucho más fea—. Fui al piso de arriba a buscarlo. —Describió la escena que vio al entrar en su dormitorio y su hermana torció el gesto.

—¡Oh, Dios! —Winnie le contó lo de las cuerdas y todo—. Menudo par de idiotas. Cuánta maldad. Lo siento, Winnie.

Abrazó a su hermana mientras lloraba.

—No creo que esté enamorada de él. Llevo días intentando aclararme. Pero todavía estamos juntos, y Barb ha sido mi mejor amiga desde que éramos niñas. No puedo creer que me haya hecho algo así.

El recuerdo de lo que había visto le revolvió el estómago. Jamás la había traicionado una amiga. Aquello le partía el alma, mucho más que la infidelidad de Rob.

—Son unos mierdas —sentenció Marje, furiosa, y entonces miró con más seriedad a su hermana—. Esto no es culpa tuya, Win, pero, a lo mejor, como ninguno de los dos ha querido comprometerse durante todo este tiempo, él creía que era libre para hacer lo que se le antojara.

—Pero si él nunca ha querido casarse… A mí no me parece justo. No me veía con él durante el resto de mi vida, pero la relación nunca fue tan mala como para dejarla. Yo pensaba que aguantaríamos un tiempo; pero de pronto ya han pasado once años y nunca hemos tomado una decisión. Lo hablamos después de Navidad. Creo que a él solo le importa el sexo.

Marje asintió. Eso parecía.

—Yo creía que Rob era mejor persona.

—Pues no lo es —dijo Winnie con tristeza—. Y yo he sido tan idiota de pasar todos estos años con él. Ahora soy demasiado mayor para encontrar a alguien y me quedaré sola el resto de mi vida.

Sonaba a auténtica tragedia, y su hermana mayor sonreía mientras la escuchaba.

—Los treinta y ocho no son precisamente el final del camino. Necesitas un tiempo para superar esto.

Fueron juntas hasta la cocina, Marje le sirvió un vaso de agua y se lo dio. A Winnie le temblaba la mano cuando lo cogió. Además, necesitaba un trabajo, pero lo que Rob y Barb le habían hecho había eclipsado la importancia de su renuncia laboral.

—¿Por qué no te quedas a dormir esta noche?

Winnie se lo pensó y negó con la cabeza.

—Quiero irme a casa. He metido las sábanas en la lavadora antes de irme. No quiero volver a ver nunca más a ninguno de los dos. —Marje asintió—. Nunca pensé que Barb pudiera caer tan bajo. Nuestra amistad no significa nada para ella. Y todavía quiere casarse con Pete.

A esas alturas, ya había recibido más de una decena de mensajes de texto de Barb, pero no había leído ninguno.

Winnie permaneció en casa de su hermana hasta que sus sobrinos regresaron del colegio. Ellos se sorprendieron de verla allí.

—¿Qué haces aquí, tía Win? —le preguntó su sobrino pequeño, Adam.

—He venido a ver a tu madre —respondió ella sin precisar y se marchó unos minutos después para regresar a la escena del crimen y la estupidez de Rob y Barb.

Barb había seguido enviándole mensajes cada pocos minutos durante la tarde, rogándole perdón y suplicándole que no se lo contara a Pete. Al final, Winnie leyó algunos y borró los demás sin leerlos. Rob le había dejado un audio largo y torpe diciéndole que aquello no significaba nada, que era solo para pasarlo bien y jugar un poco, que lo sentía mucho y que iría a verla esa noche. No respondió a ninguno de los dos, agarró la ropa que Rob se había dejado en su armario y la tiró al cubo de la basura de la calle.

Hizo la cama con sábanas limpias, una vieja manta y una colcha de su madre, mientras sentía que no podía respirar al recordar lo que había ocurrido unas horas antes. Odiaba el simple hecho de estar en la habitación. Entonces se dio cuenta de que los DVD de *Beauchamp* estaban junto a la tele, donde Rob debió de dejarlos. Se había llevado su peli porno. Se levantó, puso *Beauchamp Hall* en el reproductor de DVD y le dio al *play* con el mando. Le resultó reconfortante oír las

voces conocidas, como si unos amigos estuvieran allí con ella. No intentó seguir la historia, se limitó a mirar la tele y rompió a llorar de nuevo. Se lo habían quitado todo de golpe: el trabajo, a su novio y a su mejor amiga, todo en el mismo día. Lo de Barb era lo que más la afectaba. No le quedaba nadie más en la vida, salvo su hermana. No tenía ni idea de qué hacer ni por dónde empezar. De pronto vio toda su existencia como una película. Diez años en el trabajo, el ascenso que merecía en manos de una chica que se acostaba con el jefe, once años con Rob que habían pasado volando, y su amiga de la infancia, como la traidora definitiva. Se quedó ahí tumbada, mirando la tele y lloró hasta dormirse.

5

Durante las dos semanas siguientes, Winnie fue pasando de su casa a la de su hermana, sintiéndose mareada y atontada. La mayoría del tiempo estaba en la suya y se ponía uno de los DVD de *Beauchamp Hall* en el reproductor, como una especie de música de fondo para su vida rota. Había llamado a la biblioteca y había pedido un descanso como «cuentacuentos» voluntaria; les había dicho que estaba enferma. No quería tener ninguna obligación y tampoco podía enfrentarse a los niños; no de momento, hasta que recuperase el equilibrio. Y estaba muy lejos de alcanzar esa meta.

Ignoraba qué hacer a continuación. Sabía que había una vacante en la recepción del hotel de Beecher. Había visto anunciado en el periódico que un agente de seguros necesitaba una nueva ayudante, y la funeraria local buscaba una anfitriona para recibir a los familiares de los difuntos. Resultaba todo muy deprimente, aunque trabajar en una imprenta tampoco había sido el empleo de sus sueños. No había muchas oportunidades en Beecher, y no quería tener que perder dos horas en el transporte público a diario para ir y venir de Detroit, ni trasladarse a esa ciudad. Por si fuera poco, se sentía demasiado mayor para mudarse a Chicago o a Nueva York y empezar de cero. Era como si su vida hubiera frenado en seco.

Rob seguía enviándole mensajes de texto asegurando que quería verla. Incluso se había presentado en su casa una noche a última hora. Winnie había cambiado las cerraduras el día después de pillarlo en la cama con Barb y, cuando él se pasó por allí, no le abrió la puerta. No respondía a ningún mensaje; había terminado con él y estaba más triste por los años perdidos que por la pérdida del hombre en sí. Rob no era una persona amorosa y no la había tratado bien, con amabilidad y respeto. Cada día que pasaba, lo veía con más claridad.

Barb le había escrito una larga carta, en un intento de explicárselo todo. Afirmaba que pensaba que a Winnie en realidad no le gustaba Rob, por eso no importaba su aventura. Se veían solo para tener sexo y pasarlo bien. Winnie pensó que resultaba patético y más teniendo en cuenta que ella iba a casarse con otro hombre, quien en realidad la aburría y no la excitaba en la cama, pero que podía pagar las facturas y conducía un Porsche. A Barb le gustaba la idea de ser la mujer de un dentista, pero se sentía mucho más atraída por Rob, el cual solo la quería para el sexo. Eran compañeros de porno. Winnie no se molestó

en responderle. El vínculo entre ellas se había roto y no quería volver a verla. Le agradecía que le hubiera dado a conocer *Beauchamp Hall*, pero eso era todo. Después de lo sucedido, estaba claro que su amistad de casi treinta años había acabado. Winnie no tenía nada que decirle a Barb.

Seguía intentando averiguar qué sentía en realidad. En los momentos de tranquilidad, se daba cuenta de que no tenía el corazón roto por Rob, sino que estaba triste por no poder confiar en nadie tras lo ocurrido. Su jefe, su novio y su mejor amiga la habían traicionado, y se encontraba como si se hubiera estampado contra un muro. Contaba con ahorros suficientes para no tener que trabajar durante varios meses, y algo de dinero que su madre le había dejado, que jamás había tocado. No estaba desesperada económicamente, pero sentía como si alguien hubiera puesto en pausa su vida. Apenas tenía fuerzas para salir de la cama.

—No puedes quedarte mustia en tu casa con la tele puesta todo el día —le dijo Marje.

Erik le había ofrecido un trabajo como ayudante del despacho del director en su empresa de fontanería, aunque en realidad no la necesitaba y era para hacerle un favor, y Winnie no quería eso. Había una librería en la ciudad que no tenía mucho movimiento, varios restaurantes, algunos moteles, una tienda de informática, una inmobiliaria, una imprenta más pequeña que la de Winslow, donde habrían estado encantados de contar con ella, y ella tenía la formación necesaria para ese trabajo. Sin embargo, eso tampoco le interesaba. No le atraía ninguna de esas ofertas.

—Me siento como si estuviera teniendo una especie de experiencia extracorpórea —le explicó a su hermana— en la que estoy viéndome desde arriba. Es como estar nadando bajo el agua. Todo sucede a cámara lenta. Creo que estoy ahogándome, y la mayoría del tiempo, ni siquiera me importa.

—Tienes derecho a autocompadecerte —le advirtió Marje con amabilidad—, pero en algún punto debes salir a la superficie para coger aire.

Winnie asintió en silencio.

Cuando llegó a casa volvió a encender el reproductor de DVD y apretó el mando sin atender a la pantalla. Se quedó sorprendida al mirar y ver en la tele las mismas caras conocidas, con los intérpretes caracterizados y con el vestuario, pero con los acentos ligeramente cambiados y no tan marcados como en la serie. Sin querer, había hecho clic sobre el icono de «Escenas omitidas» y «Cómo se hizo *Beauchamp Hall*».

Estuvo a punto de apagarlo y volver a los episodios que ya se sabía casi de memoria, pero se detuvo al ver a uno de los actores paseando por el pueblo donde se rodaba la serie, con el castillo de fondo. Se trataba de un lugar pintoresco, con sus típicas casitas de la campiña inglesa y tiendas con vitrinas de las de antes, con personas sonrientes caminando por allí y saludando al actor que iba explicando cuánto le encantaba el pueblo, sus compañeros de reparto y la serie. «Para mí, esto es mi hogar —decía—; llevamos todos seis años aquí. Volvemos a casa durante un tiempo, en los descansos entre temporadas, pero la mayoría está impaciente por regresar. Adoramos este sitio y sus habitantes nos adoran». La cámara volvió a enfocar a los sonrientes lugareños, que miraban con calidez al actor, intérprete de uno de los héroes protagonistas de la serie. Winnie sonrió. Aquello le produjo una sensación de bienestar: contemplar el pueblo y el castillo que, para ella, también era como su hogar. La serie le había proporcionado una existencia rica en fantasía y había evitado que se sintiera incluso más deprimida por su vida real. Cuando el fragmento terminó, permaneció sentada contemplando la pantalla negra y, de pronto, supo qué quería hacer. Tenía el tiempo y el dinero suficiente para marcharse una temporada y ningún motivo para quedarse en Beecher en ese momento, salvo encontrar otro trabajo que seguramente odiaría. Además, no quería toparse ni con Barb ni con Rob, coincidencia muy probable al ser una ciudad tan pequeña. Le daba miedo verlos siempre que salía de casa, aunque fuera solo a comprar comida, por eso iba a la tienda a horas intempestivas, para evitar encontrárselos.

Con el pulso tembloroso, llamó a la compañía aérea y redactó una lista de las cosas que debía hacer, luego fue al banco y retiró dinero. No necesitaba demasiado efectivo, tenía tarjetas de crédito libres de cargos y ninguna factura pendiente. Comprobó cuánto le quedaba ahorrado y se aseguró de poder estar sin trabajar durante varios meses. Jamás había hecho una locura en toda su vida y sabía que estaba a punto de cometerla ahora. Pero no tenía marido, ni hijos, ni trabajo, ni novio, nada ni nadie que la atara. Era libre como el viento y, mientras lo pensaba, sintió que estaba reflotando a toda prisa hacia la superficie. Ya no se ahogaba, sino que nadaba con limpias y largas brazadas hacia su destino.

Fue en coche hasta Detroit para renovar el pasaporte y, con el billete ya reservado, le prometieron que tendría el documento listo al día siguiente. Debía regresar a buscarlo, pero estaba decidida a conseguirlo todo. Pasó por casa de Marje en el camino de vuelta y entró por la puerta a todo correr. Los chicos estaban haciendo los

deberes y su hermana empezaba a preparar la cena. Puso cara de sorpresa cuando vio a Winnie sonriéndole. Parecía una mujer diferente de la que se había marchado, profundamente rechazada, horas antes.

—Parece que te haya tocado la lotería. —Marje le sonrió.

—Como si hubiera ocurrido. Ya sé lo que voy a hacer.

—¿No tendrá nada que ver con una pistola y con cualquiera de las personas que te han jodido la vida?

—Es mejor que eso. Me voy a Inglaterra.

—¿Inglaterra? —Marje parecía sobresaltada—. ¿Para qué?

—Para pasarlo bien. Me voy a North Norfolk, a una aldea llamada Burnham Market. Queda a tres horas en coche del norte de Londres, o a dos horas en tren. Se supone que es un sitio encantador, con un montón de historia y quiero visitarlo. Es donde ruedan la serie de *Beauchamp Hall*. Ahora tengo tiempo y nunca podré volver a hacer algo así. Quiero verlo y respirar el aire de ese lugar. Además, dicen que hay unas playas preciosas.

Marje parecía un tanto confusa. Winnie tenía pinta de estar colocada o algo así, y su hermana mayor se preguntó si estaría borracha.

—¿Has estado bebiendo?

Winnie negó con la cabeza.

—Ya sé que parece una locura, pero me encanta esa serie. Si pudieras conocer a las amas de casa de tu programa de Las Vegas, ¿no lo harías?

—A lo mejor. Si ellas vinieran aquí. No me veo yéndome a Las Vegas para acosarlas —respondió, preocupada por su hermana.

Winnie se sentía eufórica.

—Tú estás casada y tienes hijos, yo no. Ahora mismo nada me ata a este lugar. —Marje se quedó mirándola—. Salvo tú, claro —añadió—. Pero tú tienes una vida aquí y yo no.

—Y, cuando ya lo hayas visto, ¿qué harás?

—No lo sé. Ya lo pensaré. Puedo estar sin trabajar un par de meses. Tengo que hacerlo, Marje. Es un presentimiento. Es una de esas cosas que siento que debo hacer.

—Ya sabes que es solo una serie de ficción, ¿no? —le recordó Marje—. Tarde o temprano tendrás que volver a la realidad.

Sin embargo, tal como estaba, no sacaba nada en limpio: yendo de su cama al sofá del comedor, viviendo como enclaustrada, llorando a todas horas. Por primera vez en dos semanas, volvía a sonreír y a sentirse viva de nuevo. Marje pensó que a lo mejor aquello le haría bien.

—¿Cuándo te quieres ir?

Winnie tomó aire.

—Pasado mañana. He conseguido un buen precio para un vuelo con destino a Londres. Me quedaré allí dos días. Nunca he estado esa ciudad. Luego iré hasta Burnham Market; parece un lugar realmente encantador. Hay una casa que se llama Holkham Hall por allí cerca, se construyó en el siglo XVIII, y es una de las edificaciones más importantes de Inglaterra. Quiero hacer una visita por la zona. Y el castillo de Haversham, donde se rueda *Beauchamp Hall*, es incluso más fabuloso. Quiero visitar esos dos sitios. El pueblo acumula un montón de historia interesante y los aldeanos tienen permiso para asistir a los rodajes en exteriores de la serie. —Lo había visto en los DVD; todo el mundo estaba encantado de formar parte de ello. Ella también quería experimentarlo. Había leído descripciones del pueblo y estaba impaciente por verlo, con sus pintorescas y antiguas tiendecitas, y una iglesia del siglo XIII. La población permanente no llegaba a las mil personas. Era un lugar pequeño y muy atractivo—. Ya sé que parece una locura, pero es lo que quiero hacer. —Hablaba como una niña pequeña, no como una mujer de treinta y ocho cuya vida llevaba años suspendida en un limbo y había saltado en pedazos hacía dos semanas.

Marje se preguntó si no sería eso lo que necesitaba para volver a ponerse las pilas y encontrar a alguien adecuado para sentar la cabeza cuando regresara a casa.

—Sí que parece una locura —admitió su hermana mayor sonriendo al ver la alegría desatada en la mirada de su hermana pequeña—. No necesitas mi permiso. Si puedes pagártelo, vete. Luego vuelve y busca un trabajo en serio y otro tío. No te quedes en Inglaterra, por favor. Te echaría demasiado de menos.

—No me quedaré. Solo quiero ver dónde ruedan la serie. Sueño con ello todas las noches.

Marje asintió en silencio.

—¿Quieres quedarte a cenar?

—Tengo que ir a casa y hacer la maleta. ¿Le echarás un vistazo a mi casa cuando no esté?

Marje asintió de nuevo.

Había ocurrido todo tan de repente que todavía no le parecía real. Sin embargo, la vida de Winnie se había desmoronado con la misma rapidez, en el plazo de una hora, y eso tampoco parecía real. En ese momento iba a marcharse y empezaba a sentir que volvía a llevar las riendas de su vida.

—Volveré mañana después de recoger el pasaporte. Tengo mucho

que hacer antes de irme.

Al día siguiente, con su habitual eficiencia, ya lo tenía todo organizado: las maletas hechas, el pasaporte en la cartera, las facturas pagadas y todo recogido y limpio. Volvía a sentirse entera, o de camino a sentirse así. Había metido los DVD de *Beauchamp* en la maleta, aunque no estaba segura de por qué, y se llevó un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* para leer en el avión. Su equipaje consistía en tejanos, un par de faldas y prendas para el día a día; botas de montaña; un par de deportivas; un vestido bonito, por si acaso, que no estaba segura de si llegaría a usar; calzado plano y cómodo, y unos tacones. Llevaría abrigo, ya que el tiempo en Inglaterra todavía era frío. Tenía todo cuanto necesitaba y se sentía lista para partir. Mentalmente ya se había ido cuando pasó por casa de su hermana a cenar esa noche y despedirse de ella, de Erik, de Adam y de Jimmy.

—¡A lo mejor vuelves de Inglaterra con un chico! —soltó de broma su cuñado—. Y no olvides que, si quieres, tienes un trabajo conmigo cuando regreses a casa.

Trabajar como asistente del jefe de departamento de una empresa de fontanería no era su empleo ideal, pero se sentía conmovida por la amabilidad de la oferta y se lo agradeció.

—Cuídate y no hagas ninguna estupidez ni locuras —le advirtió Marje mientras la abrazaba por última vez.

Se sentía como si estuviera enviando a una niña al colegio; Winnie siempre sería su hermanita pequeña, sin importar lo mayor que fuera.

—Te prometo que te enviaré mensajes. Podemos llamarnos por FaceTime o Skype.

—Cuéntame si ves a algún famoso en el rodaje —dijo Marje sonriéndole—. Cuídate, Win. Te quiero.

Winnie asintió con los ojos llorosos y luego se fue a toda prisa hacia el coche, que estaba en el camino de entrada. Sabía que, si se quedaba un minuto más, rompería a llorar en brazos de su hermana y no quería que nada le impidiera marcharse. Marje seguía despidiéndose con la mano, con la brillante luz de su casa a sus espaldas, mientras Winnie se alejaba con el coche. Cinco minutos después, ya se encontraba en su casa y vio en el contestador que Rob la había vuelto a llamar, pero al fijo, puesto que en el móvil lo había bloqueado. Borró el mensaje sin escucharlo, echó un vistazo a la casa y subió a acostarse. Tenía que levantarse a las cinco de la mañana.

Winnie se despertó antes de que sonara la alarma. Todavía era de noche y caían finos copos de nieve, aunque era mayo. A menudo se

producían nevadas tardías en esa época del año. La noche anterior, había dejado las maletas junto a la puerta. Llevaba una maleta grande, una de cabina con rueditas y una mochila. Estaba demasiado emocionada para desayunar y llamó a un taxi para que la llevara a la estación de autobuses, desde donde viajaría a Detroit. Debía llegar a la ciudad a las ocho y media y allí cogería otro autobús hasta el aeropuerto. Le quedaba un vuelo corto hasta Chicago, una breve espera en el aeropuerto de O'Hare, y luego un vuelo directo a Londres que salía a las dos de la tarde. Tardaría ocho horas y aterrizaría en Londres a las tres de la madrugada, hora local. Había reservado dos noches en un hotel que había encontrado en internet, el Westminster. Iba a pasar dos días visitando la capital, descubriendo los lugares sobre los que había leído durante años y jamás había visto: la Torre de Londres, el palacio de Buckingham, donde presenciaría el cambio de guardia, el museo Victoria y Alberto, las galerías del Tate, Hyde Park y el museo de cera de Madame Tussaud. Quería tomar al menos una copa en Rules, el restaurante más antiguo de Londres; lo había visto en la serie. Deseaba visitarlo todo, aunque no le dedicaría demasiado tiempo. Tenía muchas ganas de llegar a Burnham Market; siempre podía volver a Londres si quería, o visitar más enclaves turísticos de regreso a casa. Su billete tenía la vuelta abierta, pues no quería limitar su estancia en Inglaterra. Quería estar allí mientras se sintiera feliz o hasta que se le acabara el dinero, aunque eso no ocurriría hasta pasado mucho tiempo. No se trataba de un viaje de lujo, pero sí contaba con la lujosa flexibilidad temporal para ir donde le apeteciera y hacer lo que deseara.

Marje le envió un mensaje mientras rodaban por la pista, cuando estaba a punto de apagar el móvil para despegar con destino a Londres: «Pásalo de vicio, hermanita. Haz que cada minuto cuente. Te quiero, Marje».

A Winnie se le empañaron los ojos cuando lo leyó y respondió enseguida: «Yo también te quiero. Volveré pronto. Con todo mi cariño, Win». Y luego tuvo que apagar el móvil. Le parecía una locura haber cumplido los treinta y ocho y no haber hecho nunca nada como aquello. Se le habían pasado los años volando, y de pronto volvía a sentirse joven y libre. Casi se alegraba de que Rob hubiera provocado que su relación terminara. Ella jamás habría tenido el valor de hacerlo y habría seguido arrastrando ese vínculo durante años. En lugar de eso, había escapado de la inercia con ayuda de Barb, y ahora tenía la oportunidad de cumplir sus sueños. Al fin y al cabo, no era todo tan malo, aunque había sido una forma chocante de alcanzar su objetivo. Sin embargo, ya había dejado todo eso atrás. Y tenía por delante una

buena época, se dijo a sí misma mientras el avión despegaba.

Se durmió durante el vuelo y se despertó cuando anunciaban el aterrizaje en Heathrow. Una fina niebla lo envolvía todo cuando tocaron tierra. Pasó por Aduanas y Migración sin problemas, recogió las maletas, cogió un taxi y se dirigió al hotel. Escribió un mensaje de texto a Marje de camino para decirle que había aterrizado sana y salva. Llegó a las cuatro de la madrugada, tal como ella ya había advertido al hotel. Tenía una sencilla habitación individual con vistas a un feo callejón de un barrio comercial aparentemente seguro, con muchas tiendas y restaurantes en la zona. Se encontraba en la zona de Bayswater, y el precio del alojamiento era correcto. La estancia allí no perjudicaría su presupuesto y, de todas formas, pasaría gran parte del tiempo fuera de la habitación. Se tumbó en la cama un ratito y se despertó a las nueve y media, hora local, con la luz del sol entrando por la ventana. Una hora después, ya estaba en la calle, armada con un mapa que había cogido del hotel para empezar su visita exprés de Londres. Subió a varios autobuses de dos plantas y tomó el metro, que la transportó con diligencia a todos los sitios que quería conocer.

Empezó por la Torre de Londres; visitó las mazmorras y una maravillosa exposición de las joyas de la reina. Desde allí fue a la abadía de Westminster para ver el lugar donde reyes y reinas habían sido coronados durante siglos; se quedó plantada ante las verjas del palacio de Buckingham, fascinada por la idea de que la reina de Inglaterra estuviera allí dentro, en algún lugar. Deambuló alrededor de la Tate Modern durante horas, se dio un paseo por Hyde Park y llegó a Rules para tomar una copa, como se había prometido a sí misma. Cuando por fin regresó al hotel, estaba agotada pero emocionada por todo lo que había visto y feliz de haber conseguido hacer tantas cosas, desplazándose a toda prisa de un lado a otro. De regreso al hotel, compró una ración de bacalao rebozado con patatas fritas, el famoso *fish and chips*, y se la comió en la habitación. Después se dio un baño y se metió en la cama; se quedó roque prácticamente al poner la cabeza sobre la almohada.

A las diez de la mañana siguiente volvió a empezar y tuvo un nuevo día de éxitos. Visitó el Parlamento y Trafalgar Square, fue al Museo Británico y viajó en más autobuses de dos plantas. Cuando llegó al alojamiento esa noche, ya había cumplido con todos los hitos de su lista. Le encantaba verlo todo repleto de gente. Durante su época universitaria había estado en Nueva York en un par de ocasiones, y la energía electrizante de Londres se le antojaba parecida a la de la Gran Manzana, aunque con muchísima más historia. Sus habitantes parecían ocupados, con prisa, y eso la fascinaba. Estando allí se sentía

viva. Aunque estaba deseando disfrutar de la atmósfera sosegada de la aldea a la que iría, de sus encantadores alrededores, de su elegante castillo y de la emoción de ver cómo rodaban la serie. No podía esperar a vivir esa experiencia.

Se despertó a las seis de la mañana en su tercer día en Londres. Tenía un taxi hasta la estación de King's Cross una hora después, y se dispuso a desayunar. No le importaba en absoluto estar viajando sola. Toda aquella vivencia era una aventura, y se las había apañado en la capital sin problemas, a pesar del ruido y del ajetreo de tantas personas aceleradas, de los coches que circulaban por el lado contrario y de su desconocimiento de la ciudad.

En Burnham Market todo sería mucho más fácil. El tren salía a las ocho y media y el recorrido duraba dos horas por la campiña inglesa hasta la ciudad de King's Lynn. El paisaje que contemplaba desde el tren era hermoso y relajante y, en cuanto salieron de Londres, Winnie vio vacas y ovejas, granjas, suaves colinas y el intenso verde de la hierba recién brotada. Al llegar a la estación, se le aceleró el pulso. Le habían contado que la estación original de King's Lynn había permanecido cerrada desde la década de 1950 y, en la actualidad, albergaba una tienda de antigüedades y algunos negocios más. Había aparecido en la serie y quería visitarla mientras estuviera allí.

Tuvo la extraña y fugaz sensación de que ya había estado en ese lugar antes y de que estaba llegando a casa. Cuando bajó del tren lo hizo sonriendo, y el jefe de estación se tocó la gorra y le devolvió la sonrisa.

Había un anciano con boina de tweed junto a un taxi destartalado y Winnie se acercó a él con las maletas. Había decidido jugársela con el alojamiento y quería echar un vistazo a las opciones que tenía al llegar. Leyó en internet que el mejor hotel del pueblo era The Hoste, una residencia encantadora y elegante en el campo, pero, por el bien de su presupuesto y para disfrutar del encanto local, prefería alojarse en una sencilla pensión de tipo *bed and breakfast*. El taxista accedió a llevarla a Burnham Market, que, según dijo, estaba a media hora de distancia. En cuanto se subió al vehículo, Winnie le hizo una pregunta, con mucha educación, a medida que dejaban atrás el frondoso y verde paisaje rural plagado de granjas.

—¿Sería tan amable de recomendarme una buena pensión donde alojarme, que esté cerca del centro del pueblo?

—¿Para poder ver el rodaje de la serie?

El taxista sonrió. Le habían preguntado lo mismo muchas veces en los últimos seis años, e incluso, de tanto en tanto, había llevado a muchos de los actores y actrices.

—Sí, supongo que sí —reconoció ella con cierto reparo.

Se sentía como una mezcla de fan enloquecida y turista, y, en realidad, era ambas cosas, aunque no se lo hubiera planteado hasta ese momento.

—Conozco el lugar perfecto. La pensión de Prudence Flannagan; le encantará.

Media hora después, tras ver las vacas, los cerdos y los caballos a lo largo del camino por una estrecha carretera rural, Winnie vislumbró el pueblo al fondo. Había hermosas casas de campo y casas de piedra, con entradas llenas de rosas y vallas de madera. En la distancia, aunque no muy lejos, distinguió el castillo de Haversham, con toda su majestuosa nobleza; lo reconoció de inmediato.

—Ya sabe qué es eso, por supuesto. —El taxista le sonrió por el espejo retrovisor y ella correspondió con otra sonrisa y asintió en silencio—. El marqués de Haversham y su hermana, lady Beatrice, todavía viven allí. Son personas agradables, un poco raras como todas las de su clase, pero la serie fue su salvación. Estaban a punto de perder el castillo; no podían pagarlo, pero la serie cambió eso. Ahora deben de estar nadando en dinero, por lo que reciben a cambio de que *Beauchamp Hall* se ruede allí. Los Haversham son buenos con la gente del pueblo, eso sí. Mi abuelo era uno de los granjeros de la propiedad de su bisabuelo. Siempre hablaba bien de la familia. Claro que todo ha cambiado desde entonces. Sin embargo, la serie es como un recordatorio de los tiempos pasados para el pueblo. Nos gusta que se grabe aquí y ha creado muchos puestos de trabajo para los habitantes del lugar. Nos ha beneficiado a todos. Atrae a personas como usted y a veraneantes. —Sonrió de oreja a oreja al tiempo que detenía el coche delante de una perfecta casita de piedra que parecía de cuento, con impecables cortinas blancas en las ventanas—. Ahí está Prudence —dijo cuando una mujer menuda salió a la carretera mientras se secaba las manos en el delantal.

Parecía el hada madrina de la Cenicienta, y sonrió al taxista que había llevado a Winnie hasta su casa.

—Buenos días, Josiah. Qué bueno hace.

—Y que lo digas.

El hombre se volvió para señalar a Winnie mientras ella bajaba del vehículo.

—Te traigo una huésped de Estados Unidos. Ha venido a ver la serie.

Prudence Flannagan sonrió al escucharlo y miró con calidez a Winnie.

—Bienvenida. Entre y eche un vistazo para ver si le gusta.

Winnie entró en la casita mientras Josiah descargaba sus maletas y las dejaba en el exterior para esperar a que le pagaran. Del interior salía un aroma delicioso a pan recién horneado y de algún estofado burbujeante en los fogones, que Winnie atisbó al entrar en la cocina. Había una acogedora sala de estar en la parte de la fachada, un pequeño comedor y un jardín trasero. Los techos eran bajos y la escalera de estilo antiguo, lo vio al subir para echar un vistazo a las tres habitaciones destinadas a los huéspedes además de la de Prudence. Los tres dormitorios eran pequeños y alegres, con cortinas de estampado floral y colchas a juego confeccionadas por la dueña de la pensión. Dos de los dormitorios compartían un baño exterior y el otro tenía baño propio; los tres estaban disponibles en ese momento.

—Puede escoger la que más le guste —dijo la señora alegremente, mientras Winnie pasaba de un dormitorio al otro—. Supongo que querrá la que tiene baño propio. Los estadounidenses siempre escogen esa. —Winnie asintió en silencio. Estaba encantada con el alojamiento —. Puede hacer lo que le apetezca, menos fumar en la habitación. Pero sí puede fumar en el jardín. El desayuno está incluido en el precio de la habitación, y sirvo cena todas las noches, si le apetece, por un poco más. Puedo ofrecerle una tarifa semanal o mensual más económica, si decide quedarse. En cuanto llegan al pueblo, la mayoría de huéspedes lo hace, si es que puede. Le haré la colada si lo desea sin cargo adicional, no hay problema; tengo que hacerla para la casa de todas formas.

Eran unas condiciones ideales, y Winnie escogió el dormitorio con baño privado. Desde su ventana veía la plaza del pueblo y el castillo de Haversham, y el precio era ridículamente bajo. Una semana de alquiler equivalía a poco más de lo que le hubiera costado cenar bien en casa. Prudence Flannagan no se aprovechaba de los turistas atraídos por la serie. Comentó que el negocio le iba de maravilla y que tenía la casa llena gran parte del tiempo. Los tres últimos huéspedes se habían marchado el día anterior y le llegaban tres más esa semana, uno de Italia y dos de Alemania. La serie se había estrenado en toda Europa, y era famosa en todos los países donde la emitían.

Josiah subió las maletas de Winnie a su habitación, y ella le dio una buena propina por su amabilidad y por llevarla hasta la pensión de la señora Flannagan. Tenía la sensación de estar visitando a alguna tía suya o a la abuela de alguien. También pensó que a su madre le hubiera encantado ese sitio. Era la perfecta definición de todo lo inglés, además de ser un lugar antiguo y acogedor. A Winnie no se le ocurría que allí pudiera sentirse sola.

Deshizo las maletas en su dormitorio y bajó muy poco después,

justo cuando la señora Flannagan sacaba el pan del horno; había una bandeja de panecillos de mantequilla con la típica crema cuajada inglesa y mermelada de fresa sobre la mesa.

—Sírvase, querida —le dijo con un guiño a Winnie—. Me hará un favor. Si no se los come, me los comeré yo. —Se dio unas palmaditas en las caderas al decirlo.

Esta se sirvió un panecillo con la crema cuajada y mermelada en un plato y, con el primer mordisco, se le fundió en la boca.

—Oh, está delicioso —comentó sonriendo.

—Gracias. Si quiere ver el rodaje, filman exteriores casi todas las mañanas al final del día. Ruedan interiores a mediodía y por la noche.

—Me gustaría ver el rodaje en exteriores —declaró Winnie, esperanzada.

—Por supuesto. Los responsables de la serie son muy amables y generosos con ese tema. No parece que les importe en absoluto. Tiene que quedarse por detrás de las vallas que ponen, pero dejan que la gente se acerque mucho. Aunque, eso sí, debe estar callada.

—Estoy enganchada a la serie —confesó Winnie mientras se acababa el panecillo de mantequilla y se servía otro.

—Todos estamos enganchados, el mundo entero lo está. Vienen personas de todas partes a verla. Nadie sabía que existíamos hasta que llegó la serie. También debería hacer una visita al castillo de Haversham. Hay zonas que no salen en la serie y la llevarán a que las conozca. Además, están las estancias de la familia. Ahora son solo dos, el señor marqués y su hermana. Sus padres murieron hace mucho. El marqués heredó el título y la propiedad cuando apenas tenía veinte años, y su hermana es uno o dos años más joven. De eso hace ya más de veinte años. —Escuchar a la señora Flannagan era como ver la serie y a Winnie le encantaba—. No han cambiado gran cosa en el castillo. No podían permitírselo. Tienen títulos y una propiedad preciosa, pero no dinero para mantenerla. La serie ha dado un vuelco a esa situación y los productores no quieren que modernicen nada. Funciona para el rodaje tal como está.

La señora parecía saberlo todo sobre la serie. Unos minutos después, Winnie salió a pie a explorar el pueblo. Se paseó por la zona verde, dejándose bañar por los rayos de sol mientras iba entrando en las tiendecitas. Había varios pubs, pero no se atrevió a entrar, y los restaurantes del lugar tenían fama de ser excelentes.

Tras varias horas de paseo, ya estaba de regreso en la pensión cuando vio aparecer las cámaras sobre plataformas rodantes, las vallas instaladas, un grupo de personas vestidas de época, maquilladores y peluqueras, y se dio cuenta de que el rodaje iba a empezar. Se quedó

bajo un árbol, por detrás de la valla, y permaneció dos horas contemplando la grabación. Había viajado hasta allí para eso, y mientras ponían cinta adhesiva en el suelo para marcar las posiciones de los actores, vio a los dos protagonistas caminando en su dirección, hablando con seriedad y repitiendo sus frases una y otra vez. La actriz llevaba un sombrero precioso y un abrigo de época, de seda china y bordado, y el actor estaba deslumbrante. Winnie creía que iba a salírsele el corazón del pecho mientras los miraba; entonces se hizo un silencio total en aquel paraje. A continuación, todo el grupo regresó hacia al castillo, tras rodar la escena, mientras los dos protagonistas iban hablando, riendo y bromeando entre ellos; ella le dio un golpecito a él con su elegante sombrero y ambos saludaron con la mano a sus admiradores al pasar; entre tanto, los habitantes del pueblo los jaleaban. Desaparecieron en cuestión de minutos y Winnie tenía cara de pasmada cuando entró en la cocina de la señora Flannagan.

—¡Acabo de verlos rodando una escena! —exclamó, todavía alucinada por la experiencia, y la señora Flannagan rio.

Rodaban prácticamente a diario, y la gente del pueblo ya estaba acostumbrada.

—Bienvenida a Beauchamp Hall, querida mía —dijo la dueña de la pensión con calidez y Winnie subió corriendo a su habitación con la sensación de haber muerto y estar en el cielo.

Aquello era precisamente lo que quería cuando decidió viajar hasta allí y con lo que había soñado. Era perfecto.

6

Winnie se topó con el rodaje de otra escena a primera hora de la mañana siguiente cuando fue a pasear antes del desayuno. Esa vez los actores eran distintos, algunas de las estrellas más jóvenes, y el creador de la serie estaba con ellos. Ella los reconoció a todos y se quedó hipnotizada hasta que terminaron la grabación. No se le pasaba por la cabeza llegar a cansarse o acabar harta de todo eso. Verlos era algo mágico.

Después de desayunar, subió paseando hasta el castillo y esperó a que empezara la visita guiada a las zonas indicadas. La historia del lugar resultaba fascinante. El momento glorioso de su opulencia y lujo había sido el siglo XIX y la primera mitad del XX. La familia había sufrido graves reveses durante la Gran Depresión de 1929. Los tiempos de cambio habían seguido mermando su fortuna tras la Segunda Guerra Mundial y, en la década de 1960, se encontraban en una situación realmente difícil, aunque habían conseguido conservar el castillo y la propiedad gracias a la venta de obras de arte, objetos valiosos como cajitas de Fabergé, o mediante alguna que otra inversión rentable. Los días con legiones de sirvientes como los que se veían en la serie, la grandiosidad y los recursos ilimitados habían acabado hacía unos noventa años. Y algunas partes del castillo que se enseñaban necesitaban claramente una reforma. La ocupación del mismo por parte de la familia Haversham se remontaba a la conquista de los normandos, y muchos miembros de las casas reales europeas se habían alojado allí. La reina Victoria y el príncipe Alberto habían visitado a la familia en varias ocasiones, también el rey Jorge VI, y la reina Isabel II, que era la madrina de lady Beatrice, la hermana del marqués actual. Tanto su noble cuna como su importancia dentro de la aristocracia británica eran innegables, y algunas de las estancias del castillo y lo que albergaban eran magníficas. La guía les explicó que las zonas del castillo utilizadas para el rodaje de la serie eran las más bonitas, y no se incluían en la visita porque se usaban para grabar a diario. A Winnie la fascinaba conocer esos detalles y, a la salida, compró un libro sobre la familia y su propiedad.

Le preguntó a la guía si podía verse el rodaje en el interior del castillo y ella respondió, con una sonrisa, que para eso había que conocer a alguien del reparto o a los productores, aunque añadió que se veía a los actores por el pueblo con frecuencia, que los rodajes de

exteriores eran fáciles de visitar y que todo el mundo era bienvenido.

Después del recorrido por el castillo, Winnie buscó donde tomar una taza de té y vio una furgoneta de comida callejera de un color amarillo intenso aparcada en un rincón de la plaza mayor. Se acercó para echar un vistazo. Un hombre más o menos de su edad estaba sirviendo té y café y vendiendo sándwiches y repostería a los visitantes y los habitantes del lugar. El hombre le sonrió y ella le pidió una taza de Earl Grey, que él le sirvió. En cuanto le pagó y le dio las gracias y él la oyó hablar, sonrió de oreja a oreja.

—¿Estadounidense? —Winnie asintió con la cabeza—. ¿Has venido para ver cómo ruedan la serie? —Ella volvió a asentir—. ¿Sabes que contratan extras en la misma calle? Todos hemos aparecido alguna vez. Deberías apuntarte en la lista, y seguramente no necesitarás permiso de trabajo para una colaboración puntual. No tienes que hacer nada, solo estar ahí mirando, como si fueras una habitante del pueblo, con el vestuario que te pongan. Pagan algo, no mucho, pero yo lo hice por diversión y para ver a los actores. Seguro que te gustaría.

—Seguro que sí. —Parecía interesada en la información—. ¿Dónde tengo que apuntarme?

—Ven a ver el rodaje al final del día. Suelen darse una vuelta buscando extras. Los anotan para el día siguiente. Verás a alguno de los ayudantes de producción con la lista en la mano.

—Gracias, estaré atenta. —Le sonrió.

—Me llamo Rupert, por cierto.

Salió de la furgoneta de comida para estrecharle la mano.

—Winnie —correspondió ella, sin dejar de sonreír.

—¿De dónde eres? —Sentía curiosidad por ella; además, la encontró bastante guapa.

—De una pequeña ciudad, al norte de Detroit, en Míchigan. Hace bastante frío.

Él sonrió.

—Por aquí no es que tengamos un clima tropical, precisamente. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Todavía no lo he decidido, tengo libertad durante un tiempo. —Él asintió y se puso a atender a otros clientes.

Winnie se alejó caminando por callejuelas que todavía no había explorado. Cuando regresó, la furgoneta de comida ya se había marchado.

Durante los dos días siguientes no vio a nadie con ninguna lista, pero el tercer día localizó a un joven haciendo lo que Rupert había descrito: buscando voluntarios para ser figurantes y apuntando los

nombres de las personas que levantaban la mano. Winnie se acercó e hizo lo propio para que el ayudante de producción la viera.

—¿Nombre? —le preguntó el chico enseguida.

—Winona Farmington.

—Genial, gracias.

Y cuando tuvo las personas que necesitaba, les indicó que se presentaran en la entrada principal del castillo a las siete de la mañana del día siguiente y que allí les darían el vestuario. Les advirtió a todos que no llevaran ni joyería ni relojes modernos y les dijo que recibirían una pequeña cantidad de dinero en efectivo.

Winnie estaba impaciente por regresar a la pensión y se lo contó a la señora Flannagan en cuanto entró por la puerta.

—¡Bien hecho, Winnie! —la felicitó la dueña de la pensión—. A lo mejor te descubren como actriz y te vuelves famosa como Marilyn Monroe.

Winnie rio con la comparación.

—No lo creo, pero parece divertido.

—Sí que lo es —reconoció la señora Flannagan—. Yo lo he hecho. Aunque hay que estar bastante rato, tienes que permanecer de pie durante horas mientras ruedan las escenas una y otra vez. Yo tengo demasiado trabajo aquí para hacerlo más que ocasionalmente. Actué como figurante en la escena de la boda de lady Charlotte cuando ella y el lord Hamish se alejaban en el carruaje. —Winnie había visto el capítulo de la boda varias veces y sabía a qué escena se refería—. Pero tú tienes tiempo, lo disfrutarás —añadió.

Los clientes alemanes llegaron esa mañana. Eran una pareja joven y seguidores fervientes de la serie, al igual que otro joven italiano, que dijo que estaba escribiendo un artículo sobre ello. Los demás visitantes se mostraban reservados y no comentaron gran cosa; pasaron gran parte del tiempo visitando el pueblo como había hecho Winnie, así que no los veía mucho. La pensión funcionaba de maravilla y siempre estaba impoluta. A los huéspedes les encantaba.

A la mañana siguiente, Winnie fue caminando a la entrada principal del castillo, sin ninguna joya, y se puso en la cola con otras sesenta o setenta personas. Iban a figurar como la multitud de una feria popular junto a la iglesia. A Winnie le encantaron el abrigo, el sombrero, el vestido y los zapatos que le proporcionaron. Una maquilladora le dio un toque rápido de colorete y base, y dos horas más tarde los llevaban en autobús hasta la iglesia del pueblo, donde había tenderetes instalados, cercos con animales y puestos de comida; la multitud debía pasearse por el lugar mientras los actores interpretaban la escena en primer plano. Winnie vio a tres de sus

actores favoritos aparecer y uno de ellos le dedicó una sonrisa. Ella se sintió como una colegiala y conversó con los demás figurantes entre escena y escena. Todos eran habitantes del pueblo, salvo ella, y se mostraron impresionados al saber que había llegado desde tan lejos. Lo pasó de maravilla con todos ellos. Les sirvieron la comida sacada de un gigantesco remolque-cafetería y los enviaron a casa con algo de efectivo para cada uno al terminar el día. La remuneración era escasa, pero a ella no le importó.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó Prudence cuando regresó.

Se veía claramente que así era: a Winnie le brillaban los ojos.

Había enviado a Marje un mensaje de texto explicándole que había actuado como figurante de la serie ese día. Su hermana bromeó con ella y le dijo que se haría famosa.

—Me lo he pasado bomba —dijo Winnie y subió a su habitación, sonriendo.

Hacía años que no participaba en una actividad tan divertida.

Esa noche salió a pasear después de cenar y vio a dos de los protagonistas caminando y charlando animadamente. Le habría encantado saludarlos, pero no se atrevió.

Al día siguiente, en la farmacia, vio a una mujer rubia y guapísima hablando con la farmacéutica. Winnie la reconoció por una foto del libro que había comprado. Se trataba de lady Beatrice Haversham, la hermana del marqués dueño del castillo. En el libro explicaba los derechos de la primogenitura, que dictaminaban que el marqués actual lo había heredado todo: el castillo y la propiedad entera, junto con su título. Sin embargo, como era un hombre moderno, había donado a su hermana la casa habitada por la viuda del anterior propietario y una parte del terreno, habitado por algunos de los antiguos trabajadores del antiguo dueño, a su hermana. De esa forma, ella tendría un hogar allí para siempre y una participación de la propiedad. En una época anterior, la mujer no habría heredado nada.

Lady Beatrice se volvió y sonrió a Winnie con calidez, como si la conociera.

—Siento estar tardando tanto —se disculpó—. Mi hermano siempre me encarga una lista larguísima, con vitaminas, tiritas, pastillas para el dolor de cabeza… ¡Es una auténtica calamidad! —Winnie sonrió al escuchar el marcado acento británico de lady Beatrice y su graciosa manera de hablar.

—No pasa nada, no tengo prisa —le aseguró y luego no pudo evitar comentar algo sobre el libro que estaba pareciéndole fascinante—. Estoy disfrutando mucho con el libro sobre su casa y su familia —dijo Winnie con cautela, ya que no estaba segura de cómo se lo tomaría

ella, y la guapísima aristócrata le sonrió de buena gana, puesto que ella había escrito el libro.

—Qué comentario tan amable. Resulta algo embarazoso, y por supuesto que hay algunas anécdotas tontorronas que hacen que algunos parientes queden en ridículo, pero ayuda a vender el libro, y una tiene que hacer algo para ganar dinero —comentó con una sonrisa —. ¿Ha venido por el rodaje de la serie?

Winnie asintió.

—En efecto. Me encanta la serie, venir aquí era como un sueño. De pronto decidí hacerlo. —Lo dijo de un modo tan sincero que conmovió a lady Beatrice.

—Pues doy gracias a Dios de que existan personas como usted: hacen que tengamos un techo sobre nuestras cabezas. Yo adoro la serie. Me siento a verla durante horas y mi hermano me dice que soy una boba. Pero el guionista es brillante y bastante creativo, y no está del todo basada en nosotros. De hecho, gran parte es ficción. Usó la casa y varias anécdotas de la historia de nuestra familia como inspiración. La familia de *Beauchamp Hall* es mucho más interesante que la nuestra. La verdad es que nuestros padres son bastante sosos, y no creo que mi abuelo haya hablado más de una o dos veces en toda su vida. Aunque mi abuela sí que era algo díscola, cometió alguna que otra indiscreción, me temo, pero era muy guapa y mi abuelo era bastante aburrido. Mi hermano solo sabe jugar con sus coches, es una especie de mecánico. Es su única actividad, aparte de cazar, montar a caballo y jugar con sus perros. Yo no tengo ningún tipo de talento.

Era modesta y divertida, y a Winnie le pareció tremendamente encantadora. No resultaba en absoluto pretenciosa y no tenía ningún problema en reírse de sí misma.

—Yo tampoco tengo ningún talento —afirmó Winnie—. Ojalá pudiera escribir algo como el guion de *Beauchamp Hall*.

—¡Y yo! —exclamó lady Beatrice con entusiasmo—. Imagine el montón de dinero que ganaríamos. —Las dos mujeres se pusieron a reír como viejas amigas cuando la farmacéutica entregó a lady Beatrice una enorme bolsa que puso sobre el mostrador—. ¿Ve lo que le había dicho? —Se volvió hacia Winnie—. Todo esto es para mi hermano. Es un hipocondríaco terrible. Tiene que casarse con una enfermera, en serio. O con una doctora. —Volvió a sonreír a Winnie al pasar junto a ella—. Disfrute de su estancia. ¡Y gracias por comprar el libro! Lo necesitamos para reparar el tejado, ¡tiene unas goteras espantosas!

Se despidió con la mano y salió a toda prisa de la tienda; Winnie se volvió hacia la farmacéutica, todavía un poco impactada por el

encuentro.

—Qué mujer tan encantadora —comentó y la farmacéutica estuvo de acuerdo.

—Es una buena persona. Su hermano también es muy agradable, muy guapo, aunque un poco excéntrico, en mi opinión. Ninguno de los dos se ha casado —añadió, luego fue a buscar lo que le había pedido Winnie y se lo dispensó.

Al salir de la farmacia, vio a lady Beatrice alejarse en coche con un hombre guapo de pelo negro, en un antiguo Jaguar. El conductor pisó el acelerador a fondo. Ambos debían de tener la edad de la estadounidense. Se alejaron riendo en dirección al castillo.

Winnie volvió a pasar el resto del día explorando el pueblo. Disfrutó de una agradable comida sola en una pequeña tetería y regresó a la pensión al final de la jornada. La señora Flannagan le dijo que tenía un mensaje del departamento de casting de la serie. Volvían a necesitar figurantes y querían saber si estaba disponible. Devolvió la llamada al número y les dijo que estaría encantada de hacerlo. Debía estar en el set de rodaje a las seis de la mañana, para una escena de hospital. Iba a ser una de las enfermeras que recorrían los pasillos, arriba y abajo. A Winnie le parecía que podía ser divertido.

A las seis y media de la mañana siguiente, llevaba un uniforme de enfermera de la época y un perfecto peinado ondulado bajo el gorro, recogido en un pequeño moño. Se quedó fascinada al ver a un hombre menudo y remilgado observando cada escena. Alguien le contó que era el «asesor de modales», el encargado de enseñar a los intérpretes la forma en que se sentaban y caminaban las personas de la época, y lo que podían hacer y no podían hacer los hombres. Confería autenticidad histórica a la serie en lo referente a las maneras de ese periodo, y se sumaba a la labor del asesor histórico. Ambos expertos hablaban sin parar y aconsejaban al reparto.

En la escena en la que participaba Winnie, llevaba una bandeja de comida a uno de los actores protagonistas.

—Su almuerzo, señor —dijo en voz baja al plantarse delante de él por cuarta vez.

—¿Puedo tomarte a ti para almorzar? —masculló él con mirada cándida apenas moviendo los labios.

A ella se le escapó la risa y tuvieron que volver a rodar la escena.

Después, el actor se disculpó con Winnie.

—Lo siento, no he podido resistirme. Estabas deslumbrante con ese uniforme.

—Gracias —dijo ella y se puso colorada.

Él no insistió más, pero fue un bonito cumplido. Al día siguiente,

vio a Rupert en su furgoneta de comida en la plaza y se acercó para hablar con él.

—Gracias por decirme que me apuntara como figurante, ya he participado dos veces desde que te vi. Es divertidísimo.

Él rio y le entregó el té que ella había pedido.

—Todos lo hemos hecho. ¿Y cómo te estás adaptando? —Le hablaba como si ya se hubiera mudado a vivir al pueblo, y ella casi se sentía así.

No tenía planes de marcharse pronto. Todo el mundo se mostraba muy acogedor. Había hablado con Marje por Skype varias veces y se lo había contado. Le pidió que viera la serie para intentar localizarla en la tele, en la escena de la iglesia y vestida con el uniforme de enfermera en el hospital.

—Tienes que pedir un trabajo en el set de rodaje —le sugirió Rupert.

—No creo que esté autorizada para trabajar en este país —dijo Winnie con expresión pensativa—. Estoy segura de que necesitaría un permiso de trabajo.

—Ellos pueden conseguírtelo si quieren. Si vas a quedarte por aquí un tiempo, podría convenirte trabajar, a menos que seas una de esas mujeres a las que les gusta no hacer nada —comentó dubitativo.

Winnie le sonrió.

—Desde luego que no lo soy. Ahora mismo acabo de dejar un empleo. Aunque no pensaba trabajar durante un tiempo.

—Puede que no tengan nada. Podrías apuntarte en alguna lista por si sale algo. Ya te llamarán.

Una vez más, Rupert fue muy amable, y la idea propuesta la atraía muchísimo. Se lo pensó durante unos días. Ya llevaba una semana en Burnham Market y empezaba a sentirse como en casa. Los huéspedes italianos y alemanes habían dejado la pensión y los habían sustituido dos parejas francesas que viajaban juntas. No cabía duda de que el pueblo se había convertido en el destino ideal para los entusiastas de la serie, que querían ver cómo se rodaba y conocer al reparto en persona. Además, Winnie había vuelto a ver a lady Beatrice, aunque esta vez no le habló. La vio pasar por la calle principal en un destartalado y antiguo Fiat 500.

Cuando Winnie ya llevaba allí dos semanas, reunió el coraje para presentarse en el castillo y preguntar por el responsable de recursos humanos del set de rodaje; le dio sus datos y su contacto y le entregó su currículo. Le explicaron que, sin experiencia laboral en el set de una serie y sin permiso de trabajo, solo tendría acceso a puestos de baja categoría. Contrataban a personas como ella con el salario

mínimo, algunas veces con jornada partida. Para conseguir un puesto mejor remunerado, tendría que obtener un permiso de trabajo y afiliarse al sindicato.

—No me importa el tipo de trabajo —dijo despreocupada y con total sinceridad.

A cambio de la emoción de trabajar en el rodaje, habría hecho casi cualquier cosa. Se había convertido en fan incondicional, pensó para sí, y eso le dijo a Marje cuando volvió a escribirle. Borró otros dos correos electrónicos de Barb sin abrirlos. Rob por fin había dejado de escribirle y enviarle mensajes de texto. Estaba claro que había pasado página. Winnie se sintió prácticamente aliviada.

Se le presentó la oportunidad de volver a actuar como figurante y, una semana más tarde, la sorprendió que la llamaran para realizar una entrevista de trabajo. Por teléfono no le dijeron de qué se trataba y ella sabía que tenía que ser un puesto de baja categoría, aunque cualquier oportunidad de acceder al rodaje le parecía emocionante. De esa forma, podría ver la serie desde dentro.

Llevaba una falda corta de color azul marino, una blusa blanca y sandalias cuando acudió a la entrevista y se reunió con una persona de recursos humanos distinta a la de la primera vez; tuvo que explicar de nuevo su experiencia laboral. La mujer dudó un instante y al final dijo que necesitaban una chica para los recados en el rodaje. Antes la tenían, pero acababan de perderla. La mujer dijo que el puesto estaba muy mal pagado y que era un trabajo de tan baja categoría que no tenían asignado un salario, sino que pagaban con el excedente del presupuesto; no tendría nómina, ya que hubiera sido más complicado en términos legales. El puesto era perfecto para Winnie, porque así no necesitaría hacerse con un permiso de trabajo. La mujer de recursos humanos le advirtió que no debía tener un trato personal con el reparto, que no podía entrometerse, que no podía pedir autógrafos a nadie en el rodaje y que, básicamente, debía hacer todo lo que le pidieran, dentro de lo razonable, siempre que no fuera ilegal ni peligroso. Estaba allí para facilitar la vida a todo el mundo y ahorrarles el tiempo de tener que ocuparse de asuntos menores por su cuenta. Lo que, en el pueblo de Winnie, habitualmente se conocía como «chica para todo». Ese trabajo la hubiera ofendido en casa, pero estaba encantada de hacerlo en el rodaje de *Beauchamp Hall*. La remitieron a la ayudante de producción para la que trabajaría; ella decidiría cuántas horas y qué días lo haría. La mujer le advirtió que debería hacer horas extra en los rodajes nocturnos o si el rodaje del día se alargaba. Winnie no tenía otra ocupación y estaba impaciente por empezar.

Se dio una vuelta por los diferentes decorados que utilizaban en la serie después de la reunión: algunos de ellos eran réplicas de las habitaciones de la casa; por fin encontró a la ayudante de producción, que buscaba en la biblioteca, encargándose de una escena y apilando libros en el suelo. La chica levantó la vista cuando entró Winnie, y a ella le pareció que su nueva jefa tuviera catorce años.

—Hola, soy Winnie Farmington, tu nueva chica para todo —dijo sin ningún tipo de ceremonia y la joven pelirroja se mostró sorprendida.

Tenía la cara llena de pecas y llevaba trenzas, lo que le daba un aspecto más juvenil incluso. Vestía mono y zuecos.

—¿No eres un poco mayor para ser la chica de los recados? —le preguntó la joven.

Se llamaba Zoe. Winnie sonrió con el comentario.

—Seguramente sí, pero llevo aquí un tiempo y quería trabajar, y esto es lo único que puedo hacer, así que aquí estoy.

—¿A qué te dedicas en realidad?

—He trabajado durante diez años en una imprenta en Estados Unidos. No es muy emocionante, pero soy muy buena organizando y consiguiendo que las cosas se hagan.

Parecía una habilidad sin importancia para haber pasado diez años trabajando y resultaba difícil de explicar.

—¿Qué tal se te daría colocar los libros por todo el suelo para que parezca que alguien ha tenido un ataque de nervios y los ha tirado? La decoradora está enferma, y me lo han endosado a mí —le comentó Zoe con la esperanza de poder endilgarle la tarea a otra persona.

—No hay problema.

Winnie empezó a sacar los libros de las estanterías y a colocarlos en pilas desordenadas. Tardó cinco minutos en hacerlo, y Zoe le hizo encargarse de los pedidos de comida de todo el mundo y luego llevarlos al set desde el remolque-cafetería. Había decenas de ayudantes de diversos tipos, así como peluqueros, maquilladores, estilistas, encargados de vestuario, sastres, cuatro personas al cuidado de los sombreros y cinco para las pelucas de todo el reparto. Había toda clase de personal técnico, para luces y sonido, y jefes de sonido para la música. Resultaba interesante aprender lo que hacía cada uno. Pasearse con un carrito de comida era una buena forma de verles las caras y apuntar sus nombres, aunque Winnie sabía que no los recordaría todos. Al final, había conseguido comida para cuarenta personas y solo se presentaron un par. A los protagonistas se la servían en sus remolques o podían ir a la cafetería. Las personas a las que les había llevado el almuerzo preferían comer en el set, y un joven

especialmente alto le dio las gracias y le preguntó si podía tomar un segundo sándwich, así que fue a buscárselo. Se trataba de uno de los técnicos de sonido y se llamaba Nigel. Le dio las gracias cuando ella le entregó el segundo bocadillo y Winnie se fijó en que se quedaba mirándola mientras se alejaba.

El día se le pasó volando con los recados que tuvo que hacer siempre que se lo pedían. Pudo ver el rodaje de una escena, aunque la mayoría del tiempo estaba demasiado ocupada buscando algún objeto perdido, intentando localizar otro o satisfaciendo el antojo de alguien por un caramelo, o un jersey o un par de calcetines, toallas más tersas, mejores pañuelos de papel, su agua mineral favorita o la marca de papel higiénico que les gustaba. Era una mezcla de hada madrina y profesional; siempre lograba encontrar todo cuanto le pedían e incluso paseó a la perrita de una de las estrellas. Era una *jack russell* que intentó morderla en cuanto estuvo lejos del rango de visión de su dueña. Sin embargo, Winnie no lo mencionó cuando se la devolvió a la actriz. Zoe la dejó marcharse a las siete y media cuando todos los actores se habían ido y a Winnie la sorprendió lo cansada que se sentía al volver caminando a la pensión. Había permanecido de pie y corriendo once horas. El día había sido una especie de caza del tesoro, pero sin mapa.

—¿Cómo te ha ido el día? —le preguntó Prudence cuando entró.

—Divertido. Creo que no me he sentado en toda la jornada. Todo el mundo quería algo especial y esperaba que yo lo consiguiera o que me lo sacara de la manga. La verdad es que ha sido todo un reto.

También había tenido que encontrar un bálsamo labial hipoalergénico de un tipo muy poco frecuente, y un pegamento quirúrgico para una de las maquilladoras, que estaba estirándole la cara a una de las actrices de más edad con gomas elásticas por debajo de la peluca. Había aprendido un par de trucos del sector por el simple hecho de estar observando todo el día. Se usaban muchos ardides. ¡Era el mundo del espectáculo!

Winnie se sentó en la cocina, demasiado cansada para comer el pastel de carne de la señora Flannagan, pero hizo el esfuerzo para darle el gusto. Justo después de cenar se fue a la cama y se despertó sobresaltada a las seis de la mañana. Debía estar de vuelta en el set a las siete y esta vez se preparó un pequeño equipo: agujas, hilo, alfileres, dos tipos de cinta adhesiva, pegamento de contacto y varias gomas elásticas de colores. Había cosas que, al parecer, todo el mundo pedía. Se llevó incluso un quitamanchas de su propio neceser de viaje. Además decidió vestirse con tejanos y deportivas, un atuendo que parecía más apropiado para el trabajo; también se puso una camiseta

y una sudadera. Amaneció un día soleado, pero el aire todavía era fresco.

Trató casi con las mismas personas que el día anterior y con algunas caras nuevas. El mismo técnico de sonido volvió a pedirle dos sándwiches y le sonrió ampliamente al verla.

—¿Todavía no te hemos agotado?

—No, lo estoy disfrutando —contestó con sinceridad, mientras se dejaba caer en un taburete para descansar un par de minutos antes de que le pidieran algo más.

Solo con mirarla se les ocurría algo que necesitaban o que debían tener.

—¿Cómo has acabado por aquí? —Nigel sentía curiosidad por ella —. Eres estadounidense, ¿verdad?

Ella asintió.

—De Míchigan. De un sitio llamado Beecher: hogar de los tornados que baten récords y no mucho más.

—Yo soy de Leighton Buzzard —le informó, aunque ella no tenía ni idea de dónde estaba el lugar—. Está cerca de Londres. No has contestado a mi pregunta —insistió—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque me encanta la serie. Dejé el trabajo y no tenía otra cosa que hacer, así que pensé en venir a echar un vistazo. Y ahora tengo un empleo. Hasta ahora me ha salido bastante bien.

—Qué suerte la nuestra —comentó él con una sonrisa y regresó al trabajo.

Estaba revisando los micros antes de la siguiente escena. Pasado un minuto, Zoe la llamó y le pidió que volviera a pasear a la *jack russell*. Era la única ocupación que no le gustaba. La perra era una criaturita insoportable y ladraba en cuanto veía acercarse a Winnie, hasta le gruñía cuando se agachaba para acariciarla.

El tiempo pasaba volando y cada día era distinto. Le caía bien a todo el mundo. A unos más que a otros. Nigel estaba siempre buscando excusas para hablar con ella.

Todos tenían el fin de semana libre y ella se preparaba para irse cuando él se acercó como quien no quiere la cosa.

—¿Puedo tentarte para cenar esta noche o mañana? —Parecía nervioso cuando se lo preguntó.

Estaba seguro de que ella diría que no. Era una mujer guapa y supuso que seguramente tendría decenas de pretendientes, o que a lo mejor ya vivía con algún chico. Se había fijado en que no llevaba anillo de casada, lo que se tomó como una señal esperanzadora. Winnie dudó un momento cuando se lo pidió. No había pensado en salir con nadie tan poco tiempo después de cortar con Rob. Pero Nigel

no parecía querer nada serio, así que pensó que podían ser sencillamente amigos.

—Claro —respondió Winnie—. ¿Qué tal esta noche?

Ella había pensado en alquilar un coche y explorar la zona rural el sábado.

—Me parece genial. ¿Dónde vives? Pasaré a recogerte.

Se lo dijo, él contestó que sabía dónde estaba y que la recogería en su carruaje a las ocho en punto, para lo que solo faltaba una hora. Winnie tendría el tiempo justo de cambiarse. Se quitó los tejanos y se puso una falda y unos zapatos un poco más elegantes, con algo de tacón.

Nigel llegó puntual en un jeep destartalado, y ella se acomodó en el asiento del copiloto. La llevó a un restaurante vietnamita que había descubierto, donde, según dijo, la comida era deliciosa.

—Pues bueno. Cuéntamelo todo sobre ti. Marido, hijos, por qué estás aquí, hermanos, hermanas —le preguntó él durante la cena.

Ella sonrió al escuchar la pregunta.

—Eso es sencillo. No tengo marido, ni hijos, ni hermanos, pero sí una hermana. Dejé el trabajo y rompí con mi novio, con el que llevaba once años, todo en el mismo día y ahora estoy aquí. —Lo dijo de forma que parecía muy sencillo, pero no lo era.

No mencionó a Barb. Todavía le dolía demasiado. Y seguía echando de menos a Rob en algunas ocasiones. Le resultaba familiar, pero no quería pensar en él después de lo que le había hecho.

—Qué fácil. Yo tengo cuatro hermanos y hermanas, no tengo mujer, ni novia, tengo un labrador negro que se llama Jocko y que mi hermano me cuida cuando viajo. Soy el único soltero de la familia, y por eso piensan que soy un raro. Y no soy gay.

—Entonces ¿por qué no estás casado? —preguntó ella.

—Llevo vida de nómada, siempre estoy trabajando en alguna serie o película. No tengo tiempo para las chicas. —Sonrió—. Y es una vida sin horarios. Trabajar en los rodajes es como estar en la marina mercante. Continuamente estoy trasladándome a algún sitio. Por lo visto, siempre me contratan en rodajes con localizaciones lejanas. Este es bastante sosegado. Pero nunca se sabe cuánto durará.

—Seis años me parece una buena duración —comentó ella cuando ya habían pedido la cena.

—Pueden cancelar una serie en cualquier momento. Puede volverse aburrida o que decidan dejarla en todo lo alto. O que tres de las estrellas del reparto se quieran ir y todo se vaya al garete. Nunca se sabe qué puede ocurrir. —Winnie no había pensado en eso y esperó que *Beauchamp* nunca se fuera al garete. Le destrozaría la vida—. En

este negocio hay que moverse mucho.

—A mí me parece bien —comentó ella pensándolo mejor.

Le gustaba Nigel. Parecía un buen chico. Resultaba fácil hablar con él y no era un egocéntrico.

—Yo me he pasado diez años sentada en la misma mesa. Se hace bastante monótono.

—¿Por eso lo dejaste? ¿Para poder venir aquí?

—No, le dieron a otra un ascenso que merecía yo y me cabreé.

—¿Y lo del novio?

Nigel quería saberlo todo sobre ella. Había algo de Winnie que le gustaba. Tenía carácter, pero el justo. No parecía una de esas mujeres cargantes que quería competir constantemente con los hombres, o al menos esa era la impresión que le daba. Winnie emanaba amabilidad, aunque tenía sus propias ideas.

Ella dudó un instante antes de responder a la pregunta y luego decidió ser sincera. Era lo más fácil.

—Lo pillé acostándose con mi mejor amiga. En mi cama.

—Ah, un auténtico caballero. Típico. ¿Y por eso viniste aquí?

Ella asintió.

—Fue una decisión impulsiva, y un sueño hecho realidad. Siempre quise dejar mi lugar de origen. Y ya lo hice, para ir a la universidad, pero mi madre se puso enferma y tuve que regresar. La cuidé durante siete años y, cuando murió, ya parecía demasiado tarde para volver a marcharme, por eso me quedé.

—¿Y ahora tienes… treinta y dos? ¿Treinta y cuatro…?, ¿treinta y cinco?

—¡Gracias! Treinta y ocho.

Winnie sonrió.

—Yo te gano. Tengo treinta y nueve. Yo también sufrí una «pillada» de esas, hace unos diez años. También con mi mejor amigo. Creo que es un numerito bastante habitual. Me quedé muy triste. Se casaron y ahora tienen una casa llena de niños. Jamás los perdoné.

Una mirada dolorida y todavía iracunda afloró en su expresión y acabó esfumándose.

—No creo que yo los perdone tampoco. Es una experiencia que no se puede olvidar. Ella estaba atada a mi cama.

—Qué exótico.

Winnie no mencionó lo del porno.

Les sirvieron la cena y estaba deliciosa. La conversación fluía con facilidad y ligereza. Después, Nigel la llevó de regreso a la pensión de la señora Flannagan. Hablaron mucho sobre las películas en las que él había trabajado; mencionó algunos nombres importantes y a estrellas

muy conocidas.

—Me lo he pasado muy bien, Nigel, gracias —dijo ella al bajar del coche.

—¿Qué harás mañana? Puede que no tengamos otro día libre hasta dentro de mucho tiempo. —Ella le contó su plan de alquilar un coche y explorar la zona—. ¿Por qué no te acompaño? Llevo cuatro años aquí y lo conozco bastante bien. —Puso cara de esperanzado y a ella le gustó la idea.

—Sería genial.

—Te paso a buscar a las diez. Coge el bañador. Hay un par de playas muy bonitas por aquí.

Winnie había metido un bañador en la maleta en el último minuto, por si se alojaba en un hotel con piscina. Asintió y se despidió con la mano al entrar en la pensión y subió la escalera para ir a su habitación pensando en Nigel. No se le había ocurrido que le apeteciera salir con nadie por el momento, ni tampoco que fuera a surgir la oportunidad mientras estaba allí. Sin embargo, había disfrutado de la velada con Nigel. Y él parecía justo lo que necesitaba: una persona simpática y agradable sin compromiso, ni planes de futuro ni complicaciones. Parecía un chico de trato fácil.

7

Nigel y Winnie salieron de excursión en el jeep ese sábado. Fueron hasta un monasterio que él conocía, una edificación espectacular que quería enseñar a Winnie, y, desde allí, se encaminaron a una playa para darse un baño. Después se tumbaron en la arena a charlar, a mirar a los niños que jugaban en el agua y hacían pícnic con sus padres. Comieron en una pensión cercana a la playa y degustaron unas salchichas típicas llamadas *bangers*, y luego siguieron de excursión con el coche un poco más. Hablaron mucho sobre sus respectivas infancias, la familia y sus sueños. A ella le encantaba lo abierto y amable que era él, y lo diferente que resultaba de Rob.

Nigel quería crear algún día su propia empresa de sonido, y Winnie le contó las ganas que había tenido de mudarse a Nueva York antes de que su madre hubiera enfermado. Él la llevó de regreso a Burnham a las seis de la tarde. El motivo de que ella lo dejara tan pronto no era nada glamuroso pero sí sincero: tenía que hacer la colada esa noche. Debido al trabajo, estaba demasiado ocupada para ponerse con ello, y no quería aprovecharse de la señora Flannagan, aunque ella lo habría hecho de buena gana y siempre estaba ofreciéndole ayuda.

Ambos estaban muy contentos y habían disfrutado de su mutua compañía y del día relajante, y los dos volvieron a encender los móviles a regañadientes mientras se acercaban a la pensión. Habían acordado tenerlos apagados todo el día para que nadie los interrumpiera. En cuanto Nigel encendió el suyo, le entró un aluvión de mensajes, mensajes de texto y de voz. Escuchó un par de ellos y miró a Winnie, desencajado.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó ella y él asintió.

—Algo gravísimo. Es Tom White. —Se volvió hacia ella con el gesto demudado y lágrimas en los ojos—. Hoy ha ido a montar a caballo con algunos miembros del reparto. —Por lo que había leído acerca de él, Winnie sabía que era un ávido jinete, incluso salía de caza a caballo de forma regular—. Ha sufrido un accidente y ha muerto hace una hora. Se ha roto el cuello.

Nigel le contó que sabía que Tom tenía una hija en Londres; lo había visitado en el set de rodaje. Tom White era uno de los miembros más importantes del reparto y contaba con seguidores muy entregados. Aparte de eso, era un ser humano increíble de solo cuarenta y seis años. Winnie se quedó mirando a Nigel durante un

instante, intentando asimilar lo que acababa de decir. Había estado todo el día pasándolo bien, de paseo con el coche y Tom White estaba muerto.

—Llamaré a la productora en cuanto te deje en la pensión. Esto va a poner a todo el mundo de los nervios —dijo Nigel, confuso y ansioso.

—¿Qué harán con la serie? —le preguntó Winnie.

Parecía algo irrelevante en el esquema general de la vida, pero sí sería importante para la productora.

—Tendrán que reescribir el guion para eliminar a su personaje, pero es imposible preparar a los espectadores para algo así. Sus seguidores reaccionarán mal ante cualquier posibilidad que se les presente, y los índices de audiencia se resentirán.

Pero la hija del fallecido sufriría más. Ambos estaban de ánimo alicaído cuando se despidieron, y la señora Flannagan también acababa de enterarse. Lo había oído en la radio. Alguien le había dicho que los periodistas ya se agolpaban en el hospital y el castillo para entrevistar a los miembros del reparto y al equipo de producción, y fotografiar a las personas que lo conocían.

—Es algo tristísimo —le comentó a Winnie antes de que ella subiera a su dormitorio.

Era uno de los actores que más le gustaba de la serie. También era uno de sus personajes favoritos de la familia Beauchamp en la ficción.

Al día siguiente, la atmósfera en el rodaje era fúnebre. Emitieron un comunicado para todo el equipo técnico, la dirección y las estrellas. Matthew Stevens, el creador y guionista de la serie se encerró en su casa para intentar sacar a Tom del guion y encontrar una solución argumental. No resultaba fácil y había algunas escenas que tendrían que volver a rodar sin él.

En esos momentos estaban trasladando el cuerpo de Tom a Hertfordshire, con su familia, y dentro de dos días se celebraría un servicio en su memoria para el reparto y el equipo, que organizaría Michael Waterman, el productor ejecutivo. La muerte de Tom dejaría a todo el mundo hundido durante un tiempo. Había participado en la serie desde el principio y constituía una gran pérdida, personal y profesional. Era una persona encantadora y una pieza fundamental en el entramado de la ficción.

Al acabar el día, Matthew seguía esforzándose por realizar los cambios necesarios, cuando el productor ejecutivo entró en el despacho que el guionista usaba en el castillo y se sentó frente a él con decisión.

—No hay buenas noticias —dijo Michael, y Matthew temió lo que

diría a continuación—. Miranda Charles quiere dejar la serie. Por lo visto había estado esperando para decírnoslo, y ha pensado que sería mejor hacerlo ahora, ya que Tom nos ha dejado y estás trabajando en nuevas líneas argumentales. —Entornó los ojos mientras lo decía. El momento escogido por la actriz era nefasto. Solo sabía pensar en ella —. Ha recibido una oferta para actuar en una obra de teatro.

Era algo que ambos detestaban de su trabajo, lo impredecible de los actores. Ya habían sufrido pérdidas con anterioridad, pero nunca tan importantes como estas y no dos al mismo tiempo. Eso podía acabar con la serie. Había que preparar paulatinamente a los espectadores para eliminar a los personajes que les encantaban, nunca de forma brutal. Ambos sabían que los índices de audiencia caerían en picado en consecuencia. Lo de Tom White no podía evitarse, pero la marcha de Miranda era puro egoísmo. Era una narcisista de pies a cabeza.

—Oh, mierda —dijo Matthew torciendo el gesto—. ¿Debemos dejarla marchar o luchamos para que se quede?

Podían obligarla a quedarse por contrato, pero ella los castigaría si lo hacían.

—Odio a los rehenes —dijo Michael Waterman—. Te hacen la vida imposible de todas las formas existentes. ¿Crees que la serie puede sobrevivir si los perdemos a ambos a la vez?

Parecía tremendamente preocupado.

—Haré lo que pueda con el guion. Pero es difícil predecir lo vinculada que está la audiencia a esos personajes.

Afectaría a los guiones durante mucho tiempo. Matthew se llevó el ordenador a casa esa noche y trabajó sin descanso durante días, considerando las opciones para nuevas líneas argumentales y nuevos personajes para completar el reparto sin Tom y, además, sin Miranda.

Todos los demás acudieron al servicio en memoria de Tom, y Matthew llegó corriendo en el último minuto. La prensa se presentó en masa. Winnie vio a lady Beatrice y a su hermano, aunque ella se encontraba demasiado lejos, en un banco de los del fondo, para que el propietario del castillo se percatara de su presencia. Fue especialmente conmovedor que estuviera allí la hija de Tom, gimoteando en brazos de la exesposa. Su presencia puso el foco en la fugacidad de la vida y en que todo cambia en un abrir y cerrar de ojos.

Después del servicio religioso, el set de rodaje se sumió en un profundo silencio; todos los actores y el equipo técnico se mostraban contenidos.

Dejaron que Miranda se marchara a pesar del contrato, después de la fuerte presión que su agente ejerció y tras una intensa negociación.

Alguien lo filtró a la prensa, que predijo que, sin sus dos actores más potentes y las estrellas más conocidas, la serie se hundiría en cuestión de seis meses y no sobreviviría. Sin embargo, nada de lo que le habían ofrecido a Miranda la convenció para quedarse; no quería trabajar sin Tom. Estaba impaciente por interpretar la obra, lo que todo el mundo pensaba que era un error por su parte y una mala decisión para su carrera.

Michael y Matthew habían intentado explicarle que, históricamente, los actores que tenían papeles importantes en series de éxito y se marchaban para realizar otros proyectos, en busca de un mayor estrellato, jamás salían bien parados y, a menudo, desaparecían del mapa. La serie había catapultado a Miranda a otro nivel de fama en los dos años anteriores, ella se negaba a creer que eso se esfumara sin más e insistió en que ellos se equivocaban.

Matthew tardó dos semanas en idear nuevas líneas argumentales y guiones que resultaran plausibles y emocionantes mientras trabajaba para sustituir a ambos actores y crear nuevos personajes para llenar el vacío que dejaban. Miranda se iría de la serie en julio, para lo que no quedaba tanto tiempo.

—Ya te dije que todo podía cambiar de la noche a la mañana —le recordó Nigel a Winnie mientras volvían a cenar juntos.

No habían tenido tiempo para compartir desde la muerte de Tom. Estaban pasando demasiadas cosas.

—¿Crees que perjudicará demasiado a la serie la desaparición de los dos? —Ella estaba preocupada; no quería que nada dañara la serie de forma irreparable ni que esta se cancelara.

—Eso no ayudará, pero Matthew es inteligente. Acuérdate de que ya pasó hace tres años. Tuvo que matar a dos personajes; sus contratos se acababan. Pedían demasiado dinero y la situación los llevó a un punto muerto. En realidad, la serie mejoró con su marcha, cosa que nadie esperaba.

Siempre resultaba difícil predecir cómo reaccionaría el público ante la marcha de unos personajes.

Habían sido dos semanas muy estresantes para todo el mundo, y la muerte de Tom había ensombrecido la atmósfera del rodaje.

Pasados unos días, cuando tuvieron un domingo libre, y Winnie había salido a pasear por el pueblo, se topó con una sorpresa. Era una pequeña casita rural cerca de la de la señora Flannagan, con un cartel que anunciaba su alquiler en la fachada. Parecía una casa de muñecas, y Winnie sintió un flechazo. Se lo contó a Nigel al día siguiente.

—¿Estás pensando en buscarte casa propia aquí? —Él parecía encantado y sorprendido; no había imaginado que ella quisiera hacer

algo así para quedarse.

—No lo había pensado, pero me encanta este lugar. Ahora no tengo ningún motivo para regresar y espero que *Beauchamp* siga emitiéndose durante mucho tiempo. Y, si no es así, siempre podría subarrendar la casita o intentar cancelar el contrato. Si me quedo, los de recursos humanos podrían intentar conseguirme un permiso de trabajo especial. Las autoridades han sido muy comprensivas con la serie. Supongo que lo intentaré si alquilo algo aquí.

A Nigel le encantaba la idea y a ella también. No había ocurrido nada más entre ellos, salvo lo bien que lo pasaban juntos. Ella seguía sintiéndose muy vulnerable después de lo de Rob, y Nigel no quería presionarla, pero que ella quisiera alquilar una casa allí parecía una buena señal y, si conseguía un permiso de trabajo, mejor todavía. Sus productores tenían contactos importantes y estaban deseosos de poder usarlos para beneficiar a la serie.

—¿Por qué no vamos a echarle un vistazo a la casa juntos al salir del trabajo? —sugirió él, y ella accedió.

Winnie llamó al número del cartel y concertó una cita para visitar la vivienda. Nigel la llevó en coche después de trabajar. Él tuvo que agachar la cabeza para pasar por la puerta, pero la pequeña cajita de bombones era igual de preciosa por dentro que por fuera. Estaba recién pintada y amueblada, lista para entrar a vivir de forma confortable. Winnie solo necesitaría un par de cosas que podía encontrar en el pueblo para convertirla en un bonito hogar. Se veía lo bastante grande para una persona o una pareja, y el alquiler era muy bajo. Podía permitírselo cómodamente. En ese momento ganaba el salario mínimo, así que tenía algún ingreso, además de sus ahorros en Estados Unidos. Respondió al propietario que se lo pensaría esa noche. Además, tal como le había sucedido al decidir su marcha a Inglaterra, todo lo relativo al alquiler le parecía bien. Volvió a llamar a la mañana siguiente para comunicar que se quedaba la casa. Se lo contó a Nigel cuando llegó al trabajo y él parecía muy emocionado. Por la noche, se lo dijo a Prudence. También había pedido a recursos humanos que intentaran proporcionarle un permiso de trabajo especial. Quería quedarse en la serie. Le prometieron hacer todo lo posible para ayudarla.

—Voy a echarte de menos —dijo la dueña de la pensión con tristeza.

Winnie era una buena compañera y le encantaba hablar con ella cuando llegaba de trabajar por las noches.

—Yo también la echaré de menos —reconoció Winnie con amabilidad—, pero vendré a visitarla. Podemos cenar juntas, como

ahora.

A la semana siguiente, Winnie se mudó a la cajita de bombones con la ayuda de Nigel, y después fueron a comprar lo que le faltaba.

Estaba lavando la nueva vajilla de copas y platos cuando él se acercó por detrás, la rodeó con los brazos y notó que ella dudaba un poco. Hizo que se volviera para mirarla de frente, le quitó la copa que tenía en la mano y la miró directamente a los ojos con una mirada seria y amorosa.

—¿Es demasiado pronto, Winnie? —le preguntó con delicadeza.

Ella no estaba segura de si era así. No sabía si estaba lista para volver a dejar que un hombre entrara en su vida o si quería que eso ocurriera otra vez. No sabía cuánto tiempo se quedaría, y los años que había pasado con Rob le parecían desperdiciados. No quería volver a implicarse en una relación que no la llevara a ninguna parte. Sin embargo, acababa de alquilar una casa, así que al menos resultaba evidente que no pensaba irse a ninguna parte de momento.

—No sé qué estoy haciendo, Nigel. No quiero que vuelvan a hacerme daño —reconoció con la voz tomada por la emoción y lo abrazó con fuerza.

Él se inclinó para besarla y ella no se resistió. Lo deseaba, pero estaba asustada, y no sabía qué les depararía el futuro.

—No tenemos que tomar ninguna decisión importante —le dijo él con ternura—. Solo somos dos personas que se gustan. No hay por qué saber qué nos depara el futuro. Eso nunca se sabe al principio. Mira lo que le ha pasado a Tom White.

—Por eso acabé con treinta y ocho años con el hombre equivocado —replicó ella con tristeza.

Sin embargo, Nigel no le parecía mal, no más que haberse ido a Inglaterra o que alquilar la casita rural. Él no era Rob, era un buen hombre y sentía que le gustaba. Cuando él volvió a besarla, ella percibió la pasión en sus labios y no pudo resistirse a sus besos y la fusión de sus cuerpos. Le bajó la cremallera de los tejanos muy poco a poco y él le quitó la blusa. Y, de pronto, se habían convertido en una sola persona y a ella le costaba respirar de lo mucho que lo deseaba. La condujo al dormitorio y acabaron cayendo en la cama que ella acababa de hacer con sábanas nuevas.

Unos segundos después, ya estaban desnudos y él estaba haciéndole el amor; para ella fue una sensación de pureza y autenticidad, además de algo que ambos necesitaban. Él la había deseado desde el momento en que la vio. Winnie se olvidó de todo mientras él la amaba, y puso en práctica cuanto había aprendido con Rob para complacerlo. No obstante, aquella vez fue distinta y

enriquecedora. No se trataba solo de sexo. Ambos sentían algo real por el otro, aunque el futuro fuera incierto.

Cuando acabaron, quedaron exhaustos en la cama y él le acarició la espalda recorriéndosela con los dedos. Ella sintió escalofríos.

—Eres una amante maravillosa —le susurró—, estoy enamorándome de ti… No, no es verdad… Ya estoy enamorado.

Lo besó y no dejó que se alejara; unos minutos después, ya estaban de nuevo haciendo el amor.

Nigel se quedó a dormir esa noche y a ella no le disgustó. Él formaba parte del sueño por el que se había ido a Inglaterra, y una nueva vida empezaba para ambos. Para Winnie, era algo muy esperado.

Al día siguiente, fueron juntos a trabajar. Ella se sentía cohibida y un poco avergonzada, y se preguntó si sus compañeros notarían algo distinto entre ambos. Siempre se nota cuando dos personas han intimado. No había modo de ocultarlo. Sin embargo, entraron al edificio por separado, fueron cada uno a su puesto y no volvieron a verse hasta el mediodía. Él se derritió al verla y le sonrió de inmediato.

—Te deseo —le susurró con pasión, y ella le pasó el sándwich que le había comprado—. Ojalá tuviéramos tiempo de ir a casa a comer.

—A mí también me gustaría. Ya recuperaremos el tiempo esta noche —le susurró y volvió al trabajo.

Mientras trabajaba esa tarde, Winnie no paraba de pensar en su hermana. Le había informado del cambio de dirección cuando dejó la pensión de la señora Flannagan, pero no le había contado que había alquilado una casa y que estaba solicitando un permiso de trabajo especial. Sabía que a Marje le daría un ataque de pánico y creería que jamás iba a volver. Pero Winnie no había tomado esa decisión. Solo quería tener una vivienda propia allí y contar con la posibilidad de quedarse tanto como quisiera.

Cuando Winnie le dio la nueva dirección, Marje le escribió: «¿Te has cambiado de pensión? Creía que te encantaba en la que estabas». A lo que Winnie había respondido: «Esta es mejor. La encontré por casualidad, dando un paseo». Tampoco le había contado lo de Nigel. Por primera vez había personas y lugares en su vida sobre los que nadie sabía nada. No quería disgustar a su familia, y estar allí era algo que ella quería hacer por su cuenta. Había vivido su vida para los demás durante demasiado tiempo: para su madre, para Marje, Rob y Hamm Winslow. Ahora le tocaba a ella.

Todavía estaba dándole vueltas, cuando una de las ayudantes de producción le pasó un sobre marrón acolchado para entregar a

Elizabeth Cornette, la actriz más importante de la serie y estrella archiconocida. La ayudante de producción le contó con discreción que se trataba de una joya que Cartier le prestaba. Era muy valiosa y tenían instrucciones de entregarle el paquete en mano. Winnie quiso seguir esas instrucciones a rajatabla y llamó con fuerza a la puerta del remolque de la actriz cuando llegó. Oyó a más de una persona hablando en el interior, pero nadie respondió. Con el paquete firmemente sujeto, volvió a llamar a la puerta, incluso con más intensidad, hasta que escuchó la voz de la actriz.

—¿Quién es? —Winnie oyó una voz de hombre procedente del interior.

—Winnie Farmington, señorita Cornette. Tengo un paquete importante para usted —dijo con voz clara desde el otro lado de la puerta.

No quería gritar para que todo el mundo se enterase de qué se trataba ni quién lo enviaba. Además, nunca había hablado con la actriz antes porque no había tenido motivos para hacerlo.

—¿Puedes volver más tarde? —Winnie sabía que no y tuvo que insistir.

No podían permitirse que una joya tan valiosa estuviera dando vueltas por ahí cuando la directriz era entregársela en mano a la estrella. La actriz debía tenerla, puesta o en una caja fuerte, por temas del seguro, tal como le había explicado la ayudante de producción. Había una caja de seguridad en el remolque para las joyas que la actriz lucía en la serie.

—Lo siento, pero no, no puedo volver —respondió Winnie con firmeza y oyó que el hombre levantaba la voz.

Un minuto después, se abrió la puerta: Elizabeth Cornette llevaba un batín de satén blanco y el maquillaje corrido por toda la cara. Resultaba evidente que había estado llorando. Por detrás de ella, Winnie vio a Bill Anders, la estrella masculina, igual de famoso que su compañera. Parecía enfadado con Elizabeth y contrariado por ver a Winnie. Saltaba a la vista que había interrumpido algo desagradable, lo que confirmaba los rumores de que los dos conocidos actores tenían una aventura. Ambos estaban casados, pero según las habladurías en el set de rodaje, su relación había empezado hacía meses, cuando ambos se unieron al reparto. Él se había incorporado a la serie hacía poco.

—Es de Cartier —dijo Winnie cuando le entregó el paquete a la actriz.

—¿Por qué narices nos molestas? —gritó Bill Anders a Winnie, furioso.

—Es una pulsera de cuatrocientas mil libras —aclaró Elizabeth, volviéndose hacia él—. No lo podía meter por debajo de la puerta. Me lo dejan para la grabación de mañana, cuando asistimos al baile de la reina. —Intentaba razonar con él con tono de exasperación.

Bill también era una persona difícil durante el rodaje. Llevaba muchos años siendo famoso y estaba acostumbrado a que la gente se arrastrara ante él, además de ser conocido por tener aventuras en todos los rodajes.

—Que le den al baile de la reina, Elizabeth. Mi mujer amenaza con divorciarse. ¿Tienes idea de lo que puede costarme? Creo que ha contratado a alguien para que me siga —dijo ignorando a Winnie, mientras iba de un lado para otro en el remolque, al tiempo que Elizabeth miraba a Winnie, desesperada.

Ella no sabía si marcharse o no. Fue un momento violento; al final, Elizabeth le dijo que entrara. Tenía algo que devolver a Cartier: el anillo de esmeraldas de cuarenta quilates que se había puesto el día anterior.

—¿Por qué narices la dejas entrar? —protestó Anders al ver que Winnie accedía al interior mientras esperaba a que Elizabeth fuera a buscar el anillo a la caja fuerte. Valía el doble que la pulsera, y se suponía que Elizabeth no debía quedarse con las joyas. A Winnie no le habían dicho nada sobre el anillo de esmeraldas. Bill Anders estaba ahí plantado, mirándola—. ¿Con quién has estado hablando? —le gritó a Elizabeth, mientras ella sacaba, nerviosa, la caja del anillo y estaba a punto de dársela a Winnie—. Te dije que mantuvieras la boca cerrada.

Bill también llevaba un batín de satén. Winnie se sentía como si hubiera irrumpido en el dormitorio de ambos, y estaba deseando que Elizabeth le entregara la caja de una vez y la dejara marchar.

—¡No le he contado nada a nadie, maldita sea! —gritó Elizabeth, todavía agarrando con fuerza la caja que Winnie aguardaba—. No es que tú seas precisamente discreto. Ya te dije que la prensa acabaría descubriéndolo.

Un escándalo de esa naturaleza sería beneficioso para sus carreras y añadiría interés a la serie, pero era evidente que Anders se jugaba mucho y que su mujer iba a hacérselo pagar caro. Winnie sabía, por lo que había leído, que ya había tenido numerosas aventuras, siempre con grandes estrellas.

—Esto es todo culpa tuya, si es que ella me pregunta. No sé tú, pero yo no estoy dispuesto a perder todo lo que estamos consiguiendo esta temporada por el privilegio de acostarme contigo. —Con su tono estaba faltándole al respeto y sus palabras eran hirientes.

Elizabeth había roto a llorar de nuevo, abrió la puerta de golpe y se quedó observándolo directamente por encima del hombro.

—Será mejor que te vayas —le dijo con voz clara. Dio la impresión de que él fuera a pegarle.

Durante un instante, Winnie temió por la actriz.

—Me iré cuando me salga de las narices —espetó él y se acercó dando grandes zancadas hacia la puerta. Se detuvo justo delante de Elizabeth—. Y no olvidemos que tú me sedujiste, que esto fue idea tuya —añadió con malicia—. Los dos sabemos que eres una fulana y ahora mi mujer también lo sabe. —Dicho esto, las dejó a ambas atrás, bajó a toda prisa la escalerilla del remolque con su batín y regresó al suyo.

Elizabeth se derrumbó sobre una silla, llorando y sin soltar ni el paquete ni la caja del anillo. Winnie cerró la puerta con suavidad para que nadie supiera qué estaba pasando. Fue a servir un vaso de agua para Elizabeth y se lo acercó sin decir ni una palabra.

—Gracias. —La actriz bebió un sorbo, dejó el vaso y se sonó con un pañuelo que tenía en el bolsillo—. Siento que hayas tenido que oír todo esto. Por favor, no se lo cuentes a nadie. —Parecía humillada y profundamente dolida.

—Por supuesto que no —aseguró Winnie sintiendo una gran lástima por ella.

La actriz tenía la reputación de acostarse con los protagonistas de las series, pero no se merecía que la insultaran y despreciaran. Él era tan culpable como ella, y Winnie detestaba el modo en que la había tratado. No pudo reprimirse y dijo lo que pensaba. Ella había pasado por lo mismo con Rob.

—No debería hablarte de esa manera. No puedes permitírselo. Y si su mujer se enfada con él, es él quien tiene la culpa.

Elizabeth asintió y miró con agradecimiento a Winnie. Le entregó la caja del anillo y puso el paquete con la pulsera en la pequeña caja fuerte.

—Lo que está haciendo es maltratarte —dijo Winnie con un hilillo de voz, segura de que la despedirían por abrir la boca—. Yo lo he vivido en carne propia.

—¿Él dejó de comportarse así? —preguntó Elizabeth, esperanzada—. Yo lo quiero. No es siempre así. Lo que pasa es que está preocupado por lo que pueda hacer su mujer y lo que le costará.

—Esa no es razón para hablarte de esa forma. Y no, él no dejó de comportarse así —respondió Winnie con sinceridad—. Me engañó. Lo pillé y me marché.

—Eres una mujer valiente. Los hombres me han engañado durante

años y yo nunca me he marchado. —Parecía triste mientras lo decía. Las consecuencias eran tan terribles como si él le hubiera pegado un puñetazo. Era una mujer despampanante. No tenía por qué aguantar aquello. Nadie debería, sin importar que fuera o no famoso—. Por favor, no le cuentes a nadie lo que acabas de oír. —Miró a Winnie con gesto de súplica.

—Te prometo que nunca se lo contaré a nadie. Tú intenta evitar estas situaciones para la próxima. Te sentirás mucho mejor cuando lo hagas.

Elizabeth se enjugó las lágrimas una vez más. Ambas estaban rememorando las duras palabras e insultos de Bill, que habían impactado con fuerza en la actriz. Tenía aspecto de estar destrozada y hundida.

Winnie se marchó de su remolque unos minutos después e intentó no pensar en lo ocurrido mientras iba en busca de la ayudante de producción para devolverle el anillo de esmeraldas. La chica puso cara de estupor cuando Winnie la encontró.

—Oh, Dios mío, olvidé pedírselo anoche. Gracias. —Luego añadió por lo bajini—: por favor, no se lo cuentes a nadie o me despedirán.

—Pues claro que no —le aseguró Winnie.

De pronto estaba guardándole secretos a todo el mundo, aunque la escenita en el remolque de Elizabeth Cornette la obsesionó durante toda la tarde.

Seguía pensando en ello cuando salió de trabajar. Nigel le había dicho que se verían en su casa. Winnie apenas había tenido tiempo de hacer la cama y metió los platos del desayuno en el lavavajillas, cuando él llamó al timbre y ella lo invitó a entrar. Solo tuvo el tiempo justo de saludarlo y él comenzó a desnudarla con delicadeza, porque deseaba hacerle el amor. Ella también había estado deseándolo durante todo el día.

Estuvieron a punto de no llegar al dormitorio y él la llevó en brazos para subir los últimos escalones. Sin dejar de besarla, la depositó sobre la cama y ella se incorporó para abrazarlo. La penetró y ambos gimieron. Hicieron el amor durante horas, hasta que por fin se separaron, y ella le sonrió mientras permanecían tumbados mirándose.

—Ha sido maravilloso —le susurró Winnie.

—Sí que lo ha sido —admitió Nigel también entre susurros—, ha sido una auténtica maravilla.

Y se durmió con una plácida sonrisa.

8

A pesar de la insistencia de Elizabeth Cornette en que no le había contado a nadie su aventura con Bill Anders, la infidelidad salió publicada en todos los periódicos dos días después. Ambos eran demasiado famosos para que nada relativo a sus vidas amorosas permaneciera oculto durante mucho tiempo. De forma inevitable, alguien acababa hablando o recibía dinero de la prensa para hacerlo. Winnie vio a Bill Anders colarse en el remolque de Elizabeth varias veces después de aquello. Nada había cambiado en su relación, sin importar lo que estuviera arriesgando con su mujer. Los paparazzi los seguían a ambos, dentro y fuera del set de rodaje, y eso importunaba a todo el reparto. Los periodistas los atosigaban a todas horas.

Por si fuera poco, una de las otras actrices protagonistas tenía un acosador. Era joven y guapa e interpretaba a una muchacha ingenua en la serie. El acosador era un fan obsesionado con ella que afirmaba estar locamente enamorado y constantemente le dejaba cartas de amor en el set o en la escalerilla de su remolque. Se tornó una situación tan exagerada e intrusiva que tuvieron que contratar a un guardia de seguridad para que la acompañara a todas partes. El fan parecía relativamente inofensivo, aunque nunca se sabía qué podía hacer alguien así, si podía volverse violento cuando supiera que sus sentimientos no eran correspondidos.

Pasados unos días, la ayudante personal de Elizabeth Cornette presentó la notificación de que dejaba la serie. Había trabajado para la actriz desde el principio del rodaje, pero su novio se mudaba a París y ella quería acompañarlo. Después de seis años con Elizabeth, avisó con una semana de antelación, y la actriz estaba desesperada por encontrar a una sustituta «para ayer». El personal se hallaba fuera por vacaciones de verano y el día en que la chica se marchó, la ayudante de producción todavía no había conseguido una candidata; Elizabeth tenía los nervios de punta y la ayudante de producción recurrió a Winnie, desesperada.

—Hazlo tú —le dijo con cara de no poder más.

—¿Yo? —Winnie estaba espantada—. No puedo ser su ayudante. No tengo ni idea de en qué consiste el trabajo. Es la estrella más importante de la serie. Si la cago, me matará —dijo aterrorizada.

—Lo único que tienes que hacer es ayudarla a vestirse, ponerle las joyas y responder a su teléfono cuando ella quiera. Llamar a

peluquería y maquillaje cuando esté lista para recibirlos y mantener a los paparazzi alejados de su remolque. No es muy complicado. Lo que haces ahora como chica de los recados para el reparto es más difícil. Y cuando ella esté en el set de rodaje, tendrás tiempo para leer una revista. Trabajar para una sola persona es más fácil, y ella no está loca como muchas actrices. Seguramente ni siquiera querrá que estés cerca la mayoría del tiempo, porque así podrá ver a hurtadillas a Bill Anders. Tienes que hacerlo por mí, Winnie. —La ayudante de producción estaba a punto de romper a llorar—. No tengo a nadie para ella. Me van a despedir si no encuentro a alguien. Hazlo hasta que dé con otra persona. Te deberé la vida si lo haces.

Winnie no estaba segura, pero sentía lástima por la chica. Era simpática y diez años más joven que ella, soportaba mucha presión y le exigían mucho constantemente. Estaba siempre apagando fuegos para los demás.

—Está bien, pero solo hasta que encuentres a alguien de verdad. Supongo que hasta entonces puedo fingir que sé hacerlo.

No le entusiasmaba la idea. Lo hacía como favor para salvarle el cuello a la ayudante de producción.

—Podría acabar gustándote. Ayudante personal de una estrella es un trabajo fácil y viene con un montón de extras. La gente te hará regalos a todas horas para acceder a ella.

—Me gusta el trabajo que tengo ahora. No tengo que tratar con temas personales ni con divas. Solo me dedico a correr por el set de rodaje y hacer los recados de todo el mundo. Lo que describes es como ser la dama de compañía de María Antonieta. Eso me parece demasiado complicado.

También sonaba como ser la sirvienta de la serie, algo que tampoco la atraía. Aunque pensaba que podría con ello si era por poco tiempo.

Se presentó en el remolque de la actriz media hora después, tocó a la puerta y entró cuando Elizabeth respondió. Pareció sorprendida al ver a Winnie, y la recordó enseguida de cuando había tenido la gran bronca sobre la mujer de Bill. Sin embargo, las aguas se habían calmado desde entonces.

—Hola, he venido a hacer mi trabajo, señorita Cornette. Soy la nueva ayudante personal. —Winnie se sintió incómoda al decirlo, porque se dio cuenta de que la actriz la recordaba de aquel momento desagradable.

—¿Eres mi nueva ayudante? ¿No eres la chica de los recados del rodaje?

—Sí. —Winnie no intentó negarlo—. Era el único puesto disponible cuando solicité trabajar en la serie.

—¿Has sido ayudante personal antes? —preguntó con escepticismo.

—No, nunca. Haré lo que pueda hasta que encuentren a una de verdad. Intentaré no meter mucho la pata —dijo con humildad y Elizabeth Cornette sonrió.

—No te preocupes. Yo olvido mis frases a diario. Ya nos las arreglaremos hasta que contraten a alguien.

Winnie asintió con la esperanza de que eso ocurriera pronto. Aquel era un trabajo más complicado del que deseaba, con una actriz exigente y un novio maltratador; le parecía estresante.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Winnie, sintiéndose como la dama de compañía que no quería ser.

Se sentía ligeramente obsoleta, o anacrónica, y prácticamente se veía llevando el atuendo negro de criada, la cofia y el delantal de encaje.

—Voy a salir a cenar con Bill esta noche. ¿Me ayudarás a vestirme? Llama a Angelica de peluquería y a Ivan para que me maquille. —Ya se había quitado el maquillaje del rodaje—. Si hay prensa fuera, no quiero que me vean así. —Winnie no se atrevió a preguntarle cómo iban las cosas con la esposa de Bill—. Hay un vestido blanco de seda con la falda plisada y pedrería en el cuello dentro del armario. ¿Por qué no me lo acercas? Puede que tengas que plancharlo. Llevaré las sandalias plateadas de tacón —dijo y empezó a enviar mensajes de texto con el móvil, mientras Winnie iba a buscar el vestido y los zapatos.

Lo encontró todo enseguida y, gracias a Dios, el vestido no necesitaba plancharse. Le habría aterrorizado tener que hacerlo y estropear lo que era claramente una prenda carísima. Llamó a Angelica y a Ivan, de peluquería y maquillaje, y ambos se presentaron allí cinco minutos después. Cuando empezaron, Winnie preguntó a Elizabeth si le apetecía algo de beber.

—Tomaré un vaso de agua —dijo con despreocupación mientras charlaba con su peluquero, lo que dejó a Winnie desocupada.

Pasada una hora, Elizabeth estaba vestida y lista para salir. Tenía un aspecto muy glamuroso y se lo agradeció a su nueva ayudante. Se marchó en cuanto apareció Bill, igual de deslumbrante, y Winnie ordenó el remolque unos minutos después, sintiéndose como si acabara de escalar el Everest. Estar allí resultaba agobiante, atendiendo todas las necesidades de una persona. Nigel estaba esperándola junto al jeep.

—¿Dónde te has metido? No te he visto en todo el día.

La había echado de menos.

—No sé si me han ascendido o descendido. No han encontrado a nadie para ser la ayudante personal de Elizabeth Cornette; la suya lo ha dejado, y me han pedido que lo sea yo hasta que encuentren a una de verdad. Soy una especie de dama de compañía, siempre a la espera de satisfacer todos sus caprichos. Me da mucho miedo. ¿Qué pasa si meto la pata? Me despedirán y tendré que irme, y después ella me matará, aunque supongo que eso ya no importará.

—Suele ser bastante amable, o eso he oído. Es agradable con los técnicos del rodaje. ¿Ha sido dura contigo?

—No, ha estado bien. Pero es que yo estaba muerta de miedo. Espero que encuentren a alguien pronto.

—Escucha —le dijo él seriamente—, esto es algo importante. Ser ayudante personal de la estrella es un trabajazo. Y estoy seguro de que se te dará bien. Te pagarán mucho mejor, y medio planeta estará besándote el culo para intentar llegar hasta ella.

—Eso me ha dicho hoy la ayudante de producción. No necesito que nadie me bese el culo. Yo solo quiero hacer mi trabajo.

—A lo mejor te hace falta ser un poco más diva —dijo Nigel mirándola—. Eres de trato muy fácil y muy solícita, nunca pides nada. —Así era cómo había pasado once años con Rob, sin esperar nada, que era exactamente lo que había conseguido. Nigel tenía razón—. No hay nada malo en que seas un poco exigente. Todos te respetarán más si lo haces.

—Mi exjefe de la imprenta era muy maleducado conmigo. Era así con todo el mundo, por eso no me lo tomaba como algo personal. Salvo que, claro, era encantador con la chica con la que se acostaba, a la que le dio el ascenso que yo me merecía. A los demás nos trataba como a una panda de cucarachas y yo no era una excepción.

—Bueno, pues que sepas que Matthew Stevens es un tipo que conoce estas situaciones. Se ve en lo que escribe. Los personajes que crea exigen respeto, ponen límites y la mayoría de ellos no aceptan las tonterías de los demás. Los que sí lo hacen siempre se comen los marrones y tienen que aprender la lección. Es algo que da que pensar.

—Nunca lo había visto así, pero creo que es la razón por la que me gusta tanto la serie. Los buenos lo son en todos los sentidos y sabes quiénes son los malos y siempre suelen pagar por lo que hacen. Y los débiles aprenden a ser fuertes. Así es como a todos nos gustaría que fueran las cosas. Tiene gracia, pero creo que es el motivo por el que me fui del trabajo cuando no me dieron el ascenso. Ocurrió justo después del episodio en el que Annabelle por fin se planta y se independiza. Por eso dejé la imprenta y eché a Rob cuando lo pillé en la cama con mi mejor amiga. Creo que la serie me da valor. —Nigel

sonrió al escucharlo—. Me he sentido culpable por ello, aunque últimamente he estado pensando en la época en que dejé la universidad para cuidar de mi madre. Nunca insistí en volver. La quería con toda mi alma y pasé algunos momentos inolvidables con ella, pero sacrifiqué siete años de mi vida y todos mis sueños. Cuando falleció, me parecía demasiado tarde; por eso renuncié. También es verdad que mi hermana nunca me ayudó ni se ofreció a colaborar. Por aquel entonces ya había tenido a sus bebés, así que supuso que yo me encargaría de todo, puesto que no estaba casada y no tenía hijos. Debería haberme echado una mano. Ahora ya es agua pasada, pero pensándolo en retrospectiva, después de aquello no me importó tener un trabajo que odiaba y un jefe que me trataba como una mierda. El sueldo estaba bien, por eso aguanté. Y tampoco esperaba que Rob se comportara de otra forma. Me decía constantemente a mí misma que era algo temporal, pero un día te despiertas y se ha convertido en una situación permanente. Te despiertas y ya no tienes veinte ni veintisiete, tienes treinta y ocho y has renunciado a todos tus sueños. No quiero que se repita. Por eso vine aquí. De ahora en adelante quiero que las cosas sean diferentes, y este ha sido el primer paso. Quiero tomar decisiones, no dejarme llevar y ver la vida pasar. Quiero más que eso.

A Nigel lo conmovió escucharla.

—Yo también lo quiero —dijo con amabilidad—, mientras dure.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella mirándolo con el ceño fruncido.

Sonaba a que Nigel creía que iba a irles mal. La decepcionó oírlo, justo cuando había decidido darse una oportunidad con él. Era una mejora con respecto a Rob, pero tenía sus propios temas pendientes. No perdía de vista que tenía treinta y nueve años y seguía soltero.

—Estamos en un negocio en el que todo es temporal, Winnie. Todo son decorados y engaños. Nada está construido para durar. Parece que la serie será eterna, pero no lo es. Un día se cancelará o Matthew querrá dejar de escribirla, se llevará lo que tenga escrito y se irá a vivir al sur de Francia o empezará otro proyecto, y entonces la carroza se convertirá en calabaza y todos nos volveremos ratones y saldremos disparados en diferentes direcciones. Resulta difícil tener una relación con este estilo de vida.

—¿Eso es lo que crees que nos va a pasar? —Parecía triste al preguntarlo.

Esperaba algo mejor por parte de Nigel. Le dio la sensación de que se resignaba a la derrota. Ya estaba preparándose para ello, lo que a Winnie le parecía descorazonador.

—He estado en muchísimas series y así es como va la cosa —dijo Nigel, convencido de que estaba en lo cierto y de que al final acabarían perdiendo—. No importa lo mucho que se gusten las personas mientras trabajan juntas; cuando se acaba la serie, se separan. *Beauchamp Hall* parece permanente, pero nada lo es. Y es muy difícil que dos personas consigan trabajo en el mismo rodaje. Cuando llegue la hora, tendremos que pensar en algo para seguir juntos. Ya te lo dije, es una vida nómada. Es el motivo por el que la gente de este negocio está soltera. Al final dejas los rodajes y encuentras otra manera de sacarle partido a lo que sabes. Por eso quiero montar mi propia empresa de sonido algún día, a lo mejor en Londres, para trabajar en vídeos de publicidad o en películas, ya sea en la industria del cine o en el mundo de la publicidad. He pensado mucho en ello. Es la única forma de poder establecerme en un lugar fijo, casarme y tener hijos. Lo tengo en mis planes —dijo sonriéndole mientras bajaban del coche.

Ella no había pensado a tan largo plazo como él. Acababa de llegar y era nueva en el negocio, aunque le impresionó que Nigel estuviera haciendo planes de futuro. Sospechaba que muchas personas del sector no lo hacían; se limitaban a seguir con su vida y entablar nuevas relaciones dondequiera que fueran. Nigel era más inteligente y reflexivo para limitarse a eso y al menos deseaba tener una vida más estable. Era la razón por la que estaba enamorándose de él. Quizá pudiera ayudarlo a abrir su propio negocio algún día. Por primera vez empezaba a pensar en su futuro. Para Winnie, eso constituía un gran cambio. Hasta entonces se había dejado llevar de un año para el otro. Y había despertado con treinta y ocho.

Prepararon la cena en su diminuta cocina y se fueron a la cama en cuanto terminaron. Hicieron el amor pasada la medianoche y se quedaron dormidos, fundidos en un abrazo.

Trabajar como ayudante personal de Elizabeth era menos terrorífico de lo que Winnie había temido. A veces hasta era divertido e interesante. Estaba aprendiendo muchísimo. Se documentaban juntas leyendo libros y revistas sobre la vestimenta y los estilos de peinados, información que Winnie le transmitía a la responsable de vestuario. Y Elizabeth se tomaba muy en serio los consejos de su ayudante. Winnie era inteligente y tenía buen gusto, además de ser increíblemente eficiente. El resto del tiempo era una combinación de secretaria, psiquiatra y doncella.

La aventura de Elizabeth con el protagonista masculino de la serie

era algo turbulenta. Winnie descubrió que Bill bebía, y la mayoría de veces que maltrataba a Elizabeth era porque había estado bebiendo, aunque también era un narcisista terrible y creía que el mundo debía girar a su alrededor. Su esposa todavía amenazaba con divorciarse, no solo por Elizabeth, sino por docenas de amantes antes que ella, y cada vez que su mujer lo descubría, aumentaba la cantidad establecida en el acuerdo prematrimonial y quería una indemnización mayor, y él culpaba a Elizabeth. Incluso llegó a sugerir que ella debía pagar parte de lo que pedía su mujer. La actriz preguntó a Winnie cuál era su opinión al respecto y ella le dijo que le parecía escandaloso. Él tenía que asumir la responsabilidad de su comportamiento y soportar solo esa carga. El que Winnie lo dijera dio fuerzas a Elizabeth para plantar cara a Bill. A él no le gustó, pero sintió un respeto renovado por ella en cuanto se lo dijo. No volvió a pedirle su contribución económica nunca más, lo cual fue una victoria para Elizabeth que ella atribuyó a Winnie. Ambas mujeres estaban haciéndose amigas. La actriz era dos años más joven, aunque parecía mayor que su ayudante, quien tenía una apariencia más natural. El artificio del maquillaje, la peluquería, la ropa cara y las joyas envejecían a Elizabeth de un modo sutil, aunque era parte de su identidad y algo esencial para su carrera.

Pasadas dos semanas, todavía no habían encontrado a una ayudante «de verdad», y Winnie estaba sorprendida por lo cómoda que se sentía en el trabajo, y quedó impactada cuando le entregaron el sobre equivocado con la paga. Lo abrió por error y sintió una punzada de envidia por la cantidad que otra persona recibía, quienquiera que fuese. Se lo llevó a la ayudante de producción y se lo devolvió con tristeza.

—He recibido la paga de otro por error —informó sonriendo—. Me encantaría saber a qué se dedica esta persona. Me vendría bien un sueldo así.

La ayudante de producción miró en el interior del sobre, revisó unas notas que tenía sobre la mesa del despacho y volvió a mirar a Winnie.

—No ha sido un error. Es tu paga como ayudante personal de la protagonista. Tenemos que seguir dándotela en efectivo.

Seguía formando parte del presupuesto para «gastos extra del rodaje», puesto que todavía no tenía permiso de trabajo.

—¿Esto es lo que gano como ayudante personal? —Puso cara de sorpresa y sonrió de oreja a oreja—. Pero si es algo temporal…

—Sí, pero, por ahora, es tu trabajo. Elizabeth está loca de contenta contigo, por cierto. Dice que jamás ha tenido una ayudante personal tan eficiente. Yo sigo sin encontrar a nadie. ¿Estás segura de que no

quieres el puesto?

El sueldo era cinco veces mayor que el que recibía como chica de los recados. Winnie dudó un instante, se lo pensó. Resultaba tentador y estaba disfrutando del trabajo. Le gustaba Elizabeth más de lo que había imaginado. El que no le gustaba era Bill Anders. En su opinión era remilgado, pretencioso y el ser humano más egoísta del planeta. Sin embargo, Elizabeth estaba locamente enamorada de él. Acababa de separarse de forma oficial de su marido, así que ya era libre, pero Bill estaba atado a su matrimonio y no quería entregar la mitad de lo que tenía a su mujer.

—Avísame si decides quedarte con el puesto. Recursos humanos me ha dicho que pueden conseguirte el permiso de trabajo para regularizar tu situación.

No podían hacerlo si era chica de los recados, y por eso le pagaban en efectivo.

A la mañana siguiente, había tomado una decisión: quería el trabajo. Elizabeth estaba emocionada y ella también. Lo celebraron brindando con champán a la hora de comer.

—Ahora eres mi ayudante de verdad —dijo, y parecía encantada.

Winnie lo había hablado con Nigel la noche anterior y él había estado de acuerdo. En ese momento, comentaba con él todas sus decisiones; Nigel quería implicarse en todos los aspectos de su vida.

Todo marchaba sobre ruedas hasta que llegó un actor a la serie que había firmado un contrato para tres episodios, como breve aventura amorosa para uno de los personajes femeninos más jóvenes de la familia Beauchamp. Era sexy, guapo y tenía treinta y dos años. Parecía un galán, ya que intentaba seducir a todas las mujeres del rodaje, y se había acostado con una de las peluqueras el primer día. Se llamaba Gillian Hemmings, era uno de los jóvenes talentos considerado un bombón, y acababa de rodar una película en Estados Unidos. Se esperaba que se convirtiera en una gran estrella y tenerlo en la serie para tres capítulos fue un golpe de efecto. Estaban pensando en incluirlo a largo plazo, pero él aún no había accedido. Estaba más interesado en protagonizar películas en Hollywood que en participar en una serie británica para la televisión.

Hizo que Winnie fuera a comprarle calzoncillos argumentando que se había quedado sin repuestos. Luego necesitó camisetas, un bañador y una receta para un dolor de garganta. Quiso una botella de whisky de malta carísimo para que se la llevaran al camerino. También le pidió que le recogiera una caja de condones con estrías, la más grande, para un pene de tamaño descomunal, según le explicó. Se lo pidió como quien pide un bocadillo de jamón, y lo hizo de manera

directa, aunque ella le recordó que ese no era su trabajo.

—Soy la ayudante personal de Elizabeth Cornette, Gill. No tengo tiempo para hacerte los recados. —Winnie se lo dijo con amabilidad, pero él se pasó de la raya al pedirle la caja de condones, además de sus detalladas instrucciones con las que presumía del tamaño de su pene.

—A mí me habían dicho que eras la chica de los recados —arguyó con carita de no haber roto un plato—. Además —dijo en voz más baja y con tono de confidencia—, se me había ocurrido que a lo mejor te apetecía probar los condones conmigo y decirme si te gustan. Me hospedo en el Hoste.

Había llegado desde Londres, conduciendo un Rolls Royce nuevo, y empezaba a pavonearse en el rodaje. A Bill Anders le cayó especialmente mal, y dijo que se opondría si insistían en tenerlo durante más de tres episodios. A ninguno de los hombres le gustaba, pero la mayoría de mujeres lo adoraban y se sentían halagadas con sus atenciones, que él repartía de forma indiscriminada. Ya le había echado la caña a casi todas las más jóvenes, y consideraba como un reto a Winnie, puesto que ella no le hacía ni caso. A la estadounidense le parecía ridículo, además de sentirse muy feliz con Nigel, tanto en el plano sexual como en todo lo demás. Su relación estaba creciendo como una planta en primavera.

—Creo que lo mejor será que compres tú los condones. Yo no tengo tiempo —respondió Winnie con brusquedad.

No quería flirtear con él ni darle la impresión equivocada de que tenía algún interés. Porque no lo tenía.

—Lo siento, cariño, ya los iré a buscar yo. ¿Nos vemos esta noche en mi hotel?

—No, gracias, Gill. Estoy ocupada. Tengo novio.

—No pasa nada. Un poco de variedad no hace daño a nadie. Solo estaré aquí para tres episodios.

—Prueba con otra —dijo ella con frialdad y se marchó.

Fue a ver a Elizabeth por si necesitaba algo, le llevó un café con leche helado y fue a buscar a Nigel para saludarlo. No lo encontró en el set de rodaje. Él le envió un mensaje de texto al final del día para decirle que debía ir a una reunión de producción y que no podía llevarla a casa en coche. A ella no le importó, ya que el tiempo era cálido y le gustaba caminar. Aunque le pareció raro que no la llamara ni se presentara en su casa esa noche. No era típico de él y nunca había sucedido antes.

Le escribió un mensaje a la mañana siguiente: «¿Qué ha pasado? Te eché de menos anoche».

«Lo siento. Ocupado», respondió él, y ella se fue caminando al trabajo preguntándose qué le ocurriría. No lo vio hasta que fue al remolque-cafetería a buscar algo de fruta para Elizabeth; Nigel estaba allí comiendo solo. Se acercó a él sonriendo y él la miró con frialdad.

—¿Te lo pasaste bien anoche? —le preguntó con un tono gélido.

—Lo pasé bomba. Puse la lavadora. —Winnie vio que estaba furioso con ella, pero no tenía ni idea de por qué—. ¿Te importaría decirme qué pasa? No me gustan los misterios. ¿Por qué estás cabreado?

—He oído que estás probando condones con el Chico Maravilla —le soltó mirándola directamente.

—¿Estás de coña? ¿Crees que me he acostado con ese mocoso imbécil? Me lo pidió y le dije que se fuera a buscar a otra, que yo tenía novio. ¿Acaso me equivoqué? Yo creía que éramos novios. Ahora me parece que no.

—¿Cómo sé que no te has acostado con él? —Nigel seguía mirándola con suspicacia.

—Ojalá fuera porque confías en mí. Yo no te mentiría. Además, ese tío es patético. ¿De verdad crees que me acostaría con alguien así o que te engañaría?

—No lo sé. A lo mejor sí.

Era la primera cosa desagradable que percibía en Nigel, sus celos desbocados. Gillian Hemmings era guapísimo, no se podía negar, pero a Winnie le parecía un gilipollas total y otro narcisista. Empezaba a descubrir que abundaban en el oficio: hombres y mujeres que se ganaban la vida con su belleza, no con su inteligencia ni con su talento. Los había que eran inteligentes además de guapos, pero eran los menos. Muchos de los más atractivos habían llegado donde estaban acostándose con alguien. Eso decían sobre Gillian: que estaba dispuesto a acostarse con mujeres y hombres para medrar.

—Si eso es lo que piensas de mí, Nigel, no tengo nada más que decirte —sentenció Winnie, con cara de enfado. Cogió la fruta para Elizabeth y se marchó.

Nigel fue a buscarla al set una hora después, mientras estaban viendo a Gillian interpretar una escena con la chica ingenua. Elizabeth debía entrar en escena durante un par de minutos, y Winnie estaba poniéndole las joyas y revisando con cuidado la lista de lo que se suponía que debía llevar para respetar la continuidad con la grabación del día anterior.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —le preguntó Nigel, ignorando a Elizabeth, y Winnie ni lo miró.

—No, no puedes. Estoy ocupada.

Él se sintió avergonzado y se marchó con el rabo entre las piernas. Elisabeth sonrió a Winnie.

—¿Estás enfadada con él? —le preguntó en voz baja.

—Mucho —contestó Winnie con énfasis y ambas intercambiaron una sonrisa.

Winnie no volvió a ver a Nigel hasta que salió del trabajo esa noche. Él estaba esperándola a la salida.

—Lo siento. No debería haberte dicho esas cosas. Me pongo celoso, es que es un tío tan guapo…

—Él también lo cree —replicó ella con frialdad—. Yo creo que es un imbécil. Y tú eres mucho más guapo.

Nigel se puso a su altura mientras Winnie se dirigía caminando a casa.

—Es que yo creía que… Uno de los tíos con los que trabajo oyó lo que te había dicho.

—Entonces también tuvo que oír lo que yo le respondí. —Ella dejó de hablar y se volvió hacia Nigel—. Yo no voy a engañarte. Si quisiera estar con otro, te dejaría. A mí no me van esos jueguecitos.

—Lo siento… Es que me la han jugado tantas veces que, en ocasiones, supongo que todas las mujeres lo hacen.

—Pues yo no soy de esas —soltó ella y siguió caminando.

—Soy un tío celoso —admitió él, avergonzado—. Es que no me veía compitiendo con un macho alfa como ese.

—Tú tienes mucho que ofrecer; él no, salvo su apariencia. Y tú eres buena persona. Tendría que estar loca para cambiarte por él.

Siguieron andando en silencio, de regreso a su casita, pero ella había visto una parte de él que no le gustaba. Le disgustaba que se hubiera enfadado tanto y que hubiera supuesto algo tan horrible de ella. No obstante, a su edad, ambos tenían sus propias heridas infligidas por las personas con las que habían estado. Rob le había hecho mucho daño.

Esa noche cenaron en silencio, se fueron a la cama y, cuando hicieron el amor, sin decir nada y con delicadeza, ella lo perdonó por lo que había supuesto tan erróneamente, aunque no lo olvidó. Nigel ya tenía un punto en contra.

9

El siguiente fin de semana, Nigel le dio una sorpresa. Llevaba días intentando compensarla por el ataque de celos que había tenido por el tema de Gillian Hemmings. El actor terminó de grabar los tres episodios ese viernes y dejó el rodaje. Winnie y Elizabeth se lo pasaron en grande intentando adivinar con qué mujeres se había acostado durante su estancia allí. Supusieron que, en diez días, lo había hecho con trece miembros del reparto y del personal, y Winnie sospechaba que posiblemente también con uno de los operadores de grúa. Gillian se marchó en su Rolls Royce y nadie lamentó su partida. Era una máquina sexual andante, pero no mucho más.

Nigel la sorprendió pidiéndole que pasara el fin de semana con él en su casa de Leighton Buzzard. Dijo que no era un plan muy emocionante, pero que quería presentarle a sus padres y a su hermana, que vivía allí cerca; estaba casada y tenía tres hijos. A Winnie le conmovió la invitación.

Viajaron durante tres horas en el destartalado jeep de Nigel, y Winnie estaba deseando llegar. Acaba de hablarle a Marje sobre él y le había contado que iba a conocer a sus padres durante el fin de semana, lo que puso nerviosa a Marje. No quería que su hermana echara raíces en Inglaterra, aunque Winnie le aseguró que era un chico maravilloso.

Marje habló con Erik justo después, y él la tranquilizó. Winnie se había ido para tomarse unas vacaciones largas y recuperarse de una ruptura y de la pérdida de su trabajo; no se había fugado de casa. Marje no lo tenía tan claro y la echaba de menos. La añoraba más incluso cuando la veía por el Skype. Sin embargo, su hermana parecía feliz, tenía un trabajo que la entretenía y estaba viviendo unas experiencias que jamás habría tenido en casa. Trabajar en el rodaje de una serie televisiva era una oportunidad increíble por la que Winnie se sentía agradecida a diario. Para ella, era un sueño hecho realidad.

La pareja llegó a Leighton Buzzard antes de la hora de cenar, y los padres de Nigel estaban tomando el té cuando ellos entraron en la casa. Su madre parecía contentísima de verlo y su padre sonrió al recibir a su hijo. Nigel llevaba varios meses sin ir a casa, y sus padres tenían muchas ganas de conocer a la estadounidense que él avisó que lo acompañaría. Ella dormiría en su habitación de la infancia con él.

Los padres de Nigel estaban jubilados. Su padre había sido

electricista, que era la razón por la que su hijo se interesó por todo lo relativo al sonido cuando era joven. Tenía un hermano contable en Londres, y una hermana en Nueva Zelanda, y la hermana que vivía cerca de allí era enfermera. Su hermano pequeño trabajaba en un hotel en España. La madre había trabajado en correos. Eran una familia unida de clase media y querían a su hijo. La casa era pequeña, pero estaba limpia y ordenada. Sus padres se veían envejecidos y habían trabajado duro toda su vida para mantener a sus cinco hijos. Nigel se sentía agradecido por todo lo que habían hecho por él y lo alegraba mucho verlos.

Fueron muy correctos con Winnie y se interesaron por su vida en Míchigan. Ella les enseñó fotos de Marje, Erik y sus sobrinos. Después de tomar el té, fueron a ver a Julia, la hermana de Nigel, que acababa de volver del trabajo. Era enfermera quirúrgica de ortopedia y tenía tres hijos pequeños que corrían como locos por la casa mientras ellos charlaban. Su marido era policía y acababa de ascender a inspector.

Julia les preguntó por la serie y Winnie y ella descubrieron que eran igual de adictas a *Beauchamp Hall*. Winnie le contó que era la razón por la que había llegado a Inglaterra y que, en se momento, gracias a varias coincidencias, trabajaba de ayudante personal de una de las actrices protagonistas.

—Bueno, pues menuda suerte, ¿no? —comentó Julia, ignorando los chillidos de sus hijos y el caos que los rodeaba—. Me parece todo muy glamuroso. Y muy valiente por tu parte venir a Inglaterra solo para ver la serie de cerca. Me encantaría hacer algo así. —Lo dijo con cierto tono de envidia—. ¿Crees que te quedarás aquí? —le preguntó con curiosidad.

—Todavía no lo he decidido. —Winnie sonrió con tranquilidad—. De momento estoy dejando que todo fluya. —Se quedó mirando a Nigel y él le sonrió.

Su hermana se dio cuenta de que estaba colado por la estadounidense, aunque ninguna de sus relaciones había durado tanto y solían ser cortas, algo que le contó a Winnie. Nigel pareció molesto y le lanzó a su hermana una mirada de enfado para que dejara de hablar.

Nigel y Winnie se quedaron a cenar esa noche. Patrick, el marido de Julia, era irlandés, y los cuatro pasaron un buen rato durante la cena; los niños se entretuvieron por su cuenta mientras los adultos terminaban sus platos.

Al día siguiente, Nigel llevó a Winnie a ver su antiguo colegio y cenaron con sus padres. Al padre le encantaba la historia y era un experto en la Primera Guerra Mundial. Tenía una maqueta del buque

Lusitania, que estaba expuesta en el salón.

El domingo regresaron en coche a Burnham Market, con una lata de galletas que la madre de Nigel les había preparado. Había sido un fin de semana relajante y agradable, lo que ayudó a Winnie a conocer mejor a Nigel. Le gustó mucho su familia y, en especial, su hermana Julia. Era una mujer inteligente, sensible y con los pies en la tierra.

El lunes, ambos regresaron a trabajar y Winnie se alegró de volver a ver a Elizabeth y saber cómo le había ido el fin de semana. Había viajado a Niza y se había reunido con Bill en Saint-Tropez, donde los paparazzi los habían acosado, algo previsible en ese lugar. El famoso actor no podía quejarse de salir en la prensa después de aquello ni echarle la culpa a Elizabeth, tal como señaló Winnie. Viajarían juntos a España ese verano. Él había alquilado una casa en Ibiza y un yate como complemento. Era incomparable al fin de semana de Winnie en Leighton Buzzard, pero cada una tenía su vida y se apreciaban mucho a pesar de las diferencias entre ambas.

Winnie tomó una decisión tras el fin de semana con Nigel y llamó a Marje el lunes para hablarle sobre la casita que había alquilado y decirle que quería que se encargara de alquilar su casa en Beecher.

—¿Eso significa que no vas a volver nunca? —le preguntó Marje con la voz entrecortada, y Winnie sintió lástima por su hermana.

No quería que se sintiera abandonada. Sin embargo, no pensaba renunciar a sus sueños esta vez.

—Todavía no he tomado esa decisión —respondió con sinceridad—. Quiero quedarme aquí durante un tiempo. Hasta ahora todo me va muy bien. Y me parece una tontería tener allí la casa muerta de asco. Podría sacarle rentabilidad. Te daré la mitad —le ofreció, ya que la propiedad era de ambas—. ¿Por qué no la alquilas durante seis meses? Puedes meter mi ropa en cajas, para que los inquilinos tengan los armarios disponibles.

Pensar en ello entristecía a Marje, aunque también le parecía algo razonable.

—¿Por qué no intentas volver a casa por Navidad? —sugirió Marje, y Winnie asintió y dijo que todavía no lo sabía.

Llevaba fuera tres meses y quedaban todavía cuatro para Navidad.

—Aunque estaría bien —comentó Winnie pensándolo mejor.

Ambas sabían que podían pasar muchas cosas a lo largo de esos cuatro meses, buenas y malas. Tal vez la relación con Nigel ya estuviera muy establecida o quizá se había terminado; ambas opciones eran posibles, aunque cada día iban más en serio. Estaban hablando de ir de viaje a algún sitio en septiembre, durante la pausa antes de empezar a rodar la siguiente temporada. Sin embargo, todavía no

habían decidido adónde. Ya tendrían tiempo de hacerlo.

Marje prometió alquilar la casa de Winnie en la inmobiliaria de la ciudad: un alquiler de casa amueblada para seis meses. No sacaría mucho dinero, pero lo que fuera estaría bien. Ambas hermanas se sentían tristes al colgar; Marje porque percibía que Winnie estaba rompiendo poco a poco sus lazos con Beecher, y Winnie porque se sentía culpable de dejar a su hermana. No obstante, Marje ya tenía su vida y, en ese momento, ella intentaba averiguar qué hacer con la suya.

—Ojalá le hubieran regalado otra cosa en ese puñetero juego del amigo invisible de su empresa la Navidad pasada, en lugar de esos DVD de la serie que la tiene loca. Otro juego de posavasos, por ejemplo —se lamentó Marje con lágrimas en los ojos, y Erik la miró sonriendo.

—No te preocupes, volverá —dijo y parecía seguro de ello—. Solo está volando un poco. Al final, se alegrará de regresar a casa.

Erik sentía esa certeza, pero mientras Marje recogía los platos de la mesa, no compartía la misma seguridad. Su hermana pequeña parecía mucho más feliz en Inglaterra y estaba llevando una vida de ensueño, viendo el rodaje de la serie que la apasionaba, trabajando para una estrella televisiva y, por si fuera poco, con un novio en el lado equivocado del océano Atlántico. Era divertido para Winnie, pero a Marje no le parecía bien.

Elizabeth estuvo extrañamente callada durante la semana siguiente o un poco más, y a Winnie le preocupaba haber dicho o hecho algo que la hubiera ofendido. Las bromas y el intercambio amistoso se habían acabado de pronto. Al principio, se preguntó si Elizabeth estaría enferma, aunque respondía que se encontraba bien cuando Winnie se lo planteaba. Y después de unos días, ya no quiso molestarla. Resultaba evidente que ella no quería hablar. Pasaba mucho tiempo haciéndose confidencias con Bill Anders en privado, y solía pedir a su ayudante que los dejara a solas, un proceder que no había tenido hasta entonces. Winnie no quería insistir, pero empezaba a pensar que iban a despedirla y lo comentó con Nigel. Le preguntó si había oído algún rumor —la rumorología era una práctica muy activa en el rodaje—, aunque él le contestó que no había oído nada sobre el tema.

—Seguramente guardará relación con el divorcio de Bill. No pueden seguir teniendo una aventura de forma tan descarada para siempre. A todo el mundo le agradan las historias de amor, pero, tarde o temprano, los espectadores solo pensarán que son un par de infieles

y a los patrocinadores de la serie no les gustará.

Winnie no lo había pensado desde esa perspectiva.

—Supongo que llevas razón. Pero se callan cada vez que entro en el remolque. Antes, a ella no le daba miedo decir nada delante de mí. Y ahora apenas me dirige la palabra. Creo que debo de haber hecho algo que la ha ofendido.

—No te obsesiones tanto —la pinchó Nigel, pero Winnie sentía algo extraño en la boca del estómago y esa sensación no se le quitaba.

El lunes siguiente, Elizabeth y ella estaban recogiendo una peluca para que la actriz se la pusiera en la próxima escena. Esta se había probado varias y no le gustaba ninguna; acababan de pedir a la encargada de las pelucas que sacara más, cuando Michael Waterman, el productor ejecutivo, entró de golpe en el remolque sin llamar a la puerta. Estaba rojo como un tomate y no paraba de sacudir varias hojas de papel que llevaba en la mano.

—¿Cuándo lo has planeado? —le preguntó a Elizabeth gritando, y ella bajó la mirada y la apartó de la de él. Le agitó los papeles en la cara y a ella empezaron a caerle las lágrimas—. ¿No has tenido el valor de hablarlo conmigo? ¿Me has tenido que mandar una puñetera carta? ¿Llevamos seis años trabajando juntos y me lo dices cuatro semanas antes de la pausa de vacaciones? ¿Sabes lo que va a suponer esto para nosotros? Acabas de torpedear el barco. El Titanic se hunde. ¿Esto es lo que querías? Bueno, pues tengo noticias para ti. No voy a permitir que se hunda. Todos hemos trabajado demasiado duro y adoramos esta serie demasiado para permitirte que nos destruyas. Pensaba que tenías corazón, Liz. Ya sabes que podemos demandarte, ¿no?

—No, no podéis hacerlo —dijo y habló por primera vez levantando la cabeza para mirarlo. Estaba blanca como el papel, en comparación con la cara del hombre, que estaba roja como un tomate y parecía a punto de estallar—. Mi agente revisó el contrato, y tengo tres cláusulas de cancelación que pueden aplicarse a este caso. No puedo hacer nada. Tengo derecho a aceptar una oferta mejor. Esa serie va a ser clave para mi carrera. No puedo rechazarla. —Parecía profundamente arrepentida, pero él no lograba persuadirla.

Entonces Winnie se dio cuenta de pronto de que su silencio se había debido a que estaba tomando una decisión crucial. No tenía nada que ver con ella.

—Será clave para tu carrera y el fin de la mía y la de todos los demás de esta serie. ¿Y eso te parece bien?

Ambos estaban ignorando por completo a Winnie, quien se retiró a un rincón del diminuto remolque y, cuando apareció la encargada de

las pelucas, ambos la echaron.

—No puedo rechazar una oportunidad como esta. Adoro esta serie, pero me ofrecen el triple de dinero y es una ocasión increíble. Puedo escoger el reparto. Me dan todo lo que siempre he deseado. Y tarde o temprano le darás carpetazo a *Beauchamp Hall*, o Matthew se cansará de escribirla y yo habré dejado pasar este tren.

El hombre ignoró sus palabras, que no eran del todo descabelladas, por lo que Nigel le había contado a Winnie.

—¿Y a quién vas a escoger para tu reparto?

Se acercó a ella y la miró con gravedad.

—Solo me llevo a Bill —dijo con apenas un hilillo de voz.

—Oh, Dios mío, qué zorra. Él ni siquiera me lo ha dicho.

Si eso era posible, la cara de Michael pasó del rojo al morado.

—Yo le pedí que me dejara decírtelo antes.

—¿Cómo puedes estar haciéndonos esto? ¿Y por qué no me lo dijiste antes y así nos dabas una oportunidad de negociar contigo?

—Porque jamás me ofreceríais tanto dinero. Y el acuerdo por fin se cerró hace solo una semana. Antes pensaba que intentaban embaucarme con mentiras, pero ahora veo que no.

—No sé qué decirte. Me gustas, Liz. Has actuado de maravilla en la serie. Pero no tienes corazón. Eres como todos los de este negocio. Solo piensas en ti y te da igual las vidas que destruyas con tal de medrar. Bueno, pues siento decepcionarte. Saldremos adelante sin ti. *Beauchamp Hall* es mucho más que tú y Bill Anders.

—Este negocio es así —dijo ella con voz entrecortada.

Aquella era la típica frase que todo el mundo usaba en el sector para asestar una puñalada por la espalda. Incluso Winnie lo sabía y sintió lástima por el productor.

Entendía perfectamente lo que acababa de ocurrir. Elizabeth dejaba la serie y se llevaba a Bill Anders con ella para protagonizar otra serie. Eran las dos estrellas más importantes de *Beauchamp Hall*. Habían perdido ya a Tom White cuando falleció en un accidente en la temporada que estaban rodando. Y Miranda Charles se había marchado poco después. Matthew lo había arreglado de forma admirable, con nuevas líneas argumentales y la incorporación de varios actores. Sin embargo, la marcha de Elizabeth y Bill sería un golpe más fuerte, mucho más complicado de enmendar y que dificultaba el objetivo de que la serie siguiera pareciéndoles interesante a sus leales espectadores, que estaban vinculados emocionalmente a cada uno de los intérpretes, como le había pasado a Winnie cuando llegó al rodaje. En ese momento había cambiado ligeramente su impresión porque formaba parte del equipo que lo

creaba, lo que hacía que lo percibiera como algo menos real, aunque todavía más fascinante. Además, ahora ya sabía todo lo que hacía falta para conseguir que resultara creíble. Podía ver el artificio, no solo el argumento.

En ese instante, el productor salió disparado del remolque y se hizo un silencio atronador en cuanto se marchó. Elizabeth miró con disimulo a su ayudante y Winnie la miró a ella.

—Siento que hayas tenido que oír todo esto.

—Creía que estabas enfadada conmigo por la semana pasada.

—Claro que no. Solo estaba estresada intentando tomar una decisión, y quería que Bill se viniera conmigo. Al principio, él no estaba seguro. Pero ahora ya se ha decidido. Me marcharé cuando acabemos de rodar esta temporada, dentro de cuatro semanas.

—Matthew tendrá que esforzarse mucho para reconducirlo. ¿Crees que será capaz? —le preguntó Winnie con cara de preocupación.

No se le había ocurrido que estaba a punto de perder su trabajo. Era la ayudante de alguien que iba a marcharse. Aunque su puesto fuera una nadería comparado con todos los demás. Y le preocupaba muchísimo la serie.

—Espero que Matthew lo consiga —dijo Elizabeth con seriedad—. Me encanta esta serie. No quiero perjudicarla. Pero también debo pensar en mi carrera. Tiene toda la pinta de que esto no tendrá más de seis o siete temporadas. O los espectadores se cansan, o el reparto quiere hacer otras cosas, o el guionista se queda sin fuelle o quiere dejarlo antes de que se vaya a pique. El guion ya corría peligro antes de que yo hiciera esto. Michael simplemente no quiere reconocerlo, pero también lo sabe. —Winnie asintió, intentando asimilarlo—. Y lo siento, Winnie. Has sido la mejor ayudante que he tenido jamás. ¿Quieres venirte conmigo? Estaremos rodando en Londres, con localizaciones en Montecarlo, Dubái, Las Vegas y Macao. La serie trata sobre una jugadora profesional, que es básicamente una mujer retorcida, una estafadora y una ladrona, así que rodaremos en las capitales del juego de todo el mundo. Los guiones son geniales. Bill interpretará a un sexy y guapo detective, estilo James Bond, que siempre está intentando atraparme, pero nunca lo consigue. Aunque me acuesto con él de vez en cuando —dijo sonriendo.

—Parece una serie genial —comentó Winnie con sinceridad.

Aunque no era una serie para ver en familia que destacara por sus valores, como *Beauchamp Hall*.

—Creo que sí lo será. ¿Quieres subirte al carro?

Se lo pensó un instante y negó con la cabeza.

—No vine a este lugar para hacer carrera en el mundo del cine.

Vine porque amo esta serie y todo lo que representa. No será lo mismo sin ti, pero creo que me quedaré con el Titanic, si eso es lo que ha de suceder. No estoy lista para saltar al bote salvavidas todavía.

Elizabeth asintió y la respetó por ello. Admiraba la integridad de Winnie.

—Leal hasta el final. Creo que Matthew será capaz de alargarla durante una o dos temporadas más, si quiere. Aunque no creo que pudiera haber conseguido nada más de todas formas. Prácticamente ninguna serie ha logrado durar diez años. ¿Tú qué harás? —le preguntó a Winnie, preocupada por ella durante un instante.

—Volver a ser la chica de los recados en el set —dijo con resignación—. Me he divertido mucho trabajando para ti. Gracias por darme la oportunidad de hacerlo. Siempre que no tenga que ir a comprar los condones gigantes para Gillian Hemmings y probarlos con él, estaré bien.

Ambas rieron con el comentario, y Winnie pidió a la encargada de las pelucas que regresara. Elizabeth escogió las dos que quería para ese día, y su interpretación fue brillante. Winnie sabía que la echarían mucho de menos. Era una profesional y una actriz maravillosa, una de las mejores, pese a su deslealtad. Tenía la mirada puesta en su carrera, que era lo primero para ella.

La noticia ya se había propagado al final de la semana, y se produjo una oleada de pánico en el set. Al principio, todos pensaron que era un rumor y no lo creyeron, pero dirección lo confirmó. Se publicó un breve comunicado, donde se aseguraba que se rodaría otra temporada después de aquella, tal como estaba planificado, pero los actores y técnicos más experimentados dudaban de que la serie sobreviviera tras la marcha de Elizabeth y Bill, y que Matthew quisiera escribirla sin ellos. Todos sentían que se encontraban sobre arenas movedizas. Los miembros más optimistas del reparto y del equipo de rodaje querían creer que la serie seguiría adelante. Otros no. Un miedo generalizado se palpaba en el ambiente.

Nigel se tomó muy mal la noticia y dijo que no era un aviso, sino que estaba más claro que el agua que la serie iba a cancelarse.

—Yo estaba delante cuando ella se lo dijo a Michael. Él aseguró que no iba a dejar que este barco se hundiera —comentó Winnie para intentar animarlo.

—Eso no depende de él, depende de la cadena, de los espectadores y de los patrocinadores. Si caen los índices de audiencia, todo acabará en cinco minutos. ¿Por qué no me lo has contado si ya lo sabías? —También parecía enfadado por eso.

—Me enteré hace solo un par de días. Se suponía que yo no debía

estar allí y me pidieron que no se lo contara a nadie.

—¿Y eso me incluye a mí? —preguntó él, y ella asintió—. ¿Estoy a punto de perder mi trabajo y no podías avisarme?

Quería culparla de lo que estaba pasando.

—No estás a punto de perder tu trabajo. Dicen que van a rodar otra temporada.

—No cuentes con ello. No conoces este negocio. Yo sí. Te aseguro que estarás sin trabajo a finales de año. Yo voy a empezar a enviar currículos —dijo con mirada sombría.

Se fue a dormir a su casa esa noche y se marchó a Londres a pasar el fin de semana para visitar a algunos productores que conocía. Se comportaba como si ya hubieran cancelado la serie y estaba desalentado. Todos habían firmado contratos de confidencialidad sobre la marcha de Elizabeth y Bill, así que Winnie no podía hablar de ello con Marje. Pasó un fin de semana tranquilo viendo reposiciones de *Beauchamp Hall*, algo que siempre la animaba, y leyendo su maltrecho ejemplar de *Jane Eyre*. Se preguntaba qué haría Matthew para resucitar la serie sin Elizabeth ni Bill. Eso le hizo tomar conciencia de lo difícil que era su trabajo. Solía fantasear con la idea de ser guionista de una serie como aquella, y en ese momento se dio cuenta de lo que hacía falta para conseguirlo. No envidiaba para nada el trabajo que el guionista tenía por delante.

Nigel no estaba de mejor humor cuando regresó de Londres. No podía contarle a ninguna de las personas con las que se reunió por qué estaba buscando otro trabajo. Se había limitado a decir que se sentía inquieto y quería cambiar, pero nadie le había hecho ninguna propuesta que le infundiese aliento.

—¿Y si abres esa empresa de sonido de la que siempre hablas si cancelan la serie?

Winnie intentaba ayudar y él parecía molesto cuando lo hablaron mientras cenaban.

—Todavía no estoy listo para hacerlo. No tengo el dinero. El equipamiento cuesta una fortuna. Seguramente me quedan diez años para conseguirlo. Si la serie se acaba, necesito otro trabajo, Winnie. Yo no puedo hacer lo que tú has hecho y venir a Inglaterra durante seis meses para jugar un rato.

—Yo no llegué aquí con una fortuna. Lo hice con mis ahorros.

—Sí, y si te quedas sin dinero, puedes vender una casa en Míchigan.

—Media casa —le recordó ella—. La otra mitad es de mi hermana.

Lo dices como si yo fuera una rica heredera. Casi todo lo que tengo son ahorros y el dinero que nos dejó mi madre hace once años, que no era tanto.

—Bueno, pues yo no tengo ahorros como tú, ni tampoco media casa, y mis padres apenas tienen para vivir ahora que están jubilados. Tendré que trabajar en otra serie si se cancela *Beauchamp*, o cuando eso ocurra, porque ya no es una probabilidad, sino algo que va a ocurrir. En algún momento, dentro de un año o dos, si dura tanto tiempo, me quedaré sin empleo.

—Y yo también —dijo ella en voz baja.

—¿Y entonces qué? ¿Volverás a Míchigan?

—Ya lo pensaremos cuando suceda.

—Te lo dije, Win, en este negocio, todo es temporal, por eso nunca me he casado ni he tenido hijos. Porque lo único que haces cuando trabajas en series como esta es ir de un lado para otro, si es que tienes la suerte de conseguir otro empleo.

Winnie había llegado a entenderlo. No era como trabajar en un banco o en una empresa que existiría eternamente. Por lo visto, el negocio alcanzaba su momento de gloria y un día, sin más, desaparecía. Pensarlo la entristecía. Ella tampoco quería que *Beauchamp Hall* se terminara. Llegar hasta allí había sido su sueño. Sin embargo, para Nigel, era su forma de ganarse la vida. Aquello era su profesión.

Un par de días después, recibió una nota que alguien le dejó en el remolque de Elizabeth. La actriz había salido cuando Winnie encontró el papel y se sentó a leerlo. Era de Edward Smith, uno de los actores del rodaje, quien le pedía que lo llamara. Casi no había hablado con él. Interpretaba al hijo mayor de la familia Beauchamp. Tenía cuarenta y pocos años y hacía de hombre casado con cuatro hijos, con una esposa con la que se había unido por compromiso y a la que no amaba; había tenido una aventura con su verdadero amor durante años y había formado una segunda familia con ella; vivía en secreto en una casa que él mismo había construido para ella a varios kilómetros de distancia. El actor que interpretaba el personaje era australiano, de familia rica. Se había educado en los mejores internados británicos y no le quedaba ni rastro de acento australiano, solo su acento de aristócrata inglés. Era guapo y un actor maravilloso, y Winnie no tenía ni idea de para qué querría que ella lo llamara. Se lo pensó un rato y lo telefoneó esa noche desde su casa.

—Qué bien que me hayas llamado —le dijo en cuanto Winnie se

presentó—. Habría hablado contigo en el rodaje, pero hubiera resultado violento. Hay mucha angustia estos días con la marcha de Liz y Bill. —Winnie no sabía si iba a pedirle una cita u otra cosa, pero él fue directo al grano—. He sentido envidia de Liz desde que te fuiste a trabajar para ella. He visto lo eficiente que eres, incluso como chica de los recados del set. No sé qué planes tendrás ahora que ella va a marcharse, pero mi ayudante está embarazada y quiere dejar de trabajar para siempre. Su marido tiene un buen trabajo y pueden permitírselo. Quiere marcharse en cuanto encuentre una sustituta, para poder quedarse en casa comiendo helado y relajándose. Me preguntaba si te gustaría trabajar para mí. Es menos glamuroso que trabajar para Liz, pero intuyo que ambos lo precisamos: seguramente tú necesitas un trabajo y yo una nueva ayudante. He pensado decírtelo antes de que alguien se me adelante. —Lo propuso de manera muy clara y directa, y ella se sintió halagada por todo lo que había dicho—. Tendrás que encargarte de menos pelucas y agendar más fines de semana de caza —dijo, y ambos rieron.

—Vaya, esto es maravilloso. Desde luego que me soluciona el problema. Ahora van a rodar las escenas de Elizabeth y las de Bill para que puedan irse antes de la pausa por vacaciones. Para serte sincera, los productores están bastante disgustados, por eso creo que la quieren fuera del rodaje. Así que estaré disponible en cuanto se marche.

—Eso me iría de maravilla. A Rebecca le encantaría. No han encontrado a nadie para mí y he tenido que buscarte yo. Parece que puede ser algo positivo para ambos.

—Sí, eso parece. Gracias, señor Smith —dijo ella para marcar las distancias.

—Edward, por favor. Bueno, pues estoy muy contento de haberte dejado la nota y de que hayas llamado. Les informaré de que ya está todo arreglado. Es un cambio bastante fácil y conveniente.

Winnie estaba encantada con el nuevo acuerdo y aliviada de saber que todavía tendría trabajo cuando Elizabeth se marchara. Se lo contó a Nigel con una gran sonrisa en cuanto él llegó a casa. Al principio no le dijo nada y luego se puso a discutir con ella sobre quién prepararía la cena; Winnie se dio cuenta, por su mirada, de que estaba disgustado.

—¿Conque ahora vas a ser la ayudante de un hombre? ¿De qué va todo esto? ¿Por qué no contrata a un tío? ¿Es que quiere acostarse contigo?

—No todo el mundo me ve como una oportunidad para un revolcón —le dijo, sonriendo—. Tengo treinta y ocho, no diecinueve. Su ayudante se marcha y necesita una nueva. Y también es una mujer.

Por eso quiere que trabaje para él cuando Elizabeth se marche. Es bastante simple y nos beneficia a los dos.

—No estoy seguro de que me beneficie a mí —repuso Nigel, mientras apartaba la comida del plato con el tenedor.

Estaba demasiado molesto para comer. A Winnie le recordaba a cuando tuvo un ataque de celos por el tema de Gillian Hemmings. Pero Gillian era un asqueroso y le había hecho proposiciones. Edward Smith era un tipo correcto, un caballero. Nada relacionado con su oferta era lascivo y ella jamás había escuchado rumores de que tuviera aventuras durante el rodaje, lo que no era frecuente. Por la rumorología, Winnie creía que tenía novia, con título nobiliario y residente en Londres.

—Necesito un trabajo, Nigel, y él sería un buen jefe. Y, si no lo es e intenta algo conmigo, lo dejaré y volveré a ser la chica de los recados. Pero, si te parece bien, a mí también me gustaría tener un buen sueldo. El problema no es la personalidad de Edward, sino que tú eres un celoso.

—No me gusta. Es demasiado guapo. ¿Y qué pasa cuando se pasee en calzoncillos por su remolque o con el culo al aire?, ¿qué vas a hacer tú?

—Si es un tipo decente, no lo hará. Si lo hace, lo dejaré. En este tema debes confiar en mí.

—No confío en él.

—Bueno, pues yo sí.

Discutieron sobre el asunto toda la noche y Nigel se fue a la cama enfadado. Seguía de malhumor cuando se levantó a la mañana siguiente y se fue a toda pastilla en el jeep a trabajar, sin desayunar ni despedirse de ella, y Winnie no lo vio en todo el día. Esa noche no se presentó a cenar.

Estuvieron enzarzados por este asunto hasta que Winnie empezó a trabajar para Edward. Había decidido ser la ayudante tanto del actor como de Elizabeth, durante la última semana de la actriz en el rodaje, para poder ir acostumbrándose a él antes de la pausa para las vacaciones. Sin embargo, Nigel no dio su brazo a torcer en todo ese tiempo. Fue enfadándose cada vez más, convencido de que Winnie tendría una aventura con su nuevo jefe.

—Nigel, tienes que parar —le dijo por fin—. No pienso dejar un trabajo solo porque tú estés celoso. Edward no ha hecho nada inapropiado.

—Lo hará.

Estaba convencido de ello y no confiaba en ninguno de los dos.

—¡Esto es ridículo! —Ella no pensaba cambiar de opinión; era una

cuestión de principios—. Gano cinco veces más como ayudante que como chica de los recados y, gracias a este puesto, conseguiré el permiso de trabajo. Con este sueldo pago el alquiler. Sé razonable, por el amor de Dios.

—Es una estrella televisiva. ¿Cómo quieres que me sienta?

—Eres un tío guapo y te amo. No tienes nada de lo que preocuparte.

Winnie por fin desistió y dejó de discutir con él. Siguió en el trabajo; Nigel tendría que aprender a vivir con ello y a madurar, eso era lo que ella pensaba. Sus celos eran una de las cosas que menos le gustaban de él. Eso y sus paranoias relativas al tema estaban empezando a eclipsar los buenos momentos y minar la relación que tenían. Él estaba permanentemente preocupado y molesto.

Winnie se lo comentó a Elizabeth antes de marcharse, y la actriz le comentó que había tenido un novio así en una ocasión.

—¿Cómo lo hacías? —Quería todos los consejos que pudieran darle, y allí tenía más intimidad con Elizabeth que con cualquier otra persona.

—Empecé a engañarlo con otros porque, de todas formas, él ya creía que estaba haciéndolo. Al final tuvo razón y por eso rompimos.

Winnie se rio con su solución porque era típica de ella. Le había confesado además que jamás le había sido fiel a ningún hombre.

—Pero Edward Smith es muy serio y correcto. Dudo mucho que se atreva siquiera a intentar algo contigo. Yo probé a ligármelo una vez —dijo la actriz riendo— y me rechazó. Pensé que a lo mejor era gay, pero está claro que no lo es. Es hombre de una sola mujer y he oído que lleva años con la misma chica. Creo que estás totalmente a salvo con él.

—Y yo. Pero no puedo convencer de ello a Nigel. Está furioso desde que se lo conté.

—Odio a los tíos celosos, son un coñazo —dijo Elizabeth lanzando un suspiro exagerado, y Winnie estuvo de acuerdo.

La primera vez le resultó halagador, aunque un poco infantil. En esa ocasión, era sencillamente un fastidio. Había pensado que Nigel era mejor persona, pero no lo era. Los celos eran su peor defecto, además de ser algo grave que iba a interferir en el trabajo de ella. No podía trabajar solo para mujeres para complacerlo. Un hombre le había ofrecido trabajo y era un puesto maravilloso que a ella le gustaba. Era un jefe excelente y considerado.

Winnie se puso triste el día en que Elizabeth dejó el rodaje. La actriz

le regaló una pulsera de oro para darle las gracias por todo y le dijo que fuera a visitarla a su nueva serie, y Winnie le prometió que lo haría si viajaba a Londres. Se despidió de su antigua jefa con la mano mientras ella se alejaba en el coche. Recogió sus cosas y se dirigió hacia el remolque de Edward, donde él estaba esperándola con una pila de trabajo y llamadas por hacer. A ella le gustaba trabajar para él. Estaba más centrado en el negocio que Elizabeth y la trataba más como una secretaria, además de ser siempre respetuoso y apropiado. Ni siquiera lo había visto con albornoz cuando lo estaban peinando y maquillando. Era correcto de pies a cabeza. Nigel estaba totalmente equivocado.

Sin embargo, seguía quejándose sobre Edward gran parte del tiempo, hasta el punto de sentirse amargado, y ella empezaba a entender por qué no habían funcionado sus relaciones anteriores. Sus celos y ataques de ira eran difíciles de superar. Su nuevo jefe era un perfecto caballero, lo que Nigel se negaba a creer. Empeoraba con los días, y Winnie lo amaba cada vez menos, hasta que prácticamente no recordó qué era lo que tanto le gustaba de él. Sus ardientes celos consumieron todo cuanto la había atraído de él hasta que ya no quedó nada.

10

A pesar de los constantes comentarios desagradables de Nigel, Winnie disfrutaba trabajando para Edward Smith. Era profesional, inteligente y tenía sentido del humor. Estudiaba sus frases con diligencia para estar preparado en el rodaje y seguía las indicaciones del director con facilidad. Era muy apreciado por el reparto, y Winnie no daba crédito al hecho de tener un jefe de trato tan fácil. Hacía que sus jornadas laborales fueran un placer.

Uno de esos días, mientras intentaban imaginar cómo se las apañaría Matthew para reescribir la siguiente temporada sin Elizabeth ni Bill, Winnie le contó que había cursado escritura creativa en la universidad y que había soñado con trabajar como publicista en Nueva York y ser editora.

—Yo quería ser pescador de alta mar o cazador de caza mayor cuando era joven. Eso tampoco ocurrió. —Ambos se rieron de esos sueños perdidos de su juventud—. ¿Escribes algo en la actualidad? —Ella negó con la cabeza—. Deberías hacerlo. ¿Quién sabe? Algún día podrías escribir una obra de teatro o la biblia para una serie como esta. Cosas más raras se han visto. Conozco a muchos actores que han dejado la interpretación para convertirse en guionistas y han tenido mucho éxito. Y tú estás lo suficientemente implicada en la serie como para hacerte una idea de su funcionamiento, y me parece que te sabes todos los capítulos de memoria —le dijo para pincharla.

Hacía tiempo que ella le había confesado su adicción a la serie y le había contado que fue la razón por la que llegó a Inglaterra. «Deberías estudiarte los guiones», le aconsejó él. Le entregó una pila con los manuscritos antiguos y ella empezó a leerlos por las noches, para aprender cómo estaban estructurados y cómo pasaban de una escena a la siguiente. Le parecía fascinante. Pero el hecho de que lo hiciera incordiaba mucho a Nigel. Cada vez pasaba menos noches en casa de Winnie y se presentaba sin avisar, comportándose como si hubiera esperado pillarla en la cama con otro —supuestamente, con Edward—. En cambio, la pillaba en la mesa de la cocina, tomando apuntes sobre algún guion.

La molestó especialmente una noche, cuando le abrió la puerta en pijama. Nigel tenía pinta de haber estado bebiendo y se tambaleaba.

—¿No está Edward? —le preguntó.

—Lo he encerrado en un armario cuando te he oído llegar —espetó

ella con brusquedad.

Sus celos le parecían pueriles y una pérdida de energía y tiempo, y se negaba a tomárselos en serio. En esencia, era un buen tipo, pero estaba obsesionado con la preocupación que le generaban las relaciones de ella con otros hombres.

—¿Para qué estás siempre perdiendo el tiempo con los guiones? —le preguntó él y se sentó a la mesa frente a ella.

—Edward cree que debería tratar de escribir uno algún día —respondió con inocencia, pensando que Nigel se mostraría interesado por la idea y contento por ella.

—¡Oh, san Edward, claro! ¿Vas a intentar salvar la serie? —preguntó con acritud.

—Ojalá pudiera. Creo que Matthew puede apañárselas sin mi ayuda —contestó Winnie, serena—. Al menos, eso espero.

—Tendremos suerte si conseguimos que dure un año más —comentó Nigel—. Luego nos darán a todos una patada en el culo y tendremos que volver a buscar trabajo.

Se trataba de una posibilidad que ella no podía negar, y a Edward también le preocupaba. Todos estaban preocupados, pero la actitud de los demás era más positiva que la de Nigel. Su miedo al futuro y los celos que sentía por Winnie estaban envenenándolo lentamente y convirtiéndolo en alguien tóxico. Su estado de ánimo era muy sombrío.

—Bueno, pues vamos a disfrutarla mientras dure —remató ella con tranquilidad.

—Esto no es más que un entretenimiento para ti, Winnie —la atacó él.

Y tenía parte de razón. Sin embargo, ella estaba aprendiendo gracias a la lectura de los guiones y su sueño de escribir volvía a cobrar vida; había permanecido dormido durante casi veinte años, pero sentía de nuevo cómo se removía.

—Este es mi trabajo, mi medio de vida. Si cancelan la serie, estoy destinado a acabar en alguna otra serie que odie, como uno de esos enfermizos realities, con alguna familia de drogadictos que van todos a desintoxicación. —Su comentario la hizo pensar en Marje y en las amas de casa de Las Vegas.

—A mi hermana le encantan esos programas, pero no los de drogadictos. Le gusta uno de amas de casa que viven como fulanas. —Sonrió al decirlo y él se relajó un poco.

De tanto en tanto, Winnie todavía percibía destellos del Nigel que conocía y amaba, pero estaba consumido por la ansiedad, tenso y distinto a cuando empezaron. Su amargura resultaba tóxica.

Se quedó a pasar la noche con ella, pero las cervezas que se había tomado le hicieron efecto y se durmió en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. A ella le recordó a Rob y las noches que pasaban juntos sin tan siquiera dirigirse la palabra. Winnie no quería reconocerlo, pero tenía la sensación de que lo que había compartido con Nigel estaba esfumándose. No sentía el corazón roto, sino que estaba desilusionada. Su pareja no era una mala persona, y tenía un lado amable, pero se había hecho difícil convivir con él. Imposible, de hecho.

Edward comentó algo al respecto una mañana.

—Te he visto con uno de los chicos de sonido un par de veces, fuera del set de rodaje. ¿Es tu novio?

Ella asintió.

—Lo ha sido, es algo que viene y va. Llevamos saliendo solo un par de meses, desde que llegué aquí.

No le contó que Nigel estaba consumido de celos por su causa. No hacía falta que lo supiera, y Nigel no resultaba peligroso, solo era un poco neurótico, lo que le restaba atractivo. A ella no le parecía nada interesante, de hecho, cada vez le gustaba menos.

—Las relaciones son así —comentó él pensando en lo que Winnie había dicho—. Todos nos comprometemos con algo. Jamás es algo perfecto. Yo llevo saliendo trece años con la misma mujer. Nos llevamos de maravilla, aunque no estamos juntos todo el tiempo, o tal vez sea gracias a eso. Su padre es miembro de la cámara de los lores y no quiere que su hija se case con un actor. Yo no quiero dejar la interpretación. He invertido demasiado en esto y no sé hacer otra cosa, pero ella no desea desafiar a su padre. Por eso no nos hemos casado. Tengo cuarenta y dos años y ella treinta y siete. Para mí no es ningún drama, pero ella empieza a ponerse muy nerviosa porque quiere tener hijos, así que tendremos que tomar alguna decisión uno de estos días. A lo mejor suena horrible, pero el padre es bastante mayor y creo que ella está esperando a que se muera para poder casarnos. Aunque ese tipo es un roble y bastante tirano. Estoy seguro de que nos enterrará a los dos. —Lo dijo sonriendo—. Y a ella no le va eso de tener hijos sin estar casada. A mí no me importaría. Las cosas cambian cuando te haces mayor. Lo que te parecía tan importante resulta no serlo. Y lo que creías que daba igual, de pronto se convierte en lo más relevante. Lo que me interesa de Grace es poder estar con ella. Me da igual si nos casamos o tenemos hijos. Es la única mujer a la que he amado. Por eso vale la pena aguantar. Además, nunca sabes qué puede pasar.

—Creo que yo también estoy llegando a ese punto. Estuve once años con el hombre equivocado antes de llegar aquí. Y ahora me doy

cuenta de que me da igual casarme o tener hijos. Quiero estar con la persona adecuada. Aguantar con la pareja equivocada es algo bastante lamentable. —Sonrió y él asintió porque estaba de acuerdo.

—Nunca se sabe qué sorpresas te reserva la vida.

—Venir aquí fue la mejor de las sorpresas que me he regalado a mí misma —comentó ella con alegría y no pensaba dejar que Nigel se lo fastidiara.

—Por cierto, ¿cómo te va con los guiones? —le preguntó él.

—He estado estudiándolos todas las noches. Escribir un guion parece más fácil que escribir un libro. La estructura es más sencilla y requiere menos recursos.

—Exacto. Y todo se centra en lo visual. Todo está centrado en el rostro del actor, si es bueno.

Edward le entregó la lista de llamadas que debía hacer en su nombre: a su banquero, al abogado y a un restaurante para reservar mesa para cenar. Estaba planeando salir para Londres a la mañana siguiente, aprovechando sus días libres. Grace y él tenían pisos distintos, pero ella se quedaba con él cuando viajaba a la capital. Escucharlo hablar sobre ella hacía que Winnie considerase aún más ridículos los celos que sentía Nigel. Edward estaba locamente enamorado de su novia y a Winona le encantaba cómo hablaba de ella. A ella también le hubiera gustado estar con un hombre que dijera cosas así sobre su persona.

Intentó comentárselo a Nigel esa noche, pero él no quiso escucharla. Se marchó poco después para encontrarse con unos amigos en uno de los pubs que frecuentaba en esos días. Estaba bebiendo más que de costumbre, y ella sospechaba que era por la ansiedad que le provocaba el trabajo y su futuro. El ambiente en el rodaje era tenso, y la marcha de Bill y Elizabeth había provocado que la inquietud de todo el mundo estuviera mucho más justificada.

El teléfono sonó unos minutos después de que Nigel se marchara, y ella supuso que sería él para pedirle disculpas y preguntarle si podía regresar más tarde, lo que ya no era tan emocionante como al principio de la relación. Si estaba sobrio, era soportable, pero tenerlo tambaleante y borracho y ver cómo se desmayaba en la cama, a su lado, era como un *déjà vu* de la experiencia con Rob, y no le gustaba ni quería revivirlo.

Sin embargo, no era Nigel quien llamaba, sino su hermana. Marje parecía muy nerviosa y estaba llorando. Winnie no logró entenderla al principio, aunque era evidente que algo terrible había sucedido. El primero en quién pensó fue en Erik; acababa de cumplir cincuenta y a esa edad los hombres sufrían afecciones graves, incluso sin tener un

historial previo.

—Tranquilízate… Toma aire. Intenta contarme qué ha ocurrido…

Marje consiguió pronunciar una palabra.

—Jimmy. —Su hijo de diecisiete años.

Winnie se quedó paralizada mientras intentaba adivinar qué podría haber pasado.

—Estaba nadando en la piscina del vecino. Celebraban una fiesta en el jardín.

Para Winnie no tenía sentido, la gente que conocían en Míchigan no tenía piscina, ni llegaban a bañarse en una en la vida. Pero el vecino de Marje era constructor y la había construido él mismo para sus hijos.

—Los chicos estaban jugando a llevarse a caballito, Jimmy ha resbalado y se ha golpeado en la cabeza.

—Oh, Dios mío, ¿está bien?

Era evidente que no y, con los llantos de Marje, Winnie también empezó a entrar en pánico.

—Está en coma. Se rompió el cráneo y tiene una contusión cerebral grave. He estado con él desde anoche y el móvil no va en el hospital. Erik está con él ahora. Yo he venido a casa para quedarme con Adam. Win, dicen que, si no recupera pronto la consciencia, el cerebro quedará dañado.

—Eso no va a pasar —dijo ella de golpe, rechazando la idea en cuanto su hermana la planteó.

—Tiene una inflamación en el cerebro y quieren ver si disminuye. Si no es así, tendrán que operar. A lo mejor hay que extirparle una parte del cerebro.

Rompió a llorar con desesperación mientras Winnie se miraba el reloj, calculando cuánto tardaría en llegar a Londres para coger un avión. Eran las nueve de la noche. No tenía ni idea de a qué hora salía el último tren, pero si había uno sobre las once o doce de la noche podía cogerlo, con lo que llegaría a la una o a las dos de la madrugada. Con suerte, podría ir en el vuelo de madrugada a Chicago y, desde allí, viajar a Detroit. La diferencia horaria jugaba a su favor; incluso con todas las escalas que tuviera que hacer, podría estar en Beecher a primera hora de la tarde del día siguiente.

—Marje, aguanta. Llegaré a casa lo antes posible. Me pongo en marcha ya para poder organizarme. Te llamaré en cuanto sepa a qué hora llego.

—No puedes, estás trabajando…

—Eso da igual. Te quiero. Todo irá bien. —No tenía ni idea de si sería así, pero no sabía qué otra cosa decir.

Una vez colgó, se puso a pensar a toda prisa y lo primero que hizo fue llamar a Edward para contarle lo que haría. Él estaría en Londres durante cuatro días y no quería que pensara que ella había desaparecido sin más. Volvió a mirar la hora; todavía era lo suficientemente temprano para llamarlo, eran solo las nueve y pico de la noche. Él contestó y estaba de buen humor. Se sentía emocionado porque iba a ver a Grace.

Winnie le contó lo que le había pasado a su sobrino y él se mostró impactado.

—Qué horror, Winnie, lo siento.

—No me gusta nada hacerte esto, pero debo irme a casa unos días. Intentaré no estar fuera mucho tiempo, aunque depende de lo que ocurra.

—Por el amor de Dios, no seas tonta. Quédate el tiempo que necesites. Puedo apañármelas solo. Hasta dentro de cinco días no volveré al rodaje. ¿Cuándo sale tu vuelo? —Parecía profundamente preocupado.

—Todavía no lo sé. Lo primero que he hecho ha sido llamarte. Voy a intentar coger el primer vuelo de madrugada a Chicago, o a Nueva York, si es necesario. Después debo llegar a Detroit. Mi ciudad está a dos horas desde allí. Veré si puedo tomar un tren a Londres esta noche.

—No, no lo harás. Ya tengo las maletas hechas. Grace va a cenar con su padre esta noche y yo me iba en coche mañana por la mañana. Llama a la compañía aérea. Te recogeré dentro de una hora. Puedo llevarte a Londres en tres horas o menos. Puedes quedarte con nosotros hasta que salga tu vuelo, si es necesario.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Grace nunca me deja conducir como a mí me gusta. Lo disfrutaré —dijo intentando parecer despreocupado, aunque en realidad sentía mucha lástima por ella; tenía un sobrino de la misma edad.

Winnie no perdió tiempo discutiendo con él. Llamó a la compañía aérea y tenían un vuelo con destino Nueva York a las siete de la mañana, que conectaba con un vuelo directo a Detroit. El de Detroit salía a las doce y media de la madrugada, hora local. Si tenía suerte y no había retrasos, podía alquilar un coche en el aeropuerto y llegar a Beecher a las tres de la tarde. Metió unos tejanos y una pila de camisetas limpias en su pequeña maleta de cabina, cogió lo que necesitaba para el neceser, el camisón, unas sandalias y algunos documentos que podía precisar. Una hora después, ya estaba lista cuando Edward llegó en su Aston Martin. Winnie cortó la luz, cerró la

puerta con llave, salió disparada hacia el coche y subió de un salto.

—No sé cómo darte las gracias por este favor —dijo, agradecida, y, en cuanto salieron del pueblo, él pisó el acelerador a fondo y no levantó el pie en todo el camino.

Estuvieron en la autopista en un abrir y cerrar de ojos, e iban hablando de tanto en tanto, aunque él se mantuvo centrado y con la mirada en la carretera.

Llegaron a las afueras de Londres a la una de la madrugada, y ambos pensaron que lo más razonable sería llevarla directamente al aeropuerto, ya que debía facturar a las cinco de la mañana para el vuelo de las siete.

Edward llamó a Grace desde la autopista, le anunció que llegaría esa noche y le contó por qué. Al escuchar cómo se dirigía a ella, Winnie supo que quería un hombre que le hablara así. Su tono con la mujer que estaba al otro lado del teléfono demostraba cuánto la amaba y que estaba impaciente por verla esa misma noche.

El actor dejó a su ayudante en la terminal internacional de Heathrow a la una y media de la madrugada y le deseó buena suerte. Tenía tres horas de espera antes de la facturación, y podía dormitar en una butaca del aeropuerto y luego comer algo. Dio las gracias a Edward con efusividad otra vez y él la abrazó y le dijo que le enviara un mensaje para informarle de cómo iba todo. Estaba preocupado por ella y por su sobrino. Antes de entrar en la terminal, Winnie se despidió con la mano mientras su jefe se alejaba con el coche.

No podía llamar a Marje porque ya estaría de regreso en el hospital a esas horas, así que le escribió un mensaje para saber cómo seguía Jimmy. Su hermana le respondió: «Sin cambios». Y Winnie contestó: «Todavía». Después de eso, escribió a Nigel y le contó que su sobrino había sufrido un accidente y que se iba a casa en un vuelo que salía a las siete de la mañana y que volvería tan pronto como pudiera. Estaba segura de que él dormía profundamente después de una noche en el pub, pero no quería que se preocupara al no verla en el trabajo a la mañana siguiente o que creyera que le había ocurrido algo.

Se sentó pensando en Marje y en Jimmy hasta el embarque del vuelo. Su sobrino había sido un bebé monísimo y ahora estaba hecho un hombre. Aquello no podía estar sucediéndole. Tenía que despertar. Quería animarlo para que abriera los ojos y volviera a mirar a su madre.

El vuelo despegó puntual y ella se quedó dormida casi al instante, agotada tras haber estado despierta toda la noche. Antes de despegar, le envió un mensaje a Edward para expresarle su agradecimiento de nuevo. Había resultado ser incluso más agradable de lo que ella

esperaba, y le encantaba trabajar para él. Era inteligente y sensato, talentoso y disciplinado —algo poco común en el negocio—. Y gracias a la serie, era una estrella en ascensión y su carrera había despegado. Se quedó dormida pensando en el actor y en la suerte que tenían Grace y él de haberse encontrado trece años antes. Esperaba conocer a alguien así algún día, aunque no condujera un Aston Martin. Ella no necesitaba todos los acicates y las riquezas de la fama, solo un hombre bueno con el que compartir su vida.

El avión aterrizó en Nueva York a las nueve de la mañana hora local, tras un vuelo de siete horas. Tenía noventa minutos antes de que saliera el vuelo a Detroit. Entonces llamó a Nigel, y esperó que no estuviera en el set de rodaje. De ser así, no podría contestar y tendría el teléfono en modo vibración, pero se encontraba en el exterior, tomándose un descanso, y contestó de inmediato con voz de enfado.

—¿Dónde estás?

—Estoy en Nueva York, de camino a Míchigan. Estoy a punto de coger otro vuelo. Mi sobrino ha sufrido un accidente. Anoche te envié un mensaje, ¿no lo recibiste?

—Sí que lo recibí. Anoche fui a tu casa. No había luz. ¿Dónde estás, Winnie? En serio. ¿En Londres con Edward? He visto el registro de ausencias del rodaje. Estará fuera durante cinco días.

—Está con su novia —respondió Winnie, descolocada—. ¿Crees que estoy mintiéndote? ¿Quieres llamar al hospital y preguntar si está mi sobrino? Se encuentra en coma.

Nigel pareció aplacado durante un instante, pero no muy seguro de si creerla o no.

—Lo siento si es verdad.

—¿Sabes qué, Nigel? —dijo, furiosa de pronto—. Eres patético. Edward está locamente enamorado de una mujer con la que lleva trece años. Me trata con respeto y no creo ni que se fije en que soy mujer, y tú estás tan ocupado intentando pillarme con otro que no piensas con claridad y crees que te miento cuando te digo que mi sobrino está en coma. Es una locura.

—¿Cómo has llegado hasta Londres? —le preguntó Nigel con tono de sospecha.

—Edward me ha traído en coche para que pudiera coger el vuelo de las siete de la mañana. ¿Eso también se considera una infidelidad? Los dos estábamos vestidos y él me ha dejado en el aeropuerto a la una de la madrugada y luego se ha ido a casa con su novia. Siento si eso no te encaja, pero con mi sobrino en coma y con el cráneo fracturado, me he sentido más que contenta de que alguien me llevara.

—¿Por qué no me llamaste?

—Porque estoy segura de que estabas borracho e inconsciente a esas horas y habrías conseguido que nos matáramos. Además, tenías que trabajar hoy por la mañana. Él se iba hoy a Londres de todas formas. Parecía lo más lógico.

—¿Tu sobrino está muy grave? —le preguntó, volviendo a actuar como un ser humano.

—No tiene buena pinta. A lo mejor tienen que practicarle neurocirugía. No podía dejar a mi hermana pasar por esto sin estar con ella. Volveré en cuanto pueda. Pero no quiero oír una palabra más sobre Edward. Ya resulta pesado, Nigel; ha llegado demasiado lejos.

—Lo siento. Es que no paro de pensar en que…

—Ya sé lo que no paras de pensar, pero te equivocas. Ya te llamaré cuando vuelva.

Colgó y envió otro mensaje a su hermana. Ella volvió a responder que no se había producido ningún cambio significativo. Jimmy seguía en coma, pero la inflamación del cerebro había disminuido ligeramente. Al menos era una señal esperanzadora, aunque no había pasado nada que les diera más ánimos. El vecino estaba cuidando de Adam.

El vuelo a Detroit salió solo con un par de minutos de retraso y aterrizó poco antes del mediodía. Winnie fue directamente al mostrador de alquiler de coches, escogió un vehículo y estaba en marcha un cuarto de hora más tarde. Se dirigió al hospital antes de nada para reunirse con su hermana. Se encontró con Erik llorando en el aparcamiento cuando llegó y casi le da un infarto. Aparcó el coche en batería en la plaza más cercana y salió del vehículo corriendo en dirección a su cuñado.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Estaba llamando al trabajo. Gracias por volver a casa, Win.

La abrazó con fuerza y ambos rompieron a llorar, y luego subieron a la UCI juntos. Erik le contó que habían recogido a Jimmy con el helicóptero de rescate policial, directamente del jardín delantero del vecino.

Marje la vio y salió para abrazarla. Parecía destrozada, blanca como el papel y asustada. Winnie no estaba preparada para ver a su sobrino así, con tubos y monitores conectados por todo el cuerpo. Su corazón latía a un ritmo constante, y Marje le contó que las ondas cerebrales no habían recuperado el nivel de consciencia desde el accidente. Sin embargo, la inflamación estaba disminuyendo y habían pospuesto la cirugía por el momento.

—Solo quiero que siga vivo. Me da igual que se quede como un vegetal —afirmó Marje, entre sollozos.

Winnie se volvió para hablar con Jimmy y le relató que había vuelto de Inglaterra para visitarlo y que tenía muchas cosas que contarle, así que esperaba que se despertase. Le habló durante media hora y luego salió de la habitación con Marje mientras Erik se quedaba con su hijo.

Recorrieron el pasillo arriba y abajo durante un rato y regresaron. El equipo de traumatología estaba examinando a Jimmy, y abandonó la sala unos minutos después. A las seis en punto, Erik se marchó para llevar a cenar a Adam, quien también estaba preocupadísimo por su hermano. Cuando su cuñado se fue, Winnie bajó a la cafetería y subió unos bocadillos para su hermana y para ella, y las enfermeras les trajeron dos vasitos de café. A esas alturas, ya era la una de la madrugada en Inglaterra, y la diferencia horaria estaba empezando a pasar factura a Winnie. Necesitaba el café. Dieron otro paseo por la planta, después de comerse los bocadillos se sentaron en el pasillo de la UCI y, cuando regresaron, Winnie vio a todo el equipo de médicos con Jimmy. No lograba averiguar qué estaba pasando, lo tapaban todo, y ella solo les veía la espalda; ambas estaban aterrorizadas por lo que las esperaba al entrar en el cubículo, pero cuando llegaron, uno de los médicos se volvió hacia ellas sonriendo. Jimmy abrió los ojos y miró directamente a su madre. Le habían retirado el tubo de la boca y tenía la voz ronca cuando le habló.

—Hola, mamá —dijo, y luego miró a su tía—. ¿Por qué estás aquí?

—Te echaba de menos —respondió ella con los ojos vidriosos y empezaron a caerle las lágrimas por las mejillas—. En realidad, he venido para darte una paliza por asustar a tu madre de esta manera —añadió y sonrió.

—Lo siento, mamá.

Marje estaba sonriendo entre lágrimas y sollozos.

—Te quiero. Gracias por despertar —le dijo y le apretujó la pierna.

—Sí, la verdad es que aburrías a las moscas. Yo he ido a Londres en un Aston Martin, que lo sepas —le dijo Winnie.

—Guay —dijo el chico y cerró los ojos, agotado por el esfuerzo que había hecho.

Volvió a dormirse profundamente en cuestión de minutos mientras el jefe de neurología las sacaba de la habitación al pasillo y les hacía un resumen de su estado de salud.

—Todavía no está fuera de peligro. Puede sufrir ataques y complicaciones por la lesión cerebral. Pero soy optimista dentro de lo prudencial. Vamos por buen camino. Y es muy buena señal que haya

recuperado la consciencia. —Marje seguía llorando de alivio, y Winnie tenía las piernas como la gelatina. Se había muerto de miedo cuando creyó que lo habían perdido al volver del pasillo—. A partir de ahora deberíamos ver un progreso constante —les dijo el médico—. Los accidentes en las piscinas pueden ser nefastos. Los chicos de su edad suelen acabar con una lesión espinal y tetrapléjicos.

—Pienso tapiar con cemento la piscina del vecino en cuanto llegue a casa —susurró Marje a su hermana en cuanto se fue el médico, y ambas regresaron a la habitación de Jimmy en la UCI.

Erik volvió de cenar diez minutos después y su mujer le había reservado la sorpresa. Jimmy dijo «Hola, papá» cuando entró su padre y él rompió a llorar como Marje y Winnie. Erik besó a su hijo en la mejilla y le contó lo preocupados que todos habían estado por él. Entonces el chico se volvió hacia Winnie.

—¿De dónde sacaste el Aston Martin? —le preguntó y todos se echaron a reír.

—Ahora ya sabemos que no tienes tocado el cerebro. Es de mi jefe. Él me llevó al aeropuerto.

—Yo quiero tener uno algún día —deseó Jimmy con tono soñador.

—Creo que te has dado un golpe en la cabeza —le dijo Winnie en broma. Qué diferente era todo a cuando había llegado allí hacía cinco horas—. Te diré una cosa: yo te compraré uno si prometes no volver a darnos un susto así en tu vida.

Estuvieron hablando con él durante un rato, luego las enfermeras dijeron que debía dormir y descansar un poco. Marje había pensado en pasar la noche con él, pero le indicaron que no hacía falta y que la llamarían si surgía alguna complicación. Pasados unos minutos, los tres dejaron a Jimmy y salieron juntos al aparcamiento. Las dos hermanas se abrazaron, aliviadas, y dijeron que querían recoger a Adam de camino a casa. Deseaban contarle las buenas noticias a él también.

Winnie los siguió hasta su casa en su coche de alquiler, y, cuando llegaron, Marje se dirigió a su hermana.

—¿Quieres quedarte en casa esta noche?

Esta asintió. Todavía no le apetecía volver a su hogar. Quería estar con ellos. Habían pasado por mucho, habían sufrido por Jimmy. Marje abrió el sofá cama de la habitación de los juegos e hicieron la cama entre las dos. Winnie se puso el camisón mientras hablaba con su hermana. Cuando cogió el avión en Heathrow esa madrugada estaba muerta de miedo pensando en un final funesto. Por todo lo que había dicho el médico, Jimmy había tenido mucha suerte.

—Eres feliz allí, ¿verdad? —le preguntó Marje con tristeza.

—Me gusta mi trabajo y me encanta la serie. Me alegro de haber ido. No sé de dónde saqué el valor para hacerlo, pero me alegro de haberlo hecho.

—¿Y Nigel?

Winnie se encogió de hombros como respuesta.

—Es una especie de montaña rusa. Han surgido problemas en la serie, y él está preocupado por su trabajo. Esa situación no saca lo mejor de nadie. Por si fuera poco, está como loco de celos por mi jefe y teme que me acueste con él —lo dijo con expresión de hartazgo.

—¿Y te acuestas con él? —Marje parecía interesada y Winnie negó con la cabeza.

—No, es un tipo genial y está enamorado de una mujer maravillosa. Llevan juntos trece años, y la verdad es que le es muy fiel. Pero Nigel no se lo cree. Me parece que lo nuestro no va a ninguna parte. Sus celos me quitan las ganas de estar con él.

Marje se sintió desilusionada al oírlo. No tenía sentido haber viajado hasta Inglaterra para acabar en un callejón sin salida. Y Winnie opinaba lo mismo, aunque todavía no lo había pensado bien.

—Me topé con Rob y con Barb el otro día —dijo Marje con cautela, ya que no estaba segura de si debía contárselo.

—¿Por separado o juntos? —le preguntó Winnie.

—Juntos. Supe por la madre de ella que el dentista se había enterado de lo de Rob y que había anulado la boda, así que está saliendo con Rob desde que tú te fuiste.

—Dios los cría y ellos se juntan —dijo Winnie, sin rencores, y se tumbó en la cama. —Marje se inclinó para darle un beso y ambas hermanas se sonrieron—. Me alegro de que tu pequeño haya vuelto. Creo que ha funcionado contarle lo del Aston Martin.

Ambas se echaron a reír y Marje subió la escalera desde la habitación de juegos, con la sensación de haber envejecido cien años. Habían sido los peores días de su vida y se sentía agradecida de que Winnie estuviera de regreso en casa. Su marido la esperaba en la alcoba y Adam ya estaba dormido. Se encontraba tan cansada que apenas tenía fuerzas para lavarse los dientes y ponerse el camisón, y Erik la rodeó con un brazo cuando por fin se metió en la cama.

—Doy gracias a Dios de que haya despertado —dijo él, profundamente emocionado.

—No creo que pudiera haber seguido viviendo si no hubiera despertado —confesó ella, agotada.

—Habríamos tenido que hacerlo por Adam. Pero ahora no debemos pensar en eso.

—El médico ha dicho que puede sufrir jaquecas durante un tiempo.

No pienso dejar que vuelva a esa piscina nunca más.

Erik sonrió cuando ella lo dijo.

—¿Durante cuánto tiempo se quedará tu hermana?

—No se lo he preguntado. Simplemente me alegro de que esté aquí.

Él asintió y apagó la luz. Permanecieron en la cama, abrazados, recuperándose poco a poco del horror que habían experimentado. Winnie ya estaba profundamente dormida en el cuarto de juegos. Había sido el día más largo y aterrador de su vida.

11

Winnie escribió sendos mensajes a Edward y a Nigel cuando se despertó a la mañana siguiente para contarles que su sobrino había salido del coma, aunque seguía en observación, en la UCI. Edward le respondió de inmediato diciendo que se sentía muy aliviado y que se quedara todo el tiempo que necesitara. Nigel le envió otro mensaje unos minutos después: se alegraba por ella y quería saber cuándo volvería. Winnie respondió que no lo sabía, pero que lo avisaría en cuanto lo supiera.

Pararon en casa de Winnie de camino al hospital. Todo estaba limpio y ordenado. Aún no se había alquilado. Marje dijo que el agente inmobiliario se la había enseñado a un médico que acaba de mudarse desde Detroit para trabajar en el hospital, y buscaba una casa amueblada hasta que se estableciera y encontrara algo para comprar, aunque todavía no se había decidido.

—¿Cuánto tiempo crees que te quedarás por allí? —le preguntó Marje cuando volvieron al coche, de camino a visitar a Jimmy.

—Es que no lo sé. Tengo un empleo que me encanta y no hay nada que me impulse a volver ahora mismo, salvo los chicos. Además, aquí no encontraré ningún trabajo que me guste tanto.

—No trabajarás para una estrella televisiva —apuntó Marje con tono de lamento.

Durante el recorrido en coche, a Winnie le parecía todo familiar, aunque de pronto se dio cuenta de que no tenía ningún vínculo emocional con el lugar. Ya no lo sentía como su hogar. Era como la ciudad de otra persona: la de su madre o la de su hermana, pero no la suya, ya no. Algo se había desvinculado en su interior, aunque no se lo comentó a Marje. Su hermana habría entrado en pánico de creer que Winnie no iba a regresar. Ella no sabía si lo haría o no. Sin embargo, era interesante estar allí y ser consciente de lo poco que la emocionaba. Estaba bien ver a Marje, a Erik y a los chicos, pero no mucho más.

—Gracias por contarme lo de Rob y Barb anoche. Me hubiera cabreado si me los encuentro por la calle y tú no me lo hubieras dicho.

—Eso es lo que pensé. ¿Te importa?

—Ni pizca —respondió Winnie con sinceridad—. Por lo que a mí respecta, ambos están muertos.

Marje asintió y no hizo ningún comentario. Pensaba que ella

misma no podría haberse recuperado de aquello.

Jimmy estaba sentado en la cama cuando ellas llegaron al hospital. Dijo que tenía dolor de cabeza, pero a las enfermeras no las sorprendió. Lo levantaron de la cama y le hicieron dar un par de pasos, pero el chico se mareó enseguida y tuvo que sentarse, lo cual dijeron que era previsible. Quería escuchar más cosas sobre el Aston Martin y lo rápido que había corrido. Cuando el médico visitó a Jimmy, les informó de que se quedaría en el hospital durante una semana para permanecer en observación y así asegurarse de que no surgían complicaciones antes de que regresara a casa. El chico se disgustó al saberlo, pero todos los adultos opinaron que era lo más razonable. Adam fue a ver a su hermano esa tarde, le llevó una pizza y ambos la compartieron para cenar. Jimmy todavía no había recuperado el apetito. Adam estaba contentísimo y tranquilo después de verlo. Winnie lo llevó en coche a casa tras la visita.

—Creía que iba a morir, tía Win —confesó Adam con un hilillo de voz.

—Creo que todos pensamos en eso, pero ahora va a ponerse bien. Ha tenido mucha suerte y también nosotros.

Adam volvió a asentir y parecía hundido cuando bajó del coche. Estar a punto de perder a su hermano había sido aterrador para él y para toda la familia.

Cuando Marje volvió a casa desde el hospital, los adultos cenaron juntos y Winnie les habló de su trabajo en el rodaje y de lo interesante y edificante que resultaba, y de lo numeroso que era el equipo necesario para rodar la serie. Les habló de Alexander Nichols, el experto en historia y del asesor de modales, que les aconsejaba sobre los comportamientos y maneras adecuados de la época: cómo debían sentarse y permanecer de pie las mujeres, qué podían decir y qué no, y que era igual de riguroso con todos los hombres del reparto. Les impedía rodar cualquier cosa en cuanto alguien metía la pata con alguna de las costumbres de la época.

—Al principio pensé que era un bodrio —les comentó Winnie—, pero es un tipo brillante. Lo sabe todo sobre ese periodo. Se pasea con una cinta métrica para medir los centímetros de separación de los personajes cuando se sientan. Es quien consigue que la serie sea tan precisa en el aspecto histórico y tan creíble. Es fascinante escucharlo —comentó con la mirada encendida por la admiración que le provocaba la forma en que se hacía la serie—. Y el castillo que utilizan es precioso. Hice una visita guiada. Los descendientes de la familia original que lo construyó todavía viven allí. Que la serie use el castillo como localización los ha ayudado a no venderlo. Antes de eso estaban

arruinados. Hay un libro donde lo cuentan y puedo enviároslo si os interesa. —Le encantaba todo lo que había aprendido, lo que hacía allí y lo que veía.

—Preferiría ver un reality sobre ellos —dijo Marje, y los tres se rieron.

Winnie reservó el vuelo de regreso para el día siguiente. Ya no tenía nada más que hacer allí, y Jimmy estaba fuera de peligro. Debía volver al trabajo. Quería regresar y estar en el rodaje el mismo día que Edward llegara; le parecía lo correcto. Había viajado a Míchigan por una emergencia, no de vacaciones. Su estancia había estado llena de sobresaltos y había tenido un final feliz. Además, más que nunca, sentía que no pertenecía a ese lugar, aunque jamás se lo confesaría a Marje. Había encontrado pastos más verdes en un mundo más amplio, no donde esperaba encontrarlos, pero sí en un sitio que encajaba mejor con su forma de ser.

Estaba impaciente por volver a su casita y a su rutina diaria.

Se despidió de Jimmy en el hospital esa noche y de Adam y Erik a la mañana siguiente, durante el desayuno. Le quedaba media hora para un poco de cháchara entre hermanas con Marje y luego tendría que volver en coche a Detroit. Haría el mismo camino que a la ida.

—Tengo la sensación de que sientes que ya no perteneces a este lugar —le comentó Marje con delicadeza mientras se tomaban la última taza de café.

—En ciertos aspectos, así es —respondió Winnie con sinceridad—, en otros, siempre seré de aquí. Ahora me gusta vivir en Inglaterra.

—Mamá siempre decía que tú no pertenecías a Beecher y que acabarías viviendo en algún sitio más sofisticado.

Resultaba curioso lo distintas que eran las dos hermanas. Winnie no se imaginaba a Marje en otro entorno y lo mismo le pasaba a su hermana mayor.

Abrazó a Marje con fuerza antes de partir en coche hacia Detroit y se dio cuenta de lo mucho que la había echado de menos.

—Te llamaré al llegar —le prometió.

Nigel la había desquiciado con sus mensajes diarios, preguntándole cuándo volvía. Sin embargo, Winnie llegaría demasiado tarde para ir a verlo y se encontraría con él en el trabajo al día siguiente. A ella le parecía bien. No estaba de humor para sus celos, acusaciones y sus descabelladas suposiciones sobre su jefe.

Devolvió el coche en Detroit y cogió el vuelo hacia Nueva York. Le envió un mensaje a Marje diciéndole que había aterrizado sana y salva y dio una vuelta por el aeropuerto antes del siguiente transbordo. Tenía la sensación de estar volviendo a casa. Vio dos películas,

disfrutó de una comida en el vuelo con destino a Londres y durmió durante una hora antes de aterrizar. Y aunque solo había estado dos veces en Heathrow, ya lo sentía como si estuviera llegando a su hogar. Cogió un tren para regresar a King's Lynn, un taxi desde allí para ir al pueblo y sonrió cuando por fin entró en su casita. Ni siquiera le apetecía llamar a Nigel, ni tampoco lo echaba de menos. Estaba encantada con el hecho de estar allí, sola en su cama.

Por la mañana se levantó, se duchó, se vistió, se preparó el desayuno y se fue caminando al trabajo. Se alegraba de ver caras conocidas; entonces vio a Nigel mirándola. Se acercó a ella lentamente y la abrazó.

—No me llamaste anoche al llegar —le dijo en voz baja.

—Llegué muy tarde. No quise despertarte.

Él asintió y volvió al trabajo. Ella entró en el remolque de Edward para empezar la jornada y se dio cuenta de que Nigel estaba vigilándola cuando salió del set de rodaje.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Edward en cuanto la vio.

Parecía fresco, contento y relajado.

—Se pondrá bien. Salió del coma el día que llegué allí, y su evolución es constante. Sufre dolores de cabeza, pero podría haber acabado mucho peor. —Podría haber acabado en tragedia y ella se sentía agradecida de que no fuera así—. ¿Cómo te han ido los días libres?

—Fuimos a Venecia a pasar el fin de semana y yo me he declarado —dijo, orgulloso—. Vamos a casarnos el año que viene. Grace se lo dirá a su padre la semana próxima.

—¡Felicidades! —Winnie le sonrió—. ¿Dónde vais a casaros?

—En algún lugar maravilloso y romántico que nos encante a los dos. En el Caribe, en la isla de San Bartolomé, en Tahití, en la cima de una montaña o en uno de nuestros pisos. Todavía no lo hemos decidido. Seguramente, el padre de Grace querrá que nos casemos en su club. Pretendemos evitarlo a toda costa. Pero, sea donde sea, ya ha llegado la hora. Hemos esperado demasiado.

Trece años le parecían más que suficientes a Winnie. Y esperaba que el futuro suegro del actor no los atormentara. No se lo merecían y Edward sería un marido maravilloso.

Él entregó a su ayudante algunos proyectos pendientes mientras estudiaba sus frases y se preparaba para las grabaciones agendadas de esa jornada. Las piezas de sus atuendos estaban colgadas en un perchero tipo burro y la peluquera iba a llegar para retocarle el pelo. Winnie le entregó su horario unos minutos después y él le sonrió.

—Me encanta que hayas vuelto.

Adoraba lo organizada que era y la eficiencia con la que mantenía su vida en orden. Llegó a tiempo al set de rodaje para cada toma y se sabía las frases a la perfección, como siempre. La jornada se desarrolló sin problemas, fue sobre ruedas, y ambos salieron de trabajar a tiempo, a las seis. Cuando ella se marchó, Nigel estaba esperándola fuera.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Claro.

Le sonrió y se subió al jeep con la esperanza de que no mencionara a Edward. Él no lo hizo y se quedó en su casa mientras ella preparaba la cena para ambos; disfrutaron de una tranquila velada y se fueron a la cama. Hicieron el amor con ternura y cariño. Cuando se comportaba así, ella siempre tenía la esperanza de que la relación funcionara. Pero cuando se ponía celoso, Winnie solo sentía deseos de alejarse de él. Le alegraba que no se hubiera comportado como de costumbre esa noche. Fue un regreso al hogar perfecto y obtuvo de Nigel justo lo que necesitaba.

Durante la semana siguiente todo fue de maravilla en el rodaje; todo el mundo parecía de buen humor, incluso Nigel. Winnie vio a Matthew sentado en diversos rincones varias veces esa misma semana, departiendo entre susurros con Michael y asintiendo. Se preguntó si ya se le habría ocurrido una línea argumental para compensar la marcha de Bill y Elizabeth en la siguiente temporada, y si contratarían a nuevos actores. Al final de la jornada del viernes, antes del tiempo libre del fin de semana, el equipo de producción convocó una reunión general, y, cuando Winnie llegó, vio que Matthew estaba esperando para hablar con todos; ella tuvo un mal presentimiento. El hombre esperó a que estuvieran todos presentes para empezar.

Antes de decir nada, les agradeció la emocionante temporada que habían vivido. Solo les quedaba una semana en la agenda del rodaje antes de la pausa de vacaciones y afirmó que, en su opinión, había sido la mejor temporada de la serie. La más impresionante y la más profesional, además de la más asombrosa en todos los sentidos. Anunció que lo que habían rodado sería emitido como la séptima entrega de episodios en los próximos meses. Debían regresar en octubre para grabar la octava, pero no dijo nada al respecto. De todas formas, eso ya lo sabían todos. Añadió que había estado trabajando sin descanso para crear líneas argumentales alternativas con las que justificar la ausencia de Elizabeth y Bill. Y había llegado a la conclusión de que no importaba cuántos actores nuevos añadieran o los giros argumentales que ideara; ya habían dado a los espectadores su mejor trabajo, y sería un error estropearlo o trivializarlo de algún

modo y acabar decepcionando a la gente. Afirmó que todas las series tienen un final y que se había dado cuenta de que *Beauchamp Hall* había llegado al término de su vida natural y que intentar alargarlo de forma artificial constituiría una tremenda equivocación. Por eso, con gratitud para todos los implicados y lamentándolo mucho, debían cancelar la serie y finalizarla cuando completaran el rodaje de los episodios pendientes. Tenía los ojos llorosos cuando lo dijo y añadió: «Jamás podré agradeceros lo suficiente la vida que habéis dado a la serie. Hemos hecho felices a personas de todo el mundo y les hemos dado sentido a su existencia, al igual que vosotros habéis hecho conmigo. Desde el fondo de mi corazón, gracias. Echaré de menos *Beauchamp* tanto como vosotros, y mucho, muchísimo más», dijo y luego abandonó en silencio el set de rodaje mientras no dejaban de caerle las lágrimas por las mejillas. El reparto y todo el equipo se quedaron sentados en silencio, observando cómo se iba, como si no hubieran entendido lo que acababa de decirles, y luego rompieron a llorar y empezaron a abrazarse. Se había acabado. Habían echado el cierre. *Beauchamp Hall* jamás tendría otra temporada después de la que estaban grabando en ese momento. Transcurrida una semana, se acabaría y también la alegría que suponía para los espectadores y para los que la hacían. Después de siete años, la serie habría llegado a su conclusión.

Durante media hora estalló cierto caos generalizado hasta que los presentes se separaron en desbandada, para hablarlo entre ellos, digerirlo, padecerlo y celebrarlo. Winnie se dirigió hacia el lugar donde Edward estaba sentado y vio que se encontraba en shock.

—¿Estás bien? —le preguntó, y él asintió.

—Estoy bloqueado. No me lo esperaba, aunque quizá debería después de que Liz y Bill se marcharan. Creía que Matthew se sacaría un conejo de la chistera una vez más. Pero ya no hay ni conejo ni chistera. Lo superaré —le aseguró a ella y también a sí mismo—. Será mejor que llame a mi agente mañana.

—Conseguirás otra serie —le dijo ella, convencida.

Era uno de los mejores actores del reparto y el más fiable, aunque no tuviera uno de los mejores cachés, lo que constituía una desventaja. Los actores que los habían dejado en la estacada eran los más potentes y comerciales, y Matthew no creía que la serie fuera viable sin ellos, sin importar el talento que tuviera el resto de miembros del elenco. No quería debilitar la serie compensando las ausencias de forma inadecuada, con nuevas estrellas que no supieran llevar el peso interpretativo.

Cuando Edward salió del set para llamar a su agente y a su

prometida, Winnie fue a buscar a Nigel, pero no lo encontró en un primer momento; luego lo vio con un grupo de técnicos de sonido que tenían una expresión atónita. Antes temían que el final estuviera cerca, aunque nadie podía saberlo con certeza. En ese momento ya era algo seguro. Había ocurrido lo peor. El final había llegado para todos. Matthew siempre había sacado adelante el proyecto, pero en esa ocasión se negaba a hacerlo. No quería que la gente comparase la serie con lo que había sido y que no les gustara tanto, o que los patrocinadores los abandonaran. Era una preocupación razonable, había sido una decisión inteligente y, sin duda, dura, puesto que afectaría a muchísimas personas, todas las que acababan de perder su trabajo.

—¿Estás bien? —le preguntó Winnie a Nigel cuando llegó hasta donde se encontraba.

Él tenía expresión de enfadado y tristeza al mismo tiempo.

—¿Tengo otra opción? —preguntó él con tono irónico.

—Siempre hay una opción —respondió Winnie con amabilidad—. Sobre todo en la forma de ver lo que te ocurre.

—No me sueltes un ingenuo discursito filosófico de mierda. Acabo de perder mi empleo y Dios sabe dónde estaré trabajando dentro de dos meses. Seguramente en algún lugar espantoso, en un programa de mierda o dondequiera que me envíe el sindicato. Espero que al menos me salga algo. Y, por si fuera poco, no se han molestado en decírnoslo con antelación. Nunca lo hacen cuando cancelan una serie.

—Eso me habían dicho —comentó ella, comprensiva—. Yo creo que acaban de tomar la decisión. Bill y Elizabeth tampoco avisaron con demasiada antelación. ¿Quieres venir a casa conmigo? —le ofreció; había sido un golpe y una pérdida también para ella.

—Voy a salir con los chicos —respondió él con un tono duro, como si la cancelación de la serie fuera en cierta forma culpa de Winnie.

Ella estaba triste por lo ocurrido, muy triste, aunque no era tan devastador para ella. Le encantaba la serie, pero no la necesitaba para sobrevivir. Él sí. Winnie había llegado para pasárselo bien, como un paréntesis en su vida, y se había enamorado de las personas del equipo de rodaje y de la producción. Sin embargo, siempre podía regresar adonde procedía, en teoría. Salvo que no quería hacerlo, incluso dadas las circunstancias. Quería que la serie siguiera eternamente, pero el destino y el guionista habían decidido algo distinto. No tenía ni idea de qué hacer ni adónde ir a continuación.

Se fue a casa caminando sola, abatida por la noticia de la cancelación

de la serie. Casi como un símbolo del final, vio a Rupert con su furgoneta de comida. Era a quien había visto cuando acababa de llegar y ahí estaba de nuevo. Hacía semanas que no se fijaba en él.

Winnie se detuvo a saludarlo y Rupert parecía tan hundido como el equipo y el reparto del rodaje cuando salieron del set.

—Me acabo de enterar. Es una noticia malísima para todos nosotros. El pueblo jamás volverá a ser el mismo sin *Beauchamp Hall*. La serie nos salvó. No volverá a haber trabajo en este lugar. El pueblo se quedará sin vida.

—¿Qué pasará contigo, Rupert? —le preguntó ella, preocupada—. ¿Estarás bien?

—Tendré que dejar la furgoneta. O venderla. Me quedaré sin clientes en cuanto os marchéis. Puede que venga algún turista de vez en cuando, pero no los suficientes para vivir. Doy de comer al equipo a diario. Ahora ya no estarán por aquí. Una semana más y se acabó para mí y para muchos de los lugareños. Esto es un golpe muy duro para nosotros. Supongo que volveré a trabajar en lo que hacía antes: deshollinador. Lo odio, pero es lo que hay. Mi padre también se dedicaba a eso. Yo vendí la empresa y compré la furgoneta. Prefiero vender té y zumo de naranja a estar arrastrándome por la chimenea de alguien con la cara negra durante el resto de mi vida. —Le tembló la voz al decirlo, y a ella se le partió el corazón.

—Lo siento —dijo con amabilidad y se quedó a escucharlo un rato más, después se despidieron y Winnie se marchó a casa.

Iba a ser una situación muy complicada para los habitantes del pueblo, no solo para el reparto y el equipo de rodaje. Matthew Stevens había tomado una decisión importante que afectaba a todos de forma muy negativa y, durante el resto del camino hacia la casita, Winnie también rompió a llorar.

12

Winnie pasó una noche tranquila viendo los DVD de *Beauchamp* de temporadas anteriores. Algunos episodios habían sido maravillosos por sus giros de guion y el devenir de los acontecimientos. Eran momentos inolvidables e interpretaciones de actores asombrosos que habían puesto todo su talento y gran experiencia en la serie. Muchos de ellos habían crecido con *Beauchamp Hall*. Otros la habían dejado con la idea de que así consolidarían su grandeza, y en lugar de eso, habían desaparecido, como les ocurría con frecuencia a los actores que abandonaban una serie de éxito. En ese momento, pensar en el final de *Beauchamp* la puso triste. Sin embargo, perder a dos intérpretes importantes y, poco después, perder a otros dos, era un golpe letal del que Matthew Stevens creyó que la serie no se recuperaría, y seguramente tenía razón. No podían permitirse perder tanto. El boquete en el casco de la nave era demasiado grande para que el barco siguiera navegando. Además, se enfrentaba a la tarea de cerrar las tramas principales y las subtramas con la mayor elegancia posible con el reparto y el material con el que contaban. Winnie estaba segura de que constituiría todo un desafío.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, el día después del anuncio, cayó en la cuenta de que Nigel no la había llamado la noche anterior. La preocupación por su propio futuro lo había hecho comportarse con bastante dureza y eso, unido a sus infundados celos por Edward, había impactado de forma tremenda en su relación; no tenía pinta de mejorar, dadas las circunstancias. Winnie no había llegado a ninguna conclusión definitiva al respecto, pero él no buscaba consuelo en ella; más bien se iba a los bares con sus compañeros de trabajo. Ella sospechaba que había estado demasiado borracho la noche anterior para ir a pasar la noche a su casa, así que lo mejor era que no se hubiera presentado.

Estaba pensando en él cuando se pasó por la tintorería de camino al trabajo. Todos habían recibido un mensaje donde les pedían trabajar el fin de semana para rodar las escenas finales hasta que concluyeran. Tenían mucha tarea por delante con los nuevos guiones para rematar la serie.

Dejó la colada en la tintorería. Viviendo por su cuenta, no contaba con las dos enormes lavadoras de la señora Flannagan. En la casita había solo una diminuta que además no funcionaba muy bien.

Se encontró haciendo cola detrás de una mujer rubia que le sonaba. Cuando se volvió, vio que se trataba de lady Beatrice Haversham, aunque esa vez, la aristócrata no le sonrió, a pesar de reconocerla.

—Ayer nos dieron malas noticias —dijo lady Beatrice con tono misterioso. No sabía a qué se dedicaba exactamente Winnie, pero sí dónde trabajaba—. Cuando la serie termine, volveremos a ser pobres. Mi hermano y yo acabaremos vendiendo panecillos y lápices en la calle uno de estos días. —Winnie esperaba que no estuviera diciéndolo en serio, aunque estaba claro que el castillo era caro de mantener y la serie había supuesto un importante colchón para ellos; había sido su principal fuente de ingresos durante los últimos siete años—. Además, no es que hayan avisado con demasiada anticipación. Se acabará dentro de una semana. Ha sido un golpe considerable —se lamentó la aristócrata con mirada triste.

—La gente seguirá visitando el lugar durante mucho tiempo —dijo Winnie, intentando sonar alentadora, pero lady Beatrice negó con la cabeza.

—No durante mucho tiempo. Lo olvidarán. Se enamorarán de otra serie, y nosotros despareceremos en la niebla como todas las demás grandes casas con dueños que se han quedado sin dinero. Las cortinas desgastadas pierden su encanto en un santiamén cuando no hay nada que ver en el interior. Para nosotros, la serie ha sido una gran bendición durante una larga temporada. Me siento agradecida, pero la situación será terrible para todos los que dependemos de *Beauchamp Hall*. Mi hermano tendrá que vender sus caballos, le guste o no la idea.

—Mientras no tengan que vender la casa… —dijo Winnie, profundamente conmovida por sus afirmaciones.

—Podríamos tener que llegar a eso. Así estábamos cuando localizaron aquí la serie. Acabábamos de llegar a la conclusión de que teníamos que vender. Conseguimos un indulto de casi siete años. Pero prácticamente la mitad de los comercios del pueblo estarán cerrados dentro de un año y nosotros nos iremos a pique con ellos.

En realidad, era la situación que había experimentado la aristocracia británica durante el último siglo: su estilo de vida había cambiado de forma radical, sus hogares estaban en peligro y las familias exprimían cualquier recurso para intentar sobrevivir. Había una larga lista de casas en Inglaterra, castillos, mansiones y grandes estancias por las que el público podía realizar visitas guiadas.

—No se rinda todavía. Ya se les ocurrirá algo. Puede que la serie fuera una oportunidad cuando llegó al pueblo, pero, como suele decirse: «Cuando una puerta se cierra, otra se abre».

—En este pueblo se quedarán todas las puertas cerradas —replicó

lady Beatrice con realismo—. Nadie volverá a localizar aquí una serie. Eso ya se ha hecho. Tendremos que tirar de creatividad, aunque todavía no se me ha ocurrido cómo. Mi hermano tiene la tendencia a esperar que la solución caiga del cielo. —Winnie recordó que había sido ella la autora del libro y a la que veía de tanto en tanto por el set de rodaje, departiendo con los productores y haciendo preguntas sobre la serie. Sabía todo lo necesario sobre la historia de la casa, quién la había visitado y quién se había alojado en ella, y las anécdotas llamativas que llegaban a estar presentes en el argumento de la trama. A su hermano nunca se lo veía por allí, aunque también vivía en Haversham. Las pocas veces que Winnie lo había visto le había parecido más distante. Lady Beatrice se mostraba más cercana y comprometida con las personas que la rodeaban, tal como estaba haciendo al hablar con ella en ese momento—. Supongo que la veré por aquí durante un tiempo más —dijo casi esperanzada y Winnie le sonrió.

—A todos nos entristecerá marcharnos y eso que yo estoy aquí solo desde mayo.

—Nosotros también estaremos tristes cuando se marchen.

Sonrió con calidez y se fue, y Winnie pagó por las sábanas y la falda que había dejado para lavar.

Pensó en lady Beatrice mientras iba caminando al castillo y en el varapalo que aquello suponía para sus habitantes. Winnie sentía lástima por la aristócrata. A otros no les importaba tanto esa familia y pensaban que no eran más que un puñado de estúpidos esnobs que habían perdido prestigio, pero a ella la habían atraído desde la primera vez que había visto la serie. La historia del castillo y de la familia, así como las dificultades que habían encarado en su momento, confería credibilidad a *Beauchamp*. En la actualidad, sus problemas no eran muy distintos. Luchaban por mantenerse a flote y eran los últimos supervivientes de un mundo perdido.

Winnie fue a buscar a Nigel en cuanto llegó al set de rodaje y se olvidó de los Haversham. La tenía intranquila.

—¿Cómo te fue anoche? —intentó preguntárselo con despreocupación, pero él tenía una expresión seria.

—Pues más o menos como te habrás imaginado. Siento no haber podido pasar por tu casa. Al menos tuve la sensatez de no ir a llamar a tu puerta. Deberías alegrarte de que no lo haya hecho. Ayer contacté con el sindicato. Hay al menos media docena de programas que empiezan a grabarse ahora. Los nuevos ya tienen a casi todo el equipo, pero pronto saldrá algo.

Intentaba sonar optimista, aunque no lo parecía, y ella sabía que lo

hacía por orgullo. No quería quedar como alguien patético delante de esta, que le dio un beso en la mejilla y se encaminó hacia el remolque de Edward. El actor estaba leyendo el *Financial Times* de Londres cuando entró Winnie. Parecía sorprendentemente tranquilo al mirarla y sonreírle.

—Vaya, en el pueblo no se habla de otra cosa. El chico de la furgoneta de comida, los Haversham, los técnicos de sonido… —le comentó ella.

—Va a cambiarles la vida a todos los habitantes. Los demás ya deberíamos estar acostumbrados. Es la naturaleza del negocio. Yo llamé a mi agente anoche. No está preocupado. Últimamente hemos rechazado a buenos personajes de series nuevas. Si todavía no han encontrado a nadie, hay un par que me gustan mucho. Uno en especial que me dio mucha pena rechazar. —Era un profesional consumado y Winnie estaba impresionada con su temple y la filosofía con la que se tomaba la situación—. Los que van a sufrir más son los pequeños negocios que dependen de nosotros y a los que les ha ido bien gracias a la serie en estos últimos años. Y seguramente los Haversham estaban al borde de la ruina cuando llegamos. Mantener un lugar como este cuesta una fortuna. No podrán permitírselo sin *Beauchamp*.

—He visto a lady Beatrice en la tintorería esta mañana y eso es más o menos lo que ha dicho. Además, tengo la sensación de que no habrán ahorrado demasiado, entre las reformas y los gastos.

La aristócrata le había parecido muy preocupada.

—A su hermano le gustan mucho los caballos y los coches caros. Un día me los enseñó todos.

—Ella ha dicho que tendrá que vender los caballos.

—No me sorprende. Ese es el problema de los aristócratas, invierten el dinero en las cosas equivocadas. No tienen olfato comercial ni para las inversiones, no están preparados para el mundo moderno. Aunque cualquiera pensaría que, a estas alturas, ya habrían aprendido la lección.

—Ella parece bastante pragmática. —Winnie salió en su defensa.

—Apuesto a que su hermano no lo es, no con unos establos como los que tiene. Posee algunos coches antiguos fabulosos en el granero. Es dueño de tres o cuatro Bugatti; una vez me dejó conducir uno. Se lo habría comprado, pero no podía permitírmelo y él no me lo habría vendido. Es un coche maravilloso, aunque solo sea por lo emocionante que resulta conducirlo.

A Edward le encantaban los coches y tenía bastantes, incluidos un Ferrari, un Lamborghini y el Aston Martin en el que había llevado al

aeropuerto a Winnie.

A excepción de Edward, quien parecía bastante sereno, ese día, el resto del reparto estuvo distraído, ansioso y descentrado. Los actores que se sabían siempre sus frases tartamudeaban o las decían de sopetón, ya que tuvieron que aprenderse los nuevos guiones a todo correr. Uno de los productores los había repartido entre los actores. Matthew había reescrito las líneas argumentales y los desenlaces que llevaban al final para poner cierre a la serie. Constituía un desafío lograr que fluyera y sirviera para atar todos los cabos sueltos, así que los intérpretes que ya se sabían otras frases tuvieron que aprenderse un guion totalmente nuevo para el día que quedaba. A partir de ese momento, sería así hasta que terminaran. Y todos se temían tener que hacer horas extra para conseguirlo.

Fue una jornada larga y estresante, incluso Edward parecía agotado cuando finalizó, y Winnie se sentía exhausta. Estaba tan preocupada por todo el mundo que también estuvo distraída. No había llamado a Marje para contarle que iban a cancelar la serie. No quería darle una impresión equivocada y que creyera que iba a volver a casa. El regreso a Beecher tras el accidente de Jimmy la había convencido de que no pertenecía a ese lugar, al menos, no de momento. Le quedaban experiencias por vivir en Inglaterra, y Edward le había dicho que la llevaría con él si obtenía un papel en otra serie. Era una propuesta interesante y se sintió halagada. Sin embargo, el actor seguía sin recibir una nueva oferta en firme y *Beauchamp Hall* todavía era la cuestión principal antes de que Winnie empezara a pensar en otra cosa. Por ahora, y durante algún tiempo, Míchigan no entraba en sus planes.

Marje la llamó unos días después y le contó que había oído el rumor de que habían cancelado la serie. Lo habían dicho en el programa televisivo *Entertainment Tonight*.

—¿Es verdad? —Parecía impactada.

—Por desgracia, sí que lo es. Hace unos días que nos lo dijeron a todo el equipo y al reparto. No van a rodar una nueva temporada. En cuanto terminemos esta, se acabó. En estos instantes están escribiendo el final. Todos están muy tristes, incluso la gente del pueblo.

Marje percibió que su hermana también se apenaba al contárselo.

—¿Eso quiere decir que vas a volver a casa, Win? —La notó esperanzada, que era precisamente lo que Winnie había querido evitar —. ¿Quito el anuncio del alquiler de tu casa?

—No creo que vuelva a Beecher durante algún tiempo. Todavía la quiero alquilar.

—¿Qué harás allí sin la serie?

Winnie advirtió la decepción de su hermana.

—Estoy intentando averiguarlo, todos estamos en ello. Mi jefe me ha ofrecido trabajo de ayudante personal, si consigue otra serie, y seguramente lo aceptaré. Ahora está teniendo éxito. *Beauchamp* lo ha situado en el mundillo de la representación. Podría hacer eso. Me gusta trabajar para él. Se toma muy en serio su carrera, es directo y educado, no como otros actores. —No había quedado positivamente impresionada con muchos de los que había visto, salvo con Edward. Le gustaba más trabajar para él que para Elizabeth, quien se había mostrado caprichosa, aunque cariñosa y buena con Winnie. Sin embargo, su vida personal era un desastre, con todo el tema de la aventura con Bill Anders. Todavía salían continuamente en prensa, incluso después de dejar la serie. Edward llevaba su vida privada de manera mucho más discreta—. Cuando lo sepa, ya te contaré qué voy a hacer. —Entonces se interesó por Jimmy, y Marje le contestó que estaba bien y que los dolores de cabeza habían disminuido.

Nigel fue a pasar la noche con ella. Llevaba tres días sin aparecer, que era mucho tiempo para ser él, pero no se encontraba de humor. Esa noche también se mostró tranquilo. Ella no le preguntó si el sindicato lo había llamado con nuevas ofertas de empleo. No quería disgustarlo más de lo que ya estaba.

—Puede que me quede una temporada con mis padres después del cierre —dijo con calma—. O tal vez me vaya con mi primo a Irlanda. ¿Te gustaría acompañarme, Winnie?

—A lo mejor —respondió ella con vaguedad—. Yo tampoco tengo muy claros mis planes. —Y entonces decidió contárselo—. Edward me ha ofrecido un trabajo en su próxima serie, cuando lo contraten en una. Podría hacerlo; trabajar para él está bien. Es simple y directo, no se anda con tonterías. Es un profesional.

Nigel pareció triste con lo que acababa de escuchar.

—¿Estás enamorada de él?

—Para nada. Acaba de prometerse y está loco por su novia. Van a casarse dentro de nada. No es infiel. Y yo tampoco.

Nigel ya había oído todo eso antes, pero no la creía, aunque esta vez parecía que sí. Se sentía tan triste y aturdido que incluso se mostraba menos celoso.

—No sé si es cierto en su caso, pero en tu caso, sí —dijo con certeza, por primera vez—. De todas formas, ¿qué puedo ofrecerte yo? Tendrías una vida mucho mejor con él. Yo soy un técnico de sonido sin blanca, a punto de perder el trabajo.

—Pronto conseguirás otro. Y él no me ofrece una vida mejor, se la ofrece a su prometida, que es la hija de un lord de Londres. Yo no soy más sofisticada que tú. Él me ofrece un trabajo, no matrimonio.

—¿No volverás a Míchigan, a tu casa? —Parecía sorprendido.

—Todavía no lo sé. No lo he decidido. Me pareció un lugar bastante triste cuando regresé. Aquí me he vuelto más exigente. Y me encanta.

—Bueno, pues aquí no puedes quedarte cuando termine la serie. Se convertirá en un pueblo fantasma, la mitad de las tiendas cerrarán y la gente tendrá que irse a otras localidades a trabajar. Así es Inglaterra en la actualidad.

—Tampoco es que Beecher esté a rebosar de ofertas laborales. Por eso me marché. No quería trabajar en un motel o en una ferretería.

—Estarías encantadora con un mono de trabajo —le dijo en broma —. Los pueblos pequeños son así.

—Debería haberme ido a Nueva York hace quince años, pero no lo hice. Perdí la oportunidad. A mi edad, no puedo empezar desde cero allí. Y esto me gusta de verdad. Mudarme me pondría triste.

—Pues como a todos… —dijo él con tono nostálgico.

Esa noche hicieron el amor, pero él no se quedó a dormir. En ese momento, su relación era menos apasionada, como un amor de verano que se diluye con la llegada del otoño. Ambos presentían una temporada de reflexión y necesitaban pensar en si la relación era o no viable. A ella tampoco le apetecía pensarlo. Aunque creía que su breve romance no sobreviviría.

Cogió el libro de los Haversham de la mesita de noche para leer y quedarse dormida. Le gustaba leer en la cama. Se durmió con la luz encendida y el libro entre las manos. Pasó la noche inquieta; se despertó, se durmió y volvió a despertar, soñando sin parar con personas desconocidas. Se encontraba en una mansión rodeada de gente: había una mujer vestida de novia y un director gritándoles a todos que alguien había sido asesinado, y todos reían. La atmósfera era propia de una pesadilla, aunque se trataba de un sueño. A las cuatro de la madrugada, Winnie se incorporó en la cama, sobresaltada y temblorosa, y recordó con claridad todo el sueño. Pensó que era importante y no quería olvidarlo. Agarró una libreta de notas con hojas amarillas que tenía en la mesita de noche para hacer listas de tareas pendientes, buscó el boli que dejaba junto a ella y empezó a escribir el sueño del tirón, antes de que se le escapara algún detalle.

Las personas a las que les gritaba el director eran actores, pero, al mismo tiempo, Winnie sabía que eran invitados. Todos llevaban complejos trajes de época como los que aparecían en la serie, incluso

llegó a reconocer uno o dos de los vestidos que había llevado Elizabeth. La novia en medio de todo aquello era real, pero el asesinato, una pantomima, de ahí las risas generalizadas. A continuación, realizaban una visita guiada del castillo, donde se rodaban escenas de la serie en distintas estancias, interpretadas por los actores, aunque Winnie veía que estaban proyectándolas en pantallas de cine gigantescas. Todos se marchaban del castillo por una especie de museo donde Rupert vendía recuerdos, vasos, tazas y platos, preciosos sombreros y tiaras, y todos estaban siendo entrevistados por los periodistas. Winnie cayó en la cuenta de que la novia era la prometida de Edward, Grace, y que él estaba a su lado. Hasta ese momento, ella solo la había visto en fotos, pero estaba segura de que se trataba de la misma chica. Grace estaba loca de contenta y todos, incluidos los periodistas, lanzaban pétalos de rosa a la pareja mientras se alejaba en la furgoneta de comida de Rupert con el cartelito de RECIÉN CASADOS en la parte trasera. El sueño era una locura, pero había partes de este que tenían sentido para Winnie. Leyó lo que había escrito una y otra vez, hizo algún añadido y lo dividió en partes. Algunas parecían más lúcidas que otras. Intentó convencerse de que todo aquello era ridículo, apagó la luz a las cinco y media, y procuró dormir una hora o dos más. Sin embargo, estaba demasiado emocionada para conciliar el sueño, y siguió pensando en otras cosas que recordaba y las añadió a sus anotaciones. A las ocho de mañana, asumió que el sueño había sido una inspiración y sabía con quién quería compartirlo.

Revisó algunas notas y documentos de producción, y encontró el número de atención al público del castillo, que guardaba en caso de que surgiera algún problema importante en el set de rodaje, como una emergencia provocada por una inundación o una gotera, o un apagón prolongado. No estaba segura de si le respondería un mayordomo o un conserje o algún gestor de la propiedad, aunque al final oyó la voz de lady Beatrice Haversham. Estaba desayunando y pareció sorprendida con la llamada.

Winnie le dijo quién era y le recordó dónde se habían conocido.

—Sí, sí, ya lo sé —afirmó lady Beatrice con voz de preocupación—. ¿Es que vuelve a haber una gotera en el baño principal del segundo piso que afecta a la biblioteca?

—No, está todo bien. Ya sé que puede sonar raro, pero ¿podríamos vernos para comer o cuando acabe de trabajar hoy? He tenido una idea que me gustaría compartir con usted.

—Si incluye asesinar a un hermano irresponsable, estoy deseando escucharla —respondió con sequedad—. Ayer hundió mi coche en un

estanque. Qué raro que nunca le pase algo así con sus coches, con sus Bugatti. —Winnie rio, aunque lady Beatrice no parecía tomárselo a broma—. ¿Puedo preguntarle de qué se trata, por cierto?

—Es demasiado complicado para explicarlo por teléfono.

—Ah, muy bien. Pues después de deshacerme del cuerpo de mi hermano y pescar mi coche, o lo que quede de él tras sacarlo del estanque, estaré libre al mediodía. Entre por la puerta de la residencia familiar. Nos veremos en el salón principal. Está un poco polvoriento, me temo; llevo tres semanas sin pasar la aspiradora, pero reunirme con usted en el vestidor me parece una grosería.

Winnie había visto todo el castillo en la visita guiada, salvo las estancias privadas, aunque de pronto le pareció más personal ir a ver a lady Beatrice. Se le antojaba emocionante, tanto como su sueño.

Edward se dio cuenta de que Winnie estaba de muy buen humor cuando llegó a trabajar, aunque ella no le explicó el motivo. Él supuso que se debía al amor y no le preguntó. Antes de que entrara al rodaje, su ayudante le avisó de que saldría unos minutos antes al mediodía porque tenía una cita. Edward no le puso ninguna pega. Alexander Nichols, el experto en historia, estaba en el set, corrigiéndolos hasta el último momento. Deseaba que todo estuviera perfecto y se mostraba implacable para asegurarse de que así fuera.

Winnie se marchó del set y dio la vuelta al castillo; entró por la puerta trasera que los Haversham utilizaban en ese momento como entrada privada. Había dos pequeñas salas de estar para que los visitantes esperasen, aunque la mayoría del mobiliario se había retirado para usarlo como atrezo del rodaje. Winnie pasó de largo hasta acceder al gigantesco salón inundado por la luz del sol, con antigüedades monumentales y magníficos cuadros, algunos de casi dos metros de altura, y techos también altos. Se trataba de una estancia espléndida. Habían rodado allí un par de veces durante las dos primeras temporadas, pero luego se habían decidido por otros espacios que les gustaban más, y los Haversham habían recuperado con alegría su uso. En la época de gloria de la residencia aquel era el «salón de día».

Winnie se paseó por la estancia mirando hacia arriba para contemplar los cuadros, se quedó anonadada frente al de una mujer montando de costado a lomos de un caballo blanco, y se sobresaltó cuando alguien le habló por la espalda.

—Esa es mi tía bisabuela Charlotte. Por lo visto estaba bastante loca, pero era guapa y muy agradable.

Winnie se volvió y vio a lady Beatrice con una bien planchada camisa blanca de hombre, hecha a medida para ella, unos pantalones de amazona, también de sastre, y unas botas de montar negras y perfectamente lustradas, con la melena rubia cayéndole en cascada por la espalda. Estaba tan hermosa como la mujer del cuadro.

—Gracias por recibirme —dijo Winnie, un tanto amedrentada por el entorno, y sintiéndose algo tímida ahora que estaba delante de la mismísima señora de la casa, quien seguramente pensaría que ella también estaba «bastante loca» en cuanto le contara su sueño y su interpretación.

—No diga tonterías, por supuesto que iba a recibirla. ¿Quiere sentarse? —Winnie se sentó al borde de un sillón antiguo tapizado de terciopelo de color rojo intenso, raído aunque todavía impresionante —. ¿Le apetece una taza de té?

—No, estoy bien, gracias.

—Siento tener este aspecto. He sacado el maldito coche del estanque. No estoy segura de que consigamos hacerlo funcionar otra vez. Mi hermano es como un dolor de muelas. —Parecía tan nerviosa como esa mañana por teléfono—. Nadie debería vivir con sus hermanos más allá de los ocho años. Lo enviamos a Eton y a Cambridge, pero siempre volvía. Y ahora estamos obligados a estar juntos, intentando sacar adelante este lugar. Por si fuera poco, siempre anda persiguiendo a alguna actriz, mientras la serie se ruede aquí, aunque eso acabará pronto. Se morirá de aburrimiento cuando se marchen. Pero yo también. Nos arruinaremos y seremos unos desgraciados. —Se hundió en un sillón de terciopelo situado frente al de Winnie, con un enorme cuadro de otro de sus antepasados encima, aunque no le explicó de quién se trataba—. Bueno, ¿qué tiene en mente? —Hablaba mucho, pero lo hacía con buen ánimo y gran corrección, era muy divertida y muy típicamente inglesa.

La serie estaba llena de personas con acento británico como el suyo, que los actores imitaban a la perfección, con la ayuda de los preparadores de dicción para que sonaran más aristocráticos, sin importar cuál fuera su verdadero origen. A lady Beatrice siempre le pareció muy interesante.

—Anoche tuve un sueño —empezó a decir Winnie con cautela.

—Oh, querida mía, espero que no haya sido malo. Confío en que no haya venido a prevenirme sobre alguna horrible premonición. Soy terriblemente supersticiosa y me pasaría semanas sin dormir.

—No, fue un sueño positivo. Al menos, eso creo. Y sé que puede sonar tremendamente presuntuoso, pero usted mencionó el otro día lo preocupada que estaba por el destino del castillo, e incluso del pueblo,

cuando la serie se marchara. Y a mí también me preocupa. Este sitio me encanta. Me enamoré de la serie hace unos meses, pero ahora me he enamorado de la gente de este lugar, del pueblo y del castillo, y de lo que significa para todo el mundo. Eso me ha tenido preocupada y creo que por eso tuve el sueño. Fue un caos alocado, pero lo analicé al despertar y tomé unas notas. Creo que existen posibilidades maravillosas para que el castillo de Haversham sea incluso más importante y más lucrativo de lo que ha sido con *Beauchamp Hall*.

—¿Cómo se le ha ocurrido tal cosa? —Beatrice Haversham parecía escéptica—. Yo también me he estrujado el cerebro y solo se me ha ocurrido vender limonada y galletas en la puerta tras nuestra maldita visita guiada, que ahora será incluso más aburrida.

—No tiene por qué serlo. Hay algunas oportunidades que todavía no han explorado. En primer lugar, las bodas. ¿Qué emplazamiento puede ser más maravilloso que este para celebrar un enlace? Holkham Hall las celebra aquí cerca y me han comentado que les va bastante bien. Se han celebrado varias bodas en la serie y han sido todas espectaculares. La gente querrá casarse aquí porque han visto esas celebraciones en la pantalla, lo que convierte al castillo en una ubicación muy deseable. Pueden celebrarse bodas menos caras en la propiedad, todas con un paquete cuidadosamente organizado. Podrían ser ceremonias de época con los trajes apropiados, si se prefiere. Se podría comprar el vestuario de la serie cuando el equipo deje el pueblo. También cabe la posibilidad de celebrar bodas más multitudinarias con carpas en el exterior. Solo se necesita un buen servicio de cáterin y una florista, y este sería el recinto ideal en un futuro. Si se disponen algunos espacios del interior, el banquete también podría celebrarse aquí.

Beatrice asintió y empezó a madurar la idea.

—Conseguir el vestuario de la serie sería una idea genial. Contrataron a quinientos extras para una de las bodas que se rodó en el castillo —mascullo pensativa.

—Segundo: fines de semana de misterio. Otra vez con ropa de época. A la gente le encanta. Lo hacen en Estados Unidos. Un grupo de personas alquila el castillo para el fin de semana, no tienen por qué ser muchos; quince o veinte, que es una cantidad razonable. Llevan ropa de época. Les das un guion y ellos interpretan una historia de misterio, por lo general, un asesinato. Y tienen que haber resuelto el caso para cuando termina el fin de semana. Es una actividad perfecta para un cumpleaños o una fiesta en la casa, o un pequeño evento de empresa. Podría cobrar mucho dinero. Alguien tendría que escribir los guiones para que los clientes los sigan. Se parece un poco al juego del

Cluedo, pero en un castillo de verdad y en la vida real. Usarían el mismo guion para distintos grupos, salvo para personas que vengan más de una vez.

»Tercero: un museo de *Beauchamp* para los forofos de la serie como yo. Podría destinar unas cuantas estancias de las que se utilizaban regularmente para el rodaje; se pueden instalar pantallas en las habitaciones para proyectar escenas rodadas en ellas. Sería un añadido de la historia moderna, como parte de la vida actual del castillo. Y sé que resulta embarazoso, pero estaría muy bien abrir una tienda de regalos en alguna zona, con recuerdos de la propiedad y de la serie: tazas, platos, juegos de té, todas esas cosas que les encantan a los fans y compran por internet. Se puede contratar a alguna chica del pueblo como dependienta, y los clientes pasarán por allí después de la visita guiada. También estaría a la venta el libro que usted escribió, por supuesto.

»Y, por último, a lo mejor le parece una idea horrible, pero es una posibilidad: un reality televisivo sobre la vida actual en el castillo, con su hermano y usted como protagonistas. Grabarían las bodas celebradas aquí y los fines de semana de misterio. Y a su hermano con sus coches y caballos. A los espectadores les gustaría incluso que su coche se hubiera hundido en un estanque. Es una idea vulgar, pero podría hacerse con buen gusto. A la gente le encantan la realeza y la aristocracia, y husmear en el día a día de un castillo podría atraerlos tanto como les gusta la serie en la actualidad. La verdad es que haría una fortuna con un programa así, si puede soportar que se haga. Además, el hecho de ver lo que pasa en el castillo atraería a montones de visitantes. Pagarán fortunas por entrar.

Winnie permaneció callada al terminar y Beatrice Haversham se quedó mirándola.

—¡Por el amor de Dios! ¡Eso no fue un sueño, sino una pesadilla! ¿De verdad ha soñado todo eso? —La estadounidense asintió—. Pero ¡qué cantidad tan maravillosa de ideas! Tengo que pensármelo, aunque algunas de ellas sí podrían funcionar. ¿Por qué diantres se ha molestado en resolvernos los problemas? —Mientras hablaba, su hermano entró en la sala con el ceño fruncido y expresión confusa.

—¿Has visto mi fusta de montar, Bea? No la encuentro. Voy a salir con Comet dentro de unos minutos. Oh, lo siento, no sabía que tenías una invitada —se disculpó al ver a Winnie.

—Sí que la he visto. La he partido por la mitad y la he tirado a la basura. Gracias por hundir mi coche.

—No seas tonta, ya lo repararán. Ese coche sí que deberías haberlo arrojado a la basura hace años. ¿Por qué me has tirado la fusta? —

Miró alternativamente a su hermana y a Winnie cuando lo dijo.

Era un hombre guapísimo, la viva imagen de la buena cuna, y llevaba pantalones de montar y botas como su hermana.

Lady Beatrice se volvió hacia su hermano con expresión de hastío.

—Mi hermano, el marqués de Haversham —dijo dirigiéndose a Winnie para presentarlos.

Winnie no tenía muy claro de si debía realizar una pequeña genuflexión o hacer una reverencia, y se puso nerviosa.

—¿Cómo está? —preguntó con timidez al estrecharle la mano.

—Muy bien, gracias, a pesar del malhumor de mi hermana. Y puedes llamarme Freddie. Odio las formalidades que exigen los títulos, ¿a ti no te pasa lo mismo?

—No lo sé, nunca he tenido uno —respondió Winnie con resignación.

—¡Pues menuda suerte la tuya! —Su sonrisa era hipnótica y emanaba malicia.

—Tengo que ir a hacer la compra —lo interrumpió Beatrice—. ¿Cuál de tus Bugatti quieres que sea el sustituto de mi coche? Y, por cierto, ella es Winona Farmington. —Winnie había dado su nombre completo para concertar la cita, con tal de sonar más seria y formal—. Tiene una cantidad ingente de ideas extraordinarias para que sigamos a flote en cuanto se vaya *Beauchamp*. —Beatrice se levantó y Freddie volvió a desaparecer para ir a buscar otra fusta al vestidor—. Debo pensar en todo lo que me ha dicho. No sé si tendré el valor de llevar alguna de esas ideas a cabo. Pero desde luego que vale la pena darles una vuelta. La llamaré cuando haya tenido tiempo de asimilarlo. —Winnie asintió en silencio, se levantó y le dio las gracias por haberla invitado y permitirle compartir sus propuestas—. ¿Qué papel tendría usted en todo esto?

—Ninguno —se limitó a responder Winnie—. Yo no salía en el sueño. Solo he pensado que algunas de esas ocurrencias podrían ser útiles.

—Qué amable por su parte —comentó Beatrice sonriéndole. Ambas eran más o menos de la misma edad, y Winnie tuvo la sensación de que Bea le caería bien si llegara a conocerla mejor. Y su hermano era guapo y divertido. Eran como personajes de un libro o de una obra de teatro, no de la vida real; no tal como la vivía Winnie—. No sé dónde encontraríamos la mano de obra necesaria para sacar todo eso adelante —comentó Beatrice, meditabunda, mientras acompañaba a Winnie hasta la puerta.

—En el pueblo habrá muchísima gente desempleada dentro de muy poco. Estarían agradecidos de poder trabajar —le recordó Winnie.

Beatrice asintió, pues estaba de acuerdo, y, a reglón seguido, la estadounidense se marchó. En la distancia vio a Freddie dirigiéndose a medio galope, a lomos de un caballo blanco, en pos de las colinas. Parecía la imagen del buen augurio. Caviló sobre ello mientras enfilaba hacia el remolque de Edward. En ese momento había partes de la vida de Winnie —en realidad, toda su existencia— que se le antojaban de otra persona, desde luego, no de la suya. Aristócratas con títulos nobiliarios, castillos y series televisivas de éxito. Pensarlo todavía la dejaba atónita. Sin embargo, Beatrice Haversham le parecía prácticamente normal, una mujer realista y práctica. Había escuchado a Winnie con atención.

En las dependencias familiares del castillo, Beatrice estaba sirviéndose una taza de té y negando con la cabeza, preguntándose si el destino acababa de volver a salvarlos… ¿o era todo demasiado absurdo?

13

A diario llegaban nuevos guiones al rodaje para poder concluir la serie de una manera satisfactoria. Había que complacer a los espectadores y resolver los misterios; Matthew no quería dejar ningún cabo suelto, sino que deseaba cerrarlo todo con coherencia. Para conseguirlo, hicieron falta nuevos guiones y líneas argumentales, y aprenderse los nuevos textos fue un desafío para los actores, aunque confuso para todos, incluso para el equipo técnico. Nada seguía la planificación preestablecida. Las escenas iban a rodarse en ubicaciones distintas, la indumentaria también cambiaría. Las encargadas del vestuario estaban volviéndose locas para seguir el ritmo y reutilizar los viejos ropajes de temporadas pasadas. Los productores querían mantener el mismo nivel de altísima calidad hasta el amargo final.

Winnie estaba repasando uno de los nuevos guiones de Edward en el remolque cuando le sonó el móvil: era Beatrice Haversham. En un primer instante, le sorprendió saber de ella. Hacía solo dos días de la reunión, y Winnie empezaba a asumir que había decido que ella estaba loca y que no le interesaba ninguna de sus ideas. Era del todo posible y ella no se molestaría si reaccionara así.

—¿La llamo en mal momento? —le preguntó Beatrice.

—No, ahora me va bien.

—Siento no haberla llamado ayer. ¿Tendría tiempo para venir a hablar con nosotros hoy mismo? Mi hermano partirá a Londres mañana y nunca sé cuándo vuelve.

—Podría pasar después del trabajo —dijo Winnie en voz baja; no quería molestar a Edward, quien intentaba aprenderse las nuevas frases a poco más de un metro de distancia.

—Perfecto. Tomaremos el té juntos. ¿A las seis?

Winnie sabía que con ese «té» se refería a una cena ligera a esa hora.

—Nos vemos entonces —se despidió ella y colgó.

Salió a toda prisa del remolque a las seis menos cinco cuando vio a Nigel dirigiéndose hacia ella. La alcanzó en cuestión de minutos.

—¿Quieres ir a cenar conmigo ahora?

—No puedo —respondió ella con expresión de disculpa—. Tengo una cita. No sé a qué hora terminaré. Ya te llamaré.

—Da igual —dijo él, molesto—. ¿Con quién es la cita?

—Con los Haversham —se limitó a informar.

—¿Con el tío ese de los Bugatti?

—Y con su hermana.

—¿Para qué? —Sonaba suspicaz.

—Tuve una idea de la que quieren hablar conmigo.

—Hasta mañana —dijo él, se volvió y se marchó, pero ella no fue tras él.

No quería llegar tarde a su cita con Beatrice y Freddie. A los tres minutos, ya estaba tocando el timbre, tras dar la vuelta al castillo para acceder por la entrada privada. El timbre era el mismo que llevaba allí cien años y que habían empleado en la serie. Todavía funcionaba, con las reparaciones ocasionales. Beatrice abrió la puerta unos minutos después. Vestía tejanos, jersey y botines de montar. Su hermano y ella pasaban mucho tiempo a caballo.

Condujo a Winnie hasta una pequeña sala de estar tras una tortuosa ruta por un pasadizo trasero. Era la estancia que Beatrice utilizaba como despacho, y se trataba de una combinación de biblioteca y sala de estar, con una chimenea y cómodos sofás, además de varios sillones de cuero enormes. La habitación era acogedora y la mesa de escritorio estaba repleta de altas pilas de documentos. Beatrice gestionaba todas las transacciones con la empresa de producción y realizaba el seguimiento de los horarios del rodaje, con objeto de saber en qué habitaciones se rodaría y cuándo, y así evitar cualquier contratiempo.

—Tome asiento —invitó con amabilidad a Winnie—. Vuelvo en un santiamén.

Reapareció unos segundos después con una ornamentada y enorme bandeja antigua de plata para el té, cargada de platos con bollitos y crema cuajada, perfectos sándwiches de pollo, de ensalada de huevo duro, de pepinos y berros, una tetera de plata, tres tazas de porcelana y los cubiertos. Parecía una escena de *Beauchamp Hall*, y estaba a la altura de las casas, los hoteles o los restaurantes más elegantes. Desprendía un aroma delicioso y, en cuanto Beatrice lo sirvió, apareció su hermano, vestido con camiseta y tejanos.

—¿Vamos a celebrar la reunión aquí? —le preguntó a su hermana —. ¿Quién ha preparado el té? —También parecía impresionado.

—He sido yo. Tenemos mucho de lo que hablar.

Le pasó el plato con los sándwiches a Winnie y ella cogió uno de cada. Freddie eligió varios, mientras su hermana servía el té y le entregaba a la invitada una delicada taza con una servilleta de lino y una cucharilla de plata. La ligera cena, la cubertería y la porcelana eran una reliquia civilizada de una época olvidada hacía tiempo.

En cuanto todos estuvieron servidos, Beatrice se dirigió a Winnie.

—Hemos estado hablando sobre sus ideas; algunas de ellas son bastante alocadas y sin duda aterradoras, aunque muy interesantes. Nos preguntábamos hasta qué punto serían realmente posibles, y cuánta mano de obra y personal experto harían falta. Aquí no contamos con un servicio numeroso. Esto no es *Beauchamp Hall* —dijo y sonrió.

—No creo que hagan falta tantas personas y podrían contratar a las que necesiten. ¿Qué parte del sueño les ha interesado?

—Los fines de semana de misterio —respondió Freddie con una sonrisa, al tiempo que se hacía con más sándwiches y su hermana le lanzaba una mirada controladora.

—Primero las bodas —intervino Beatrice—. Nunca lo había pensado, pero creo que sería maravilloso celebrarlas aquí. Habría que limitar el número de invitados, por supuesto, pero Dios sabe que contamos con toda la vajilla, cristalería y cubertería necesarias. Tendríamos que comprobar la identidad de los usuarios, por supuesto, para evitar que nos roben la cubertería de plata.

—La familia de los contrayentes podría pagar un depósito de fianza, como parte del precio. Podrían diseñar distintos paquetes según la tarifa, dependiendo de las dimensiones de la boda y lo complicada que sea, y cobrar cuotas adicionales si se alojan en el castillo o no. Podrían ofrecer incluso servicios de peluquería y maquillaje, manicura y todo lo necesario. Resultaría bastante lucrativo. Se podría contratar a una organizadora de bodas —sugirió Winnie.

—Podría encargarme yo misma —apuntó Beatrice, pensativa—. Ya hemos visto cómo lo hacen todo en el set de rodaje. Creo que sería capaz de organizar un enlace bastante digno. Nunca he sido la novia, pero he asistido a muchas ceremonias.

—Yo podría disfrazarme de sacerdote —intervino Freddie—. Así la boda no sería legal y no tendrían que molestarse en divorciarse si luego no les va bien.

—No estás ayudando. —Su hermana se quedó mirándolo—. Y me encantó su idea de comprar trajes y vestidos de boda antiguos a la productora cuando se marchen. Podría quedar muy glamuroso; creo que en el desván del ático guardamos unos cuantos.

—A lo mejor se los regalan —comentó Winnie, pensándolo bien—. Y deberían tener una ayudante para las bodas, alguna chica del pueblo. ¿Conocen a algún buen proveedor de cáterin?

—La verdad es que sí —dijo Beatrice—. Y sus servicios no son muy caros. Creo que celebrar enlaces aquí es una idea fantástica. Podríamos anunciarlo en revistas especializadas en bodas o en algunos

periódicos. Quizá en la *Vogue* inglesa. Creo que deberíamos hacerlo con muchísima calidad, para que la gente esté deseando casarse en el castillo. Que sea la boda de sus sueños.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Winnie, encantada de que su idea les resultara útil. Le gustaba Beatrice y su hermano le parecía divertido—. Necesitarán una florista y un fotógrafo, y un calígrafo para las invitaciones. Y el personal para el cáterin, claro.

—¿Qué hay de los fines de semana de misterio? ¿Cree que es un plan que se pueda llevar a cabo siendo realistas? Nunca he vivido una experiencia así. —Beatrice se mostró interesada.

—Yo sí que he estado en uno. —Freddie metió baza—. Fue maravilloso. Me encantó. Fui el asesino dos veces y nadie me descubrió. —Describió cómo había sido y parecía una opción menos complicada que las bodas.

—Alguien tendría que escribir los guiones. Yo prácticamente no sé ni escribir una carta. —Winnie asintió en silencio como respuesta al comentario de Beatrice—. También nos gusta la idea de un museo de *Beauchamp*. Lo de las habitaciones con las pantallas donde se proyecten las escenas es una ocurrencia maravillosa. La gente se volverá loca, y eso mantendrá vivo el espíritu de la serie para los turistas que vengan a visitar el pueblo. Lo de la tienda de regalos es tremendamente vulgar, pero seguro que también les gusta. Está claro que necesitaremos la autorización de la serie para vender el *merchandising*, pero podemos repartir los beneficios con la productora si es necesario. Y necesitaríamos a alguien en la tienda de regalos, que puede ser alguna chica simpática del pueblo. ¿Qué tipo de personal cree que necesitaríamos para llevarlo a efecto?

Winnie permaneció pensativa durante un instante.

—¿Ambos trabajarían en ello? —Se quedó mirando con cautela a Freddie.

—Sí —respondió Beatrice de inmediato—. Yo me encargaría de las bodas. Freddie puede ocuparse de los fines de semana de misterio. Además, yo podría llevar el museo. A Freddie se le dan bien las cuestiones técnicas, como las pantallas de proyección. Sería un trabajo a jornada completa para ambos. —Se quedó mirando con seriedad a su hermano, quien asintió con la cabeza.

—Podrían contratar a una chica como ayudante para las bodas y a otra para llevar la tienda de regalos. Necesitan un técnico para instalar las pantallas de vídeo en las habitaciones de la visita guiada, pero pueden subcontratar una empresa externa. Se puede colaborar con gente autónoma, como en el caso del cáterin. Creo que al principio bastaría con dos chicas del pueblo que tengan ganas de trabajar.

Siempre se puede contratar a alguien más en el futuro, si es necesario. Si ambos están dispuestos a trabajar, no necesitarán mucho personal. Y alguien debería encargarse del mantenimiento del vestuario, aunque usted puede hacerlo —comentó, volviendo a dirigirse a Beatrice.

—Conozco a una buena modista en el pueblo que podría hacer los arreglos en la ropa, y su marido es sastre —sugirió Beatrice, pero volvió a fruncir el ceño a continuación—. Se me había ocurrido otra cosa. La gente lleva años viendo la serie. Aparece un mayordomo bastante convincente, y en las residencias como esta siempre se espera que haya uno. He estado pensando que deberíamos contratar a alguien, no un mayordomo de verdad, sino alguien que interprete el papel. Incluso podría echarnos una mano con las visitas guiadas.

—Yo puedo hacer de mayordomo —sugirió Freddie alegremente.

Estaba pasándoselo pipa fantaseando, y sonrió varias veces a Winnie.

—Tú no puedes hacer de mayordomo, de ninguna manera —le dijo su hermana con firmeza—. Eres el marqués, no puedes ser parte del servicio. Necesitamos a alguien que dé el pego en el papel.

Winnie asintió, barajando las posibilidades. Estaba de acuerdo con Beatrice, sobre todo si esperaban emular algo parecido a *Beauchamp Hall* y ofrecer un espectáculo realista a los visitantes o a los invitados de las bodas. Entonces se le ocurrió una idea.

—¿Conocen a Rupert, que tiene una furgoneta de comida en la plaza?

Freddie sonrió cuando lo dijo.

—Fuimos compañeros de colegio durante un año en el pueblo antes de que yo me marchara a Eton. Es un buen tipo. Siempre que lo veo me regala salchichas. La verdad es que sería perfecto para el papel.

—Maravilloso —lo aprobó Beatrice—. ¿Cree que lo aceptaría?

—La semana pasada me contó que tendría que vender su negocio de comida cuando la serie termine y volver a su trabajo de deshollinador, que odia —explicó Winnie.

—Eso se me había olvidado —comentó Freddie con gesto empático —. Estoy seguro de que preferirá hacer de mayordomo que no ir por ahí con la cara llena de hollín.

A Winnie tampoco le parecía una ocupación divertida.

—Puedo preguntárselo —se ofreció esta educadamente. Había ido tomando notas de varios de los comentarios de Beatrice. Tendría que contratar a dos chicas para que la ayudaran. Además, debían averiguar cómo comprar vestidos de boda, trajes para las ceremonias y los fines de semana de misterio. Haversham era un recinto maravilloso para celebrarlos—. También podemos comprar vestuario

de época en subastas, si es necesario.

Beatrice iba asintiendo. Estaban pensando en todos los detalles.

—Y ahora, la parte horrible —dijo Beatrice mirando a Winnie—. No soporto la idea de convertir mi hogar en escenario de un reality, y mis padres y abuelos se revolverían en su tumba, pero tengo la sensación de que sería muy lucrativo. He oído que esos programas pueden generar auténticas fortunas. ¿Supone usted que existe alguna forma de hacerlo sin tener que filmarnos en la bañera o preparando el desayuno en ropa interior, o peleándonos para satisfacer a la audiencia? Tampoco tenemos hijos encantadores con los que impresionarla. Pero puede que si filmasen una boda o un fin de semana de misterio y los preparativos de alguno de esos dos eventos, los espectadores sí estarían satisfechos. A algunas de las novias podría encantarles. —Lo dijo con el gesto torcido.

—Por lo que me han contado, se saca mucho dinero de esos programas —dijo Winnie—. Entiendo sus reticencias, pero hablando desde un punto de vista comercial, sería publicidad para las bodas y los fines de semana de misterio. La gente haría cola para poder venir y sería mejor todavía si tuvieran la oportunidad de aparecer en el programa.

Beatrice emitió un gruñido de disgusto al oírlo y se dejó caer contra el respaldo del sofá, mientras su hermano la miraba.

—No seas tan esnob, Bea —la acusó su hermano—. Si queremos quedarnos aquí y conseguir que este lugar siga en pie, debemos hacerlo con inteligencia. Y pueden grabarme en la bañera, si insisten, o conduciendo desnudo un Bugatti. Todo por Dios y por la patria —dijo con tono afectado y los tres rompieron a reír.

—¿Conoce usted a algún productor de realities? —le preguntó Beatrice a Winnie.

—No, pero podría averiguar cómo encontrarlo. Estoy segura de que alguien del equipo de rodaje tendrá algún contacto.

—Tengo otra pregunta importante —dijo Beatrice, marcando algo de su lista—. ¿En cuánto tiempo cree que debemos poner todo esto en marcha?

—Ayer —respondió Winnie sin dudarlo—. Creo que deberían intentar inaugurar en Navidad. Eso les da casi cuatro meses para organizarlo todo y tenerlo listo para empezar. Creo que para entonces ya estaría preparado, si se ponen en marcha ahora mismo. En realidad, no hace falta gran cosa, porque lo tienen todo aquí y no necesitan mucho personal. Y las habitaciones que han estado usando para la serie están listas para instalar las pantallas.

Ambos Haversham estuvieron de acuerdo. A ellos también les

parecía un proyecto factible.

—Y una cosa más —añadió Beatrice mirando con timidez a Winnie—. Esto no podemos hacerlo solos y ha sido idea suya. Nos gustaría que usted fuera nuestra directora creativa.

—¿Yo? —Winnie parecía impresionada. No esperaba que la incluyeran en todo aquello cuando lo sugirió. Solo quería ayudar, porque le sabía mal dejarlos en la estacada por la forma en que se había cancelado la serie, además de que Beatrice le gustó como persona cuando la conoció—. Jamás he trabajado en nada parecido.

—Nosotros tampoco, y usted ha trabajado en la serie. Parece que conoce bien el funcionamiento del tinglado.

—Y ustedes también —replicó Winnie con modestia—. En realidad, no me necesitan. Pueden llevar a cabo la idea sin mí.

—Escúcheme, por favor; escuche —le dijo Freddie con firmeza—. No puede limitarse a alucinar con todas esas ideas, ponérnoslas en las manos y dejarnos solos para que nos las ingeniemos. Lo fastidiaremos todo. Al menos yo seguro que lo fastidiaré.

—Tú seguro que la fastidiarías —le dijo su hermana—. Yo no pienso fastidiar nada, maldita sea. —Entonces se volvió hacia Winnie—. Pero sí que la necesitamos. Creo que sus ideas son fantásticas y le estamos muy agradecidos. ¿Se plantearía asociarse con nosotros? Podríamos repartir los beneficios entre tres.

Winnie se quedó de piedra y no sabía qué decir, aunque parecía emocionante y divertido y un capítulo totalmente nuevo tras los meses que había pasado allí por la serie. Era otro sueño hecho realidad.

—Asistí a clases de escritura creativa en la universidad. Podría escribir los guiones de los fines de semana de misterio —sugirió, dubitativa— y ustedes deciden si les gustan.

—Todo esto ha sido idea suya. Si usted no lo hubiera sugerido, a nosotros jamás se nos habría ocurrido, y habríamos vuelto a estar en la ruina en cuestión de seis meses.

—Podría pasarnos de todas formas si el plan no sale bien —dijo Freddie con tono realista, aunque el proyecto tenía el potencial de reportarles una auténtica fortuna y todos compartían ese presentimiento.

Winnie se quedó mirándolos durante un instante. No tenía nada que perder. Y los tres estaban emocionados con la idea de intentarlo.

—Lo haré —dijo sonriendo—. ¡Me encantaría! Gracias por pedírmelo.

—Y, si no sale bien, venderemos la propiedad y nos iremos todos juntos a vivir al Caribe —sugirió Freddie.

—Esperemos que eso no ocurra —afirmó Beatrice con seriedad—.

Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

La aristócrata echó un vistazo a su lista mientras Winnie miraba la suya.

—Empezaremos por buscar a dos chicas del pueblo —sugirió Winnie—. Freddie, hablará con Rupert y le pedirá que sea el mayordomo, ¿le parece? Y creo que Beatrice y yo deberíamos hablar con Michael Waterman sobre el vestuario lo antes posible. Opino que deberíamos hacerlo juntas. Michael está muy impresionado por su persona y su título. —Se quedó mirando a Beatrice—. ¿Debería referirme a usted siempre como lady Beatrice? —No lo tenía muy claro y Freddie respondió a la pregunta.

—Sí, y deberías hacerle una reverencia siempre que la veas.

—Venga ya, cierra el pico —lo reprendió su hermana—. Por supuesto que no. Puedes llamarme Beatrice o Bea. Pero a Freddie siempre deberías llamarlo «su señoría» cuando haya otras personas delante, para que los visitantes queden impresionados por estar en presencia de un marqués. Podemos cobrar más por eso. —Y sonrió de oreja a oreja—. A lo mejor deberíamos contarles que es duque y así cobrarles incluso más: «El marqués se hace pasar por duque aprovechando el tirón del escándalo de *Beauchamp Hall*».

—No necesitáis el permiso de los productores para abrir el museo, puesto que la serie ya forma parte de la historia de Haversham y de la vida del castillo. Aunque sí podríamos pedirles fragmentos del rodaje.

—Creo que estamos avanzando muchísimo —dijo Beatrice, encantada.

Eran las nueve de la noche y ya habían analizado varias cuestiones en esas tres horas. Tenían una colaboración, un plan y un negocio incipiente.

—Espero que sea un gran éxito —deseó Winnie con sinceridad al tiempo que Freddie se marchaba para reaparecer, un minuto después, con una botella de champán que descorchó al instante.

Sirvió tres copas que llevaba en la mano y cada uno alzó la suya.

—¡Por el castillo de Haversham y los tres mosqueteros! —brindó Freddie y bebió el primer sorbo de champán.

—Estoy impaciente por ponerme en marcha —reconoció Winnie.

Todavía no había dejado un trabajo y ya tenía otro. Era una forma de retener los últimos recuerdos de *Beauchamp Hall*. Los DVD que ganó en el amigo invisible un año antes le habían cambiado la vida por completo. Y el capítulo siguiente acababa de empezar.

14

—¿Qué te pasa? —le preguntó Edward con una sonrisa a la mañana siguiente en el trabajo—. Pareces una niña con zapatos nuevos. ¿Estrenas novio?

—Mejor todavía. Estreno proyecto. Anoche me reuní con los Haversham. Estoy intentando ayudarlos a remontar cuando la serie termine.

No quedaban más que unos días. Acababan de notificarles el horario de rodaje para los últimos episodios, que se habían alargado para conseguir incluir todas las escenas nuevas. Ya habían anulado todos los días libres y también estaban rodando de noche. Estaban trabajando a toda máquina.

—¿Y tú puedes ayudarlos? —Edward quedó impresionado por su tremendo ingenio.

Era la razón por la que se había convertido en una ayudante tan valiosa. Era una fuente inagotable de energía y de ideas.

—Eso creo. Tenemos planes de futuro muy prometedores. Es divertido trabajar con ellos y son unas personas encantadoras. —Mientras lo decía se le ocurrió una nueva idea—. Acabo de pensar en algo. Van a empezar a celebrar bodas en el castillo a finales de año. ¿Qué te parecería casarte allí con Grace? Serán ceremonias nupciales de época, con el vestuario apropiado para la gente que lo prefiera, aunque, evidentemente, podríais llevar puesto lo que quisierais. ¿Crees que Grace podría tenerlo en cuenta como ubicación para vuestro enlace?

Edward reflexionó un instante y luego miró a Winnie, empezando a esbozar, poco a poco, una sonrisa.

—Me seduce la idea. Esta serie ha supuesto mucho para mí. Y el castillo es una ubicación exquisita. Creo que a Grace también le encantará la idea, y a su padre. Conocía al padre y al abuelo de los Haversham. Me lo ha comentado varias veces. Deja que se lo pregunte a Grace y ya te informaré.

La llamó por teléfono esa misma tarde y, después de hablar con su prometida, sonrió a Winnie.

—A Grace le ha fascinado la idea. Quiere casarse en el castillo de Haversham, ¡vestida de época!

—¿Ya tenéis la fecha? —Estaba tan contenta que le costaba contener la emoción.

—El sábado antes de Navidad, si os va bien.

—Seréis nuestros primeros clientes de bodas y vamos a hacer que así sea. Me encanta que seáis nuestra primera boda y, además, tú has actuado en la serie.

Sería una publicidad fantástica para las futuras bodas que se celebrasen en el castillo. Winnie estaba tan emocionada que esperó hasta la pausa de la tarde y corrió hacia la entrada familiar del castillo para llamar al timbre. Abrió Freddie: acababa de volver de un paseo en coche con su Bugatti favorito.

—¿Está Beatrice? —preguntó Winnie con timidez cuando entró a la sala y se sorprendió de ver a Freddie. No se sentía igual de cómoda con él cuando no estaba con su hermana. Era un poco más abrumador y extravagante y no lo conocía tan bien. Beatrice apareció un minuto más tarde—. Edward Smith va a casarse aquí el sábado antes de Navidad —les anunció Winnie a ambos—. Será nuestra primera boda y todas las revistas querrán cubrirla. —No podía contener la alegría mientras lo contaba.

—¡Fantástico! —Beatrice estaba exultante de felicidad—. ¿Cuántos invitados?

—Olvidé preguntárselo. ¿Tenemos un límite? —Los tres se miraron alternativamente y decidieron que no sería así en el caso del actor—. Se lo preguntaré. Y quieren casarse vestidos de época. Creo que él debería conservar su vestuario. Y ya le he dicho que sería nuestra primera boda.

Los tres iban hablando y riendo mientras se dirigían a la cocina. Beatrice dijo que se encargaría de llamar al proveedor de cáterin y a un repostero especializado en tartas nupciales con quien ya se había comunicado para informarle sobre su nuevo negocio, y sus socios se mostraron muy contentos con la idea. Beatrice tenía una lista de todas las personas con las que debía contactar. Y cuando Winnie preguntó a Edward, él le dijo que querían invitar a unas doscientas o trescientas personas. Ella le prometió una «tarifa familiar» por ser su primer cliente, además de un personaje conocido. El actor respondió que el padre de Grace estaría encantado con el descuento, ya que era de los del puño cerrado, y había comentado varias veces que había pasado muy buenos momentos en el castillo durante su juventud. La boda sería otro recuerdo preciado y una publicidad maravillosa para ellos.

Beatrice y Winnie habían decidido hablar con Michael esa tarde, después del rodaje, para charlar sobre el tema del vestuario, ya que tenían su primera boda agendada. Él pareció sorprendido al verlas a ambas esperando en la puerta de la habitación que utilizaba como despacho. Siempre lo impresionaba ver a lady Beatrice, sobre todo,

porque poseía un título nobiliario, además de opinar que era una mujer muy hermosa. Le habría encantado pedirle una cita, pero no se había atrevido.

—¿A qué debo el honor, lady Beatrice? —le preguntó.

—Hay algo que queremos preguntarte —dijo Winnie con nerviosismo.

Le resumieron el proyecto y Beatrice añadió que estaban dispuestos a pagar por el vestuario.

—¿Cuántos trajes han calculado que necesitan?

Beatrice se quedó mirando a Winnie antes de responder, y decidió tirar por lo alto.

—Tantos vestidos de boda como quieran vendernos o regalarnos. Y, en cuanto al vestuario para los invitados al enlace, tal vez doscientos cincuenta trajes de noche y doscientos cincuenta fracs.

Ambas sabían que en la serie contaban al menos con esa cantidad para los figurantes, y seguramente tenían más, puesto que las bodas que habían desfilado en la ficción habían sido multitudinarias.

—Permítame ver qué puedo hacer —dijo.

Tenía muchas cosas en marcha debido a la conclusión de la serie.

—Agradeceríamos poder comprar tantos como pueda vendernos —comentó Beatrice con mucho decoro.

—No puedo entregárselos hasta que no terminemos la serie —le recordó, aunque no quedaba mucho para eso.

—No pasa nada.

Beatrice y Winnie ya habían escogido una habitación para colocar los percheros tipo burro con los vestidos de mujer y otra para los trajes de hombre. Contaban con mucho espacio de almacenamiento en la planta destinada al servicio.

—¿Crees que lo hará? —le preguntó Beatrice a Winnie cuando salieron de allí a toda prisa después de la reunión, riéndose nerviosas como dos chiquillas.

Winnie se había enterado hacía solo un día de que Beatrice era solo un año mayor que ella, tenía treinta y nueve, y de que Freddie tenía cuarenta y uno. «Aunque se comporta como si tuviera doce», le comentó su hermana.

Fiel a su palabra, Freddie se acercó a hablar con Rupert al día siguiente. Dijo que no había tenido tiempo hasta entonces, que uno de sus caballos se había quedado cojo hacía unos meses y que quería ver al veterinario en persona para hablar sobre la evolución del animal. Sin embargo, como la fecha para la boda de Edward Smith ya estaba fijada, el proyecto adquirió de pronto tintes de realidad. Y estaba de acuerdo con Beatrice: necesitaban un mayordomo para añadir

credibilidad, con el aspecto adecuado y una dignidad que estuviera a la altura de la casa.

Rupert rio cuando Freddie se lo preguntó.

—¿Lo dices en serio? ¿Esperas que me ponga a interpretar en plan pomposo y que sea el mayordomo?

—Winnie Farmington, nuestra nueva socia, dijo que te preocupaba tu futuro laboral cuando se acabe la serie y que tendrías que vender la furgoneta de comida —le recordó Freddie.

—Cierto —dijo Rupert, pensativo.

—Vamos a ofrecer fines de semana de resolución de asesinatos, bodas y visitas guiadas de más calidad que las que hemos hecho hasta ahora. Bea cree que necesitamos un mayordomo para impresionar a los visitantes.

—Y seguramente tiene razón. Mi abuelo era miembro del servicio del castillo. Era criado. Mi padre pensaba que había ascendido un peldaño en el escalafón al tener su propio negocio de deshollinador. Jamás pensé que me dedicaría al servicio.

—Y no vas a dedicarte a eso. Estamos hablando de un mayordomo estilo hollywoodiense para impresionar a la gente, abrir la puerta y pasearse por el castillo con una pajarita blanca y frac, no uno de esos de verdad que pule la plata.

Rupert rompió a reír con la descripción. Siempre se habían caído bien de niños y hacían gamberradas juntos, a pesar de la brecha social que los separaba, que jamás le había importado a ninguno de los dos, aunque sí a sus padres.

—Tendré suerte de conseguir un empleo en cuanto se haya terminado la serie —reconoció Rupert con pesadumbre—. Cuenta conmigo, colega. Adelante con lo del mayordomo hollywoodiense. ¿Cuándo empiezo?

—En cuanto puedas vender la furgoneta o en cuanto quieras. El equipo de la serie se marchará muy pronto. Están rodando los últimos episodios a toda prisa. Y luego tardarán un par de semanas en llevarse todo el equipo.

—Suena divertido. Dame de margen hasta que se marchen por completo, para poder aprovechar los últimos coletazos y dar de comer al equipo; entonces venderé la furgoneta. Debería estar libre para finales de septiembre.

—El puesto ya es tuyo.

Se estrecharon la mano para sellar su acuerdo y se alegraron de seguir teniendo la misma complicidad que en la infancia.

Freddie envió un mensaje de texto a Winnie y a su hermana de regreso al castillo: «Señoras, tendremos un mayordomo antes de

finales de septiembre». Se llamaba Rupert Tilton, e iban a llamarlo «Tilton» en presencia de los visitantes, siguiendo las normas de etiqueta.

Winnie había estado tan ocupada trabajando para Edward, reuniéndose con Beatrice, pensando en nuevas ideas y elaborando listas que apenas había tenido tiempo para ver a Nigel. Además, él trabajaba día y noche en los últimos episodios. Se presentó a última hora de una sesión de rodaje nocturna y con aspecto de estar agotado. Winnie percibía el distanciamiento entre ambos.

El ritmo de rodaje era frenético y todo el mundo estaba preocupado por su futuro; no paraban de llamar a los agentes y productores que conocían y a los sindicatos, en el caso de los miembros del equipo técnico.

—¿Y a ti cómo te va? —le preguntó Nigel mientras se tumbaba en su sofá.

Era casi medianoche y acaba de salir de trabajar.

—Ha sido una locura —respondió ella, sonriéndole—. Estoy creando una empresa para la celebración de bodas con los Haversham.

Era la forma más sencilla de explicarlo.

—¿Para qué te necesitan? Ya tienen el castillo. —Parecía sorprendido.

—Fue idea mía. A veces hace falta alguien de fuera para ver lo evidente.

Le comentó su idea de tener pantallas de vídeo en algunas habitaciones para la visita guiada, con fragmentos de la serie, como una especie de recorrido por un museo. Le preguntó con qué miembro del equipo técnico podía hablar para que les aconsejaran sobre qué comprar. Nigel le recomendó que consultara con el equipo de grabación y luego le contó que él también había estado muy atareado. No habían pasado ni una sola noche juntos en toda la semana. Por lo menos él no había vuelto a preguntarle sobre Freddie ni sobre Edward.

—He recibido una oferta de trabajo para un programa que se rueda en Irlanda, y otro que pasa mucho tiempo de localización en Italia. La comida sería mejor allí, pero lo de Irlanda sería más fácil. Hablo el idioma y viví allí durante un año. Seguramente haré eso, Winnie. Tendré que vivir en Dublín. ¿Alguna posibilidad de que vengas conmigo?

Sabía la respuesta antes de formular la pregunta. Resultaba evidente que iba a empezar con el negocio de las bodas y todo lo

demás. Además, se habían ido separando de forma inexorable, y ninguno de los dos había intentado evitarlo. Sabían que lo suyo era imposible.

—No puedo dejarlos en la estacada. Estamos empezando —respondió Winnie en voz baja.

Ambos sabían que, de todas maneras, no se habría ido con él a Irlanda. Su relación había ido apagándose en los últimos meses y los ataques de celos de Nigel habían socavado lo que ella sentía por él. Por otro lado, tampoco tendría nada que hacer en Dublín en caso de marcharse juntos.

—Suponía que me dirías que no —dijo Nigel con tristeza—. Más bien hemos terminado, ¿no? —Ella lo pensó y asintió—. Ya te dije que esto era así. Es como una familia mientras dura la serie y luego todo se acaba, cada uno sigue su camino por separado. Tendré suerte si dentro de un año todavía recuerdas mi nombre. —Pareció triste al decirlo y ella le tocó la mano.

Sus celos obsesivos habían sido el motivo de que dejara de amarlo, no el final de la serie. Sin embargo, no se lo dijo.

—No seas tonto. Me ha encantado estar contigo, pero no veo cómo podría funcionar lo nuestro a largo plazo. Tarde o temprano volveré a Míchigan. Tu vida está aquí y yo no me veo viviendo en Dublín ahora mismo. Quiero quedarme en Haversham durante un tiempo.

Él volvió a asentir. Lo entendía o creía entenderlo. No le pidió quedarse con ella esa noche. Ambos sabían que se había acabado. Como un amor de verano; el otoño había llegado antes de lo previsto. La besó una última vez antes de marcharse. Ella se quedó mirando cómo se encaminaba hacia el jeep y se volvía para mirarla, como si quisiera grabarla a fuego en su memoria. Winnie permaneció en la puerta y lo observó alejarse por la carretera. Los dos sabían que lo suyo había sido pasajero y que era mejor así.

Michael les dio una respuesta sobre el vestuario al día siguiente. En ese momento tenían que tomar las decisiones con rapidez. Llamó a lady Beatrice para informarla y ella se quedó de piedra cuando Michael le dijo que le regalarían los quinientos trajes de los figurantes que ella había pedido. Iban a venderle los vestidos de boda por el equivalente a quinientos dólares cada uno. Había cinco de esos vestidos que habían aparecido en importantes escenas de la serie. Podía escoger cualquiera de los demás por un precio considerablemente más bajo. Michael lo hacía como un gesto de agradecimiento hacia ella y su hermano por los pasados seis años. Le

indicó que se citara con la responsable de vestuario, y que podrían recogerlos en cuanto finalizaran la serie. Beatrice estaba emocionada cuando llamó a Winnie para contárselo.

—¡Tendremos cinco vestidos de boda para ofrecer a las novias!

Vestidos que habían llevado actrices famosas, lo que les daba incluso más caché. Winnie se lo contó a Edward esa tarde, por si Grace quería llevar alguno de ellos y él creyó que así sería, puesto que también adoraba la serie. Sin embargo, Edward tenía en mente otro vestido para su prometida.

Beatrice y Winnie pasaron la tarde organizando los percheros tipo burro con el vestuario en dos de las antiguas estancias del servicio, situadas en el ático, y destinaron otra habitación aparte solo para los vestidos de novia, además de los accesorios que los productores también iban a regalarles.

—¿Deberíamos preparar una habitación como probador? —le preguntó Winnie a Beatrice.

—Creo que podríamos cambiar la moqueta del antiguo vestidor de mi madre. Es una habitación muy elegante y tiene un montón de espejos; sería un probador fantástico para nuestras novias. —Ambas sonrieron. Todo estaba saliendo rodado y así había sido desde el principio. Los hados estaban sonriéndoles desde el momento del sueño de Winnie—. No sé cómo agradecértelo. Has convertido una catástrofe en un milagro para nosotros.

Al igual que *Beauchamp Hall* lo había hecho seis antes al llegar justo a tiempo.

—Yo también estoy encantada —reconoció Winnie—. Jamás he disfrutado tanto en toda mi vida.

Era el mejor trabajo que había tenido. Y lo había logrado gracias al valor que había tenido al dejar Míchigan, viajar para ver cómo se hacía la serie que la apasionaba y perseguir sus sueños. A pesar de lo que había ocurrido con Rob y Barb, y la pérdida de su empleo, había resultado ser el mejor año de su existencia, aunque la serie estuviera terminándose. Los tres socios habían dado con una forma de mantener su espíritu vivo para las personas que habían sido sus fieles devotas y para ellos mismos.

—He encontrado un proveedor para la porcelana de recuerdo de *Beauchamp Hall*, por cierto —le contó Beatrice—. La serie la tiene patentada por contrato, pero se la podemos comprar con descuento.

—¿Es muy cara? —Winnie parecía preocupada.

Iba a invertir sus ahorros en el proyecto. Por lo menos ahorraría muchísimo dinero en el vestuario. Estaba preparada para utilizar parte de lo que le había dejado su madre. Además, Marje acababa de

alquilar su casa de Beecher, lo cual suponía un ingreso adicional. Contaba hasta el último centavo, aunque no fuera un negocio muy caro en su lanzamiento. Tenían gran parte de lo que necesitaban a su disposición.

—No sube mucho —comentó Beatrice sobre la porcelana—, y creo que se venderá como pan caliente.

Winnie estaba de acuerdo con ella, que era la razón por la que había hecho esa sugerencia en el plan inicial.

Beatrice había contratado a una simpática mujer para la tienda de regalos, Bridget Donahue, quien estaba emocionadísima con el trabajo, y a una inteligente joven, Lucy, como ayudante. La chica había cursado un año de universidad y trabajaba como ayuda doméstica en la pensión de la señora Flannagan; quería evolucionar y estaba deseosa de hacer todo cuanto fuera necesario. Lucy empezaría en dos semanas a contar de ese momento. No iban a abrir la tienda de regalos hasta diciembre, cuando estuvieran ya en marcha, por lo que Bridget empezaría una semana antes para organizar el inventario.

—El encargado de la grabación de vídeo de la serie se pasará mañana y nos aconsejará sobre lo que necesitamos —dijo Winnie, y Beatrice asintió justo en el momento en que Freddie entraba.

Acababan de bajar del ático y de colocar los percheros tipo burro para el vestuario, y él había estado en los establos con los caballos, a los que de momento conservaba, con la esperanza de que su empresa fuera un éxito. Siempre podía venderlos más adelante si era preciso. Aunque esperaba que no.

—¿Sobre qué estáis cuchicheando? —les preguntó.

Saltaba a la vista lo bien que se llevaban las dos mujeres. Beatrice era la amiga más íntima que Winnie había tenido en mucho tiempo. Resultaba agradable contar con una mujer con la que volver a hablar. Añoraba a Barb.

—Estábamos comentando que a las dos nos pareces ridículo —bromeó la hermana de Freddie.

—Necesitamos otro hombre en este lugar —se lamentó él—. Gracias a Dios, Rupert estará por aquí pronto. No sé en qué estaría pensando cuando se me ocurrió iniciar un negocio con dos mujeres. Siempre estáis haciendo piña contra mí.

—Disculpe, su señoría —le dijo Beatrice sonriendo.

—Deberías llamarme «Su Majestad» —replicó con altanería a su hermana—. ¿En qué punto estamos con el tema del reality? —le preguntó a Winnie, esta vez en serio.

—Edward está en conversaciones con una persona que conoce en Londres. Dice que son programas bastante duros, pero que son una

máquina de hacer dinero. Lo que más le gusta a la gente son los escándalos, así que podríamos dar con algún enfoque suculento. O quizá les baste con el hecho de que tengáis títulos nobiliarios.

—Quizá tendríamos que incluir tu lista interminable de novias —comentó Beatrice hablando en serio.

—O la de tus hijos ilegítimos —replicó él.

—No tengo ninguno, para que lo sepas —dijo ella dirigiéndose a Winnie.

—Mi hermana es virgen —añadió Freddie, y Beatrice le propinó un golpe con la libreta de notas que siempre llevaba en la mano.

—No, fuera de bromas —intervino Beatrice, pensativa—, a lo mejor esperan que tengamos amantes de la serie o algún novio o novia. No somos un dúo muy interesante.

Incluso Freddie llevaba meses sin pareja. Ninguna mujer del pueblo lo atraía.

—Ahora mismo no tengo novia —comentó con tono pragmático—, pero puedo convocar un casting si queréis. Todo por la causa, claro está.

—¿Qué pasó con la última? Esa chica de Brasil… —le preguntó Beatrice, sorprendida.

—Se fugó con un corredor de Fórmula 1 y está viviendo con él en Montecarlo. Podríamos contarles a los productores que estamos en un *ménage à trois*. Eso podría ser interesante.

—A lo mejor no les interesa nuestra vida sexual —dijo Beatrice, esperanzada—. Hace años que no tengo una relación formal con ningún hombre.

—Es por tu puñetera culpa —le reprochó su hermano—. El pueblo ha estado durante seis años hasta los topes de actores y estrellas de cine, podrías haberte esforzado un poco en escoger a uno o a unos cuantos.

—Están todos comprometidos, o son gais o infieles —intervino Winnie—. La verdad es que, a la mayoría de ellos, les habrías gustado más tú —dijo mirando a Freddie—. El actor para el que trabajo yo es maravilloso, pero lleva trece años con la misma mujer y es muy fiel.

—Qué deprimente para él. La fidelidad está muy sobrevalorada —opinó Freddie, y ambas mujeres rieron—. Pero demos gracias a Dios de que va a casarse con ella, puesto que serán nuestra primera boda. ¿Y tú qué? —le preguntó a Winnie—. ¿No tienes novio?

Los tres empezaban a conocerse y tenían curiosidad por la vida de cada uno.

—No, salí con un técnico de sonido durante un tiempo, empezamos cuando llegué al pueblo, pero la relación se fue apagando, y ahora

estoy muy ocupada. Tengo dos trabajos y una empresa que lanzar.

—Las dos deberíais meteros a monjas —las azuzó Freddie—. Aunque a mí no me va mucho mejor que a vosotras en la actualidad. A los cuarenta y un años, uno ya lo ha visto todo. Creo que empiezan a gustarme más los caballos.

—Yo también podría haber sido monja —se lamentó Beatrice—, encerrada aquí contigo toda mi vida. Y no me digas que te has reformado, porque no me lo creo.

—Deberías ir a Londres más a menudo —le dijo su hermano en serio—. Nunca encontrarás pareja saliendo por el pueblo. A menos que quieras liarte con Rupert. Es un tipo estupendo.

—¿Nuestro mayordomo? —preguntó ella, dándose aires de grandeza—. ¡No seas ridículo!

Sin embargo, Rupert jamás la había atraído ni lo haría. Beatrice era una mujer sofisticada a pesar de vivir en un entorno rural.

Los tres se llevaban bien y estaban haciéndose amigos. Construir algo juntos constituía un sólido vínculo. Beatrice le comentó en privado a Winnie que su hermano hacía años que no estaba tan ocupado y tan feliz. No se sentía bien permaneciendo ocioso y siempre se metía en líos que no le daban más que problemas. «De faldas, sobre todo», le contó su hermana a Winnie, mientras esperaban al operario que iba a cambiar la moqueta para que midiera el vestidor una noche después de trabajar. Habían decidido poner una rosa pálido y mandar repintar la habitación para darle un aspecto renovado. La estancia llevaba años sin uso, puesto que Beatrice seguía durmiendo en su dormitorio infantil, que era enorme. Freddie tenía una habitación propia con una biblioteca y una sala de estar anexa, además del vestidor que había sido de su padre, con las paredes forradas con paneles de madera de caoba, en la otra ala del castillo. A Winnie le encantaba ir descubriendo cada vez más de la casa y ver lo que no le habían enseñado en la visita guiada, ya que las dependencias donde vivían los hermanos no estaban incluidas.

Le chocaba el hecho de que ninguno de los dos se hubiera casado jamás. Beatrice le confesó un día —cuando estaban en la habitación de invitados para ver qué hacía falta, si es que hacía falta, para los visitantes de los fines de semana de misterio o los invitados a las bodas— que su hermano había estado enamoradísimo de una chica francesa hacía diez años. Ella lo había plantado por otro y le había roto el corazón; después de aquello, él se había convertido en un mujeriego empedernido. Por lo visto, pretendía seguir así.

—No creo que se case con nadie a estas alturas, le gusta demasiado la variedad, y, pasado un tiempo, todas lo aburren. Supongo que yo

también he perdido ese tren. Cuando acudo a alguna fiesta en Londres, todas las jovencitas tienen veintidós, y una mujer de treinta y nueve parece bastante mayor en comparación con ellas. Una no puede competir con eso. —Lo dijo con un tono muy pragmático y no parecía afectarle—. La única pena es que el linaje, el nombre y el título morirán con nosotros. No tenemos primos. Y, si Freddie no tiene hijos, todo habrá terminado. Si mi padre viviera, se habría sentido decepcionado. Así que nosotros somos los últimos Haversham. —Eso era lo que más le importaba en comparación con cualquier reproche que pudiera hacerse a sí misma por el hecho de no haberse casado ni haber tenido hijos, pues era importante para la familia—. A lo mejor Freddie se casa a los ochenta y nos da un heredero —comentó con una sonrisa.

—¿Quién ha tenido un heredero? —preguntó Freddie cuando entró en la habitación.

—Nadie. Estaba diciéndole a Winnie que tú deberías tenerlo algún día.

—Preferiría esperar hasta los noventa, no me quiero perder toda la diversión previa. ¿Puedo ligarme a las novias mientras sus maridos están poniéndose ciegos en la noche de bodas?

—Te prohíbo tocar a ninguna novia; acabarías con nuestro negocio. Puedes ligarte a todas las damas de honor que quieras, para eso sí te doy permiso —le dijo su hermana.

—Excelente. No aceptéis novias con damas de honor feas. Yo les daré mi aprobación, con pleno derecho de admisión. —Sonrió a Winnie al decirlo—. ¿Y tú por qué no estás casada? Beatrice es demasiado franca para que la aguante ningún hombre, y yo no soporto a la misma mujer más de tres meses; seis, como mucho. Pero tú pareces bastante normal y de trato fácil. Habría imaginado que alguien como tú estaría pillada desde hace años. —Se trataba de un halago velado para Winnie y ella rio; por lo visto, él esperaba una respuesta.

—Tuve el novio equivocado durante once años. Se acostó con mi mejor amiga y lo nuestro se acabó.

—¡Qué maleducado! —dijo Freddie con desdén—. Y muy poco imaginativo por su parte. Qué aburrido. Hiciste bien en deshacerte de él.

—Eso creo. —Winnie le devolvió la sonrisa. Podía imaginar el tipo de mujeres con las que él había salido: muy jóvenes y muy guapas, debutantes o tal vez modelos—. Vine aquí cuando lo dejé, así que lo ocurrido me vino bastante bien.

—Y a nosotros. Te has convertido en nuestra hada madrina —dijo

él, y fue a hacer algo en las bodegas.

Iban a tener que aumentar la cantidad de botellas para las bodas, sobre todo para la de Edward, quien quería servir champán. Freddie se encargaba de eso.

Tuvieron una nueva sorpresa positiva cuando el técnico de sonido del rodaje fue al castillo para echar un vistazo a las habitaciones donde querían instalar las pantallas para proyectar los fragmentos de la serie. Querían colocar tres monitores gigantes, con escenas rodadas en las estancias donde estuvieran situados. El especialista midió los espacios que le indicaron Winnie y Beatrice, y tomó notas; dos horas después, las llamó para decirles que la productora tenía cinco pantallas de las que querían deshacerse cuando se marcharan. Le habían dicho que las podían regalar y se las ofrecían a los Haversham de forma gratuita, además dijo que él las instalaría en su tiempo libre antes de irse. La serie era como un ejército en retirada que entregaba su botín al pueblo, aunque aquello les ahorraría el dinero de los monitores. El técnico los puso tal como querían, y Winnie sabía exactamente qué episodios quería proyectar en cada habitación mientras los visitantes realizaban el recorrido. Había visto los DVD docenas de veces y los productores, por su parte, dijeron que no había ningún problema en proyectar esos fragmentos.

Rupert pasó a ver cómo les iba justo después de que instalaran las pantallas y se quedó impresionado. Todo empezaba a tener un aspecto bastante profesional, y Beatrice y Winnie habían dado un aire nuevo a la decoración y cambiado algunas cosas de sitio, aunque no demasiadas. Freddie había hecho una selección de fracs para Rupert, y los había llevado a la tintorería, y su amigo encajó en el papel en cuanto estuvo vestido. Adoptó una expresión muy seria y todos rieron. Era perfecto para interpretar el personaje y resultaba muy convincente.

—Debería haberme vestido así para vender comida en la furgoneta, podría haber duplicado los precios —dijo y todos comenzaron a bromear y a juguetear con él.

Una noche, cuando Winnie terminó de trabajar, los cuatro disfrutaron de una cena ligera en la cocina, y de camino a su casa, la estadounidense pasó por la pensión para ver a la señora Flannagan. Le contó lo que estaban haciendo en el castillo.

—Estoy encantada de que te quedes con nosotros por aquí. —A Prudence le alegró saberlo—. Es una lástima que hayan decidido no seguir con la serie —dijo lamentándose—. La echaré de menos.

Sin embargo, las bodas y los fines de semana de misterio también iban a ser una fuente de trabajo para ella.

—Yo también la echaré de menos —coincidió Winnie—. Estaré viendo los DVD durante años.

Todavía se los ponía por las noches ahora que estaba sola. Nigel había dejado de pasar por su casa desde que habían roto. Lo había visto fugazmente en el set de rodaje, pero no habían hablado. Winnie sabía que no tardaría en pasar página e irse a Irlanda. Y los DVD de la serie ocupaban sus noches en solitario. En realidad, no lo extrañaba.

Le prometió a la señora Flannagan que pasaría a cenar en cuanto dejara de estar tan ocupada. Y, a pesar de todo lo que tenían que hacer en el castillo, intentaba centrarse en los últimos momentos de la serie y resultar útil para Edward. Todos estaban muy afectados por el final de *Beauchamp Hall*, y muchos lloraban con frecuencia durante el rodaje. Esto parecía potenciar las interpretaciones de actores y actrices, que deseaban que los últimos episodios fueran los más memorables.

—¿Cómo va por el castillo? —le preguntó Edward una tarde mientras esperaba a que la ayudante de producción lo llamara para su escena.

Estaba a punto de prometerse con la mujer a la que siempre había amado en la serie. Su fría y detestable esposa había muerto e iba a casarse con su verdadero amor, la madre de sus otros hijos clandestinos. Su amante por fin podría salir de entre las sombras. Matthew había realizado un trabajo magnífico con varias escenas muy emotivas para cerrar la historia interpretada por Edward. Y, durante su actuación con la chica que interpretaba a su amante y futura esposa, nadie pudo contener las lágrimas.

Matthew se había superado a sí mismo con sus guiones reescritos para el final de la serie. Muchos de ellos eran tremendamente conmovedores e incluso hacían llorar al equipo técnico mientras veían las interpretaciones. Además, el elenco estaba dándolo todo.

—Estamos preparándonos para tu boda —le dijo Winnie a Edward con una sonrisa—. Para tu boda en la vida real.

—Ambos estamos emocionados por celebrarla en Haversham. Lo que estáis planificando suena de maravilla. Supongo que tus días como ayudante han terminado.

—Por ahora. Nunca se sabe qué nos deparará el futuro. No me necesitarán con ellos siempre. Al final, el negocio acabará rodando solo y dejará de hacer falta una directora creativa. Solo es necesaria al principio.

—A lo mejor acabas casándote con el marqués —dijo Edward, y

ella rio con el comentario.

A esas alturas ya conocía lo suficientemente bien a Freddie como para creer que eso fuera posible, y sabía algunas anécdotas gracias a su hermana, todas sobre los follones en los que se había metido y sobre las mujeres de su vida.

—No es muy probable. Hay una larga cola de mujeres en su haber.

—Tú eres una mujer especial —afirmó Edward—. Espero que lo sepas, Winnie. Tenerte cerca infunde optimismo. He tenido suerte de contar contigo. Ahora son ellos los afortunados.

Ella se sintió conmovida por sus palabras y lloró al ver cómo pedía la mano de su verdadero amor en la serie. Era un final perfecto para sus personajes. Por si fuera poco, iban a escenificar la boda en el último episodio, lo cual era un secreto, pero él se lo había contado. El actor le había echado el ojo al vestido de bodas para Grace. Se trataba de una prenda espectacular: la responsable de vestuario había comprado la antigüedad en una subasta de Sotheby's por una fortuna, y lo valía, ya que tenía un velo con cola de encaje de casi diez metros de largo. Había sido confeccionado para una princesa.

Un domingo, Winnie estaba haciendo sitio para más percheros tipo burro en uno de los antiguos dormitorios del servicio cuando Freddie fue a buscarla al piso de arriba.

—Beatrice dice que está ocupada y no vendrá a montar conmigo. ¿Quieres tomarte un descanso y acompañarme? Por cierto, ¿sabes montar?

Ella se sorprendió por la invitación, aunque él parecía nervioso y aburrido.

—Llevo años sin montar. Antes lo hacía en la granja de unos amigos, cuando era niña. Me encantan los caballos.

—Te daré un caballo fácil si quieres acompañarme.

Winnie nunca lo había pensado antes —estaba muy ocupada con el trabajo—, pero le parecía un buen pretexto para tomar un poco el aire. El tiempo era inusualmente caluroso y húmedo. Y estaba al día de sus tareas, tanto las que atañían a Edward como las de los hermanos Haversham.

—Vale.

Llevaba tejanos y deportivas con las que podía montar.

—¿Sabes montar con silla inglesa? —Ella asintió y no le dijo que también le gustaba montar a pelo.

Pasados unos minutos, estaba siguiendo a Freddie hasta los establos; él hizo que el mozo de cuadras ensillara una yegua para ella,

que parecía tan dócil como le había prometido. Lo escuchó preguntar al mozo algo sobre un caballo llamado Magia Negra. A continuación, él montó un semental blanco que ya había montado antes, un elegante purasangre con mucho carácter. Winnie se subió al escalón para alcanzar el lomo del caballo, se colocó sobre la silla y siguió a Freddie en la yegua a un trote lento. Era un bonito día de principios de otoño y se dirigieron hacia las colinas próximas por un sendero de sus terrenos. Fue un maravilloso cambio en comparación con la serie y su trabajo en la propiedad.

—Yo salgo para recuperar la cordura. —Freddie parecía más tranquilo de lo que nunca lo había visto y en paz en cuanto estaba a lomos del caballo—. En el castillo me falta espacio.

Ella rio con el comentario.

—Pues odiarías mi casita rural. Tiene más o menos el tamaño de vuestro vestidor.

—Ya lo sé, somos unos malcriados —admitió él, ligeramente abochornado—. ¿Qué es lo que de verdad te trajo hasta aquí, Winnie? —Sentía curiosidad por ella.

La estadounidense tenía una vena muy creativa y un lado pragmático. A Freddie le parecía una combinación interesante. No era en absoluto pretenciosa ni artificial, rasgos que le gustaban y le parecían novedosos en una mujer. Conocía a muchas arrogantes y ambiciosas que siempre querían algo o tenían que dar su opinión y se creían muy inteligentes, pero jamás lo eran tanto como pensaban.

—Un viejo sueño —le respondió ella con sinceridad—. Siempre quise irme de mi ciudad de origen. Es igual de pequeña que este pueblo, aunque no tan encantadora. La verdad es que no tiene ningún encanto. La mayoría de sus habitantes se conforman con trabajos que odian, con parejas a las que no aman de verdad, o no lo suficiente, y una vida que jamás han deseado. Yo soñaba con trabajar en Nueva York como editora. Mi madre enfermó, dejé la universidad para cuidarla y mi sueño jamás se hizo realidad. Acabé haciendo lo que hacían todos los demás: me quedé atrapada en un trabajo que detestaba, con un mal jefe y con un novio con el que no quería casarme, que al final resultó ser mucho más imbécil de lo que imaginaba. Y un día, todo despareció. El trabajo, el tío y mi mejor amiga. Me compadecí de mí misma durante un tiempo, y luego, aprovechando el momento, llegué aquí para ver cómo rodaban la serie. He aprendido mucho de la experiencia, sobre buena gente y mala gente, y a tener el valor de conseguir lo que deseo. A eso se dedican en la serie.

Matthew había desarrollado tan bien la trama y había descrito con

tanta destreza a los personajes que a la gente le encantaba *Beauchamp Hall* por ese motivo.

—Tienes suerte de saber lo que querías. Yo nunca lo he sabido. Se supone que debemos proteger nuestra propiedad, nuestra historia y nuestros hogares, y cumplir con un montón de tradiciones que no tienen sentido en la actualidad. La antigua forma de hacer ya no funciona, pero jamás he dado con otra manera de actuar que funcione mejor. Odio la falsedad y la deshonestidad y hay mucho de eso en nuestro estilo de vida. Beatrice tampoco lo lleva bien, por eso tiene toda la pinta de que va a acabar sola. Ambos somos alérgicos a todas esas tonterías que van de la mano de nuestra condición. Ella es demasiado honrada y yo siempre huyo. Salvo cuando estoy aquí. Salgo a montar a caballo y todo vuelve a tener sentido. Me encanta este entorno. Estas tierras y nuestro hogar lo son todo para mí. Gracias por ayudarnos a conservarlo. Seguramente te parece una tontería, aferrarse a una casa vieja como esta, pero toda nuestra historia, nuestros valores, las tradiciones que nos importan están aquí.

—Yo también lo siento cuando estoy en la casa. Es lo que me encanta de la serie. Matthew lo reflejó en los guiones. Me enamoré de *Beauchamp Hall* y de todo lo que representaba.

—Matthew no es alguien especialmente cálido —comentó Freddie—, pero es un escritor maravilloso, con una intuición increíble para las personas —añadió con una perspicacia sorprendente.

Entonces ella se dio cuenta, mientras lo escuchaba, de que Freddie era más interesante de lo que había imaginado. Se ocultaba tras sus bromas y su parloteo, pero era igual de reflexivo, profundo y amable que su hermana, además de observador. Lo que ocurría es que no le gustaba demostrarlo, aunque acababa de hacerlo ante ella.

Montaron en silencio y llegaron a lo alto de la colina, desde donde pudieron contemplar las tierras, gran parte de las cuales seguían perteneciendo a Freddie.

—Si tenemos que vender parte de esto algún día, venderé el terreno. Me dolería mucho tener que renunciar a la casa.

—Espero que nunca tengáis que hacerlo —deseó ella con sinceridad—. Lo que estamos planeando hacer en este momento podría solucionaros la situación, a lo mejor durante bastante tiempo. Podríais sacar mucho dinero con ello.

Muchísimo dinero, en realidad, y toda la franquicia sería de ellos, salvo lo que le habían ofrecido a Winnie. Pero nadie les diría qué debían hacer.

—Es un poco como prostituirse —reconoció él con remordimiento—, sobre todo lo del reality, pero si funciona, que así sea. Vale la

pena.

Descendieron la colina a caballo y tomaron otro sendero hacia los establos, pasando por el arroyo y bajo las copas de los ancianos árboles en los prados floridos. Winnie entendía por qué Freddie amaba ese paraje.

—¿Acabarás regresando a Míchigan? —Él tenía curiosidad por saberlo.

Winnie parecía muy adaptada a Inglaterra y reticente a volver a su lugar de procedencia.

—Seguramente. Aunque en realidad no quiero. Me encanta estar aquí, sobre todo ahora que estoy implicada en nuestro proyecto; es como una continuación del amor que siento por la serie, solo que en la vida real. Pero tengo una hermana y dos sobrinos en Míchigan. Son mi única familia y supongo que algún día tendré que volver. —Él asintió, y ella añadió—: No tengo ningún motivo válido para no regresar.

—A lo mejor lo que estamos haciendo juntos acabe siendo ese motivo. Es una importante justificación para quedarse. Te necesitamos —se limitó a decir—. Tú has hecho que esto ocurra y nos has salvado, tal como lo hizo la serie. Aunque tu idea puede que dure más.

Pasaron a caballo junto a una elegante casa situada dentro de la propiedad, rodeada de jardines, donde había vivido la abuela de Freddie, y él se la señaló a Winnie.

—Esa casa y el terreno que la rodea son de mi hermana. Yo se los entregué cuando heredé todo lo demás. También es dueña de algunas granjas con arrendatarios. Me parecía lo más justo. Ahora prefiere vivir conmigo en el castillo. Pero también será dueña de la casa de la viuda, en cuanto lo desee. Eso no puede quitárselo nadie.

Winnie asintió en silencio. A él lo conmovió que el castillo significara tanto para ella; el terreno, el pueblo y todo lo que representaba. Era como si se hubiera sentido atraída por el sitio exacto donde debía estar; ella también tenía esa sensación.

—Es curioso que uno encuentre su lugar por casualidad —comentó Winnie mientras montaban—. Creí que Nueva York sería mi lugar, pero resulta que es este pueblo.

Él le sonrió.

—Es una gran suerte que nos hayas encontrado. Suerte para nosotros, claro.

Freddie la ayudó a desmontar cuando regresaron a los establos, y ella le agradeció el regalo inesperado de salir a trotar en su compañía. Le gustó tratar con él de manera más profunda. Estaba descubriendo a Beatrice y estableciendo vínculos con ella, aunque Freddie era más esquivo y más difícil de conocer. Bromeaba y jugueteaba a todas

horas, y ocultaba su verdadera personalidad.

Estaba pensando en eso mientras el mozo de cuadras sacaba a un semental negro bellísimo de los establos y lo llevaba al ruedo donde Freddie le contó que su hermana y él habían aprendido a montar de niños. El caballo parecía asustadizo y dio la vuelta al ruedo al galope en cuanto entró; luego cambió de dirección mientras Freddie lo observaba concentrado.

—Hace un par de meses se espantó —le contó a Winnie—. Resbaló cuando salí con él a montar y cayó cerca del río. Se le ha curado la lesión de la pata, pero nadie ha conseguido volver a montarlo desde entonces. Fue culpa mía. La orilla tenía mucha pendiente y estaba resbaladiza por las fuertes lluvias. Lo dejó ligeramente cojo, nada grave y ya se ha recuperado, pero todavía no se deja montar. Es un caballo fabuloso, aunque ya no es el que era.

Estaban en el ruedo mirándolo, cuando el animal dejó de correr y dio una coz contra el suelo. Sin dudarlo, Winnie saltó por encima del cercado mientras Freddie intentaba sujetarla, pero ella ya estaba dentro.

—¿Qué estás haciendo, chalada? Sal de ahí ahora mismo.

Freddie no quería que se lastimara, y Magia Negra estaba mirándolos desde el centro del ruedo con expresión de pánico. Winnie ya había hecho contacto visual con el animal al tiempo que ignoraba a Freddie y se dirigía caminando poco a poco y con seguridad hacia el semental negro.

—¡Winnie, vuelve aquí! —le gritó Freddie y se dirigió hacia la puerta, aunque no quería asustar más al caballo.

Parecía totalmente serena mientras avanzaba hacia el equino y le hablaba con suavidad, mientras Magia Negra seguía mirándola y Freddie estaba hipnotizado por lo que estaba viendo. Se situó justo delante del caballo, le dio una palmadita en el cuello y luego le tocó con delicadeza el morro sin dejar de hablarle. Se percibía cómo el animal estaba cada vez menos tenso al tiempo que se inclinaba hacia ella, le daba golpecitos con la cabeza y la apoyaba sobre su hombro. Caminaron juntos por el ruedo durante un par de minutos; el caballo totalmente relajado mientras la seguía. Freddie lo observaba con fascinación.

Winnie se quedó con Magia Negra durante diez minutos, hablándole sin parar y luego le dio unas palmaditas más y salió del ruedo. Freddie estaba boquiabierto por lo que ella acaba de hacer.

—¿Te das cuenta de que me he pasado horas con él desde que nos caímos y no he podido ni acercarme? ¿Quién eres tú, Winnie de Míchigan? Tienes un don increíble con los caballos. —Freddie estaba

pasmado con su amabilidad y valentía.

—Simplemente me gustan los caballos, y ellos lo saben.

—Eres una especie de sanadora con poderes.

Regresaron caminando al castillo en silencio. Freddie se sentía demasiado impresionado para comentar nada más sobre el tema, hasta que vio a su hermana, que estaba esperándolos para tomar el té. Él le describió la escena, mientras Winnie lo escuchaba como si nada.

—Solo estaba asustado, eso es todo —comentó ella con humildad.

—Lleva como loco dos meses, nadie ha sido capaz de montarlo ni de acercarse a él hasta el día de hoy.

—Lo hemos pasado muy bien montando antes de eso y he visto tu casa —le dijo Winnie a Beatrice mientras ella le servía una taza de té.

Había preparado una de sus fabulosas meriendas en bandeja, con elegantes y pequeños sándwiches y bollitos con crema cuajada y mermelada.

—Me reservo la casa de la viuda para cuando sea anciana, o para cuando Freddie se case con alguna chica insoportable que me odie y tenga diez hijos con ella. Hasta que pase eso, aquí estoy feliz —aclaró Beatrice sonriendo.

Freddie quería seguir hablando sobre la extraordinaria habilidad de Winnie para tranquilizar al semental negro. «Eres una mujer con talentos ocultos», le dijo sin disimular su admiración mientras Winnie le sonreía. Sabía que esa tarde se lo había ganado como amiga por su habilidad innata con los caballos. Freddie estaba impaciente por volver a montar con ella.

Winnie y Beatrice empezaron a hablar sobre los vestidos de boda que estaban recibiendo y los vestidos de noche que Winnie todavía quería comprar. Freddie las dejó a solas, hipnotizado por la actuación de la estadounidense con Magia Negra. Una cosa era segura: era una mujer que amaba a los caballos. Empezaba a pensar que no había nada que ella no fuera capaz de hacer. Y tuvo la certeza repentina de que su empresa conjunta sería un éxito rotundo. Se trataba de una mujer absolutamente maravillosa.

15

Cuando los productores del reality que Edward les había recomendado fueron a hablar con los Haversham y con Winnie, sus sugerencias sobre el formato del programa los espeluznaron a los tres al principio. Sin embargo, Beatrice fue muy directa con ellos y les dijo que no funcionaría. Dejó claros sus límites, lo que querían enseñar en el programa y lo que no, y cuáles eran sus objetivos a la hora de hacer el programa como publicidad para el castillo. Era el primer reality de ese tipo. Ningún aristócrata con títulos nobiliarios había abierto su casa a esa clase de programa televisivo. Las bodas y los fines de semana de misterio tenían el potencial de hacer que resultara entretenido para los espectadores. Ambas partes saldrían ganando; Beatrice manejó bien la reunión y tomó el control de esta mientras Winnie y Freddie se limitaban a observar. La aristócrata lo había hecho con la misma eficacia al contactar con diversas revistas para conseguir presencia en los medios. Era imparable cuando se trataba de obtener lo que quería y una magnífica portavoz del proyecto común.

Los productores del reality accedieron a modificar su plan y les enviaron un resumen más en la línea de lo sugerido por Beatrice. El productor jefe, Paul Evans, quedó tremendamente impresionado con ella. Y, fieles a su palabra, les enviaron una escaleta del programa que respetaba la mayoría de parámetros establecidos por la aristócrata, aunque no todos. Los tres socios se la enseñaron a un abogado y, tras dos intentos más de negociación y compromiso, se sentían algo nerviosos, aunque satisfechos con el resultado. Beatrice había hecho un buen trabajo defendiendo sus intereses. Los tres estaban descubriendo sus respectivos talentos ocultos y desenvolviéndose en nuevos terrenos.

El productor del programa acudió a Haversham para una última reunión de cierre y llamaba «su señoría» a Beatrice cada vez que se dirigía a ella, algo que la aristócrata no corrigió. Freddie bromeó con ella sobre ese tratamiento cuando los productores se marcharon.

—Eres una mala bruja, Bea; tenías al pobre tipo aterrorizado. Actuaba como si creyera que fueras a encerrarlo en la Torre de Londres.

—Eso está bien. Lo mantendrá a raya.

Habían llegado al acuerdo de grabar un programa de presentación, con una visita al castillo y los tres presentes. Les gustaba que Winnie

fuera estadounidense para equilibrar la condición de nobles de los Haversham. El segundo programa mostraría la boda de Edward. Winnie le había pedido permiso al actor y a él le pareció bien. Añadiría gracia a la celebración y para Edward también sería una buena publicidad. Se trataba de un factor que debía valorar como actor, el tener visibilidad a todas horas, y Grace lo entendió, aunque su padre seguramente no lo haría.

El *Mirror* publicó en su sección de sociedad una larga columna sobre el compromiso de Edward con una fotografía del castillo de Haversham, donde iba a celebrarse la boda. Beatrice consiguió que incluyeran el hecho de que el castillo se alquilaría para bodas de invitados selectos. Y que cada pareja nupcial sería escogida con atención, para que todo pareciera más exclusivo. El día siguiente a la publicación del artículo recibieron cinco peticiones para la celebración de enlaces.

—¡Sí! —gritó Beatrice cuando colgó el teléfono tras la quinta petición—. Nos acaban de confirmar la segunda reserva y puede que consigamos dos más. ¡Esto es maravilloso! ¡Está funcionando!

Abrazó a Winnie, y Freddie también parecía encantado.

La estadounidense y él salían a montar a caballo si tenían una hora libre, aunque ella no contaba con demasiado tiempo de ocio en ese momento. Freddie le había dejado montar a Magia Negra, que ya volvía a ser el de siempre.

Durante esos días estaban trabajando el doble en el rodaje, con grabaciones nocturnas que acababan de madrugada y todos los fines de semana. La serie se aproximaba a su dramático final. El último capítulo tendría una duración de dos horas. Todos se esforzaban al máximo.

Winnie se encontraba en el set gran parte del tiempo y solo podía ir a Haversham por la noche. A esas alturas ya tenían tres reservas para bodas, incluida la de Edward: dos de ellas en enero y la del actor, antes de Navidad. Para Nochevieja cerraron una reserva para una noche de misterio con un grupo de veinte personas. Sería la primera que ofrecieran. El reality iba a grabar los cuatro eventos y un programa de presentación que giraría más en torno a los Haversham y Winnie que no a los invitados. De ahí en adelante, estos serían los auténticos protagonistas.

Marje era plenamente consciente de lo que estaban haciendo y no paraba de decirle a Winnie lo orgullosa que se sentía de ella. Era la directora creativa del castillo de Haversham y coproductora de un reality.

—Queremos ir a visitaros —le había dicho Marje.

—Espera a que ya estemos en marcha, tengamos algo de rodaje y todos los cabos atados; entonces me encantaría.

Winnie sabía que iban a estar ocupadísimos con el final de *Beauchamp Hall*, y durante los tres meses posteriores y todo enero. Estaban nerviosos, aunque también eufóricos. Aquel era un nuevo mundo para los tres. Rupert se pavoneaba por la casa con la pajarita blanca y el frac para ir metiéndose en el papel y acabó dándosele bastante bien. Era un mayordomo muy convincente y muy orgulloso de serlo.

Los últimos días de rodaje fueron de un estrés insoportable, agridulces y terriblemente nostálgicos, a medida que las personas que habían aparecido en las primeras temporadas interpretaban sus reapariciones definitivas. Y cada personaje y giro de guion estaba orientado al conflicto final para enlazarlo todo en las últimas dos horas.

Como era previsible, el día de cierre fue el más difícil. Beatrice y Freddie habían acudido para verlo con discreción, desde cierta distancia, pero con menos tristeza ahora que tenían un objetivo en el horizonte. Winnie también se sentía así, aunque para ella era doloroso contemplar las escenas con las que se clausuraba la serie, pues ya no habría nada más después de aquello. Aunque *Beauchamp Hall* sería vendida y emitida durante años, no habría capítulos nuevos. A Winnie se le encogía el corazón solo de pensarlo.

Nigel y ella hablaron un par de minutos en el set y él le contó que se marchaba a Irlanda unos días después.

Las escenas finales fueron de una dolorosa belleza. Matthew se había superado con el guion y la diseñadora de vestuario se había esforzado al máximo. La indumentaria era notable en todas las tomas. Y la boda del personaje de Edward con su verdadero amor fue el colofón de la serie; la novia lucía un vestido que dejó boquiabierto a todo el mundo y que estaba reservado para Grace en su enlace de la vida real. Era el regalo de bodas de Michael.

La última escena la protagonizaron Edward y su novia en la ficción, y todo el mundo estuvo lloroso mientras los declaraban marido y mujer y se daban un beso. Todos los presentes sin excepción lloraban abiertamente, también Matthew. Winnie se preguntó si se arrepentiría de poner punto final a la serie en ese instante. La suerte estaba echada.

Cuando el director gritó «¡Corten! ¡Hemos terminado!» por última vez, se oyeron sollozos por todo el plató. La gente se abrazaba y lloraba, se felicitaban unos a otros y se deseaban buena suerte. Se

separaba una familia y amigos que jamás volverían a verse, salvo que coincidieran algún día en otro set de rodaje.

Edward abrazó a Winnie después de besar a su compañera de reparto, y le dio las gracias por el tiempo que había pasado con él y lo mucho que lo había ayudado. Aunque ambos sabían que volverían a verse en diciembre para la boda del actor. Él ya había firmado el contrato para interpretar al protagonista de la nueva serie y estaba emocionado con la idea. Tenía dos semanas libres y luego volvería a trabajar. Iba a tener el caché más alto y había conseguido ser el protagonista de ese nuevo proyecto. *Beauchamp Hall* lo había impulsado para llegar hasta allí.

Freddie y Beatrice se acercaron para abrazar a Winnie en el momento en que la situación caótica empezó a disiparse. Y casi a renglón seguido de los abrazos y besos generalizados, el equipo empezó a desmontar los escenarios y a embalar el equipamiento. Tardarían días en desmantelarlo y llevárselo todo.

En el exterior y en la plaza ya había camiones de mudanza para trasladar el vestuario, los decorados y el equipo a los estudios y almacenes de Londres. Estaban deshaciendo un mundo entero, un mundo que no resucitaría. *Beauchamp Hall* sería únicamente un recuerdo en los corazones y memorias de millones de fans que adoraban la serie, Winnie entre ellos. Le había cambiado la vida para siempre y también la de muchos otros. Su mensaje subliminal había reavivado sus sueños. Le debía muchísimo a Matthew sin importar que él lo supiera o no.

Cuando las cámaras dejaron de grabar, los actores y las actrices hicieron el equipaje y se marcharon a toda prisa. Esa noche solo quedaba el equipo técnico, y Winnie cenó con Freddie y Beatrice en la cocina del castillo reservada para su uso exclusivo. La cocina principal había aparecido en la serie y formaría parte de la visita guiada, con una de las pantallas que habían instalado, donde proyectarían fragmentos de la adorable cocinera y del personal de cocina en la ficción. La actriz que interpretaba a la cocinera había decidido jubilarse. En una entrevista declaró que, en su opinión, nada podía igualarse a *Beauchamp*.

—Me siento como si hoy me hubiera marchado de casa para siempre —comentó Winnie con tristeza, mientras Freddie iba sirviéndoles vino en las copas—. Es muy triste saber que se ha terminado.

—Pero no se ha terminado —le recordó él—. Ahora formas parte de la historia real, y de la familia y de su futuro, no de la ficción. Ahora formas parte de Haversham.

Y no de *Beauchamp Hall*, que había desaparecido en la sombra esa misma noche. A la mañana siguiente, los decorados se habrían esfumado, el vestuario, los sombreros y las pelucas ya no estarían y las caras conocidas desaparecerían como si jamás hubieran existido. En ese momento, Winnie era una pieza fundamental del futuro de Haversham, aunque el pasado era una memoria todavía fresca para ella, y lo que la había llevado hasta ese lugar desde un principio. *Beauchamp Hall* era también un elemento importante de la historia de Haversham, un punto de inflexión para ellos, y los había conducido hasta el próximo capítulo junto a Winnie. Estaba todo entrelazado, como las raíces de un árbol que hubieran plantado y hubiese alcanzado su madurez con la serie.

—Ahora no te puedes poner sensiblera —le dijo Freddie—. Tenemos muchísimo que hacer.

Debían centrarse por completo en la boda de Edward, y en la primera noche del reality antes de eso. Beatrice intentaba decidir si quería lucir uno de los vestidos que les habían regalado o uno propio, y dijo que no tenía nada presentable que ponerse y que llevaba años sin ir de compras, igual que Winnie. Freddie no lograba decidirse entre ponerse unos tejanos o un traje.

Se sentaron a hablar hasta tarde esa noche y bebieron mucho vino. Después, Freddie acompañó a Winnie a su casita caminando. La habría llevado en coche, pero sabía que había bebido demasiado. Vieron a los miembros del equipo técnico desmontándolo todo y cargándolo en los camiones en plena noche.

Cuando llegaron a la residencia de Winnie, él se mostró sorprendido.

—Parece una casita de muñecas, pero te pega. No me había dado cuenta de que fuera tan pequeña. —Le sonrió.

Jamás había visto una casita rural como esa. Había hablado con Beatrice sobre la posibilidad de ofrecer a Winnie la casa de la viuda para vivir, ya que estaba desocupada, pero su hermana pensó que la estadounidense no querría instalarse en una propiedad tan próxima a ellos. Comentó que su amiga tal vez querría guardar las distancias y conservar cierta independencia, aunque Freddie no veía por qué. Todavía no se había atrevido a preguntárselo a ella. Opinaba que sería conveniente tenerla más cerca de lo que estaba en ese momento. Tendrían que hacer mucho trabajo juntos.

—Creo que necesitas una casa más grande —dijo críptico.

—No, creo que no. Esta está bien. ¿Quieres entrar a tomar la última copa? —le preguntó ella.

Había sido un día especial. Terminaba un capítulo y empezaba

otro.

—Si entro, o tendrás que dejarme dormir en el sofá o tendré que llamar a un taxi que me lleve a casa, y, a estas horas, no hay ninguno disponible.

Eran las dos de la madrugada.

Los técnicos del reality llegarían al día siguiente para decidir el recorrido de la visita guiada al castillo en el primer programa. Querían mostrar el contraste entre las dependencias privadas y las abiertas al público. Freddie y Beatrice habían acordado enseñar ciertas habitaciones, pero no todas. Todavía estaban en negociaciones.

Freddie decidió que quería ver el interior de la casa de Winnie y que tomaría un vaso de agua. Entró y ella se lo sirvió mientras Freddie echaba un vistazo. Era un lugar cómodo y acogedor. Curioseó por la planta baja y no le pidió ver su dormitorio de arriba, aunque sentía curiosidad, y se sentó en el sofá junto a ella.

—Me gusta —admitió—, es como un par de viejas zapatillas de andar por casa que ya tienen tu horma. —Ella asintió; compartía esa opinión.

—Mi hermana y yo hemos hablado de vender la casa de mi madre, donde vivo en Míchigan. Si lo hago, podría comprar algo aquí, quizá esta casita o una un poco más grande.

—Yo tengo una idea sobre el tema. Podemos hablarlo mañana. Me gustaría que estuvieras más cerca de nosotros. Ahora eres parte de Haversham.

A ella le sorprendió el comentario y no entendía muy bien el motivo.

—Estoy a solo un rato caminando.

—Me sentiría mejor si vivieras a resguardo, dentro de nuestra propiedad. Si necesitaras algo, estaríamos allí mismo.

De pronto había aflorado un instinto protector en Freddie hacia ella y Winnie estaba segura de que contaba con un nuevo hermano. Él tenía su propia ala en el castillo y el ala opuesta era de su hermana, así que ambos disfrutaban de privacidad, aunque ninguno de ellos la aprovechaba. Los ligues que él tuviera, los tenía en Londres cuando visitaba la ciudad, y allí se alojaba en su segunda vivienda. Cuando Beatrice iba a la capital, se quedaba en casa de amigos y lo prefería así.

El aristócrata se tambaleó ligeramente al levantarse, pero, aparte de eso, parecía sobrio. La abrazó al darle las buenas noches y le dijo que la vería a la mañana siguiente.

Cuando se marchó, sintió el impulso incontenible de dar media vuelta, volver a la casita y pasar la noche con Winnie. Lo único que

deseaba era seguir a su lado, aunque estaba seguro de que ambos se arrepentirían por la mañana, así que no lo hizo y regresó al castillo caminando sin compañía.

Los camiones continuaban allí al día siguiente cuando Winnie pasó por el lugar a pie hasta el castillo. Entró en la cocina en cuanto llegó. Era el primer día que no iba al rodaje y se sentía rara. Beatrice estaba tomando una taza de café y miró a Winnie con una sonrisa apagada.

—¿Me emborraché anoche o es que tengo un tumor cerebral?

—Creo que bebimos demasiado.

Freddie había conseguido un vino tinto buenísimo para conmemorar la velada especial y el final de la serie.

Bajó a la cocina media hora después y parecía fresco como una rosa, además de estar de muy buen humor. Había dormido la mona con más suerte que su hermana.

Transcurridas dos horas, llegó el equipo del reality con Paul Evans, el productor, quien lucía un aspecto respetable y serio, aunque seguía nervioso al tener a Beatrice cerca. Edward le había dicho a Winnie que contaba con el productor de realities de más éxito del mercado, y que todo lo que tocaba se convertía en oro. Ella esperaba que en su caso así fuera.

Paul realizó el recorrido sugerido en compañía de Beatrice, debatieron sobre qué habitaciones utilizar y se pusieron de acuerdo en todo. Sin saber qué otra cosa hacer, la aristócrata lo invitó a comer en el castillo y él envió al equipo a un restaurante del pueblo. Durante la comida, a Winnie le impresionó saber que Paul había estudiado en Oxford y en Eton, como Freddie, aunque era cuatro o cinco años mayor. Este dijo que lo recordaba, aunque de joven estaba distinto y en la actualidad llevaba barba.

—¿Cómo acabaste produciendo realities? —le preguntó Freddie.

—Por dinero —se limitó a responder y todos rompieron a reír—. Empecé con realities sobre estrellas de rock, que era bastante tremendo, y me pasé a las estrellas de cine, que era un poco más civilizado, pero solo un poco. Y luego ya me centré en las personas de a pie, que en realidad son muy interesantes. Los otros son muy predecibles y ya sabes de qué va a ir todo, sexo, drogas y rock and roll, que no tarda en volverse muy aburrido. La gente de verdad te sorprende y a la audiencia le gusta más, puede identificarse con esas personas. Vosotros seréis un caso curioso, porque sois reales y, al mismo tiempo, no lo sois, como la realeza. El público los adora y quiere tenerlos más cerca y tocarlos, pero saben que son diferentes.

Vuestros títulos y esta casa os hacen especiales. Y Winnie es una persona del pueblo y estadounidense, cosa que les encantará, porque es como ellos, pero está con vosotros, lo que les hará sentir que ellos también podrían hacerlo. Además tendréis a las estrellas de cine y a los famosos para las bodas y los fines de semana de misterio. Este programa cuenta con todos los ingredientes necesarios para convertirse en un pelotazo. Aristócratas, gente normal, estrellas, un castillo y una joven estadounidense. Es oro puro. —Sonrió al decirlo.

—Gracias por lo de joven —dijo Winnie riendo.

—Pareces incluso más joven de lo que eres —le dijo Paul con amabilidad y luego se volvió hacia Freddie—. Es una lástima que no haya una marquesa en la mezcla, aunque eso te convierte en un soltero disponible. Todas las mujeres de Inglaterra querrán plantarse aquí para conocerte, y ser tu princesa de cuento.

—Pues eso sí que me da miedo —replicó Freddie con cara de preocupación.

Paul se marchó poco después de comer para reunirse con su equipo y volver en coche a Londres, y los tres socios fueron a recoger los trajes que tenían a la espera en los percheros tipo burro del set. Los llevaron rodando hacia la parte trasera del castillo y pasaron el resto de la tarde subiendo la ropa a la planta superior. Fue una tarea agotadora, ya que muchas de las prendas eran pesadas. Freddie llamó a Rupert para que les echara una mano. Su amigo acudió a toda prisa para cargar con el vestuario en grandes pilas hasta las habitaciones que Beatrice y Winnie les indicaban y que habían preparado para colocar la ropa. Había prendas de diario, vestidos de noche, abrigos cortos para hombre, y todos los fracs que necesitaban para la boda de Edward. Habían reservado una habitación con el suelo cubierto de sábanas para los cinco vestidos de novia, que habían comprado a muy bajo precio. Había velos y tocados como complementos, y cada vestido tenía una larga cola, que se verían magníficas cuando las novias descendieran la escalinata.

Beatrice tenía una lista de cosas pendientes para la boda de Edward, y ya habían marcado muchas de ellas como realizadas. Les quedaban tres meses para completar el resto de tareas.

A las seis de la tarde, después de colocar todos los trajes en los percheros del segundo piso, Winnie estaba punto de marcharse cuando Freddie la detuvo y le pidió que diera un paseo con él para enseñarle algo. Esta no tenía ni idea de qué podía ser, aunque supuso que estaría relacionado con el recorrido por la casa para el reality. Él la llevó por un sendero en el que ella no se había fijado antes. Había una cancela angosta y un jardín, y entonces, Winnie vio la pequeña y elegante casa

de piedra con persianas pintadas de color verde oscuro. El día que salieron a montar, Freddie le había contado que había pertenecido a su abuela. Winnie no le había prestado mucha atención y solo sabía que era de Beatrice en la actualidad.

Él se sacó una llave del bolsillo y se dirigió a la puerta de entrada.

—Tradicionalmente, cuando fallecía el marqués, y su hijo heredaba el título y tomaba posesión del castillo, su madre viuda se mudaba a una casa más pequeña dentro de la propiedad y pasaba allí el resto de sus días. La tradición es un poco triste y muy inglesa. En Francia, las viudas viven para siempre en su castillo, pero aquí, relegamos a la esposa que enviuda a una pequeña casa y su nuera es la que se queda con el castillo. Aunque algunas casas de viudas son bastante bonitas. Yo prefiero la nuestra —dijo mientras le enseñaba las refinadas habitaciones de cómodas dimensiones para habitarlas, que resultaban elegantes sin llegar a ser demasiado abrumadoras—. Es una versión más amplia de tu casita, un poco —dijo sonriéndole.

—Es mucho más grande.

Winnie echó un vistazo, sin estar muy segura de por qué se la estaba mostrando, salvo que fuera por su valor histórico. No tenía muy claro que resultara interesante para la visita guiada.

—Ahora no vive nadie aquí. Había pensado que podrías probar tú, Winnie. Sería agradable tenerte cerca.

—¿Quieres que me mude a esta casa? —Ella quedó impactada por un instante—. ¿Y a Beatrice no le importaría?

—Se lo he preguntado, y también le gusta la idea. Ahora eres parte de nuestra familia. Has protegido nuestro hogar, por eso queremos hacer lo mismo contigo.

—Pero ya estoy segura donde vivo ahora.

Le gustaba su casita, aunque la casa de la viuda era realmente encantadora y muy elegante.

—Estoy seguro de que así es, pero aquí estarás más cómoda. Y podrías ir y venir del castillo cuando se te antojara. Tenemos los muebles de la abuela guardados en uno de los graneros. ¿Me permitirás montarlo todo para dejarlo a tu gusto? —Lo dijo con amabilidad y la rodeó con un brazo; ella se recostó sobre él.

Al igual que la casa, su abrazo era un lugar reconfortante.

—¿Estás seguro?

Se sentía como una intrusa o una impostora, aunque no quería herir sus sentimientos rechazando la oferta. Percibía que era muy importante para él y se trataba de un gesto de agradecimiento hacia ella por todo lo que estaba haciendo y había hecho por los hermanos.

—Sí, estoy seguro —respondió Freddie, sonriéndole—. Tendré la

casa lista para ti dentro de un par de días. Mandé que la limpiaran la semana pasada. Y quiero pintar un par de cosas. —Winnie no lo había visto tan bien organizado ni serio desde que lo conocía. No era típico de él—. Creo que a mi abuela le habría gustado saber que estás aquí. Te has convertido en la salvadora de la familia.

—¿Gracias a un reality? Dudo que eso la hiciera muy feliz.

—Cierto —admitió él riendo—, pero son tiempos modernos. Todos nos tenemos que adaptar.

Por otra parte, a Freddie le caía mucho mejor el productor desde que supo que él también había ido a Eton. Reconocía que tenía una mentalidad un poco estrecha a ese respecto, aunque, de todas formas, la coincidencia lo reconfortaba. Estaba seguro de que Paul Evans no traicionaría ni abochornaría a uno de los suyos. Esperaba no equivocarse con él.

—Entonces ¿tenemos un acuerdo y tú tienes una casa nueva?

Ella asintió, abrumada. Freddie parecía feliz cuando salieron juntos de la vivienda.

—No sé cómo agradecértelo —dijo ella en voz baja.

—Ah, bueno, ya se nos ocurrirá algo. Puedes pagarme un diezmo, tal vez, o entregarme a tu primogénito cuando tengas un hijo —respondió bromeando—, o llámame «Su Graciosa Señoría», para que la gente crea que soy duque. O «Su Majestad».

Iban riendo mientras se dirigían de regreso a la casita de Winnie, y ella se fijó en que solo quedaban un par de camiones de mudanzas. Los últimos vestigios de *Beauchamp Hall* ya habían desaparecido casi por completo. Aunque ellos seguían teniendo la mejor parte: el castillo.

Freddie volvió a entrar en la casita, tal como había hecho la noche anterior y sintió que ya conocía el lugar.

—Bueno, no te costará mucho recoger tus cosas. Le contaré a Beatrice que has accedido y estará encantada. —Parecía muy contento con el acuerdo.

A finales de esa semana, Winnie se mudó a la casa de la viuda y se encontró con un enorme ramo de rosas blancas del jardín, dispuestas en un jarrón del comedor, con una nota: «Bienvenida a casa. Con cariño, de Freddie y Beatrice». Le envió a Marje fotos del interior de la vivienda. Su hermana estaba sentada en la cocina mirándolas, con el ceño fruncido y le pasó el móvil a Erik.

—Ahora sí que no volverá a casa —le dijo, triste, y él asintió.

—No, puede que no —admitió Erik al ver la nueva vivienda de su cuñada; era imposible competir con eso.

16

El primer episodio del reality fue un especial de dos horas y tardaron siete días en grabarlo. Lo hicieron durante la primera semana de diciembre. Freddie presumía de sus establos, con detalladas explicaciones sobre los caballos. A continuación, enseñó su colección de coches, que incluía los Bugatti. No se mencionaba su coste, que era una de las condiciones de Beatrice, y la respetaron. Hasta ese momento, Paul había cumplido todo lo acordado con ellos.

Entonces empezaron la visita guiada por la casa, con Beatrice en cabeza. Recorrieron las habitaciones que habían aparecido en *Beauchamp Hall* y, a continuación, exploraron las dependencias familiares, y algunas de las estancias más señoriales del castillo, incluido el salón de baile. Al final, Freddie y Winnie se reunieron con ellos y hablaron sobre la historia de la propiedad, sobre qué personajes se habían alojado en ella y cuándo, remontándose hasta la reina Victoria, quien, según explicaron, era una visitante habitual y prima de los Haversham, dato que Winnie desconocía.

Enseñaron algunas imágenes de *Beauchamp Hall* y de los actores conocidos que habían participado en la serie; Winnie se encargó de ese fragmento de la entrevista. La entristeció durante un instante que eso fuera parte de la historia y hubiera dejado de ser su presente. Luego les contó los planes que tenían para el castillo de Haversham, y lo de la boda de Edward Smith, aunque no dieron la fecha para proteger su intimidad y evitar que lo acosaran los paparazzi. Los tres describieron los fines de semana de misterio que estaban preparando, y cómo funcionarían, mostraron el vestuario y dieron detalles sobre lo que incluiría la experiencia. También entrevistaron a Winnie sobre su vida en Míchigan.

Paul se quedó con ellos toda la semana. Lo instalaron en una de las habitaciones de invitados y cenó con los tres cada noche. Era una buena compañía y tenía un gran sentido del humor. Además, parecía fascinado por Beatrice, y siguió llamándola «Su Señoría» durante toda la semana, incluso después de que ella le pidiera que no lo hiciera.

Rupert interpretaba su papel a la perfección, creciéndose como mayordomo de postín. Estaba disfrutándolo a más no poder.

Paul los invitó a todos a cenar a un pub la noche antes de que se marchara. Iba caminando por delante del grupo junto a Beatrice cuando regresaban, y Winnie tomó del brazo a Freddie para quedar un

poco en la retaguardia y hacerle confidencias.

—Creo que a Paul le gusta tu hermana.

—Yo también —reconoció Freddie, divertido.

—¿Crees que a ella le gusta él?

—Con mi hermana nunca se sabe. Puede ser terriblemente esnob o de pronto le gustan personas y algunos hombres con los que no tiene nada en común.

—Como yo —añadió Winnie.

—No estaba pensando en ti. Vosotras dos sois tal para cual. Yo me refería a los hombres. Nunca sé quién le puede hacer tilín. Pero Paul es inteligente, tiene un buen trabajo y parece estar loco por ella; eso sí, si vuelve a llamarla «Su Señoría» aunque sea solo una vez más, creo que ella le pegará un bofetón.

Ambos rieron con la ocurrencia y Freddie la acompañó a la casa de la viuda para que no caminara sola de noche. Siempre la escoltaba a casa por las noches para que asegurarse de que llegaba sana y salva.

Cuando se estrenó, el programa tuvo un éxito sobrecogedor, con índices de audiencia fantásticos; los tres socios recibieron cientos de peticiones para las bodas y los fines de semana de misterio y dieciséis reservas cerradas, con el depósito pagado por giro postal. Y sus tarifas no eran precisamente baratas.

—¡Lo conseguimos! ¡Lo conseguimos! —exclamó Beatrice cuando recibieron el primer cheque y lo agitó ante sus dos socios durante el desayuno—. ¡Miradlo bien! —les dijo a su hermano y a Winnie—. ¡Y todo gracias al sueño de Winnie!

—Gracias a Dios que la escuchaste —reflexionó él con seriedad.

—Durante un instante creí que estaba loca —confesó Beatrice, y los tres rieron.

En ese momento quedaban dos semanas para la boda de Edward, y la aristócrata quería que fuera perfecta hasta el último detalle. Repasó la planificación una y otra vez con Winnie para comprobar que estuviera todo a punto y asegurarse de que no se habían dejado ni un solo cabo suelto.

El cortejo nupcial se presentó puntual el viernes. La edición británica de *Vogue* y miembros selectos de la prensa se alojaban en las pensiones más próximas y en el mejor hotel del pueblo. Grace tenía una madrina y dos damas de honor. Ante su insistencia, Beatrice asignó al padre de Grace la habitación que había ocupado en el castillo sesenta años antes, y Rupert lo ayudaba a subir y bajar la escalera para evitar caídas. Winnie había dejado la casa de la viuda a

Edward para que estuviera cómodo y no viera a Grace la mañana de la boda. La familia del actor estaba en Australia y no podía acudir al enlace, así que el cortejo nupcial no sería muy numeroso. Un desfile de masajistas, manicuros y un instructor de yoga llegaron para asistir a Grace y sus acompañantes y, la mañana de la ceremonia nupcial, la prensa apareció allí, ávida de información. Las maquilladoras y peluqueras se pusieron manos a la obra, mientras Winnie y Beatrice lo orquestaban todo con ayuda de Lucy, la joven que habían contratado en el pueblo y que estaba disponible cuando la necesitaban. Se mantenía siempre en la retaguardia, pero acudía a toda prisa en cuanto la llamaban. Y Bridget también echaba una mano. La proveedora de cáterin llevaba dos días sirviendo comidas deliciosas.

Edward tenía su propia colección de fracs a medida de factura exquisita, Freddie contaba con los que había llevado desde los veinte años, y el padre de Grace tenía el suyo. Los invitados empezaron a llegar puntuales. La música que Grace había escogido estaba siendo interpretada por la orquesta que Beatrice había contratado en Londres. La casa estaba repleta de flores: espectaculares orquídeas blancas y perfumadas lilas del valle. El pastor se personó a la hora indicada y Freddie fue a buscar al novio a la casa de la viuda en el momento acordado. Su padrino se alojaba en la pensión de la señora Flannagan junto con el fotógrafo de *Vogue*. Hasta el último detalle se cuidó a la perfección. La novia descendió por la escalinata tal como Miranda Charles y Elizabeth Cornette lo habían hecho en *Beauchamp Hall*, y el vestido de la novia del episodio final lucía como una obra de arte y perfección en el cuerpo de Grace. A su padre se le caían las lágrimas cuando la acompañaba por el pasillo, y a Edward se le humedecieron los ojos al verla.

Los aparcacoches se habían ocupado de los vehículos de los trescientos invitados, y Winnie y Beatrice coincidieron en que era la boda más hermosa que habían visto jamás. Ambas llevaban vestidos negros para no llamar la atención. El reality grabó hasta el último minuto, y entrevistaron a los invitados después, sobre todo a los famosos; Edward había invitado a una serie de compañeros de la profesión con los que había trabajado, todos los cuales eran destacadas estrellas de cine. Fue una boda extraordinaria.

A media tarde, mientras los invitados bailaban y antes de que los novios cortaran la tarta, Beatrice y Winnie se escaparon al despacho de la dueña de la casa para tomarse un descanso, y se encontraron a Freddie sentado en el sofá y sin zapatos, bebiendo champán.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó, encantado de verlas.

—Lo mismo que tú —le dijo su hermana—. Estos zapatos me están

matando.

Se descalzó y Winnie se acomodó en una silla, aliviada de tener cinco minutos libres. Había estado supervisando hasta el último detalle, tal como habían hecho ambos hermanos. El futuro de los tres dependía del éxito de ese primer evento, que podía convertir la empresa en una realidad o hundirla para siempre.

—Yo diría que está siendo un gran éxito, ¿no os parece? —les preguntó él, y los tres estuvieron de acuerdo en que era fantástico. Edward y Grace eran una pareja especialmente encantadora. Parecían el príncipe y la princesa de un cuento.

Pasados diez minutos, Winnie, Beatrice y Freddie volvieron a unirse a los invitados y, después de que los novios cortaran la tarta, Freddie pidió un baile a Winnie, y Paul se atrevió a invitar a bailar a Beatrice. Dijo que la grabación había terminado y que se quedaba para disfrutar del resto de la velada. Había estado sentado con ellos en la pequeña mesa de la cena.

La boda prosiguió hasta las cuatro de la madrugada, con un bufet de desayuno a base de huevos y ostras, langosta y caviar antes de que todos se marcharan y el cortejo nupcial se fuera a dormir. Los novios se habían retirado a regañadientes a las dos de la madrugada, tras lanzar el ramo de la novia, y partir bajo una lluvia de pétalos de rosa para irse en un Bentley hasta Londres, donde tomarían el avión que Edward había fletado para viajar a Tahití. Hasta el último momento de la ceremonia había sido precioso y tal como Edward y Grace habían soñado. El actor les había dejado un cheque con un pago adicional para darles las gracias. Paul volvió a reunir a su equipo de grabación para filmar la marcha de los novios; el fotógrafo de *Vogue* también se había quedado hasta el amargo final. Por la mañana, meterían al padre de Grace en un Rolls Royce y a las damas de honor en otro para enviarlos a casa, después de que compartieran un abundante desayuno a base de huevos y crepes.

Cuando se hubo marchado el último invitado de la boda, Freddie, Beatrice y Winnie empezaron a bailar por el salón principal y se abrazaron. Nada les había salido mal ni se les había pasado por alto.

—¡Ha sido increíble! Habéis hecho un trabajo maravilloso —felicitó Freddie a su hermana y a Winnie.

—Lo hemos hecho los tres —replicaron ambas con generosidad.

Sus proveedores habían demostrado ser unos profesionales fiables y también habían hecho bien su parte.

—No he estado tan cansada en toda mi vida, pero ha valido la pena —afirmó Beatrice dejándose caer en el sofá del comedor principal—. No sé cuántas veces podré hacer esto.

—Muchas más —dijo Winnie—. Tenemos once bodas más reservadas, y seis noches de misterio. Y veintiséis llamadas pendientes de contestar.

Además, cuando la boda de Edward apareció en *Vogue*, y se emitió el capítulo del reality de la boda, su teléfono no paraba de sonar.

—¡Oh, Dios! —se lamentó Beatrice al pensarlo—. La próxima vez pienso ponerme zapatos ortopédicos.

—Vamos a convertirnos en la ubicación más importante para bodas después de Las Vegas —dijo Winnie, contentísima.

Las mujeres de la limpieza del pueblo habían llegado a primera hora y ya habían arreglado la casa de la viuda, y Freddie acompañó paseando a Winnie para que pudiera volver a su hogar. Entró con ella en la vivienda y ella le sonrió.

—¿Quieres una copa o una infusión? —le preguntó ella.

—Una transfusión, más bien. Me conformo con un té. —Le preparó una taza de Earl Grey y se la sirvió—. ¿Cómo se te ocurrió esta idea y por qué no lo habíamos hecho antes? Resultaba muy evidente —le dijo a Winnie— lo de celebrar bodas aquí.

—Todo partió de ese sueño tan alocado que tuve.

Él estaba sonriéndole y dejó la taza sobre la mesa. En los últimos meses, Freddie había cambiado; Beatrice también se había dado cuenta y se lo había comentado a Winnie. Se mostraba más serio y se podía confiar más en él. Seguía siendo igual de divertido, pero podía contar con él para que hiciera lo que necesitaban y lo que prometía. Era un miembro útil del equipo y cuidaba de ambas mujeres.

—Por cierto, ¿viste a tu hermana con Paul anoche? Creí que iba a besarla en la pista de baile.

Freddie se mostró contento con el comentario.

—Creo que sí lo hizo. O incluso que ella lo besó. Mi hermana no lo reconocerá porque se pone muy mojigata conmigo, pero creo que a ella le gusta; bastante, de hecho. A mí también me gusta para ella.

—Y a mí —admitió Winnie—. No puedo creer que dentro de diez días ya empiecen los fines de semanas de misterio. Y tenemos una boda dos semanas después. ¡Esto es una auténtica maratón!

—Podemos hacerlo —dijo con seguridad. Luego se quedó mirándola de forma curiosa y ella tuvo la sensación de que quería decirle algo, pero él cambió de expresión y no añadió nada—. ¿Quieres salir a pasear más tarde? —acabó por preguntarle.

—Sí, si me llevas en brazos.

—Podemos llevarnos por turnos.

Al final se quedó una hora mientras hablaban de la boda y de la inminente noche de misterio. Regresó a la residencia principal después

de que ella le prometiera que iría a cenar. Winnie podía escoger entre cenar sola o con ellos, aunque la mayoría de veces lo hacía con los hermanos. Siempre resultaba cálido estar en su compañía y se sentía entre amigos.

Cuando se encontraron en la cocina para la cena, todos llevaban tejanos, viejos jerséis y zapatillas de deporte, y se sirvieron lo que les apeteció de las sobras maravillosamente dispuestas por los proveedores de cáterin. Edward les había enviado un mensaje de texto donde les decía que había sido la boda más preciosa en la que había estado y los tres estaban emocionados.

—¿Habéis visto el cheque que nos extendió Edward anoche como pago adicional? Yo casi me desmayo —comentó Winnie.

—Y yo —admitió Beatrice mientras engullía una perfecta costilla de cordero que se encontraba entre las sobras de la boda; la comida estaba deliciosa.

—Bueno, háblanos de Paul —la pinchó su hermano y ella le lanzó una mirada de odio fingido.

—Métete en tus asuntos. Y sí, me gusta. Pero está divorciado y tiene dos hijas que todavía no conozco y que seguramente me odiarán. Son dos chicas adolescentes.

—A nuestra edad, la mayoría de personas han estado casadas y están divorciadas y con hijos —dijo Winnie con pragmatismo—. Y, si no han estado casadas, son unas raras.

Freddie pareció sentirse insultado en cuanto la estadounidense hizo el comentario.

—Yo no he estado casado y no soy un tipo raro —se defendió.

—Tú estás loco, eso es distinto —repuso Beatrice, como si nada.

—Ni estoy loco ni soy raro, lo que pasa es que no he encontrado a la mujer adecuada.

—Bueno, lo que está claro es que ya les has hecho pruebas a varias —le recordó su hermana.

—Me he reformado —dijo con un hilillo de voz—. Si me caso, no creo que quisiera una gran boda como la que hemos celebrado —comentó, reflexivo.

—Ni yo tampoco —reconoció Beatrice—. Creo que me fugaría a Las Vegas o a algún lugar normal y corriente y divertido. No quiero ninguna de esas formalidades, ni cientos de invitados, ni un vestido blanco con la cola arrastrando por la escalinata. Seguramente me tropezaría y caería de bruces al suelo. Aunque sin duda ha sido preciosa. Ellos son famosos, así que la gente esperaba algo así y, después de trece años, ella se lo merecía.

—Su padre parecía feliz —comentó Winnie, disfrutando con los

hermanos de la charla sobre la boda.

Era como tener compañeros de piso, lo que, en cierto sentido, ya eran los tres.

—Si hubieras bebido tanto como él, también parecerías feliz —añadió Freddie—. Además, llevaba una petaca en el bolsillo.

Después fueron a sentarse en la biblioteca, Freddie les sirvió una copa de oporto y Winnie se lamentó.

—Creo que estoy volviéndome alcohólica. ¿No estamos bebiendo demasiado?

—No lo creo —la tranquilizó Freddie—. Me pregunto cómo habrán quedado las grabaciones para el reality.

—Maravillosas, espero —dijo Beatrice y se levantó en cuanto terminó su copa—. Me voy a la cama ante de caer redonda. Pienso dormir hasta mañana al mediodía.

Winnie y Freddie se quedaron sentados y charlando una hora más. Él la hizo reír contándole anécdotas sobre Eton, y las bromas que les gastaba a sus profesores y amigos.

—¿Beatrice y tú siempre habéis tenido tan buena relación? —le preguntó ella.

—Cuando éramos más jóvenes nos odiábamos, luego yo cambié y nos convertimos en mejores amigos. Sobre todo, tras la muerte de nuestros padres. Ambos éramos muy jóvenes, y ella necesitaba un hermano mayor que la protegiera. Y, en cuanto se convirtió en adulta, yo pude volver a ser un adolescente —dijo y Winnie rio—. Aunque, últimamente, me estoy haciendo mayor o envejeciendo. Este negocio nuestro me ha obligado a ser responsable. Creo que me gusta. —Parecía sorprendido.

—Ya me he dado cuenta. Te sienta bien. Me gustas como adulto —le comentó.

—Creo que yo también me gusto más. —Se quedó mirándola un instante y la tomó de la mano—. Eres una mujer con mucho valor, Winnie. Admiro mucho eso de ti. Hace falta ser muy valiente para venir aquí sola.

—Ser valiente o estar loca, no estoy segura de qué definición es la correcta. Pero ha salido bien. He tenido mucha suerte. —Le sonrió.

—Y nosotros —le dijo él, agradecido.

Entonces la llevó de regreso a su casa, la besó en la mejilla y parecía serio al marcharse. Después, ella se metió en la cama y vio un antiguo episodio de *Beauchamp Hall* antes de quedarse dormida. Casi estaban en Navidad, pero con el éxito de su primera boda, se sentía como si ya hubiera recibido el mejor regalo navideño de todos.

17

La Navidad fue tranquila, y muy opuesta a la emocionante boda. Los tres amigos compartieron una cena sencilla en la cocina, durante la cual recordaron sus respectivas infancias cuando sus padres todavía vivían, y se relajaron el día de Navidad y el día siguiente. Winnie llamó a Marje y Erik y habló con los niños, y a los dos días se reincorporaron al trabajo para tener todo listo para el primer fin de semana de misterio.

Los preparativos fueron casi tan complejos como los de la boda. Iban a celebrarlo en Nochevieja, así que las expectativas generales eran muy altas.

Winnie había escrito el guion del misterio con ayuda de Freddie. Las dos mujeres se encargaron de organizar el vestuario. Tenían que repartir planos y pistas entre los invitados. La comida debía ser perfecta y las habitaciones debían estar impecablemente preparadas. Habían complementado cada traje con los accesorios adecuados. La velada iba a ser de postín, con vestidos de noche para ellas. El asesinato debía producirse la noche que llegaran los invitados y estar resuelto a la hora de su partida al día siguiente. Utilizarían el arma, oculta en un ocurrente escondite dentro de la casa, como parte del enigma y debían localizarla e identificarla.

Todo el proceso era complicado, y los tres socios trabajaron de lo lindo antes de la llegada de los visitantes. No todos ellos hablaban bien el idioma. Había veinte personas en el grupo; entre ellas, una pareja de italianos, una francesa de aspecto muy exótico, un turco y los demás eran ingleses. El equipo de rodaje del reality estaba listo para grabarlo. Paul los había acompañado y Beatrice se mostró encantada al verlo, sobre todo porque era Nochevieja.

Todo salió de maravilla durante la cena, mientras Winnie y los Haversham lo supervisaban y Paul se mantuvo pendiente de los invitados para ofrecerles ayuda. Después de cenar, enviaron a estos a diversas localizaciones para realizar tareas que se les habían asignado como parte del misterio, lo cual se convirtió en un momento confuso para el equipo de grabación, ya que no sabían a qué grupo seguir. Paul les indicó que permanecieran con cada grupo un rato.

Entonces se oyó un grito, siguiendo el guion, justo en el momento en que se descubrió un cuerpo en el salón principal. Era la mujer francesa, supuestamente muerta, pero que, en realidad, estaba tendida

en una postura seductora fumando un cigarrillo.

—Se supone que estás muerta —le recordó Beatrice, aunque ella no hablaba inglés y se lo repitió en francés.

—Estoy muerta —le aseguró la mujer—. Estoy fumando en el más allá.

Los demás la rodearon, intentando adivinar cómo había fallecido.

—Ha muerto por fumar —sugirió alguien, y Freddie y Winnie contuvieron la risa.

Eran un grupo de amigos que había reunido el dinero para pasar la noche allí, como forma divertida de celebrar la Nochevieja. Y el precio que estaban pagando era apropiadamente elevado.

Se les ofreció una copa después de la cena, a elegir de una variada bandeja de plata que era parte de la herencia de los Haversham, y el cadáver fumador pidió un coñac.

Al final se decidió, por dictamen del guion, que la habían estrangulado con su collar de perlas, y hubo largos interrogatorios sobre dónde y cuándo había sido vista con vida por última vez.

Beatrice puso música y la francesa asesinada se levantó y quiso bailar.

—¿El problema es el idioma? —preguntó Freddie a Winnie entre susurros—. ¿O es que es una mujer difícil?

—Creo que son ambas cosas —respondió Winnie también en voz baja, mientras Beatrice les echaba miradas suplicantes para que la rescataran.

Freddie actuó como el inspector de policía, y redujo las posibilidades a nueve sospechosos de asesinato, que eran demasiados. A esas alturas, todos los invitados estaban bailando y aplazaron la resolución del crimen.

—No están siguiendo el guion —se lamentó Beatrice, muy molesta —. ¿Quién tiene el guion? ¿Lo tienes tú? —preguntó a Winnie.

—Se lo he dado a Freddie —respondió ella.

—Yo no lo tengo. —Freddie puso expresión de no entender nada.

—Lo siento —dijo Paul, y se lo sacó del bolsillo—. He olvidado devolvértelo.

—No estoy seguro de que les importe quién la mató —comentó Freddie.

—No los culpo —dijo Beatrice—. Yo habría querido suicidarme.

Paul rio.

—Va a ser un programa genial, no os preocupéis —les dijo el productor—. El asesinato sale mal en el castillo de Haversham. ¿Te apetece bailar? —Por fin había dejado de llamarla «Su Señoría», lo que era un alivio.

Se pusieron todos a bailar y Freddie se encargó del sistema de sonido. Los invitados también bailaban. Pasados unos minutos, Freddie y Winnie se unieron a ellos. Era casi medianoche. A medida que se acercaban las doce, Freddie empezó la cuenta atrás gritando para advertirles, y cuando el reloj indicó la hora, soplaron un cuerno y pusieron el nostálgico tema *Auld Lang Syne* en el equipo de música, y todos los invitados se besaron, de forma mucho más apasionada de lo esperado. Seguían besándose cuando terminó la canción, y muchos de ellos tenían la lengua metida en la garganta del otro y los cuerpos muy juntos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Freddie a su equipo de apoyo —. Siguen besándose.

—Al menos todavía no se han desnudado —dijo Paul, y besó a Beatrice con el mismo apasionamiento.

Y también estuvieron largo rato sin separarse para tomar aire.

—¡Oh, a la porra con todo! —exclamó Freddie, abrazó a Winnie y la besó.

—¿Qué haces? —le preguntó Winnie, impactada durante un segundo.

La pilló desprevenida y creyó que estaba bromeando.

—No te preocupes, está en el guion —insistió él.

—No está en el guion. Lo he escrito yo.

—Sí que está, lo he añadido yo —repuso él, y la besó con la pasión desatada que había sentido por ella desde que la conoció; ella se fundió en sus brazos y le devolvió el beso.

Seguían besándose cuando Beatrice y Paul se separaron y contemplaron la escena que los rodeaba, que el equipo de grabación estaba filmando diligentemente. Los invitados de la noche de misterio empezaban a revolcarse. A esas alturas, Winnie y Freddie también habían dejado de besarse, y Beatrice se quedó mirando a su hermano.

—¿Eres consciente de que acabas de besar a Winnie? ¿Estás borracho?

—Todavía no, pero estoy pensando en estarlo. Y sí, sé que la he besado. Ha sido intencionado, no por accidente.

—¡Es como si besaras a tu hermana! —exclamó ella, escandalizada —. ¡Winnie es de la familia!

—No exactamente. Aunque espero que tú sepas besar como ella, por el bien de Paul.

Mientras Freddie y Beatrice seguían hablando del tema, los invitados subieron a todo correr en parejas hasta sus dormitorios, con la mujer asesinada entre ellos, agarrada del brazo de uno de los italianos, con quien no había llegado al castillo. La mujer del italiano

estaba con el turco.

—¡Qué velada tan maravillosa! —murmuraron todos cuando pasaron junto a sus anfitriones.

—¡Una fiesta genial! ¡Qué divertida…!

Y, dicho esto, el último de ellos desapareció. Cerraron las puertas, y Freddie, Winnie, Beatrice y Paul se quedaron solos en el gran salón y rompieron a reír. Resultaba evidente cómo iban a celebrar sus invitados la Nochevieja en las habitaciones; solo esperaban que lo hicieran de dos en dos y no en grupo.

—A lo mejor son de un club de intercambio de parejas —sugirió Freddie.

—¿No son un poco mayores para eso? —preguntó Beatrice, cuando el equipo de grabación de Paul se acercó para preguntar si debían seguir filmando.

—Me parece que no, se han ido todos a dormir. Podéis dejarlo ya —les dijo su jefe.

—¿Os grabamos a vosotros? —insistieron.

—No, así está bien.

Freddie sugirió a los miembros del equipo que tomaran una copa de champán, lo hicieron y se pusieron a charlar en voz baja. Entonces Freddie miró a Winnie con intensidad, hincó con parsimonia una rodilla en el suelo delante de ella y la miró amorosamente, mientras ella se le quedaba mirando. Beatrice contemplaba a su hermano, boquiabierta.

—Freddie, por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo?

—Pedirle la mano a Winnie —respondió, sin dejar de mirar a la estadounidense, y ella empezó a reír y a mostrarse tímida.

—¿Ahora? —lo reprendió Beatrice—. ¿Estás chalado? Si nunca te has casado.

—No, así es, y por eso soy libre, que es algo bueno. Si no lo fuera, esto sería algo violento. Ya está siendo difícil tal como es.

Al darse cuenta de que iba en serio y que estaba a punto de ocurrir algo importante, Paul le hizo un gesto rápido a su equipo de grabación para que volvieran a grabar.

—Winona Farmington —dijo Freddie elevando la voz mientras sujetaba la mano de Winnie y la sostenía en alto—, estoy totalmente loco por ti y siento esto desde el primer momento en que te vi, y no puedo esperar más a compartir mi vida contigo. ¿Quieres casarte conmigo?

—Freddie, por el amor de Dios —protestó Beatrice—. ¿No podrías hacer algo así en privado? —lo dijo al ver, escandalizada, que las cámaras estaban rodando—. Oh, por lo más sagrado, acabas de

declararte en un reality. Pero ¿qué te pasa?

—Nada —le aseguró a su hermana—. ¿Winnie, te casarás conmigo? —le preguntó a la mujer con quien quería casarse en un tono más calmado, olvidándose de que estaban grabándolo, mientras Paul sonreía de oreja a oreja.

Era el mejor programa que habían grabado desde hacía años.

—Sí —respondió Winnie con un hililllo de voz—. Sí, me casaré contigo.

Freddie se levantó y la besó, y el equipo de grabación captó el beso y cómo sonrieron después; Beatrice entornó la mirada.

—No me puedo creer lo que acabas de hacer. ¿Cómo puedes ser tan indigno? Te has declarado en un reality, Freddie. —La aristócrata había tenido los nervios de punta durante toda la velada—. Felicidades, por supuesto, y mis mejores deseos a la novia. —Besó a Winnie en la mejilla y miró a su hermano de soslayo—. Eres incorregible, pero creo que por fin te has hecho mayor.

—Creo que sí —dijo él, impávido ante la reacción de su hermana.

—Ahora podemos ser hermanas —dijo Beatrice sonriendo a Winnie —. Y tú serás la marquesa de Haversham.

La idea dejó a Winnie de piedra.

—Oh, Dios mío, ¿cómo se hace eso?

—Es fácil —respondió Freddie, sin dejar de sujetarle la mano. Entonces miró a su hermana—. He intentado sacar la sortija de la abuela de la caja fuerte para dársela al declararme, pero no he podido abrirla. ¿Has cambiado la combinación?

—No, es que se atasca —le informó ella mientras Paul indicaba a su equipo que dejaran de grabar. Ya tenían todo lo necesario.

La pareja recién prometida se retiró a un rincón más tranquilo para volver a besarse, de forma más discreta en ese momento, mientras Paul llevaba a Beatrice hasta uno de los otros sofás.

—Necesito una copa. Ha sido una noche muy surrealista. Tenemos que trabajar un poco más en esto de las veladas de misterio —comentó Beatrice con expresión de agotamiento.

—Se trataba de un grupo difícil —dijo Paul para consolarla y la besó; ambas parejas permanecieron sentadas, perdidas en su mundo durante un rato, hasta que Beatrice dio las buenas noches a Paul al anunciar que se iba a la cama.

Él salió sin molestar a Winnie y Freddie y, un poco después, ellos dos se levantaron. Freddie fue a buscar el chal de su prometida y volvieron caminando a la casa de la viuda. El cámara había desaparecido con Paul.

—¿Lo decías en serio? —preguntó Winnie mientras Freddie la

acompañaba a casa.

La proposición había sido tan alocada y teatral que ella no estaba segura de si era una broma. Todavía no le parecía real.

—Por supuesto que lo digo en serio. Quería pedirte matrimonio en Nochevieja. Hace semanas que lo decidí. Esta noche se nos ha ido un poco de las manos. La declaración no ha sido tan fluida como a mí me hubiera gustado. ¿Cuándo quieres casarte? Hagámoslo pronto. ¿Y dónde quieres casarte?

—Aquí —respondió sin dudarlo—. Solo nosotros y nuestras hermanas. Ese es mi sueño. —Ya habían llegado a la casa y hacía frío en el exterior. Ambos estaban temblando—. ¿Quieres entrar? —Ella lo miró con ternura.

Freddie asintió. Winnie abrió la puerta y él la siguió hasta el interior para terminar lo que ya había empezado.

En Año Nuevo, los componentes de su primer grupo de asesinatos despertaron al mediodía y devoraron el desayuno. Se fueron en cuanto concluyeron, aunque supuestamente no debían hacerlo hasta la tarde. No obstante, todos parecían contentísimos. Dieron las gracias con profusión a sus anfitriones y dijeron que todo había sido perfecto, justo como habían esperado. Añadieron generosas propinas a la cuenta y parecían encantados al marcharse. El misterio siguió sin resolverse y la víctima del asesinato tenía cara de estar vivita y coleando, sujetando un cigarrillo entre sus labios rojos cuando salió del castillo.

—Me parece que tendremos que trabajar un poco más en ese guion. Ha sido la víctima de asesinato menos colaboradora que he visto jamás —comentó Freddie.

Y, con eso, Beatrice se acercó a su hermano y le puso algo en la mano con discreción.

—Creo que esto es lo que estabas buscando.

Él se quedó mirando el objeto y reconoció el hermoso diamante solitario con talla rosa que había sido de su abuela. Asintió en silencio y sonrió a su hermana cuando se lo colocó a Winnie en la mano izquierda. Ella se quedó mirándolo, maravillada.

—Te quiero —le susurró y la besó, mientras Beatrice se alejaba caminando en silencio y con una sonrisa.

Llamaron a Marje unos minutos después para darle la noticia, y ella se puso a reír y a llorar, y no podía creer lo que acababa de ocurrir.

—Y vas a ser marquesa. Me cuesta hasta decirlo.

—A mí también —comentó Winnie, pletórica.

—Ya te enseñaré yo —le susurró Freddie y ambos se sonrieron, mientras Winnie pensaba en lo increíble que era todo.

Había empezado, un año antes, con dos DVD que ganó en el amigo invisible de Navidad en Míchigan. Al final habían resultado ser el mejor regalo de su vida y la llave para abrir la puerta al futuro. El sueño se había hecho realidad en cuanto tuvo el valor de perseguirlo. ¿Quién se lo habría imaginado? ¿Quién podría haber soñado con que se realizaría?

Beauchamp Hall le había cambiado la vida. Había ido a Haversham y había transformado la existencia de los que lo habitaban. La realidad había superado con creces sus sueños.

La esperanzadora historia de una mujer que toma una decisión que cambiará su mundo para siempre y se embarca en una aventura extraordinaria.



Winona Farmington soñaba con mudarse a Nueva York y dedicarse al mundo editorial, pero la vida la obligó a abandonar los estudios para volver a su pequeña ciudad del estado de Michigan y cuidar a su madre enferma.

Años más tarde, Winnie se consuela viendo *Beauchamp Hall*, un drama de época ambientado en una gran casa de Norfolk, en cuya historia escapa de su rutinaria realidad.

Sin embargo, todo cambia cuando, en el mismo día, la desestiman para un merecido ascenso y su novio y su mejor amiga la traicionan. Siguiendo un impulso por primera vez en su vida, Winnie deja su trabajo y su ciudad y viaja a Inglaterra, al lugar en el que se graba su serie favorita, y lo que sucede a continuación nos recuerda que no debemos conformarnos. Ya que siempre hay que perseguir los sueños... ¡porque nunca se sabe cuándo puede ocurrir la magia!

Danielle Steel es, sin duda, una de las novelistas más populares de todo el mundo. Sus libros se han publicado en cuarenta países, con ventas que superan los mil millones de ejemplares. Cada uno de sus lanzamientos ha encabezado las listas de best sellers de *The New York Times*, y muchos de ellos se han mantenido en esta posición durante meses.



Título original: Beauchamp Hall

Primera edición: noviembre de 2023

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Thomas Szøke / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Thomas Szøke

ISBN: 978-84-01-02891-5

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Índice